
EN EL
CENTRO
DEL
CÍRCULO
ARNE DAHL
RBA

ARNE DAHL

EN EL CENTRO DEL CÍRCULO

Traducción de
Laura Pascual

RBA

Título original sueco: *I cirkelns mitt*.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2024.

REF.: OBDO369
ISBN: 978-84-1132-831-9

AURA DIGIT • COMPOSICIÓN DIGITAL

ÍNDICE

Prólogo
1
2
3

1 La primera cacería
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28

2 El interrogatorio
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

3 La segunda cacería
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58

59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93

94
95
96
97
98
99
100
101
102

Epílogo
103
104
105
106
107
108

PRÓLOGO

1

«Seguro que es una tía, joder», piensa mientras pisa el acelerador a fondo, adelanta al primer coche eléctrico y le dirige una mirada de odio al conductor. La peineta se la reserva para más tarde.

Uno tiene que elegir sus batallas.

El jefe de división Alf Stiernström se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana de primavera. En realidad, hace mucho tiempo que se levanta con el pie izquierdo. El primer correo que leyó desde el móvil (con la cabeza hundida en la almohada y los ojos legañosos) era, precisamente, de su abogado, siempre tan madrugador.

Los madrugones son lo que más odia de este puesto, que por fin ha conseguido tras haberse tirado toda la vida luchando por él. Pero tiene que aceptar que la dirección del grupo de una de las grandes empresas líderes en Escandinavia necesita dar sus respuestas afirmativas de madrugada. Y no solo eso: también hay que considerarlas un signo de superioridad, como si ya hubieras cogido la delantera a tus competidores cuando estos se acaban de despertar. Es necesario estar en el campo de batalla antes que el enemigo, como ya constató el maestro del arte de la guerra Sun Tzu.

Stiernström trataba de empaparse de filosofía del liderazgo mientras leía el correo del abogado, pero, cuando entendió que su futura exmujer exigía aún más dinero, la filosofía se volatilizó. No ha hecho más que transigir y transigir, pero nada es suficiente. Esa arpía quiere apoderarse de todo lo que él ha conseguido.

El puto feminismo ha ido demasiado lejos.

Ahora, en la autopista a las afueras de Uppsala, Alf Stiernström ve a lo lejos cómo un coche eléctrico se dispone a adelantar a otro. Abre el regulador, deja que las nubes de diésel se dispersen sobre el ondulado campo de colza y le chupa las ruedas al abrazaárboles de delante. Observa con satisfacción cómo el imbécil vacila en su adelantamiento

cuando acaba unos metros por delante de su elegante BMW. El coche eléctrico acelera con brusquedad y Stiernström ve cómo el friki que lo conduce, encima con pinta de inmigrante, se lanza aterrorizado delante del conductor del carril derecho, que apenas circula un poco más lento que él.

Stiernström sobrepasa al supuesto coche y le saca el dedo corazón demasiado tarde. Ya ha adelantado al coche, así que el conductor apenas podrá verlo, pero lo hace de todos modos.

Ha elegido su batalla.

Justo cuando está acelerando al máximo, se da cuenta de que el coche se comporta de forma extraña.

Los prismáticos capturan el momento exacto del adelantamiento. Desde arriba, los coches parecen estar torcidos, pero se aprecia con total claridad cómo el coche que circula por el carril izquierdo pierde el control justo después del adelantamiento, recorta la curva en el punto equivocado, empieza a arder antes de regresar al carril derecho y sale disparado hacia el ominoso campo de colza amarillo, atravesándolo como una bola de fuego.

Lo último que captan los prismáticos a través del parabrisas es el dedo corazón ardiendo como una antorcha.

Los prismáticos descienden, al igual que el disparador remoto.

El universo oye una profunda exhalación.

Ya ha empezado.

2

Es un hermoso día de primavera en el bosque primitivo. Los débiles rayos de sol se filtran tímidamente entre los altos troncos de los árboles. La pequeña laguna del bosque yace oscura y cristalina, como si escondiera el más turbio de los secretos. En el aire, que alberga todo tipo de hedores, pestes y olores, resuenan murmullos, gorjeos y zumbidos. Un rastro de melancolía atraviesa el bosque a medida que empieza a recobrar vida después del invierno.

Sabe que está condenado a morir.

A un lado de la laguna, el bosque se va dispersando hasta formar un claro. En el lindero hay un tupido matorral. Allí hay movimiento, un tipo de movimiento poco común para un matorral, pero ni siquiera cuando se hace evidente que se trata de una persona agachada se produce un contraste demasiado radical con la naturaleza circundante. No se debe únicamente al hecho de que el hombre lleve ropa color caqui, sino a que parece pertenecer por completo a este lugar. Este es su mundo.

Termina de arrancarse las canas y se enjuaga el rostro recién afeitado con agua de un cuenco de madera. A continuación, se levanta y se guarda el gran cuchillo de caza en la cinturilla de los pantalones. Parece rondar los cincuenta años; tiene un aspecto nervudo, arisco y curtido. Cuando levanta el rostro hacia el pálido cielo azul y olfatea el aire, queda claro que su bien entrenado sentido del olfato acaba de atrapar justo el olor que necesita captar.

Está agradecido porque no se trata otra vez de un oso, sino de al menos dos corzos que han caído en la trampa durante las últimas veinticuatro horas. Por suerte, ya ha retirado los explosivos.

Él también está a punto de retirarse. Ha tomado una decisión que le cambiará la vida. Ha sido fiel a sus convicciones hasta el final y ahora ha llegado el momento.

Ya ha empezado.

Sabe que ahora es importante que recuerde su propio nombre. En la naturaleza no ha tenido ninguno. En la naturaleza no existen los nombres, solo rastros de olor, sonidos característicos, cambios de comportamiento. Pero ha llegado el momento de recuperar su nombre y nadie pasará por alto.

Levanta los prismáticos y otea en dirección al agua. Allí no hay nada. Cuando se acerca a la laguna, con esa superficie que parece alquitrán, vuelve a tener un nombre.

Lukas Frisell.

Lo recuerda.

Ese nombre conlleva una civilización, una historia, una vida que debería haber sido diferente. Cierra la trampa vacía al borde del agua y la desata del árbol; trata de limpiar los restos de explosivos de los troncos, deja caer la trampa dentro del saco de arpillera y mira hacia la negra superficie del agua.

Debe regresar a las ruinas de la decadencia.

Igual que en su día se marchó para no regresar jamás.

Lukas Frisell se cuelga al hombro el saco de arpillera y recorre con la mirada el mundo del que se ha permitido formar parte durante todo este tiempo. La naturaleza lo acogió en su seno, lo hizo parte de ella.

Él le estará eternamente agradecido.

Acelera el paso para contener la melancolía, aunque sin mucho éxito. Ha llegado el momento de regresar a las ruinas para dar el siguiente paso implacable en la vida.

La naturaleza le hace compañía. Le da la impresión de que se estuviera despidiendo, como si quisiera asegurarse de que sabe lo que está haciendo. Se siente abrumado por la riqueza del planeta Tierra y, por un breve instante, cree que la naturaleza está tratando de detenerlo, de evitar que dé el drástico paso que él se siente obligado a dar.

Aquí, Lukas Frisell nunca ha estado solo. Durante todos estos años alejado de las personas, nunca se ha sentido solo de verdad.

Es necesario un ojo acostumbrado al bosque para discernir los leves contornos junto a la colina que tiene enfrente y reconocerlos como

algo más que los constantes cambios de la naturaleza. No obstante, se trata de algo más. En el punto en el que la colina se convierte en un barranco, la vegetación adquiere una forma algo antinatural. Allí es hacia donde se dirige.

Hacia su casa.

Mientras se desliza ladera abajo, otra punzada de melancolía le atraviesa la curtida piel. Su morada, su escondite. Lo que durante tantos años ha sido el centro de su vida hasta que, finalmente, extrajo la única conclusión imaginable del cada vez más visible decaimiento del entorno.

Atraviesa sus extensos cultivos: verduras, hortalizas, hierbas... Todo está creciendo, todo vuelve a extenderse hacia el sol, pero este año dejará la cosecha a los animales.

Casi ha llegado hasta su morada, que tanto se ha esforzado por camuflar, cuando siente el golpe del instinto. Nota algo diferente. Agarra el pesado cuchillo de caza que le cuelga del cinturón y, entonces, lo ve: una inscripción reciente, recién tallada en el marco de su puerta.

Se trata de un círculo dentro de otro círculo.

Vuelve a dirigir sus ojos azul claro hacia el cielo y olfatea el aire. El único olor diferente se volatiliza tan rápido que no está seguro de si lo ha percibido en realidad. Es posible que fuera olor a castañas, pero no hay ningún castaño en las cercanías.

Una ráfaga de viento barre la porción de bosque de Lukas Frisell y levanta en un remolino las astillas de la puerta que hay en el suelo.

3

OTOÑO DE 2008

Bajo la tenue luz que cae sobre la mesa de interrogatorios se pueden distinguir dos personas. Las dos están sentadas en el mismo lado; no hay nadie frente a ellas. En la sala de vigilancia, tras el espejo unidireccional de la pared, tampoco hay ni un alma viviente.

Eva Nyman es inspectora de la Policía Nacional de Suecia y el ojito derecho de su jefe. Se pasa la mano por la inusualmente elegante ropa de marca y, cuando cruza la mirada con los ojos azul claro de su superior, puede ver con gran claridad cómo este trata de controlar su impaciencia.

La paciencia nunca ha sido el punto fuerte del comisario Lukas Frisell.

—¿Sabemos algo de Peter? —pregunta.

Eva Nyman sacude la cabeza y se encoge de hombros, haciendo ondear su abundante melena castaña.

—Había conseguido una pista. Dijo que daría señales de vida.

Frisell da un bufido. Asiente con la cabeza, se aparta el cabello medio rubio y golpea la mesa con el bolígrafo. Como siempre, se trata de un único caso. Este otoño de 2008, todo gira en torno a la chica secuestrada, Liselott Lindman: hace una semana, la prensa recibió una foto suya, atada en el suelo junto al periódico del día. Ya entonces era evidente que estaba escuálida y medio inconsciente. El perpetrador celebraba el primer mes de su secuestro enviando una foto reciente de su víctima a los medios de comunicación.

Lo peor de todo es que saben quién es. Están prácticamente seguros de que el hombre que hace un mes cometió el espectacular secuestro en plena calle es el exmarido de Liselott, Dick Lindman. El problema es que no saben dónde está.

Quien sí lo sabe, con toda probabilidad, es el mejor amigo de Dick, Robban Svärd, que ha sido detenido recientemente por delitos fiscales en las Maldivas. Pero se está haciendo de rogar. Este va a ser su segundo día en la sala de interrogatorios y se está resistiendo de un modo irritante.

—Hoy lo tenemos —dice Lukas Frisell, deja de dar golpes con el boli y empieza a hacer girar su alianza.

Eva Nyman observa el movimiento, consciente de todo lo que contiene, y coloca su móvil nuevo sobre la mesa.

No se parece a ningún otro móvil del año 2008. Se trata de un iPhone, que acaba de lanzarse en Suecia.

Al verlo, Frisell hace una mueca, deja caer las manos debajo de la mesa y se queda observando la inscripción en la madera junto al teléfono inteligente. Pronuncia mentalmente las tres iniciales grabadas: «L. B. R.». Libre. Puede que se trate de una visión grabada por un preso que aún no ha perdido toda esperanza, aunque a saber cómo diablos habrá conseguido meter algo tan afilado en la sala de interrogatorios.

Puede que eso fuera la libertad.

—Las nuevas tecnologías nos van a lavar el cerebro a todos —dice entonces.

—Es el futuro —responde Nyman—, tanto si nos gusta como si no.

Ninguno de los dos tiene ganas de discutir al respecto. Lo único que quieren es empezar el interrogatorio y utilizar las pistas recién obtenidas para encontrar a Liselott Lindman. Por el momento, están abandonados a su suerte.

—Ya sabes cómo empezó este caso —continúa Frisell.

Eva Nyman asiente con la cabeza. Sabe que todo empezó con Facebook. Liselott tenía identidad protegida, hasta que en la recién inaugurada red social apareció una foto de una fiesta en un jardín en la que se la veía de fondo. Dos días después, fue secuestrada en la calle en la que se encontraba su nueva vivienda ultrasecreta.

Eva Nyman se alegra de que esta vez no se produzca ninguna discusión. En los últimos tiempos, han acabado demasiadas veces en un callejón sin salida. Para ella, todo se resume en que Frisell es el

jefe; él es quien decide. Sin embargo, no todos piensan de la misma manera. Peter, por ejemplo.

—¿Una pista, dices? —pregunta Frisell, leyéndole los pensamientos, algo que hace con excesiva frecuencia—. ¿Peter dijo que iba a dar señales de vida?

Nyman se encoge de hombros. Sabe que la cosa no se va a quedar ahí.

—No podemos confiar todo el trabajo policial a una tecnología que no ha sido probada y que viola la privacidad. Además, la triangulación es un método terriblemente inseguro que convierte a nuestros teléfonos móviles en soplones poco fiables. Nos estamos olvidando del trabajo de investigación tradicional, al mismo tiempo que nos alejamos de la naturaleza. Avanzamos por las ruinas de la decadencia y nos vamos alejando cada vez más de nuestros propios orígenes. Lo que resuelve los casos es el seguimiento de pistas y los interrogatorios, no los ordenadores y… este tipo de cosas… —Frisell señala con desprecio el flamante iPhone de Nyman—. Tú espera a que desarrollen todo su potencial —dice para terminar, y guarda silencio al oír unos conocidos pasos en el pasillo, fuera de la pequeña sala de interrogatorios.

La tensión aumenta de forma significativa. Los vigilantes de seguridad hacen entrar a Robban Svärd. En la comisura izquierda de su boca vuelve a percibirse esa sonrisa sarcástica. Su abogado entra detrás de él. Svärd se deja caer sobre la silla.

Se oye una clara y disonante señal de alarma, a la que siguen varios segundos de desconcierto. Lukas Frisell se da cuenta de que nunca había oído sonar un iPhone. En primer lugar, aquí dentro debería estar apagado.

Eva Nyman responde a la llamada.

—Eva Nyman… Joder, Peter, no puedes llamarme… ¿Qué?… Vale, espera un momento.

La reacción de Frisell no se hace esperar. Echa de allí a empujones a vigilantes, sospechosos y abogados armando un gran jaleo y cierra de nuevo la puerta. Nyman logra activar la función de altavoz del iPhone y vuelve a dejar el móvil sobre la mesa. La voz de Peter resuena en la

sala. No suena del modo habitual y la información es exigua.

—Empieza por el principio —lo interrumpe Frisell con brusquedad.

Se oye claramente cómo Peter hace un par de inspiraciones profundas para tranquilizarse.

—Por fin hemos conseguido que piquen en la triangulación —explica.

Frisell se vuelve hacia Nyman frunciendo el ceño. Ella se limita a sacudir la cabeza. Claro que se imaginaba que Peter y su cuadrilla habían llevado a cabo una triangulación secreta a espaldas de Frisell, pero no lo sabía a ciencia cierta.

—Eso nos guio hasta una dirección a las afueras de Järna —continúa Peter—, una casa en las regiones salvajes. Entramos, pero allí no había nadie; al menos, nadie con teléfono móvil. Lo que había era un sótano y, cuando bajamos, vimos que se trataba de un suelo de tierra…

Lukas Frisell deja escapar un sonido inarticulado. Ya sabe lo que viene a continuación. En su fuero interno, Eva Nyman también lo sabe.

—Es tan pequeña… —dice Peter con voz débil—. Como un pajarillo. Un pequeño pajarillo amordazado.

Durante unos instantes, hay un silencio absoluto, un silencio de muerte, tanto en la sala de interrogatorios de la estación de policía de Estocolmo como en el sótano a las afueras de Järna. Entonces, Peter añade, con una voz más firme y un poco más furiosa:

—Todavía está caliente, Frisell. Si hubiéramos empezado un poco antes con la triangulación…

Eva Nyman se abalanza sobre el móvil y corta la llamada, pero es demasiado tarde: Frisell también lo ha oído.

—Si hubiéramos empezado un poco antes con la triangulación —dice con voz monótona—, ahora Liselott Lindman seguiría viva.

Su voz no es más que un susurro. Mira fijamente las letras grabadas que tiene delante.

L. B. R. Libre.

Nyman se acerca a él con cautela y trata de rodearlo con un brazo, pero él le aparta el brazo, sin agresividad alguna. Entonces, vuelve a

sonar el teléfono. Una foto permanece visible durante un rato en la pantalla hasta que Nyman consigue ocultarla.

Liselott Lindman muerta realmente parece un pajarillo.

Con los ojos cerrados, Lukas Frisell susurra:

—Creo que no debería estar aquí.

1
LA PRIMERA CACERÍA

4

Cada vez que dobla la esquina de Odengatan con Dalagatan, levanta la mirada hacia la ventana de Astrid Lindgren. El hecho de que fuera allí donde se sentaba a escribir sus clásicos libros infantiles confiere un aura de creatividad a todo el vecindario. De vez en cuando, Jesper Sahlgren incluso considera que su propio escritorio, con vistas a Vasaparken, es el centro creativo del barrio. Esta es una de esas ocasiones. La campaña de primavera de la agencia ya está causando furor en el mundo sueco de la publicidad.

Esta es la campaña que ha hecho que Jesper Sahlgren se levante a una hora insólitamente temprana esta mañana de domingo de mayo, que haya dejado a su familia durmiendo en Täbyvilla y se metiera en el Tesla para ir conduciendo hasta un Estocolmo que da la impresión de estar sumido en el abandono, incluso ahora que el reloj marca las 6:23. Por otra parte, esto le permite la libertad de aparcar el coche en el lado izquierdo de la calle, en sentido contrario al tráfico. Cruza la puerta con el iPad Pro a todo volumen, sube un par de escalones y llega a la robusta puerta en la que unas letras modernas y angulosas indican «A Dos Velas» y, con algo menos de estilo: «Puede que esta no sea tu agencia». Recuerda el momento en el que presentó el eslogan ante la junta directiva. También recuerda el momento exacto en el que las caras de desprecio se tornaron en gestos de perspicacia.

Sahlgren teclea el código, mira fijamente al lector de iris y espera que el mensaje de texto que recibió ayer sea veraz, que la chica para todo de la agencia, como quiera que se llame, realmente fuera a trabajar el sábado desde Vallentuna o desde Märsta, o desde donde quiera que viva, y que recogiera el paquete con los impresos de prueba.

Cuando, finalmente, la puerta blindada se abre, Sahlgren es incapaz de seguir conteniéndose. Mientras se desliza por la familiar oficina

panorámica (sigue recordando lo mucho que la echó de menos durante la pandemia), deja que el iPad le muestre la serie completa de las fantásticas fotografías de todos los líderes de partido de clase media junto a los surtidores de gasolina.

Apenas puede aguantarse para ver la campaña impresa.

Ventana tras ventana, aunque sin mirar hacia el exterior, atraviesa la oficina hacia Vasaparken. A excepción de un leve movimiento, quizá una sombra, junto al árbol más próximo a la carretera, el mundo parece seguir deshabitado.

Jesper Sahlgren llega a su puesto de trabajo. El suspiro de alivio resuena por toda la oficina panorámica cuando ve el paquete de forma cilíndrica sobre el escritorio.

Se permite prolongar un poco el momento. Fija la mirada en su robusto reloj de pulsera, que marca las 6:28.

Estuvo en la cola durante veinticuatro horas para hacerse con un auténtico Omega Speedmaster Moonwatch Titanium, el que quizá sea el reloj más resistente del mundo. Se trata de la versión de titanio del reloj que en su día rodeaba la muñeca de Neil Armstrong cuando puso el pie en la superficie de la Luna.

«Un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad», piensa Jesper Sahlgren y se dispone a abrir el paquete con forma de cilindro.

Cuando los prismáticos captan movimiento detrás de la ventana, la sombra se oculta detrás del árbol. Al amparo del árbol.

Los prismáticos descienden.

El universo oye una profunda exhalación seguida de una sorda explosión y el ruido distorsionado del cristal roto sacude la solitaria mañana. Una figura flota por el aire como si de un astronauta se tratase y aterriza pesadamente sobre el césped de Vasaparken.

En el jardín de Vasaparken.

La sombra se aleja del árbol en completo silencio. Sobre la hierba yace algo amorfo, un humeante y deformado montón de carne negra.

Lo único que recuerda que era una persona es un obstinado reloj de pulsera que sigue haciendo tictac. Son las 6:29.

Junto a la raíz del árbol hay un montón de astillas frescas.

5

Mientras se dirige hacia la pila del correo del día, la comisaria Eva Nyman le dirige una rápida mirada al espejo gustaviano, la joya de la corona en su intento por adecentar su lúgubre despacho. La mirada acaba demorándose un poco.

Eva Nyman no es una persona que cuente demasiado sobre sí misma. Lo tomó por costumbre hace ya quince años, cuando le salpicó toda la mierda. Es consciente de que es un enigma para la mayoría de sus subordinados, que apenas saben de ella que ronda los cincuenta años. Lo cierto es que ni siquiera a su única amiga de verdad le ha mencionado el motivo por el que el cabello se le ha llenado de canas de forma repentina.

Sin embargo, ella lo sabe. No era su intención cortar el contacto. No era la intención del cosmos. Sus caminos no tenían que haberse separado. La naturaleza protesta.

Ella es consciente de todo esto. Aun así, se detiene frente al espejo.

¿En serio ya se le ha vuelto gris la mitad del cabello?

Sigue el surco de las arrugas, que le dan un carácter innecesariamente adusto, hasta llegar al cabello junto a las sienes. Se estira un poco e inclina la cabeza en distintos ángulos para verlo mejor. Por supuesto que sí: unas partes grises, otras marrones.

Se echa a reír y se dirige a su anticuado escritorio. Se pasa las manos por la elegante y bien combinada ropa, se acomoda frente a la mesa, se pone las gafas de lectura y exhala un suspiro antes de empezar con la pila de cartas. Le resulta curioso que lleguen tantas. ¿Acaso no vivimos en la era digital?

Entre el correo encuentra un sobre que parece confirmar sus pensamientos. La dirección está escrita a máquina, a la antigua usanza: «Comisaria Eva Nyman, NOA, Comisaría de Policía, Estocolmo». Se dice a sí misma en voz alta:

—Como un saludo de otra época.

Abre el sobre con un abrecartas y saca una carta escrita frenéticamente a máquina. Suspira profundamente y echa un vistazo al texto.

Las fuerzas del orden reciben demasiadas cartas de querulantes. Es evidente que enviar un correo electrónico no satisface la necesidad del mismo modo; puede que tenga algo que ver con la artesanía del propio trabajo manual, del trabajo físico.

Algunos fragmentos del texto la dejan embelesada: «Es hora de dejar que la santa ira arrase la tierra podrida en la que un día vivió el ser humano». «El mínimo estallido ya ha despedazado al hombre de acero sobre el mar amarillo». «Debemos visibilizar a los culpables, al otro lado de las ruinas de la decadencia». La carta está sorprendentemente bien escrita, pero eso no es suficiente para evitar que vaya a parar directamente a la papelera.

Eva Nyman tiene mejores cosas que hacer.

Aunque, si ha de ser sincera, lo cierto es que no las tiene. Su grupo y ella se encuentran «entre misiones». Claro que aún quedan algunos cabos sueltos, pero no pasará mucho tiempo hasta que se lleven a los pocos policías que le quedan para nuevas misiones en la otra punta (o incluso fuera) del Departamento Nacional de Operaciones de la Policía sueca, más conocido como NOA.

El martes sigue estando dominado por la gran noticia del domingo: la explosión, el hombre quemado cuyos restos han quedado esparcidos por el césped de Vasaparken. Eva Nyman ha visto las fotos. Es un caso para la policía de Estocolmo. Un caso importante, envidiable; una noticia de ámbito nacional que ha traspasado fronteras.

¿Por qué querría alguien hacer explotar una agencia de publicidad? Un domingo por la mañana, para más inri.

Sacude la cabeza y sigue ojeando los últimos delitos del mes, mientras siente que algo la carcome por dentro. No tiene la menor idea de qué se trata, más que la sensación de que algo se le ha pasado por alto.

Entonces, se topa con una actualización policial. Es cierto que se efectuó hace más de veinticuatro horas, pero la diferencia con la

descripción del suceso es bastante grande. Un depósito de gasolina que, al parecer, tenía una fuga, tras una investigación más precisa del Centro Forense Nacional ha resultado ser un artefacto explosivo.

Eva Nyman está a punto de dejar pasar el caso, pero se detiene. Hay un detalle.

Un campo de colza. Un terreno amarillo.

Eso hace que suenen algunas campanas en la distancia.

Se queda sentada durante unos instantes. El campo de colza. El mar amarillo. El hombre de acero.

¿Quién era la víctima? Un jefe de división de la empresa de acero SSAB, que circulaba a toda velocidad por la autopista de Uppsala, explotó y salió disparado hacia un campo de colza en el que su coche fue consumido por las llamas.

¿Y qué? Los delitos reales suelen ser objeto de las fantasías de frustración de los querulantes. ¿Por qué iba a tener que significar algo?

Eva Nyman se queda un rato sentada.

Entonces, se inclina con desgana y tira de la papelera. Aunque ya ha llenado de huellas dactilares tanto el sobre como la carta, vuelve a cogerlos con el mayor de los cuidados y los coloca sobre el escritorio.

El mensaje escrito a máquina tiene un estilo intenso, denso, y está ceñido a los bordes del folio; cuando el texto termina, se repite de forma incesante hasta llenar por completo toda la cara del papel. La otra cara está vacía. El texto dice así:

> Tened cuidado, descendientes tardíos del *Homo sapiens*. Es hora de dejar que la santa ira arrase la tierra podrida en la que un día vivió el ser humano. Pronto los rayos del sol dejarán de alcanzar a los inánimes entre las ruinas de la decadencia. Ya ha empezado. El reloj no puede seguir funcionando por sí mismo: hay que hacerlo avanzar con violencia. Es necesario quitar los frenos para que podamos sobrevivir. El mínimo estallido ya ha despedazado al hombre de acero sobre el mar amarillo. En el momento de escribir estas líneas, el embustero cae en picado sobre la tumba verde del parque. El salón del infierno no tardará en llenarse de terror. Esto es solo el principio. La recuperación acaba de empezar; debemos visibilizar a los culpables, al otro lado de las ruinas de la decadencia. Tened cuidado, descendientes tardíos del *Homo sapiens*…

La comisaria Eva Nyman se coloca las gafas sobre el canoso cabello

castaño y se queda sentada con la carta delante.

Está mejor escrita de lo que le había parecido tras el primer vistazo rápido; es una especie de dramatización, entre amenazadora y apocalíptica, del típico debate sobre el clima. «Estamos viviendo los últimos días, el reloj no puede seguir funcionando por sí mismo, hay que hacerlo avanzar con violencia». Aunque parece que a eso le sigue una críptica relación del atentado cometido recientemente. Lo que despedazó al «hombre de acero» sobre el campo de colza fue una bomba. También fue una bomba lo que lanzó al «embustero», el publicista, hacia la tumba verde de Vasaparken y lo mismo parece que sucederá con el «salón del infierno».

En el futuro.

Sin embargo, la carta contiene otra marca temporal que ahora mismo le resulta más interesante: «En el momento de escribir estas líneas».

Eva Nyman aparta un poco la carta para centrarse en el sobre. Observa el código de barras estampado en el papel, levanta el auricular y marca un número. Mientras espera a que responda alguien del servicio de mensajería de Postnord, piensa en dos cosas.

¿Por qué diablos le han dirigido esta carta personalmente a ella? ¿Cómo puede tratarse de algo personal?

La otra cosa en la que piensa es una expresión del texto que, de algún modo, está relacionada con la primera cuestión.

«Las ruinas de la decadencia».

6

El jefe del NOA, el Departamento Nacional de Operaciones de la Policía sueca, se encuentra en su no especialmente majestuoso despacho y levanta la mirada con expresión ceñuda. Sacude la carta, que está dentro de una carpeta de plástico transparente, y dice:

—Este texto es una auténtica locura.

La comisaria Eva Nyman está sentada frente a él, tratando de desengancharse con disimulo las gafas del pelo. Responde con una pregunta.

—¿Se había establecido ya alguna relación entre estas dos explosiones?

El jefe del NOA hace una mueca y sacude lentamente la cabeza.

—No —reconoce, al fin—, pero cualquier chiflado puede conectar dos crímenes que los medios han hecho públicos. Sobre todo, si al menos uno de ellos ha sido un caso espectacular.

Nyman interrumpe de nuevo su pelea con las gafas.

—El código —dice mientras intenta comprobar que no se nota que ahora las gafas le cuelgan del pelo.

El jefe del NOA la mira fijamente. Ella señala con el dedo y dice:

—La otra carpeta de plástico, Peter.

Él coge la otra carpeta y le echa una ojeada al sobre a través de la cubierta de plástico.

—Ahí hay un código de barras —indica Nyman—. Es la versión moderna de Postnord de un matasellos. Hoy es martes y el código impreso a máquina en el sobre indica que la carta se envió el viernes.

El jefe del NOA asiente con la cabeza y suelta un profundo suspiro.

—Y al publicista de Vasaparken no lo hicieron estallar hasta el domingo por la mañana.

Se observan el uno al otro durante unos instantes, con mutuo respeto y escepticismo. Es Eva Nyman quien rompe el silencio.

—El redactor de la carta no solo menciona dos atentados con dos muertes, una de las cuales todavía no se había producido, sino que también hace referencia a una atrocidad futura: el salón del infierno que se llenará de terror.

El jefe del NOA sacude la cabeza.

—De todos modos, no estoy muy convencido.

—La compañía de acero SSAB puede considerarse el peor enemigo del clima en Suecia, según se mire, y la agencia de publicidad A Dos Velas acaba de darle los últimos retoques a una campaña de publicidad nacional para la industria del petróleo, con varios líderes de partidos posando sonrientes junto a surtidores de gasolina. En el peor de los casos, nuestro remitente podría no ser más que un salvaje crítico de la civilización, como el Unabomber de Estados Unidos. Incluso podría tratarse de un grupo de extremistas climáticos.

Eva Nyman no tiene ninguna intención de suplicar. Está dispuesta a discutir, a defender su punto de vista hasta la tumba, pero no a suplicar. Lo que sea menos suplicar. No a Peter.

Él arruga la frente y da unos golpecitos con el boli.

—Lo que yo me pregunto es por qué la carta está dirigida de forma tan inequívoca a ti, Eva. ¿Existe una conexión personal?

Eva Nyman estaba esperando esta pregunta. Quiere posponerla, al menos hasta confirmar que tiene asegurado el caso, pero ¿cómo puede responder sin mentir, sin que sus palabras supongan una declaración que pueda volverse en su contra y atacarla por la espalda?

—La he buscado —dice Eva—, pero lo cierto es que no encuentro ninguna.

El jefe del NOA asiente con la cabeza y hace una mueca. Su rostro se relaja.

—No encuentro argumentos suficientes para quitarle el caso a la policía de la zona correspondiente —explica—. Tal como están las cosas, no puedo convocarlos.

Eva Nyman tiene toda una serie de argumentos en la punta de la lengua, pero permanece a la espera. Su jefe no parece haber terminado de hablar.

—Sin embargo —dice él con mucha seguridad—, quizá merezca la

pena hacer un seguimiento de esta posible pista terrorista en concreto.

Nyman se queda completamente inmóvil.

Finalmente, el jefe del NOA continúa:

—En estos momentos, tu grupo está relativamente ocioso y cada uno va por su lado. Tienes permiso para reunirlos y seguir la pista del activismo hasta el final... Lo que implica que también tendréis un nombre oficial, que se te comunicará después de la reunión de la jefatura de hoy. Eso sí, ni una sola palabra sobre terrorismo o sobre activismo ante el público. No podemos permitirnos ni pensar en ningún tipo de terrorismo climático a menos que esté confirmado al cien por cien. ¿Queda claro?

Nyman asiente con la cabeza. El jefe del NOA fija la mirada en sus ojos castaños y le sostiene la mirada durante un buen rato antes de continuar.

—Aunque no sé si eres capaz de asumir una tarea de supervisión en este momento, Eva, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

Nyman cierra los ojos, embargada por una inesperada sensación de alegría, y dice con toda la seriedad de la que es capaz:

—Estoy completamente segura de que soy capaz de asumirla.

Cuando vuelve a abrir los ojos, la mirada del jefe del NOA sigue clavada en ella. Parece que esté intentando leer la verdad en lo más profundo de su interior. Al fin, hace una breve señal con la cabeza.

—Bien —dice—. En ese caso, tu grupo puede seguir la pista, Eva. Pero con discreción. Tratad de no interferir en la auténtica investigación.

Nyman intenta mantener el rostro serio mientras se levanta con toda la firmeza posible.

El jefe del NOA la detiene y le dice:

—Pero tienes que hacer algo con esas gafas.

Eva camufla la risa con una tos y se queda de pie junto a la puerta. A pesar de todo, hay una expresión que se muere de ganas por pronunciar.

«Las ruinas de la decadencia».

Sin embargo, consigue contenerse; sería una estupidez dispararse al pie precisamente ahora.

Ya encontrará la manera de resolverlo.

«A puerta cerrada», piensa y cierra la puerta al salir.

7

La comisaria Eva Nyman está sentada en el estrado al frente del salón de actos al que, por algún extraño motivo, llaman la sala de espera. Está esperando a su grupo, que en estos momentos está bajo mínimos: por el momento, se compone de cero personas.

Lo lógico sería que se tratase de una sala en la que la gente espera. Al personal, por supuesto, aunque quizá también la jubilación, la muerte, o una carrera profesional que se ha quedado estancada. Lingüísticamente, también cabría la posibilidad de que fuera la propia sala la que esperase. La sala que espera. La sala que, a pesar de su miserable estado de salud, se ve obligada a esperar por toda la eternidad.

En medio del torrente de pensamientos filosóficos de Eva Nyman, aparece Annika Stolt (a quien todo el mundo llama, simple y llanamente, Ankan, «el pato») y mira con asombro a su alrededor. No suele ser la primera en llegar. Por una parte, Nyman está segura de que la enérgica policía rubia, que siempre parece llevar puesto el uniforme, se ha recuperado sorprendentemente bien tras los traumáticos acontecimientos del año pasado. No sabe con exactitud qué es lo que ha hecho Ankan, pero, desde hace un mes, ha adquirido un nuevo brillo.

«¿Un brillo?», piensa Nyman y sonríe para sus adentros. Puede que ella también acabe de adquirir un nuevo brillo, porque, cuando Shabir Sarwani entra en la sala, se queda mirando fijamente a su jefa durante más tiempo de lo habitual. Aunque, por otra parte, es posible que el móvil perpetuo del grupo, siempre tan observador, simplemente haya notado algo anómalo en el peinado de Eva Nyman, en la zona justo por encima del flequillo, donde al final había tenido que cortar un mechón de pelo para poder quitarse las gafas de lectura.

Entonces, llega Anton Lindberg, arrastrando consigo el nubarrón

que últimamente lo sigue de forma habitual. El fornido padre de familia se sienta y, como de costumbre, trata de colocarse el siempre demasiado largo e indómito cabello castaño claro.

Mientras Eva Nyman espera al último miembro del grupo, su pensamiento retorna una vez más a la expresión «las ruinas de la decadencia». Lo más seguro es que se trate de una casualidad. Sin pruebas concretas, es la única conclusión a la que se puede llegar. Claro que existe el riesgo de que se esté obsesionando con ello, al igual que existe el riesgo adicional de que esa fijación interfiera en la «auténtica investigación».

Cuando, finalmente, una mujer atlética de pelo rapado y con ropa algo holgada entra en la sala de espera, Nyman todavía no ha decidido qué va a hacer.

Sonja Ryd la saluda con un breve movimiento de cabeza y toma asiento entre Ankan y Sarwani. «Por suerte, hoy parece estar en buena forma», piensa Nyman, mientras se deja sorprender una vez más por la peculiar combinación entre el entrenamiento disciplinado y..., bueno, lo otro. El modo en que Sonja Ryd ha conseguido superar su pasado en las investigaciones de los peores delitos sexuales imaginables.

Eva Nyman intenta capturar la reacción del grupo, observar su entusiasmo cuando oigan la noticia.

—Hace ya tiempo desde la última vez que estuvimos aquí —empieza, se levanta y rodea el estrado—. Hace ya tiempo desde nuestro último caso de verdad, como grupo. Ahora volvemos a estar cerca de un caso muy sonado del que los medios se harán eco largo y tendido.

Todas las miradas están clavadas en ella. Con gran atención, sin distracciones. Con los oídos alerta. Expectantes. Bien.

—¿Estamos cerca de un caso? —pregunta Sonja Ryd al fin.

—Estamos siguiendo una pista que hay entre dos casos, y que podrían ser tres —responde Nyman, tal como tenía preparado—. Y, si resultan ser tres casos, serán uno solo.

—Suena como un acertijo un poco torpe —dice Ryd.

—Vamos a investigar si tenemos un hombre bomba en activo en Estocolmo en estos momentos —puntualiza Nyman—. Incluso es

posible que se trate de un grupo terrorista con motivos climáticos.

—¿Estamos hablando de Vasaparken? —pregunta Anton Lindberg —. ¿Eso no le corresponde a la policía de Estocolmo?

—El caso es suyo —responde Nyman—, pero no el aspecto terrorista. Tenemos que ser muy discretos con esto. Vamos a investigar si es posible relacionar el suceso de Vasaparken con un caso bastante menos sonado que ya hace un tiempo se descartó como accidente de tráfico. Una semana antes de que la bomba lanzara por la ventana de Dalagatan a Jesper Sahlgren, de treinta y siete años, explotó un BMW en la E4, a las afueras de Uppsala, con el jefe de división de la compañía de acero SSAB a bordo, Alf Stiernström, de sesenta años. Además, vamos a investigar si hay algo sustancial en una amenaza sobre un atentado. Y, por si fuera poco, hemos recibido un nombre oficial.

—¿Un nombre? —exclama Ankan.

—Abreviando: ahora somos el grupo Nova.

—Pero ¿qué cojones? —interviene Anton Lindberg—. ¿Qué tomadura de pelo es esta? El puto soporte informático se llama Nova.

—Ya lo sé —admite Nyman—. Tenemos el honor de llevar el mismo nombre que nuestro sistema de incidencias. Sin embargo, lo que realmente importa es que nos vamos a constituir como un grupo oficial, por lo que será más difícil que nos despidan.

—Nova dentro del NOA —dice Sarwani con un resoplido.

Durante unos instantes, se hace el silencio en la sala de espera.

—Has dicho «motivos climáticos» —recuerda Sonja Ryd—. ¿Acaso hemos recibido algún tipo de manifiesto?

Nyman observa a Ryd. En este preciso momento, se da cuenta de que la necesita. Ryd a la cabeza.

A ver cómo lo hace.

—No sé si se puede considerar directamente un manifiesto —dice Nyman, tecleando en el ordenador portátil que tiene delante. La carta aparece proyectada en la pared a sus espaldas. Nyman lee en voz alta.

> Tened cuidado, descendientes tardíos del *Homo sapiens*. Es hora de dejar que la santa ira arrase la tierra podrida en la que un día vivió el ser humano. Pronto los rayos del sol dejarán de alcanzar a los inánimes entre las ruinas de la decadencia.

> Ya ha empezado. El reloj no puede seguir funcionando por sí mismo: hay que hacerlo avanzar con violencia. Es necesario quitar los frenos para que podamos sobrevivir. El mínimo estallido ya ha despedazado al hombre de acero sobre el mar amarillo. En el momento de la redacción, el embustero cae en picado sobre la tumba verde del parque. El salón del infierno no tardará en llenarse de terror. Esto es solo el principio. La recuperación acaba de empezar; debemos visibilizar a los culpables, al otro lado de las ruinas de la decadencia. Tened cuidado, descendientes tardíos del *Homo sapiens*...

Cuando se apaga la voz de Eva Nyman, un silencio sepulcral se extiende por la sala de espera. Resulta difícil saber por dónde empezar. Nyman decide romper el silencio.

—La carta me la enviaron a mí personalmente, aquí, al NOA.

—¿Tienes alguna idea de por qué? —pregunta Shabir Sarwani.

—No, la verdad es que no. Bueno, ¿qué me decís del contenido de la carta?

—Es muy literaria —responde Sonja Ryd—. Quien la haya escrito es una persona culta.

—Un loco de remate con buen vocabulario —replica Anton Lindberg.

—Parece que su convicción es auténtica —opina Ankan.

—Se puede interpretar que las víctimas son criminales climáticos —constata Sarwani—. ¿Creéis que pudiera tratarse de una especie de Unabomber? Un idealismo distorsionado.

—También puede tratarse de un pobre chiflado, sin más —propone Lindberg.

—Bien —repone Eva Nyman—. Me alegra ver vuestro entusiasmo. Por supuesto, la cuestión fundamental es cómo han llegado las bombas al coche de Alf Stiernström y a la oficina de Jesper Sahlgren. Si descubrimos el cómo, descubriremos el quién.

—Supongo que nuestra máxima prioridad debería ser encontrar el «salón del infierno», ¿no? —Ryd señala el texto a espaldas de Nyman y continúa—: «El salón del infierno no tardará en llenarse de terror». Si vamos a creernos lo que pone ahí, «no tardará» significa que no disponemos de mucho tiempo. Entre los dos primeros casos pasó una semana, ¿no? Puede que ahora sea menos tiempo.

—Putos acertijos —gruñe Lindberg—. ¿Qué cojones es un salón del

infierno? ¿Se refieren a esta sala? ¿La sala de espera es el salón del infierno?

El grupo irrumpe en carcajadas.

—¿Creéis que es posible detener algo expresado de un modo tan vago? —pregunta Sarwani.

—Vamos a hacer todo lo posible —dice Eva Nyman—. Antes que nada, tenemos que crear una visión de conjunto lo más completa posible. Vamos a empezar hablando con los investigadores activos y los técnicos forenses. De ese modo, podremos saber cuanto antes si nos encontramos ante posibles terroristas. Por lo tanto, Nova hará hoy todo lo que pueda con el siguiente reparto de tareas: Anton se encargará del BMW y del jefe de división despedazado, Ankan se encargará de Vasaparken y del publicista a la parrilla, Shabir se encargará del impreciso «salón del infierno».

En mitad del profundo suspiro de Shabir Sarwani, Eva Nyman toma su determinación y concluye:

—Y Sonja vendrá conmigo.

8

Eva Nyman y Sonja Ryd entran en el despacho de Nyman. Ryd se dirige de inmediato al tresillo situado junto a la ventana, se deja caer en el sofá, se recuesta hacia atrás y mira a su alrededor.

—Tienes buen ojo para la decoración.

Nyman se echa a reír y se sienta en el sillón que está frente a ella.

—Puede considerarse un desafío —dice y golpea con la mano el tapizado de tela beis.

Las dispares amigas cruzan la mirada. Así es como se han sentado desde que Nyman fue nombrada comisaria, en este espacio aislado de confianza mutua y seguridad entre la elegante comisaria y la desgarbada inspectora. Un espacio en el que pueden decirlo todo, en el que no existen las habituales jerarquías. Nyman ronda los cincuenta años y Ryd tiene algunos menos, pero esa diferencia también desaparece aquí dentro. Por una vez, Eva Nyman no es un enigma, ni siquiera para sí misma.

—¿Solo quieres comprobar qué tal estoy o realmente tienes una misión secreta para mí? —pregunta Sonja Ryd sin dejar de frotarse el pelo rapado.

—Una cosa no excluye la otra —responde Nyman—. Aunque misión secreta es mucho decir. Extraoficial, a lo sumo. Pero sabes que también tengo que comprobar cómo estás. ¿Cómo diablos te mantienes tan en forma?

Los ojos azul claro de Sonja Ryd se vuelven más serios.

—Una adicción por otra —responde—. Cuando me entran las ganas por la noche, tengo que entrenar. La otra opción es darme a la bebida. Pero, oye, cuéntame qué es eso tan secreto.

—¿Solo por la noche, o qué?

—En lo que respecta a entrenar, puede que incluso más por la mañana, cuando se ha acumulado toda la ansiedad de la noche. Pero

ya sabes que eso no afecta a mi trabajo.

Nyman hace una mueca, lo que hace que Ryd se incline hacia delante y diga:

—En lo profesional, tú has tenido peores meteduras de pata que yo, Eva.

Nyman consolida su mueca.

—«Las ruinas de la decadencia» —dice.

Ryd asiente con la cabeza; Nyman percibe su agudeza.

—Dos veces —dice Ryd—. Es la única repetición en toda la carta.

—Me imaginaba que te darías cuenta. Se trata de una expresión muy especial. Y tú tienes un ojo muy especial, Sonja. ¿Te he hablado de mi primera experiencia como comisaria?

—No lo suficiente.

—Tenía un jefe que me enseñó todo lo que sé. Sigue siendo el mejor policía con el que he trabajado nunca. Odiaba el desarrollo tecnológico con todas sus fuerzas. Veía los riesgos antes que la mayoría de nosotros. Pero llevó sus convicciones demasiado lejos: se negó a hacer una triangulación para salvar a la víctima de un secuestro y eso supuso su muerte. Una muerte bastante horrible. Y el asesino sigue en libertad.

—Estamos hablando de Liselott Lindman, ¿verdad? —pregunta Sonja Ryd con asombro—. Ese caso es un clásico. No tenía ni idea de que habías estado involucrada.

—La jefatura policial dio el caso por cerrado y el grupo fue dispersado.

—¿Qué pasó con tu jefe?

—No continuó en el cuerpo.

—¿Y qué tiene que ver él con todo esto?

Nyman suspira profundamente.

—Era un friki de la naturaleza y un activista climático. Su expresión favorita era «las ruinas de la decadencia»: así era como designaba a la podrida época actual.

—¡Hostias! —exclama Ryd.

—Es obvio que el uso de «las ruinas de la decadencia» en dos ocasiones es algo muy vago para justificar una investigación

específica, pero nunca he oído a ninguna otra persona utilizar esa expresión. Esa carta refleja su forma de hablar. Además, él es el tipo de persona que encajaría en todo esto.

—En ese caso, necesito que me cuentes todo lo que recuerdes de él. Pero, antes que nada, ¿por qué iba a mandarte su manifiesto, o como cojones quieras llamarlo, precisamente a ti? ¿Teníais una relación tan cercana?

—Yo era su mano derecha.

—¿Y hacías el trabajo típico de la mano derecha de los tíos? No me jodas, Eva. ¿Te lo follabas?

Nyman se aclara la garganta y se dispone a explicar.

—Estaba casado y era un policía entregado a su trabajo que procedía de un entorno complicado. Todo apuntaba a que acabaría teniendo una carrera delictiva, hasta que su amor por la naturaleza lo salvó. Su amor por la naturaleza y un policía obstinado al que conoció en el correccional de menores y que le dio la murga hasta hacerlo entrar en vereda. Se metió en alguna escuela de conservación de la naturaleza, no recuerdo exactamente cuál, pero la dejó para hacerse policía. Llamó a su contacto policial y él lo engatusó para que entrara en la academia de policía y se convirtió en su mentor.

—Me da la impresión de que se trata de dos personas con las que debería hablar. Pero ¿qué pasó con él después de la hecatombe del secuestro? ¿Dónde está ahora?

—No tengo ni la menor idea. Nos distanciamos y él volvió a esa escuela de conservación de la naturaleza. Más tarde, oí que se había hecho preparacionista o algo así. Lo busqué en Google: no aparecía por ninguna parte, pero tampoco está registrado como fallecido.

—¿Preparacionista? ¿En serio? ¿En plan survivalista, que vive en el bosque sin agua ni electricidad? ¿Practica la supervivencia? ¿Desconfía de toda civilización?

—No es más que un rumor. Trata de averiguar todo lo que puedas. Empieza por esos dos en los que ya habías pensado: el antiguo mentor de Frisell, Edward Rasmusson, un comisario ya retirado con un alcance legendario en los correccionales de menores, y la exmujer, Nina Strömblad. Actúa con discreción.

—¿También ante el grupo, dices? ¿Con… el grupo Nova?

Nyman hace una mueca, una mueca fruto de la indecisión.

—Al menos al principio —responde—. Si se trata de un cabo suelto, lo olvidaremos sin más.

Se producen unos instantes de silencio. Sonja Ryd vuelve a observar el pequeño pero elegante despacho.

—Voy a encontrar a tu antiguo jefe —afirma Ryd al fin—, aunque sea para averiguar qué coño había entre vosotros. ¿Por qué te escribe esto a ti personalmente, Eva? No vamos a poder evitar esta pregunta.

Eva Nyman suelta un suspiro. Finalmente, dice:

—Creo que Lukas Frisell quiere que le dé caza.

9

Shabir Sarwani llegó a Suecia como menor no acompañado en una de las olas de refugiados afganos y lo fueron pasando de un lado a otro entre familias de acogida a cada cual más inadecuada (algunas islamistas, otras solo avariciosas). La conclusión que extrajo de la experiencia fue que debía convertirse en sueco lo antes posible.

Mentiría si dijera que durante su proyecto no se topó con unos cuantos obstáculos, pero, cuando inició sus estudios en el centro de formación policial en la Universidad de Umeå, obtuvo la máxima nota en todas las asignaturas. Según varios historiadores de la policía independientes, nunca antes en Suecia había sucedido tal cosa.

Sin embargo, cuando Sarwani celebró su trigésimo cumpleaños la semana pasada, no hubo un solo sueco de pura cepa entre los invitados. Con el mayor de los secretos, ha hecho que su misión en la vida sea ayudar a jóvenes descarriados a que vuelvan por el buen camino, hablar con ellos en su propio idioma justo antes de que caigan en las redes criminales de las zonas vulnerables. Al fin y al cabo, él mismo había acabado yendo a parar a una zona vulnerable en el seno de una familia funcional, donde había recibido una buena educación y un tiempo de ocio constructivo. Es cierto que fueron otros tiempos, pero mantiene su convicción de que de Rinkeby pueden salir ciudadanos destacables. Por consiguiente, celebró su trigésimo cumpleaños con estos jóvenes.

Claro que Sarwani no debería estar pensando en estas cosas ahora que se encuentra aquí sentado, completamente solo, en la oficina panorámica de lo que ahora es el grupo Nova, pero tampoco resulta sencillo mantener la concentración mientras todos los demás están ahí fuera con tareas de verdad, tareas de campo. En lo que debería estar pensando es en el salón del infierno.

Ese espacio que no tardará en llenarse de terror.

Es una auténtica tarea de mierda. Aunque puede que sea una tarea de mierda muy importante.

Si acaba resultando que se encuentran ante un caso real.

Decide empezar por el principio: ¿qué caracteriza al infierno y qué caracteriza a un salón? En el infierno hace calor, ahí es donde castigan a los malos, pero ¿qué es realmente un salón? ¿Un local grande y abierto? ¿Una sala de conciertos, un salón de actos, un salón comedor? ¿Una sala de espera que se llenará de terror, convirtiéndose así en un salón del infierno?

Los pensamientos de Sarwani fluyen hasta los grandes salones de Estocolmo: piensa en el ayuntamiento, piensa en el Grand Hotel, piensa en el Palacio del Príncipe Heredero, incluso piensa en el Palacio Real de Estocolmo. Su mente se pierde entre el esplendor y el lujo suecos antes de toparse con un problema.

¿Realmente es eso lo que dice la carta? ¿Se trata de una cronología? Primero, un salón de fiestas; después, un salón del infierno. ¿No sería más lógico que se tratase de un salón del infierno desde el principio, que posteriormente se llenará de terror?

Es decir, un salón caliente. Un salón caliente, abierto... ¿Podría ser una nave industrial? Todo lo opuesto a la frivolidad de un salón de fiestas.

¿Qué tipo de industria podría ser? ¿Una planta siderúrgica? La primera víctima, Alf Stiernström, era el jefe del gigante del acero SSAB. Es sencillo imaginar una nave industrial en la que el acero fundido fluye como en un salón del infierno.

Aunque el publicista estaba más metido en el tema del petróleo.

Sarwani hace retroceder sus pensamientos. Si la carta y los tres atentados (dos cometidos, uno por cometer) realmente están conectados entre sí, si de verdad hay un perpetrador común, ¿de quién se trata? Un primer esbozo.

El compromiso climático parece ser auténtico, puede que polifacético: es posible que el atentado dé visibilidad a distintos tipos de delitos climáticos. Hasta ahora, el criminal ha puesto en el punto de mira a la industria del acero y a la industria del petróleo. ¿Qué más puede haber? ¿Qué incluye en una sala caliente un criminal climático?

Una campanita suena en la cabeza de Shabir Sarwani. Internet. La red que actualmente consume el veinte por ciento de toda la electricidad del mundo. La crisis eléctrica de Suecia. La nube. Los gigantes digitales Facebook, Google, Amazon y Microsoft: todos cuentan con enormes centros de procesamiento de datos devoradores de energía precisamente en Suecia. La famosa nube, con ese nombre tan romántico, no existe; en realidad, se trata de ardientes y ruidosos «salones del infierno» despilfarradores de energía que, de forma bastante desproporcionada, se encuentran ubicados en pequeños países del norte, que se sienten tan halagados por el interés de los gigantes que les ofrecen ingentes descuentos fiscales a pesar de que crean muy pocos puestos de trabajo.

Si se hace una buena búsqueda en Google, se descubre que hay al menos una decena de centros de procesamiento de datos de gran tamaño en el país, desde Luleå, en el norte, hasta Staffanstorp, en el sur. Facebook ha apostado por el norte, Microsoft tiene centros un poco aquí y allá, Amazon en Mälardalen y Google en Dalarna. Por supuesto, también están los centros de las empresas informáticas nacionales, pero, entonces, la cantidad resulta abrumadora.

En la red hay muy pocas fotos del interior de las grandes salas y Sarwani presiente un gran secretismo más relacionado con los Estados Unidos que con Suecia. Sarwani llama a Eva Nyman; esta, además de darle una palada de elogios sinceros, le comunica que va a celebrar una reunión de urgencia con el jefe del NOA. En el mejor de los casos, podrán crear una estrategia para avisar de forma rápida y discreta a los gigantes digitales.

Shabir Sarwani compila una lista de todos los salones del infierno que logra encontrar y, de pronto, los ve con ojos de terrorista climático: enormes espacios calientes y estruendosos que alojan el monstruo que acabará por destruir nuestra civilización.

Está cada vez más seguro de que una de las salas de su lista muy pronto se llenará de terror.

10

Fueron demasiados los colegas de Anton Lindberg que resultaron afectados por los disturbios de Pascua como para que él pueda ignorar el asunto y continuar con su vida. Su alma quedó atrapada allí. Es un trauma que no puede superar, el nubarrón que siempre lo acompaña.

Los disturbios de Pascua se produjeron en abril de 2022, mientras Suecia estaba ocupada con el grotesco ataque de Rusia a Ucrania y la posible necesidad de unirse a la OTAN. Por supuesto, un provocador de extrema derecha tenía que celebrar la Semana Santa presentándose en una zona vulnerable del país para quemar el Corán. Su provocación tuvo un éxito inexplicable. Las facciones violentas de los manifestantes pasaron al ataque, pero no contra el provocador, sino contra la policía sueca.

Muy pocos atacantes resultaron heridos.

Sin embargo, entre los heridos hubo al menos trescientos policías.

Anton Lindberg no fue uno de ellos, pero estaba allí. Se encontraba en Rinkeby aquel fatídico quince de abril. Estaba convencido de que su cuerpo alto y fornido sería un elemento lo suficientemente disuasorio; en lugar de eso, vio cómo les lanzaban adoquines a la cabeza a sus compañeros. Vio el odio infinito en los ojos de los atacantes. La gestión policial no fue muy enérgica, pero él, a pesar de todo, siguió manteniendo la resolución de no disparar a bocajarro. Lo único que deseaba es que hubiera habido otra alternativa que no fuera recibir pasivamente pedradas en la cabeza.

Hasta aquí avanzan sus pensamientos antes de llegar a la salida cerca de Uppsala, donde el coche de policía lo está esperando. Su compañero uniformado tiene una cicatriz relativamente reciente en la cara. Por algún motivo, le entran ganas de preguntarle si se la ha hecho con un adoquín. ¿Qué es lo que quiere comprobar?

Se abstiene de decir nada. En lugar de eso, se arregla un poco el

obstinado cabello castaño claro y sigue con la mirada la dirección que indica la mano estirada de su compañero sobre el dorado campo de colza.

—El coche diésel salió volando directo hacia el biodiésel —dice el compañero, retira la mano y se acaricia la cicatriz.

—¿El biodiésel? —inquiere Lindberg.

—También ha florecido bastante temprano, la verdad.

A pesar de la proximidad de las grandes ciudades, se da cuenta de que el compañero es de la región. Puede apreciar el dialecto de la campiña de Uppland.

—Éster metílico de colza —continúa con un timbre característico.

Es entonces cuando Anton Lindberg ve lo que estaba señalando su compañero antes de retirar la mano: la colza aún no ha tenido tiempo de cubrir la marca quemada en el campo amarillo, sino que termina en el punto en el que está la huella que ha dejado el incendio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Lindberg.

El compañero uniformado finge tirarse de las orejas. Bastante más comedido, explica:

—Solo quiero decir que sería el lugar perfecto para mandar un mensaje. La colza ha florecido muy temprano este año y, si he entendido bien el motivo por el que tenemos que mantener informada al NOA sobre nuestro caso, es porque hay motivos climáticos.

—¿Y por qué sería el lugar perfecto para ello?

—El éster metílico de colza o EMC podría ser el biodiésel que acabará sustituyendo al diésel fósil, o mezclándose con él, y el coche que se quemó en el campo de colza fue un BMW diésel que derrochaba energía. Eso es todo lo que quiero decir.

—¿Y por qué estabais convencidos durante todo este tiempo de que se trataba de un accidente?

—Todos los indicios apuntaban a ello —responde el compañero con un gesto indeterminado.

—Déjame adivinar —dice Lindberg—. Un BMW, a más de doscientos por hora según los testigos, y un jefe de división que pasa la mediana edad a toda mecha.

—Y el dedo —dice el compañero de la cicatriz, dirigiéndose hacia el

coche.

—¿El dedo?

—Habla con los técnicos forenses y te lo contarán.

De regreso a Estocolmo, Anton Lindberg vuelve a cuestionarse su propia identidad como policía. Lo cierto es que está a punto de cambiar de opinión sobre la idea de que el fuego a discreción debería estar permitido para un policía amenazado. A pesar de todo, él se crio en una tradición democrática y humanitaria. No se hizo policía para matar, sino para hacer el mundo un poquito mejor. Para arreglar las cosas.

Eso era Suecia antes de los disturbios de Pascua.

Ahora que la mayor de sus dos hijas está a punto de empezar la educación secundaria, el miedo se ha apoderado de él. No pueden convertirse en víctimas.

Al mismo tiempo, sabe que ha tenido muchos compañeros competentes de origen extranjero, incluyendo a Shabir Sarwani; aunque él, en concreto, le resulte especialmente irritante. Lindberg también ha conocido a muchas personas que llevan una vida ordenada en las zonas vulnerables.

Aun así, algunas veces se despierta en mitad de la noche con una imagen repulsiva de su hija en la cabeza: ya no solo la llaman puta, sino que también sufre. Sufre físicamente. En ese momento, sabe lo que tiene que hacer, pero ya es demasiado tarde. Por lo tanto, solo le queda la venganza.

La palabra que está buscando es «prevenir». Anticipar, impedir, evitar. No puede permitir que se convierta en un hecho.

«Pero ¿cómo podemos evitar esta mierda? —piensa mientras se dirige al área del Centro Forense Nacional en Solna—. ¿Legalizamos todas las drogas?».

Lo conducen ante la técnica forense responsable en funciones, puesto que el responsable del día, al parecer, está ocupado. La sustituta se encuentra de pie ante un ordenador y teclea los datos necesarios. En el instante en que se dispone a hablar, Anton Lindberg dice:

—Más que nada, estoy interesado en el dedo.

La sustituta se queda mirándolo, pero no como si no lo entendiera. Solo está fingiendo, y lo hace muy bien.

—Todo lo que sabemos es que lo encontraron así —dice al fin.

—¿Puedes desarrollar eso un poco más? —pregunta Lindberg, sonriendo.

Ella parece darse cuenta de que no es una sonrisa que incite a la broma.

—El tipo hizo una peineta —explica de mala gana—. Posiblemente, al conductor al que estaba a punto de adelantar.

—¿Sabemos de quién se trata?

—Todavía no. Pero la mano derecha quemada está diciendo muy claramente «que te jodan». Puedes comprobarlo tú mismo.

—Una escena perfecta de película de terror —dice Lindberg, contemplando la pantalla—. Dime algo razonable sobre la bomba.

La sustituta se queda un instante con la boca abierta antes de decir algo razonable sobre la bomba.

—Hay muchos indicios que apuntan a que tenía un disparador remoto. Una carga explosiva efectiva. No conocemos exactamente su composición, pero parece estar bien equilibrada. La carga primaria quizá estuviera compuesta, principalmente, de ácido pícrico; la secundaria es posible que fuera diazodinitrofenol, DDNP.

—¿Quieres decir que la carga primaria es la que activa la carga secundaria, más grande?

—Es muy inestable, sí, y prende la carga secundaria, que es más estable pero también más potente.

—¿De fabricación casera?

Ella se encoge de hombros.

—Es muy probable —responde—. En ese caso, se compone parcialmente de fertilizantes artificiales. El informe está en camino.

—Pero, entonces, ¿eso significa que alguien estaba en las inmediaciones con un detonador e hizo estallar la carga explosiva?

—Todavía no sabemos cómo sucedió exactamente. Pero es posible, sí. Existen disparadores remotos con alcance suficiente.

Lindberg asiente con la cabeza y, de pronto, ve al técnico forense responsable del Centro Forense Nacional, el que estaba tan ocupado,

atravesar el pasillo a lo lejos. Pisándole los talones con pasos ágiles hay una mujer rubia, tan firme como elegante y con el pelo recogido.

—¡Ankan! —exclama Lindberg.

Ankan se da la vuelta hacia él, hace una breve mueca y continúa detrás del técnico forense responsable.

Anton Lindberg se siente un poco confundido.

—Un cambio de hegemonía —dice la técnica forense responsable en funciones con una sonrisa.

Lindberg la mira fijamente y ella se encoge de hombros.

—No te preocupes, pasa en las mejores familias. Las mujeres toman el control.

Lindberg se echa a reír y reconoce en su fuero interno que probablemente sea verdad. Y que puede imaginarse muchas opciones peores.

Ella muestra cierta compasión y lo consuela con estas palabras:

—Te enviaré toda la documentación por correo electrónico.

11

El técnico forense responsable de día del Centro Forense Nacional de Solna conduce a Ankan hacia su despacho, la invita a sentarse en una silla giratoria baja frente a su escritorio y, sin decir una palabra, gira la pantalla del ordenador hacia ella.

Durante los últimos meses, Ankan ha visto suficientes muestras de comportamiento masculino como para comprender que se trata de una demostración de poder. Pero también tantas como para que le importen una mierda. Además, ella ya ha recibido el impacto de su vida. En comparación con eso, la fotografía que cubre la pantalla es una imperceptible brisa de primavera.

La imagen muestra un cadáver chamuscado sobre el césped.

—Permíteme presentarte a Jesper Sahlgren —dice el técnico forense con una sonrisa.

—Hola, Jesper —responde Ankan con tranquilidad y se vuelve hacia su otro interlocutor, ligeramente más vivaz—. Parece que Jesper se ha quedado sin habla, así que creo que será mejor que tú me cuentes su historia.

El técnico forense se aclara la garganta, no sin cierta decepción, y dice:

—El análisis preliminar muestra que se trata de ácido pícrico como carga primaria y de DDNP como carga secundaria.

—¿Quieres decir que los explosivos de Vasaparken son similares a los que se encontraron en el BMW del campo de colza?

—Bueno —responde el técnico forense, dubitativo—, todavía estamos lejos para poder sacar conclusiones.

—Hazlo de todos modos —interrumpe Ankan.

El técnico forense suelta un quejido y continúa con su explicación.

—Es razonablemente similar, sí. Aunque, por otra parte, se trata de algo habitual en las bombas caseras. Es como si se pudieran encontrar

las instrucciones en Internet.

—¿Con la misma fuerza explosiva?

—No, la de Vasaparken era claramente mayor a la de la autopista. Si vamos a empezar a aceptar conclusiones demasiado precipitadas, podría decirse que el artificiero ha conseguido una mezcla más efectiva.

—¿Ha evolucionado?

—Yo aún seguiría manteniéndome...

—¿También es otro tipo de detonador? —interrumpe Ankan.

—Son dos funciones diferentes, sí. Un disparador remoto en la autopista y un detonador mecánico en la agencia de publicidad. Nada excepcional en realidad.

—La víctima parece estar bastante deformada, ¿no?

El técnico forense da la impresión de haberse recuperado de la decepción por la falta de conmoción de Ankan y empieza a mostrar un poco de entusiasmo profesional.

—El paquete contenía tornillos, tuercas y clavos. El médico forense sacó ciento doce objetos similares del cuerpo. Era muy parecida a la clásica bomba suicida, la verdad.

—El paquete, sí —dice Ankan, para no alimentar su entusiasmo—. ¿Era un paquete?

—Según nuestros datos, un paquete con impresos de prueba de una imprenta: una serie de fotografías de una campaña en curso de apoyo a la industria petrolera. Pero puedes discutir los detalles con los policías de la investigación.

—Esa es mi intención —dice Ankan. Se levanta de la silla y sale al pasillo.

Durante el trayecto de vuelta en coche, se deja sorprender un poco por su nueva actitud. Por lo rápido que ha sucedido. Se arregla el moño con el que sostiene el cabello rubio que le llega por los hombros y echa un rápido vistazo al retrovisor. Seis meses atrás, jamás lo habría creído. Entonces tenía treinta y siete años, una hija quinceañera y estaba muerta. Al menos, espiritualmente.

Ahora Ankan tiene treinta y ocho años, su hija dieciséis, y está viva. También espiritualmente. Y vive bien.

No tiene ningún motivo para deshacerse del apodo que lleva desde la academia de policía. Annika Stolt recibe a Ankan con los brazos abiertos y un gran orgullo.

Nadie que no haya pasado por la experiencia puede imaginarse de verdad lo que se siente al recibir una sentencia de muerte. Es decir, procedente de la nada, completamente de improviso. Una está tan tranquila con la batidora en la mano cuando llaman a la puerta; está sonriendo mientras prepara la cena. Recuerda con toda nitidez la salsa bechamel goteando de la batidora, como a cámara lenta. Recuerda que su hija Lina estaba en la cocina y pudo oírlo todo.

Jörgen era ingeniero de la construcción. Fue un accidente laboral: le cayó encima un bloque de cemento desde una grúa. No quedó ningún resto que enterrar.

Como si eso hubiera supuesto alguna diferencia.

Ankan regresó al trabajo un par de semanas después. Eso era lo único que sabía hacer. No tenía ni idea de cómo lamentar su pérdida; ni siquiera está segura de saber hacerlo ahora.

Pero, de pronto, sabe cómo seguir adelante.

Cuando una lleva más de un año prohibiéndose a sí misma vivir, acumula mucha vida reprimida. Ahora se ha quitado los grilletes.

Citas por Internet: así de fácil había sido.

Jörgen había sido el único para ella. Nadie antes que él, nadie durante, nadie después. Hasta ahora. Había sido como una revelación.

Ankan gira por Dalagatan y mira hacia la fachada hasta que ve el gran agujero negro en el que alguna vez estuvo la ventana. A estas alturas, ya han retirado el cordón policial y han plastificado el agujero de la pared; aun así, parece que pequeñas multitudes se siguen reuniendo por Vasaparken. No cabe duda de que se trata de una vista espectacular.

Distingue a los dos hombres con los que se ha citado; aparca de cualquier manera subiendo un poco al bordillo, sale del coche y les estrecha la mano.

—Inspectora Stolt —la saluda el mayor de ellos, señala con el dedo desde el agujero en la fachada hasta una mancha negra en el césped y continúa—: ¡Menudo vuelo!

—¿Es cierto que Jesper Sahlgren abrió un paquete?

El inspector más joven capta su mirada. Tiene el cabello negro y sus ojos marrones oscuros reflejan una agudeza peculiar. Ankan no quiere apartar la mirada de ellos.

—Esperaba que el paquete apareciera el viernes después de comer —responde él con voz de barítono—. No llegó hasta el sábado a última hora de la tarde. Frida Söder, la chica para todo de la agencia de publicidad, fue desde Rimbo a recogerlo y dice que tuvo que esperar varias horas por él. Cuando, al fin, llegó el paquete, Söder le envió un mensaje a Sahlgren, que tenía tanta curiosidad que se presentó allí el domingo por la mañana temprano.

—Sobre las seis, sí, presumiblemente sobrio —dice Ankan, asintiendo con la cabeza—. Supongo que habéis hablado tanto con Frida Söder como con la empresa de paquetería, ¿no?

—Os enviaremos las copias de la investigación preliminar —masculla el mayor—. Ya que parece que el NOA está metiendo las narices.

—¿Qué más? —inquiere Ankan, girándose hacia el inspector más joven, que no lleva alianza.

—Söder parece ser de total confianza —responde él—. Por el contrario, no logramos localizar al mensajero, un tal Dedik Jaya, ciudadano de Indonesia. Hizo una última entrega el sábado antes de irse de vacaciones. Pero no hay nada extraño en su pasado. Lo único atípico era que el coche estaba aparcado de forma un poco chapucera en el aparcamiento de DHL en Västberga y las llaves estaban en la guantera. Pero a veces pasan esas cosas cuando los conductores están estresados.

—Alguien tiene que saber dónde está. Disculpa, ¿cómo te llamas?

—Soy el inspector adjunto Rahim Abdulhamid. Los amigos dicen que está en el norte de Noruega: al parecer, Dedik Jaya soñaba con los fiordos. Hemos enviado una solicitud a la policía noruega, pero la cosa no está muy clara.

—Muy bien, Rahim —dice Ankan—. Y, personalmente, ¿tú qué opinas?

El joven inspector parece algo sorprendido, como si nunca hubiera

considerado que alguien pudiera preguntarle su opinión.

—Los impresos ya estaban listos —responde al fin Rahim Abdulhamid—. Jesper Sahlgren estaba muy metido en el proyecto y habían pasado el sábado trabajando para tenerlo todo listo. Por la tarde terminaron una impresión de prueba en Jordbro. Un responsable de producción contactó con la empresa de mensajería habitual de la imprenta y, según la directiva, avisó a Jesper Sahlgren quien, a su vez, contactó con Frida Söder.

—¿Habéis hecho que Frida Söder y un caricaturista de la policía esbocen una imagen del mensajero que entregó el paquete a la agencia A Dos Velas? ¿Y habéis comparado la foto con el famoso mensajero, Dedik Jaya, que recogió el paquete de la imprenta en Jordbro? Y, por supuesto, ¿habéis contrastado la hora a la que la imprenta le entregó el mensaje al mensajero y la hora a la que el mensajero dejó el paquete en la agencia de publicidad?

Al ver que Rahim Abdulhamid guarda silencio, algo avergonzado, Ankan toma una decisión: no habrá citas esta noche.

—Muy bien —dice Ankan—. Doy por hecho que vosotros dos habéis dejado vuestros números de teléfono en el archivador para que podamos localizaros rápidamente, ¿no?

Está aprobado; tiene el visto bueno. Había sido precisamente su hija Lina la que había acabado por hartarse y, una tarde en la que su madre se encontraba tumbada mirando fijamente a la pared, la había hecho reaccionar con estas palabras: «Yo también lo echo de menos, mamá, pero tienes que hacer algo ahora mismo». Había sido como una de esas películas *feel good*.

Los dos inspectores de Estocolmo asienten a regañadientes antes de retirarse. Ankan consigue captar la mirada de Rahim Abdulhamid; el joven se detiene y Ankan escudriña sus ojos marrón oscuro, pero no está del todo segura de que él la haya entendido. ¿Una aclaración supondría un insulto a su inteligencia? Sin embargo, decide hacerlo: se lleva la mano derecha a la oreja con el meñique y el pulgar estirados, como si se tratase de un teléfono.

Él sonríe y hace una breve señal de asentimiento con la cabeza.

También sonriente, Ankan observa cómo el coche camuflado de los

inspectores acelera hacia Kunsgholmen. Entonces, da un corto paseo por los alrededores, de forma concéntrica desde el área quemada en el césped.

Por una vez, se ve embargada por una agradable sensación de tranquilidad. Mira hacia la fachada al otro lado de la calle y observa un árbol un poco más allá de Dalagatan.

Hay una inscripción en el tronco, a la altura de los ojos.

Esto es Vasaparken, Odenplan, el centro de Estocolmo: una parte del mundo en la que hay gente día y noche. Lo que está viendo pueden haberlo grabado en cualquier momento y puede significar cualquier cosa.

Pero Ankan es policía, una policía de verdad, y su instinto le dice que podría tratarse de una pista. Saca el móvil y toma una foto de la inscripción del tronco.

Se trata de dos círculos.

Uno dentro del otro.

12

Sonja Ryd está sentada en un cuarto de estar que huele a anciano viudo. No es un olor desagradable, en absoluto; sin embargo, le resulta chocante que las casas de todos los viudos bien conservados huelan del mismo modo. En las casas de las viudas, el olor es muy diferente.

El sol de primavera entra por la ventana sucia e ilumina al anciano que lleva a la mesa la cafetera y las tazas de café, la jarrita de crema, el azucarero y un plato de galletas. A pesar de que tanto el juego de café como los movimientos son de una época pasada, la sombra que proyecta parece pertenecer a un hombre bastante más joven, a su joven yo.

Ryd se pasa la mano por el pelo rapado y sonríe a Edward Rasmusson mientras este se sienta sobre su sombra.

Rasmusson era el jefe de policía del distrito de Estocolmo cuando se produjo la gran reforma policial de 2015, ocasión que aprovechó para jubilarse. Cuando estaban en ese punto de la conversación, se había ido a la cocina a preparar el café.

—Y nunca me he arrepentido de ello —continúa, como si no hubieran transcurrido veinte minutos desde sus últimas palabras.

—La verdad es que la reforma no fue exactamente lo que esperábamos —reconoce Ryd.

—Sobre todo, estaba más que harto de la administración.

Dan unos sorbos al café. Ryd moja una galleta.

—Lukas Frisell era uno de los policías más prometedores con los que me he topado nunca —continúa Rasmusson—. Tenía la predisposición correcta. Veía más allá de los delincuentes.

—Se dice que tú lo salvaste de meterse por el camino del crimen.

El enjuto anciano esboza una leve sonrisa y se encoge de hombros; recuerda, en cierto modo, a un pájaro.

—Él se salvó a sí mismo. Pero es cierto que mi puesto de entonces

dejaba espacio para algo que ya no tiene lugar: visitar como policía los correccionales de menores y hablar con los jóvenes en las zonas de riesgo. Lukas tenía dieciséis años y, sin lugar a duda, estaba en una zona de riesgo. Estamos hablando de principios de los ochenta. Él se había criado cerca de la naturaleza en una zona rural del norte, su padre murió debido a su alcoholismo grave y la madre cogió a su hijo y se mudaron al centro de Vällingby. Choque cultural, falta de adaptación, todas esas cosas. Recuerdo especialmente una conversación que mantuve con él, durante la que pude ver la luz en sus ojos. Hablamos de la naturaleza.

—¿De la naturaleza? ¿De su interés por la naturaleza?

—Sí, y yo le dije que tenía opciones, siempre que evitara los antecedentes penales. Me llevó mucho tiempo conseguir entenderme con él. Le propuse la Brigada de Cazadores de Norrland, que era lo más cerca que uno podía estar de la naturaleza dentro del ejército. Aunque primero recibió permiso para terminar el bachillerato. Lo admitieron en una formación técnica de dos años, una especie de ingeniería química. Creo que el tiempo que pasó como soldado cazador realmente lo ayudó a reconectar con la naturaleza. Más tarde, solicitó plaza en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia y empezó a estudiar Agronomía.

—¿Agronomía? ¿Para ser campesino?

—Bueno —sonríe Rasmusson—. Pero, sí, más o menos para ser campesino. Aprendió a labrar la tierra. Aunque después hubo algo que hizo que quisiera cambiar de rumbo. Una noche me llamó para preguntarme cómo hacerse policía.

—¿Y tú lo metiste en el cuerpo?

—Eso es mucho decir. Es posible que yo le hiciera comprender lo valioso que podría ser su pasado dentro del cuerpo.

—Así que, si nos detenemos aquí un poco, tenemos a un Frisell con las siguientes cualidades: cercanía práctica a la naturaleza, criminalidad, ingeniería química, habilidades de soldado cazador, competencia agrícola. Antes de meterse siquiera en la policía, encaja bastante bien como nuestro autor del delito.

Rasmusson suspira profundamente y dice a regañadientes:

—Por entonces, todavía no había desarrollado su aversión a la tecnología.

—¿La que le costó la vida a Liselott Lindman en 2008?

—Eso nunca lo sabremos. Pero Lukas quedó destrozado, dejó el cuerpo de policía y se sumió en una crisis personal. Después, encontró algún tipo de sentido en la crisis climática; ya había advertido desde el principio que estamos destruyendo nuestro propio planeta. Eso lo impulsó a buscar el retorno a la naturaleza, a la Universidad de Ciencias Agrícolas, y allí estudió todo lo que pudo y se hizo profesor.

—¿Fue profesor en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia?

—Sí, buscaba una existencia desconectada. Yo intenté seguirlo un poco a distancia.

—¿Lo seguiste cuando se convirtió en un preparacionista aislado en el bosque?

—Por supuesto, no funcionó —sonríe Rasmusson—. Pero… espera un momento.

Rasmusson se incorpora; es como si él y su sombra se hubieran cambiado de lugar. Desaparece ágilmente por una puerta que no había utilizado antes.

Ryd lo oye trajinar al otro lado y se queda pensando, preguntándose por qué tiene esa sensación de que hay algo que no encaja. ¿No parece como si el viejo jefe de policía se estuviera conteniendo? ¿O quizá sea solo una cuestión generacional? ¿Los hechos antes que las emociones?

Cuando Rasmusson regresa, sigue siendo su sombra la que tiene el control. Se sienta de forma enérgica, saca un recorte de periódico de una carpeta de plástico y empieza a leer.

—«Sabemos que ha llegado el momento. Hay grandes urbes en el planeta Tierra a las que no llegan los rayos del sol. No podemos seguir limitándonos a esperar. Tenemos que actuar, todos y cada uno de nosotros. Si queremos sobrevivir, tenemos que hacer que los responsables asuman su responsabilidad. Debemos visibilizar a los culpables».

Ryd parpadea varias veces más de lo normal. No cabe duda de que el tono le resulta familiar. Es algo menos objetivo, pero el espíritu de la carta está ahí, incluyendo determinadas expresiones.

—Una breve carta al director del año 2013 —dice Rasmusson y se coloca las gafas de leer—. Se publicó en la revista para socios de Greenpeace. Lukas escribió muchas cartas al director durante el año que pasó en la Universidad de Ciencias Agrícolas. Son textos bastante tremendistas.

Ryd se apoya sobre la mesa y le sostiene la mirada.

—¿Reconoces la expresión «las ruinas de la decadencia»?

—No —dice Rasmusson con el ceño fruncido—. Pero suena como una expresión que bien podría aparecer en sus cartas al director.

Ryd asiente con la cabeza un par de veces antes de decir:

—A pesar de todo, tengo la impresión de que no sabes quién es Lukas Frisell.

Rasmusson suelta una risilla; la sombra vuelve a dejarse caer sobre el sofá.

—Cuando era joven siempre me sentí un poco fuera de lugar —explica—. Oí hablar de los trastornos neuropsiquiátricos demasiado tarde y comprendí lo bien que encajaba con lo que actualmente se llama el espectro autista. Imagina lo que es haber llegado tan lejos en tu carrera profesional sin tener ni idea de ello. ¿Me disculpas, Sonja Ryd, si te pregunto si, por alguna casualidad, no tendrás un diagnóstico?

Ryd se queda sentada un momento y se pasa la mano por la cabeza rapada.

—SPS —responde al fin, sin retirarle la mirada.

Rasmusson asiente con una sonrisa que parece paternal.

—Sensibilidad en el procesamiento sensorial —confirma—. Tengo una hija que también siente las cosas con extrema intensidad. Pero yo no soy así. Lukas Frisell es lo más cercano a un hijo que he tenido en mi vida y, aun así, no lo conozco especialmente bien, en eso tienes razón. Nunca he logrado aprender los sentimientos y la conexión. Para eso tendrás que localizar a su exmujer, Nina.

—Allí me dirijo —dice Ryd mientras se levanta.

Ludwig Rasmusson la sigue hasta la puerta de la calle y se despiden con un débil apretón de manos. Cuando Ryd ya ha avanzado unos pasos por el sendero del jardín, Rasmusson dice:

—Sabes que puedes recibir ayuda, ¿verdad? Mejor ayuda.

Ryd asiente de espaldas a él y se apresura a doblar la esquina hasta llegar al coche patrulla, junto a un sencillo campo de fútbol. Una vez en el coche, busca a tientas la botella de agua mineral medio llena entre los asientos. Contiene un líquido amarillo claro y sin burbujas.

El sabor del sauvignon blanc tibio no permanece durante mucho tiempo en su boca; traga demasiado rápido, demasiadas veces. Sonja Ryd mira la botella y hace una mueca. Está casi vacía. Da un rápido paseo alrededor del campo de fútbol, una vuelta, dos vueltas, tres; entonces, regresa al coche y saca un pequeño objeto negro del bolsillo de la chaqueta. Sopla en él con fuerza y observa cómo la luz parpadea entre el rojo y el verde, hasta que el diodo verde gana el juego.

Sonja Ryd estira el cuello hasta hacerlo crujir. En el mismo instante en que arranca el coche, oye una voz. Es la voz de una sombra.

«Sabes que puedes recibir ayuda, ¿verdad? Mejor ayuda».

13

Como de costumbre, en el majestuoso edificio hace un calor espantoso. No hay muchas personas presentes, ya que la actividad que se lleva a cabo apenas requiere personal, a pesar del bombo que le habían dado.

Mehrdad Golbahar, director técnico local del centro de procesamiento de datos de Amazon en Västerås, se encuentra en mitad de su ronda de control de todos los servidores. El calor reina en la sala; sin embargo, para él lo peor ha sido siempre el ruido. Ha intentado encontrar unos buenos auriculares que lo aíslen de todo, pero, hasta ahora, nada ha funcionado. Además, los cascos le dan más calor aún.

En la actualidad, se conforma con auriculares normales. La música puede dejarla para el tiempo libre. Por desgracia, son bastante malos y dejan pasar el ruido. Como ahora.

Lo que suena es un mensaje de texto procedente del departamento de entregas: un nuevo paquete de la sede principal ha sido entregado en el puesto habitual.

El lugar no se encuentra de camino al siguiente punto de control de Golbahar, pero podría dar un pequeño rodeo. Espera que no se desate ninguna alarma en Seattle, allí donde tiene lugar toda la actividad auténtica, en un centro de procesamiento de datos que supervisa todos los demás centros. Por otra parte, la verdad es que no tiene ningún motivo real para dirigirse allí, más que el deseo de romper con la rutina, como una pequeña sublevación. Es un deseo inesperadamente fuerte.

Mehrdad Golbahar se desvía de su camino previsto. Gira a la izquierda en lugar de a la derecha entre los enormes y ruidosos servidores. Después, avanza entre las máquinas hacia el lugar en el que le suelen entregar al director técnico local los paquetes

procedentes de la sede central. Por lo general, se trata de tarjetas de memoria actualizadas, nada del otro mundo.

Mientras gira por la última de las estrechas filas de servidores y llega a un pasillo más ancho, dirige la mirada hacia una cámara de vigilancia de alta tecnología y se pregunta si podrán verlo desde Seattle en estos momentos. Tras dar varios pasos por el pasillo, llega a una mesa situada entre un par de racks de servidores que parpadean vagamente. Sobre la mesa hay un paquete bastante grande.

Es de la sede central.

Nada que vaya a cambiarle la vida.

La cámara de vigilancia muestra la esquina de un edificio industrial anónimo. Como no hay ningún punto de referencia, resulta complicado estimar el tamaño del edificio. Todo está tranquilo.

Reina un completo silencio.

La ausencia de ruido hace que el transcurso de los acontecimientos resulte fantasmagórico.

La esquina del edificio industrial es arrancada y succionada por el suelo. Un torbellino de polvo lo cubre todo. Finalmente, el torbellino cesa su movimiento. Es como si la transmisión se hubiera detenido, sin más. No se ve nada.

Entonces, el polvo también se asienta.

Es como las imágenes de los drones de Irak. Una persona muy pequeña sale tambaleándose del edificio y cae hacia delante. Algo sale rodando de la persona.

Podría haber sido una cabeza.

El ordenador portátil se cierra de golpe; la imagen desaparece.

Solo se oye la respiración profunda del universo.

14

Sonja Ryd le toma simpatía a la exmujer de Lukas Frisell enseguida. Sobre todo, cuando esta la guía hacia el cuarto de estar de Nackavilla con las siguientes palabras:

—Me resulta demasiado fascinante la palabra «redivorciada».

Más del ochenta por ciento de todas las terrazas altas de Suecia están destinadas a impresionar. Definitivamente, esta a la que Ryd se deja llevar es una de ellas. Dos copas de champán centellean bajo el sol de primavera, como si las hubiera colocado allí un discreto mayordomo invisible. Ryd se sienta en algo que recuerda a una hamaca y puede ver en su interior cómo la luz del alcoholímetro parpadea entre el rojo y el verde.

—¿Así que eres redivorciada? —pregunta mientras observa a Nina Strömblad que, con su eterna agilidad de bailarina, se sienta al otro lado de la mesa.

—Correcto —responde Strömblad mientras levanta la copa de champán.

Aunque Nina Strömblad parece dedicar toda su atención a su propio aspecto, Ryd considera que también tiene una gran inteligencia. Sobre todo, por haber sobrevivido a dos divorcios sin irse a pique.

—Un brindis por los divorcios —dice Strömblad.

Ryd alza la copa y se limita a rozarla con los labios.

—¿Qué tal si hablamos de Lukas Frisell? —pregunta.

—¿Tema delicado? —sonríe Nina Strömblad—. Te rodea un claro aura de divorcio, lo he notado desde el minuto uno. Cuéntamelo.

—¿Esa es la llave? —pregunta Ryd—. Para que tú también hables, quiero decir.

—Podríamos decirlo así. La llave, la contraseña, el código, lo que sea. *Quid pro quo, darling.*

El primer instinto de Sonja Ryd es mentir. Sin embargo, confiesa:

—Fui infiel y él me dejó.

—¿Y entonces decidiste cortarte así el pelo? —sonríe Strömblad—. ¿Porque te sentías como una mujer rapada? ¿Una traidora a la patria?

Ryd no es capaz de evitar su sempiterno gesto y vuele a pasarse la mano de forma enérgica por el pelo rapado.

—Está empezando a gustarme —asegura—. ¿La puerta abierta ya está abierta?

—Entreabierta —responde Nina Strömblad—. ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber dónde está Lukas Frisell.

Strömblad se recuesta sobre la silla, asiente lentamente y echa otro trago a la copa de champán.

—Comprendo —dice—. Supongo que sabes que era un policía extraordinario.

—Eso es lo que estoy tratando de constatar. Solo necesitamos hablar con él.

—Su frase favorita era: «Solo necesitamos hablar con él». Lo hacía estallar en grandes carcajadas. Será mejor que seas sincera, Sonja.

Ryd observa a su interlocutora. Tras un largo matrimonio, siguen revoloteando toda clase de sentimientos.

—Se trata de un delito en nombre del clima —explica.

—Comprendo —dice Nina Strömblad y se convierte en otra persona.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Bueno, es que él se volvió muy intransigente en ese aspecto. A menos que solo lo estuviera fingiendo, claro.

—¿Se volvía intransigente cuando hablabais del clima?

—Pero eso era entonces —se apresura a decir Strömblad—. Ahora no.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué tipo de contacto mantenéis ahora?

Strömblad vuelve a meterse en el papel de mujer urbana redivorciada y le dirige una sonrisa forzada.

—Contacto espiritual, por supuesto.

—Te agradecería que no me hicieras perder el tiempo.

—Vamos a ver, Sonja, no tenemos ningún contacto. Lukas ha mantenido su promesa de no regresar nunca. Se puede decir con toda tranquilidad que éramos una pareja dispar.

—¿Los opuestos se atraen?

—Al principio, siempre. A la larga, nunca.

—¿Y la brecha que había entre vosotros se debía al compromiso climático?

—Con el compromiso yo no tenía ningún problema. Se trataba más bien de pasión. El problema era la falta de adaptación: sencillamente, a él no le gustaba la ciudad. Él quería una casa en el campo, mientras que, para mí, todo Estocolmo era una casa de campo. ¿Para qué queríamos otra?

—La verdad es que aquí naturaleza no te falta —dice Ryd, señalando con la mano el extenso y obscenamente bien cuidado jardín.

—Naturaleza domesticada —dice Strömblad con una sonrisa—. ¿De verdad crees que a Lukas le gustaba esto? El jardinero retoca cada arbusto día sí y día no.

—Tampoco eras exactamente la vieja urbanita Nina Strömblad, ¿no?

—Por aquel entonces yo era Nina Frisell. La bailarina Nina Silfversparre de Frisell. Lukas podría haberse quedado con la mitad en el divorcio, pues yo no sabía lo que eran las capitulaciones matrimoniales. Pero él no quería posesiones de ningún tipo: incluso dejó atrás un montón de chismes que yo me llevé conmigo y que ahora están en el desván. Salta a la vista que eres aficionada a la terapia, así que puedes psicoanalizar tú misma los motivos.

—¿Sigue habiendo sentimientos?

—Lukas era una fuerza primitiva, un ser completamente auténtico. Desde entonces, en los hombres no he encontrado más que naturaleza domesticada. Incluso me busqué uno que era todo lo opuesto a él cuando desapareció, y lo cierto es que el viejo Strömblad me vino como anillo al dedo. No tenía ni un hueso de verdad en todo el cuerpo. Entonces, fue mi turno de no firmar las capitulaciones matrimoniales. Por eso estoy aquí, con un jardinero y un mayordomo, disfrutando de mi condición de redivorciada en las ruinas de la decadencia.

—¿Como Lukas solía decir?

Strömblad escudriña a Ryd.

—¿Solo «necesitáis hablar con él»? —dice al final—. Y, aun así, ¿conocéis una de sus expresiones favoritas más antiguas? Está extraída de uno de los sermones funerarios del romántico Franzén, que dice que «solo el honor de la memoria brilla sobre las ruinas de la decadencia». Es decir, sobre el presente.

Sonja Ryd toma nota y continúa su interrogatorio.

—¿Y no sabes dónde se encuentra actualmente? ¿Estás diciendo la verdad?

Nina Strömblad asiente con la cabeza, sin el menor signo de inquietud.

—Aunque no lo parezca, ha pasado ya mucho tiempo. Nos divorciamos en la primavera de 2009. Desde entonces, no hemos tenido ningún tipo de contacto en absoluto.

—¿Y qué hay de sus amigos? ¿Tiene contactos? ¿Hay alguien con quien podamos hablar?

—Su antiguo mentor, por supuesto. Edwar Algo-son. Por lo demás, Lukas no era una persona muy sociable. Sus padres están muertos y no tiene hermanos. Tenía un colega llamado Rudolfsson, puede que Aron, con quien salía a correr, en plan maratón. Había también un par de tipos raros con los que charlaba en distintas situaciones, llamados Kalle Råman y Lelle Bergis. Y luego estaba esa chica policía… ¿Cómo se llamaba? ¿Eva Nyström?

—¿Eva Nyman?

—Es posible que fuera eso, sí —responde Strömblad con un singular tono de voz.

—¿Y cuál era su relación con esa Nyman? —pregunta Sonja Ryd con tono neutral.

Nina Strömblad la observa con una sonrisa tan curiosa como exploratoria.

—Decía que era su única amiga femenina —dice entonces.

—¿Y tú no sospechabas nada más?

—No tenía motivos. Al fin y al cabo, si hubo algo que conservamos hasta el final, fue la pasión. Me folló mientras yo tiraba el anillo de bodas por el váter.

Ryd consigue camuflar la risa con una tos.

—Da la impresión de que él no aceptó el divorcio en realidad, ¿no?

—Claro que lo aceptó. El divorcio suponía una derrota, pero algo en su interior anhelaba... no sé... un auténtico periodo de soltería. Era algo que Lukas nunca había tenido y lo cierto es que lo necesitaba. A diferencia de mí.

—¿De ti, que elegiste al viejo Strömblad?

Nina Strömblad vuelve a reír.

—Eso fue más bien una elección pecuniaria.

—¿Y con Lukas nunca hablasteis de... tener hijos?

Strömblad sonríe para sus adentros y sacude la cabeza.

—La verdad es que ninguno de los dos quería tenerlos, no. Por motivos muy diferentes. Lukas se negaba a traer niños a las ruinas de la impermanencia y yo era demasiado egocéntrica. O quizá fuera la idea de una familia nuclear lo que me echaba para atrás. Igual que tú, supongo.

Sonja Ryd se queda mirando un rato al vacío, hasta que dice:

—¿Te supondría una gran molestia subir al desván?

Strömblad tarda un rato en comprender. Entonces, muestra una sonrisa algo astuta y se pone en marcha. Ryd la sigue y vacía su copa de champán por el camino.

Mientras Nina Strömblad trajina por el cálido y polvoriento desván, Ryd recibe un mensaje que dice, simplemente: «Reunión urgente en la sala de espera. El salón del infierno, Västerås. Mirad las noticias».

Sonja Ryd se despide de Nina Strömblad con más precipitación de lo que le habría gustado. Mientras atraviesa el hermoso jardín en dirección hacia el coche, echa una ojeada a la caja de cartón que lleva en los brazos y ve la colección de chismes del pasado de Lukas Frisell. Distingue un par de manoseados libros de bolsillo, una maraña de cables con distintos conectores colgando, un cepillo de pelo demasiado usado y una fotografía de bodas.

Lanza la caja de cartón al asiento trasero y se sienta al volante con la foto en la mano. Antes de arrancar el coche, se toma un minuto para observar la foto.

Nina es una hermosa bailarina con un vestido de boda hecho a

medida. Lukas es apuesto y elegante con su espeso cabello y su uniforme de policía. Ryd se fija en sus ojos azul claro. Entonces, lanza la foto al asiento de atrás y coge la botella de agua mineral.

Para su decepción, está casi vacía.

15

Sonja Ryd es la última en llegar a la sala de espera. Eva Nyman le dirige una mirada agria desde el estrado. Hay una proyección en marcha en la parte superior de la pared, detrás de Nyman, pero se trata de una imagen granulosa y vaga, un poco peculiar, que apenas se mueve.

Entonces, algo empieza a emerger en la imagen borrosa: humo, cenizas, polvo que se va asentando. Aparece una pared caída, un edificio parcialmente destruido. Entre las ruinas, camina con pasos vacilantes una persona muy pequeña. La persona se tambalea y cae hacia delante; algo sale rodando de ella.

Podría tratarse de una cabeza.

Se oye un gemido general en la sala de espera. Finalmente, la comisaria Eva Nyman carraspea y, en medio del malestar general, se permite mostrar demasiada satisfacción.

—¿Tres casos se convierten en uno? —pregunta Sonja Ryd con una sonrisa recelosa.

Nyman parece desconcertada, pero asiente con firmeza.

—Este es el instante en el que sabemos que tenemos un hombre bomba suelto por Suecia, un activista climático. Ya veremos qué pasa ahora con este caso, porque acaba de adquirir una dimensión completamente diferente.

Mira a su alrededor. Todos parecen comprender lo que acaba de suceder: el grupo Nova ha pasado de la periferia al centro de la escena de un solo golpe.

—Eso es el centro de procesamiento de datos de Amazon en Västerås —continúa Nyman—. Es casi como si hubiera empezado una guerra. En cualquier caso, el salón del infierno se ha llenado de terror. Sarwani, Lindberg y Ankan, poneos en marcha hacia allí. Ahora.

Anton Lindberg conduce el coche, inclinando su proporcionado cuerpo sobre el volante. No titubea a la hora de usar la luz azul oculta del coche camuflado y hace sonar la sirena de vez en cuando; lo que sea para poder avanzar a través del tráfico en hora punta.

—Podríamos haber cogido el helicóptero —murmura Shabir Sarwani desde el asiento de atrás—. Al fin y al cabo, el grupo Nova lleva la investigación policial más importante del país.

Ankan está sentada en silencio en el asiento del copiloto, con una gran indecisión. Aunque sabe que se encuentra en mitad de un caso que está evolucionando a algo bastante grande, lo que realmente espera con impaciencia es ver al joven Rahim Abdulhamid esta noche. Encontrar diferencias y similitudes entre ellos, analizar la sensación general. Conoció a Jörgen cuando tenía dieciséis años y nunca ha tenido un periodo de libertad.

Ese periodo tiene lugar ahora.

A pesar de todo, espera poder marcharse antes del final de la tarde.

Lindberg está completamente concentrado en la conducción mientras avanzan por un embotellado Västerås. Casi dos horas después de la explosión, aún pueden seguir las señales de humo que continúan alzándose serpenteantes hacia el cielo.

Cuando llegan, lo que se encuentran recuerda un escenario bélico. Los policías uniformados que están junto a la zona acordonada parecen serenos, aunque pálidos, delante de la enorme planta con aspecto de cárcel. Ha explotado una de las esquinas del edificio: allí es donde se han reunido todos los profesionales, guardando la distancia de seguridad. Seis o siete coches de bomberos están ocupados en tareas de extinción; sin embargo, la obstinada espiral de humo sigue serpenteando hacia el cielo.

Un montón de técnicos forenses y agentes de paisano están también atareados. Ankan cree reconocer a un hombre bien arreglado de la Policía de Seguridad, pero es el típico poli regordete quien se acerca a ellos y los saluda con la cabeza.

—NOA, supongo —pregunta sin preguntar—. Os estábamos esperando.

—El puto tráfico en hora punta —masculla Lindberg durante las

presentaciones.

—¿Qué tenéis hasta ahora? —pregunta Sarwani sin rodeos.

El poli regordete se presenta como Nilsson, líder de la investigación, y señala con la mano el humeante centro de procesamiento de datos.

—Son muy celosos con su información, por decirlo así. Se comenta que el jefe local está de camino tras un día de reuniones en Randers, ni más ni menos. Lo único que hemos conseguido obtener, aparte de la grabación de seguridad que ya os hemos enviado, es un nuevo vídeo del interior del edificio.

Nilsson saca un iPad, lo pone con despreocupación sobre el capó del coche y abre un archivo. Todos se reúnen a su alrededor.

La calidad de la imagen es inesperadamente buena. En el vídeo, un hombre robusto con pantalón corto y protección auditiva echa una rápida y escéptica mirada a la cámara y avanza unos pasos más hacia una mesa entre las parpadeantes filas de servidores. Se inclina hacia delante y comienza a abrir un enorme paquete que hay sobre la mesa. Lo último que se ve antes de que la oscuridad se cierna de forma abrupta sobre la imagen es una pequeña pero nítida grieta en la lente de la cámara.

Nilsson hace retroceder el vídeo lentamente hasta el momento en que los dedos del hombre tocan el paquete. Entonces, pausa el vídeo y empieza a ampliar la imagen en un determinado punto a la izquierda. Detrás de una fila de servidores, se puede apreciar algo que podría ser un trozo de piel.

—Es un codo —explica Nilsson.

Todos miran el codo que sobresale detrás de los servidores.

—El hombre que abre el paquete es Mehrdad Golbahar, el director técnico del centro. No quedó gran cosa de él. El hombre del codo se llamaba Andras Grahn. Fue a él a quien visteis salir tambaleándose del edificio destruido en el primer vídeo.

—¿El de la cabeza? —pregunta Ankan con cautela.

—Me temo que sí —asiente Nilsson—. Sin embargo, a pesar de los daños materiales, parece que Grahn y Golbahar han sido las únicas víctimas mortales.

—¿Hay heridos? —pregunta Anton Lindberg.

Nilsson se encoge de hombros.

—Nadie ha resultado herido de gravedad —responde—. Según el jefe de la operación de rescate, evacuaron a cinco personas afectadas por el humo. Parece ser que no quedó ninguna víctima ahí dentro.

—¿Y qué sabemos del paquete? —pregunta Shabir Sarwani.

—A las 14:43, el departamento de entregas envió un mensaje indicando que se había depositado un nuevo paquete en el lugar en el que el personal técnico siempre recibía los envíos de Estados Unidos.

—¿Habéis seguido el recorrido del paquete al otro lado del Atlántico?

—Por regla general, se trata de entregas altamente secretas que no se envían por medio de empresas de transporte habituales. Las envían por avión con su propia compañía aérea, Amazon Air. A estas alturas de la investigación, no hemos podido rastrear el recorrido del paquete en Internet, pero el avión aterrizó aquí, en Västerås.

—Dudo que la bomba haya venido desde Estados Unidos —dice Sarwani—. En algún momento entre el aterrizaje en el aeropuerto de Västerås y la entrega en el centro de procesamiento de datos ha tenido que producirse un intercambio de contenidos, exactamente igual que en Vasaparken. Ahí es donde debemos dirigir nuestra atención. Tenemos que identificar a la persona que entregó aquí el paquete.

—Parece que también está de vacaciones en el norte de Noruega —murmura Ankan, que a estas alturas comprende que su cita de esta noche ha quedado pospuesta.

Shabir Sarwani mira hacia el maltrecho salón del infierno: el centro estaba en su lista. ¿Acaso no estaban advertidos? ¿Es que habían ignorado la advertencia por completo? Sea como sea, la cosa se está poniendo muy seria. Este hijo de puta está creciendo, se está haciendo grande y fuerte.

Además, es técnicamente competente, culto, inteligente. Los paquetes que hace estallar no son inesperados, sino entregas esperadas. De alguna manera, está al tanto de los paquetes que llegan, los roba y cambia su contenido sin que nadie se dé cuenta.

¿De verdad no hay ni un solo sospechoso? ¿Ningún extremista climático técnicamente competente en el registro de antecedentes

penales a quien se considere capaz de recurrir a la violencia? ¿En serio se está llevando a cabo una investigación?

Por ejemplo, ¿qué se trae Sonja Ryd entre manos? Se creen que no se nota, pero, como de costumbre, la constelación Nyman-Ryd juega en su propia liga. ¿Qué es lo que están tramando?

Sarwani escudriña el edificio gigante destrozado. Por supuesto, huele a humo, pero ¿no huele también a bloqueo informativo?

Lo único que sabe con seguridad es que, en cualquier momento, llegará la próxima carta.

16

La comisaria Eva Nyman entra dando tumbos en su despacho tras un día lleno de reuniones de crisis, pero también de moderados elogios. A pesar de todo, todos los líderes del NOA saben que ha sido Eva Nyman quien ha encauzado la investigación.

El día entero ha girado en torno a los acontecimientos de Västerås, no solo en las salas de reuniones, sino incluso más en los pasillos, entre una reunión y otra. Se nota en el personal, tanto policías como civiles, que algo está pasando en Suecia, que una serie activa de atentados terroristas está adquiriendo un cariz muy grave. Que, en rasgos generales, puede ocurrir cualquier cosa.

En la sala de reuniones se ha hablado, sobre todo, de lo que había ocurrido con la advertencia que Nyman y el NOA habían enviado a todos los centros de procesamiento de datos apenas dos horas antes de que estallara el centro de Västerås. No reciben respuesta de Amazon ni consiguen localizar a ningún responsable.

Eva Nyman se deja caer tras su antiguo escritorio y escucha su propio suspiro. Hay varios departamentos del NOA trabajando en el caso, pero lo que importa es que su grupo, su grupo Nova, es uno de ellos. Por el momento, aún tienen que investigar la pista del activismo, lo que les deja ciertas libertades, aunque ahora mismo prefiere no pensar en ello.

En estos momentos quiere pensar en cuestiones policiales, no políticas. Deja caer un manojo de fotografías sobre el escritorio. Le gustan las fotografías auténticas, las que puede sostener con las manos, olerlas. Va pasándolas lentamente y la golpea la desolación del centro de procesamiento de datos.

Deberían haberlos escuchado. Deberían haberse tomado en serio la advertencia de Sarwani. Deberían haber estado más atentos con el paquete recién llegado.

Sus pensamientos empiezan a divagar. Las grandes compañías multinacionales son más grandes que las propias naciones; ni siquiera necesitan preocuparse demasiado por estas, pues ellas mismas son naciones, con sus propias leyes, su propia administración de la justicia y su propia policía: son naciones a las que nunca ha tocado lo que llamamos democracia o cogestión. Son autosuficientes.

Cuando las fotos de Västerås se acaban, Eva Nyman se queda mirando fijamente otro tipo de papel que se encuentra al final del montón. Debe de haber ido a parar al escritorio antes de que ella lo llenara de fotografías.

Es exactamente igual que el sobre de la carta anterior, con su dirección escrita a máquina dirigida a «Comisaria Eva Nyman, NOA, Comisaría de Policía, Estocolmo». Ha recibido instrucciones de entregar cualquier posible carta directamente al Centro Forense Nacional, pero, ya antes de que apareciera esta, había decidido que se tomaría su tiempo.

Se pone unos guantes de látex, coge el abrecartas y se dispone a abrirla. A través del sobre se vislumbra el texto, escrito a máquina en un bucle sin fin, que llega hasta los bordes del folio. Finalmente, consigue sacar con cuidado el papel y se pone a leer:

> Escuchad, escépticos del cambio climático. Esto os concierne a todos, pues, en el fondo, no tenéis voluntad alguna de cambiar en lo más mínimo vuestra vida. Nada. Eso es la negación del cambio climático, no lo que uno dice, lo que uno afirma. Aún resuena el eco del salón del infierno. Debemos abandonar la vida de consumo masivo y debemos hacerlo ahora. La ola no tardará en barreros y despertaros de ese letargo egoísta. La ola cada vez es más grande. Arrasará a su paso zonas de la ciudad agonizante entre los puentes y la morada blanca de Dios observará a sus pies las ruinas de la decadencia. Lo que habéis visto es solo el principio. Todo lo que suceda en el futuro próximo se verá reflejado en él. Quizá incluso pueda ver su verdadero yo antes de cesar por completo. Escuchad, escépticos del cambio climático…

Eva Nyman termina de leer la carta en voz alta, pero la deja proyectada en la pared de la sala de espera. Al cabo de un rato, rompe el silencio.

—Os agradezco que os hayáis quedado aquí esta noche.

—Como si tuviéramos opción —refunfuña Ankan.

—Lo que quiere decir es que no hacerlo sería algo impensable —interviene Shabir Sarwani—. Västerås puede cuidarse sola; toda la información nos llega a nosotros.

—Ciertamente impensable —dice Nyman y cambia de tema—. La prensa ya ha bautizado a nuestro hombre como «el Bombardero Terrorista», lo que quiera que signifique eso. Bueno, ¿qué tenéis que decir sobre esta carta?

—«La ola cada vez es más grande» —cita Anton Lindberg.

—Eso ya lo habíamos leído —responde Nyman—. Profundizad un poco.

—Se menciona el salón del infierno —añade Ankan.

—Eso tampoco dice nada sustancial. Un poco de lucidez.

Apartada de los demás, desde la esquina más oscura, Sonja Ryd interviene.

—No cabe ninguna duda de que la expresión fundamental es que la gran ola «arrasará a su paso zonas de la ciudad agonizante entre los puentes y la morada blanca de Dios observará a sus pies las ruinas de la decadencia».

—Pero ¿a qué se refiere todo eso? —inquiere Nyman.

—La ciudad entre los puentes no puede ser otra que Estocolmo —dice Lindberg—. La morada blanca de Dios podría ser… ¿una iglesia?

—No es una idea descabellada —admite Ryd—. En ese caso, la amenaza no está dirigida a la iglesia, que más bien parece actuar como testigo, sino que indica que va a estallar algo en las cercanías de una iglesia en Estocolmo.

—Una iglesia blanca —dice Sarwani y hace una búsqueda rápida de Google en el móvil.

—Debe de haber unas cincuenta iglesias blancas en la ciudad —gruñe Ankan.

—Cientos —responde Sarwani mientras mira los resultados de Google—. Si consideramos toda la provincia de Estocolmo, hay cientos de iglesias blancas.

—La provincia no se encuentra entre los puentes —dice Ryd—. Limita la búsqueda al centro de la ciudad.

Sarwani activa una búsqueda de imágenes mientras Nyman saca

una vieja pizarra blanca que está llena de información. Pega una copia de la nueva carta en una cuarta columna (después de Autopista, Vasaparken, Västerås), a la que le da el nombre de Iglesia blanca.

—Aquí falta un montón de información —dice mientras señala la tercera columna—. Espero que…

—No solo ahí —interrumpe Sarwani sin levantar la mirada del teléfono.

—¿No me digas? —exclama Nyman tratando en vano de atrapar su mirada, pero él está completamente absorto en las iglesias de la ciudad. Sin embargo, eso no le impide responder de forma aparentemente distraída.

—Es evidente que vosotras tenéis alguna pista.

Nyman no responde; incluso evita los intentos de contacto de Ryd.

Entonces, Sarwani levanta la mirada.

—¿Es cierto o no lo es? No entiendo este bloqueo de información.

Nyman recibe la atención total de todos los presentes. Permanece callada durante un rato más, tratando febrilmente de evitarlo, hasta que pestañea y dice con resignación:

—Todavía es algo muy incierto. Se trata de una sospecha personal hacia un antiguo compañero, pero no tengo ninguna prueba concreta.

—¿Un compañero? —exclama Lindberg—. ¿Un policía?

—Expolicía —aclara Nyman—. Sonja os lo explicará en cuanto acabemos de analizar la carta.

—Yo creo que nos estamos acercando —afirma Ryd, concisa.

Sarwani sigue observando a Nyman durante unos instantes.

—Tras un vistazo rápido, el resultado es cuatro —dice entonces.

—¿Cuatro?

—Solo hay cuatro iglesias en Estocolmo que parecen ser algo blanco, que podrían ser «la morada blanca de Dios»: Adolfo Federico, Gustav Vasa, la iglesia de Djurgården, puede que San Mateo… Es un poco complicado distinguirlas en estas fotos. Luego tenemos iglesias libres, como la iglesia de Filadelfia o la de San Pedro, pero no sé si deberíamos incluirlas aquí.

—Excelente —dice Eva Nyman con alivio—. ¿Qué tenemos entonces a los pies de estas blancas moradas de Dios? Esa será nuestra nueva

tarea, encontrar posibles objetivos. Le dedicaremos toda la noche si es preciso, porque ahora nos encontramos en pleno centro de Estocolmo, amigos míos, y, si dejamos estallar esta bomba, tendremos la atención del mundo entero sobre nosotros. Y ahora, Sonja, puedes presentar nuestra llamada sospecha.

Sonja Ryd se dirige hacia Nyman con pasos extremadamente controlados. Saca la pizarra blanca y el imán restalla cuando coloca una foto en una esquina vacía. Parece una foto muy antigua, como de la Segunda Guerra Mundial.

—Esta es la última fotografía conocida de Lukas Frisell.

17

Las planchas de metal se mueven arriba y abajo a una velocidad rabiosa. Alguien podría decirle que los bloques rectangulares negros no deberían bailar de forma tan desenfrenada por los cables, pero Sonja Ryd está sola en el local. La ventaja de tener el gimnasio a cien metros de casa es que nunca hay nadie a esas horas intempestivas de la mañana.

Entrena de forma frenética, toda la sesión a un ritmo acelerado. Tiene que arrancar el día con energía, ya que anoche se quedaron despiertos hasta muy tarde y eso tampoco es sano. Es posible que se esté castigando a sí misma. En la dorsalera intenta expulsar de la médula espinal tanto la resaca como el término «mujeres rapadas».

Las últimas veinte repeticiones la dejan completamente sin fuerzas. Se sienta inclinada hacia delante, jadeando y con los músculos superiores de la espalda ardiéndole de dolor. Entonces, se pasa la mano enérgicamente por el pelo rapado y se levanta. Camina tambaleándose hacia el vestuario con una imagen grabada en la mente. Es una imagen muy antigua, como de la Segunda Guerra Mundial.

Ese es ahora su objetivo. Su único objetivo.

Aunque no abandonaron la comisaría hasta pasada la medianoche, a las ocho de la mañana están todos allí de nuevo. Cómo han conseguido transportar a la oficina panorámica la enorme pizarra blanca —el retablo del santuario— seguirá siendo un misterio.

Mientras Eva Nyman atraviesa la oficina, siente la energía del grupo y es consciente de que debería dedicar el día a defenderla. Sabe que no puede haber nada mejor que este desgastado grupo. No hay nada mejor que el grupo Nova. Pero también sabe que hay organismos grandes y poderosos que codician este caso, sobre todo, ese que

«protege el sistema democrático de Suecia, las libertades de sus ciudadanos y la seguridad nacional». También hay facciones dentro del NOA que quieren hacerse con el caso.

Se aleja del grupo sin que nadie se dé cuenta.

Ankan se arregla el moño rubio mientras se comunica con Västerås. La investigación forense ha avanzado por caminos inescrutables; el seguimiento ha concluido y la reconstrucción del centro de procesamiento de datos está en pleno apogeo. Las piezas de repuesto necesarias llegarán esta noche desde Seattle. No queda claro qué proporción de la llamada nube, es decir, los archivos y documentos de las personas normales y corrientes, ha desaparecido por completo. Ankan está tratando de encontrar un responsable en el departamento de entregas y eso lleva su tiempo. Retoma la búsqueda de Derik Jaya, el mensajero de Vasaparken que parece estar de vacaciones en el norte de Noruega.

Anton Lindberg contacta con el Centro Forense Nacional. Los análisis preliminares dan a entender que se trata de una materia explosiva similar a la de los casos anteriores. Sus intentos por presionar al técnico forense responsable del día caen en saco roto. Se pondrán en contacto con él cuando tengan más información.

Lindberg cambia de plan y se dirige a Shabir Sarwani.

—Encárgate de las iglesias libres —dice Sarwani—. Localiza los objetivos cercanos.

Él, por su parte, se hará cargo de las cuatro iglesias blancas pertenecientes a la Iglesia de Suecia. Decide hacer el trabajo a conciencia. ¿Qué ve cada una de las iglesias «a sus pies»? Empieza dibujando círculos desde la altura de las torres de la iglesia.

Si su hipótesis se confirma, la mayor parte de la ciudad se encuentra dentro de la zona de riesgo.

Ya la pequeña iglesia de Djurgård, una iglesia de madera que parece más bien una villa, a pesar de no estar en una colina tiene a sus pies partes del parque de atracciones Gröna Lund, aunque puede que no llegue hasta el Museo de ABBA o hasta Skansen. Por su parte, la iglesia de Adolfo Federico tiene a sus pies la sede del Partido Socialdemócrata y la gran editorial de Sveavägen, así como una parte

de la principal calle peatonal de la ciudad, Drottninggatan, precisamente donde hace unos años robaron el camión con el que cometerían el atentado islamista. La iglesia de Gustav Vasa, a su vez, tiene vistas a uno de los puntos cruciales de la ciudad, Odenplan, y un poco más allá hacia Vasaparken, lo que podría ser una conexión interesante, aunque demasiado rebuscada. La iglesia de San Mateo, que es, al menos, «casi» blanca (Sarwani ha ido por la mañana a comprobarlo), tiene a sus pies, entre otros, la plaza de Vanadisplan y la «otra» entrada a la estación de metro y de cercanías de Odenplan.

Sarwani contempla la imagen del mapa con los cuatro círculos y observa el trabajo de Lindberg con las dos iglesias libres blancas.

Sonja Ryd trabaja con la pista de Lukas Frisell y se pregunta si este tendrá la competencia necesaria para manipular explosivos caseros. Dejó a medias la carrera de Agronomía, por lo que es probable que estuviera familiarizado con los fertilizantes artificiales. Tenía formación práctica de bachillerato en ingeniería química. Todavía le queda averiguar qué estuvo estudiando en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia. Aunque primero están los contactos potenciales de Frisell que había mencionado su exmujer, Nina Strömblad: su presunto amigo de correrías, Aron Rudolfsson, y los tipos raros, Kalle Råman y Lelle Bergis.

Da por hecho que Rudolfsson no era policía, pues Nina Strömblad lo habría mencionado. La única persona plausible que encuentra Ryd es el director ejecutivo de una empresa de iluminación de Sorsele. Llama por teléfono y responde a la llamada un desabrido Aron Rudolfsson, que afirma que no conoce a ningún Lukas Frisell. Pasa al siguiente nombre: hay varios Karl Råman en Suecia, un par de ellos en Estocolmo. Llama a dos números sin obtener respuesta. Lelle Bergis es un nombre imposible. Lo más seguro es que Lelle sea el hipocorístico de Lennart, pero Bergis podría ser Berg, Bergström, Bergman o cualquier otra cosa.

Sonja Ryd decide llamar al campus de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia ubicado en Ultuna, Uppsala. La redirigen de un lado a otro durante un rato hasta que, finalmente, consigue averiguar que un colega cercano de Frisell de la época de 2009 a 2014 sigue

trabajando allí. Un tal Leif Stierna. Lo llama por teléfono, le envía mensajes y correos electrónicos, pero no obtiene respuesta. En la recepción le aseguran que Leif Stierna debería llegar más tarde.

Un teléfono suena discretamente a lo lejos, en la oficina panorámica. Es Ankan quien responde a la llamada y se queda escuchando de forma tensa antes de gritar en dirección a la oficina:

—Eran los técnicos forenses que se encargan de la bomba de Vasaparken. Entre los restos de la bomba han encontrado rastros de un ADN desconocido.

—¡Joder! —exclama Anton Lindberg—. ¿Se cortó ese hijo de puta mientras manipulaba la bomba o qué?

—¿Todavía está el ADN de Lukas Frisell en la base de datos de eliminación? —inquiere Sonja Ryd.

—Lo dudo —responde Sarwani—. Hace demasiado tiempo que dejó el cuerpo de policía.

Ryd se queda mirando un rato al vacío; siente que ya debería haber reaccionado. Finalmente, lo hace: se mete debajo del escritorio y busca en la caja de cartón que contiene las pertenencias de Frisell, la caja que Nina Strömblad tenía guardada en el desván. Vuelve a aparecer poco después, sosteniendo un cepillo de pelo, a todas luces muy usado. Lo examina y, cuando confirma que contiene cabellos con folículo piloso, mete el cepillo en una bolsa de plástico, se lo lanza a Ankan y dice:

—Es hora de darles un poco de trabajo de verdad a los técnicos forenses.

18

El campus de Ultuna de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia es un espacio enorme a las afueras de Uppsala. Al aparcar, Sonja Ryd se queda sorprendida con su tamaño.

Es un bonito día soleado de principios de verano. Mientras pasea por un campus agradablemente tranquilo, siente lo innecesarios que son todo ese estrés y nerviosismo. Todas esas cosas que la han forzado a caer en lo que posiblemente sea una adicción no son más que quimeras, puede que fruto de su «sensibilidad en el procesamiento sensorial». De pronto, comprende a Lukas Frisell. Dejar todo lo que le causa estrés, así, sin más. Sumergirse en la naturaleza. Volver a los orígenes. Reducir su contribución al fin del mundo a niveles insignificantes.

Cuando llega a la recepción, le entregan un pequeño mapa analógico para que busque el despacho de Leif Stierna.

Tiene aspecto de investigador. Un investigador genérico, no importan ni el tema ni el enfoque, con la misma arruga de investigador en la frente que Ryd tan bien reconoce de la época en la que ella también estuvo a punto de caer en el abismo. Pero ella iba por el camino filosófico, mientras que Leif Stierna es ingeniero agrónomo y, además, tiene perilla.

—Trabajamos bastante juntos —asiente Stierna mientras toquetea el móvil—. Compartíamos responsabilidades en varios programas y cursos. Aunque él no tenía ningún problema con dar clases de todo lo imaginable, incluso materias fuera de nuestra demarcación.

—¿Vuestra demarcación?

—La Universidad de Ciencias Agrícolas tiene campus en distintos lugares de Suecia: Umeå, Alnarp, Skinnskatteberg y algunos más. Al principio, Lukas acudía de buena gana (y eso que Ciencias Forestales estaba fuera de los límites del municipio, lo que debería resultar un

gran incentivo para un preparacionista), pero hacia el final solía estar casi siempre aquí, en Ultuna.

—¿Diríais que Lukas Frisell y tú erais amigos?

Stierna inclina un poco la cabeza; su arruga de investigador se acentúa. Al cabo de unos instantes, la arruga desaparece.

—Aquí lo éramos, sí —le tiende el móvil a Ryd y continúa—. Esta foto será de hace unos diez años.

Ryd coge el móvil y reconoce una versión algo demacrada del hombre de cabello espeso de la foto de bodas de Nina Strömblad. Por el contrario, Leif Stierna aparece exactamente igual que ahora. Los dos están de pie con el brazo sobre el hombro del otro, una amplia sonrisa y rodeados de una decena de estudiantes. Parece que la foto fue tomada en la puerta de un auditorio.

Ryd asiente con la cabeza y le devuelve el móvil a Stierna.

—¿Esto era una respuesta a la pregunta de si erais amigos?

Stierna esboza una breve y triste sonrisa.

—Salíamos juntos con frecuencia: a cenar, a tomar una cerveza... Compartíamos un interés por la naturaleza y los dos estábamos solteros.

—Entonces, ¿a qué se debe la arruga de investigador?

—¿A qué te refieres?

—A tu indecisión. ¿A qué se debe esa indecisión?

—Supongo que teníamos personalidades muy distintas. A él lo impulsaba un enorme *pathos*. Yo había aceptado en mayor medida el papel docente y ya entonces me dedicaba, al igual que ahora, a la agronomía teórica. Si he de ser sincero, Lukas me amedrentaba un poco.

—¿En qué sentido?

—Se guiaba por un *pathos* demasiado fuerte, con una arriesgada proximidad a la agresión. Siempre estaba completamente seguro de todo y dispuesto a luchar por ello.

—¿De qué se graduó Frisell entonces? ¿Agronomía?

—La verdad es que no estoy seguro. En cuanto regresó a la Universidad de Ciencias Agrícolas, tras su periodo como policía, completó un montón de cursos y empezó a impartir clases de

agronomía, ciencias forestales, cultivos libres de fósiles, ciencias ambientales... Era muy popular entre los estudiantes, sobre todo entre las chicas. Sus conferencias sobre preparación para situaciones de crisis —que seguramente se basaran, al menos en parte, en su pasado como policía— eran tremendamente populares y se grababan en vídeo para poder mostrarlas en otros campus en los que Frisell también colaboraba. Aunque tampoco sé si sucedió algo.

Ryd mira su teléfono, que está sobre la mesa entre Leif Stierna y ella. Está grabando la conversación, pues, de lo contrario, le resultaría imposible acordarse de todo. Ya no es investigadora y está bastante alejada de la filosofía. Además, su letra es bastante ilegible.

—¿Qué decía Frisell de su pasado como policía?

—No mucho; parecía como si quisiera enterrar ese pasado. Aun así, al principio se notaba lo frustrado que estaba por cómo habían acabado sus días de servicio. Decía que el cuerpo de policía se había convertido en una institución digital y burocrática. Sin embargo, poco a poco se fue aclimatando a la tranquila existencia académica cerca de la naturaleza que tenemos aquí en la universidad. Bien puede decirse que redirigió su *pathos* de las fuerzas policiales a la cuestión climática.

—¿Y daba conferencias sobre preparación para situaciones de crisis? ¿Qué significa eso exactamente?

—Cómo sobrevivir a las grandes crisis globales, por ejemplo, guerras, inundaciones, terremotos... Si desaparecieran Internet y la electricidad y regresáramos a las condiciones de la Edad de Piedra.

—¿Hay elementos de violencia en la preparación para situaciones de crisis?

Stierna se encoge de hombros.

—Sinceramente, tengo que reconocer que no asistía a sus conferencias. No era mi estilo: a mí me gusta el orden, el camino recto y directo. Pero supongo que en la planificación de sus cursos también había cabida para claros elementos de autodefensa. Aprovechaba su pasado policial. No hay duda de que el paquete incluía armas de fuego, aunque se centraba, principalmente, en los cuchillos de caza.

—¿Y bombas de fabricación casera?

—Que yo recuerde, no, pero podrían haber estado incluidas tanto en

la defensa personal como en la caza. Quiero recordar que alguna vez habló de cómo cazar con explosivos sencillos.

Ryd se queda sentada unos momentos para procesar la información. Entonces, algo bulle en su interior.

—La fotografía que me enseñaste —dice—, ¿de dónde la has sacado?

Leif Stierna la mira sorprendido.

—Me la envió una estudiante. Por Facebook, creo.

—¿Por Facebook? ¡No me digas! —exclama Ryd—. ¿Puedes enseñarme la cuenta en la que se publicó?

Algo reacio, Stierna abre el ordenador fuera del campo de visión de Ryd y empieza a desplazarse por la pantalla como un loco.

—Diez años atrás —dice y sacude la cabeza.

Tras un par de tediosos minutos, reduce el ritmo y parece haber encontrado algo.

—Aquí tienes —dice señalando la pantalla—. La foto se compartió en una página de Facebook llamada «La Comuna de Ultuna». Con mayúsculas la C y la U.

—Muy gracioso —dice Ryd, mordaz—. ¿Sigue existiendo esa página?

Tras un par de clics, Stierna responde:

—Eso parece, aunque la última publicación es del 2015. Es posible que fuera un estudiante que se dedicara a documentar sus años de carrera.

Sonja Ryd asiente con la cabeza y no se conforma con contemplar el teléfono móvil que está sobre la mesa, sino que se guarda algo más en la memoria antes de cambiar de tema.

—¿Frisell vivía aquí?

Stierna se rasca la diminuta perilla.

—Tenía un piso en el campus, sí —responde—. La verdad es que puede que fuera un piso de estudiantes. Pero también empezó a construir algún tipo de morada en algún lugar en los bosques de Uppland.

—¿Una morada? ¿Sabes dónde?

—Lamentablemente, no. No teníamos una relación tan cercana. Sin

embargo…

—¿Sí? ¿Sin embargo…?

—Bueno, me vienen a la mente algunos recuerdos sobre un rumor. Creo que había alguien, no sé, algún maestro en el arte de la supervivencia, alguien que lo guiaba en su camino hacia el survivalismo.

—¿Así que se hizo survivalista?

—La verdad es que no lo sé. Desapareció sin más después del semestre… Creo que en la primavera de 2014. Pero corría un rumor.

—Vaya, al parecer hay muchos rumores aquí en Ultuna —sonríe Ryd—. ¿Llegaste a conocer a este maestro en alguna ocasión?

Stierna sacude la cabeza.

—No, nunca.

—¿Recuerdas cómo decía el rumor que se llamaba?

Stierna parece estar buscando en lo más profundo de su memoria.

—Por desgracia, se me da muy mal recordar nombres —explica.

—Tómate el tiempo que necesites —le concede Ryd, luchando contra todos sus instintos.

—Mark algo —dice Stierna al cabo de un rato.

—¿Mark como nombre de pila? ¿Con apellido sueco? ¿O extranjero?

—No, «mark» como parte del apellido. En plan Marklund, Lundmark…

—¿Markström, Stenmark, Markberg, Sundmark, Marklind, Bergmark, Lindmark…?

—No lo sé.

Los pensamientos de Sonja Ryd empiezan a desbocarse dentro de su cabeza, sin llegar a ningún lugar.

—¿Estás seguro de que no te acuerdas, Leif? —pregunta para ganar algo de tiempo—. ¿Sabes si se trataba de un nuevo o de un viejo conocido?

—Viejo, creo. Me parece que lo había nombrado alguna vez al principio, cuando nos conocimos, pero no recuerdo ninguna situación concreta.

Los pensamientos de Ryd hacen la conexión correcta y activan una palabra. La palabra es «Bergis».

Lelle Bergis.

—¿Puede haber sido Bergmark? —pregunta—. ¿Lennart Bergmark?

19

Eva Nyman observa su reflejo en el espejo gustaviano que cuelga junto a la estantería de obra. ¿Qué se oculta tras ese rostro arrugado que siempre tiene una expresión más adusta de lo que ella desearía? ¿Qué hay bajo esa melena que no puede decidir si quiere ser castaña o gris?

¿Tiene lo que hay que tener para hacerse cargo de un caso que se le escapa por todas partes? ¿Cuánto tiempo le queda hasta que los oscuros fragmentos de su pasado lleguen a los medios? ¿Será capaz de aguantar la tormenta cuando eso suceda?

¿Hasta qué punto está segura acerca de Lukas Frisell? ¿Lo suficiente como para sacrificar a su peso pesado, Sonja Ryd, en una pista que pertenece única y exclusivamente a Eva Nyman? Si la cosa sale mal, no podrá culpar a nadie más que a ella misma.

Respira hondo y resiste la tentación de marcar el número que, contraviniendo el deseo de la otra parte, ha memorizado. Ella sola tiene que llegar hasta el fondo; no le queda otra alternativa.

Justo cuando está a punto de salir a la oficina panorámica, suena el teléfono. Es el número de Sonja Ryd.

Cuando llegan a la sala de espera, todos tienen la cabeza en otro sitio: Ankan piensa en los dos mensajeros que se han desvanecido como el humo: Dedik Jaya en Vasaparken y Wilhelm Bock en Västerås; Anton Lindberg piensa en la coincidencia entre los explosivos, y Shabir Sarwani, en una futura explosión en pleno centro de Estocolmo.

—Quiero que me pongáis al día rápidamente sobre todas las novedades —dice Eva Nyman desde el estrado—. Sed cortos y concisos. ¿Ankan?

—Tengo dos mensajeros desaparecidos —responde Ankan, encendiendo el ordenador—. Dedik Jaya, el chaval que dejó el paquete en Vasaparken, nunca fue al norte de Noruega de vacaciones.

Y el mensajero de Amazon, Wilhelm Bock, que condujo la furgoneta de reparto desde el aeropuerto hasta el centro de procesamiento de datos, también ha desaparecido. Los dos se han desvanecido sin dejar rastro. También tengo los retratos robot del dibujante. ¿Puedo proyectarlos?

Nyman asiente y Ankan hace clic en el ratón. Un rostro plausiblemente fiel a la realidad aparece en la pared junto a la foto del pasaporte de Dedik Jaya. Lo primero que salta a la vista es que no se trata de la misma persona. Aun así, se oye algún que otro suspiro en la sala de espera. El grupo Nova ha visto suficientes retratos robot como para comprender que el rostro es demasiado abstracto para poder usarlo en el programa de reconocimiento facial. Ankan pasa al siguiente retrato. Esta vez no hay suspiros; no porque el retrato robot sea más preciso que el anterior, sino porque los dos se parecen entre sí. Y el retrato robot, definitivamente, no se parece a la foto de pasaporte de al lado que representa al mensajero Wilhelm Bock.

—Sé lo que todos estáis pensando —se adelanta Ankan—. No, ninguno de los testigos puede recordar ningún rasgo decisivo. En ambos casos, el mensajero se mantuvo bastante alejado. Pero parece que se trata del mismo tipo. Un hombre en la treintena.

—¿Nos atrevemos a llamarlo inmigrante? —pregunta Lindberg.

—Esa es una conclusión precipitada —dice Nyman, mirando su reloj de pulsera—. No obstante, podríamos hablar de algún que otro rasgo que suele asociarse con Oriente Medio.

—Y no tenemos ni idea de quién es esta persona —constata Ankan —. Voy a enviar la foto a la policía de todo el país, a ver si tenemos suerte.

—Gracias —dice Nyman y vuelve a mirar el reloj—. ¿Anton?

—Por desgracia, en este frente no hay gran cosa —responde Lindberg—. Parece que el explosivo utilizado en Västerås es el mismo que en las dos explosiones anteriores, pero estoy a la espera de información más precisa por parte del Centro Forense Nacional. Sin embargo, he creado un modelo de amenazas de un par de iglesias libres.

—Muy bien —suspira Nyman—. ¿Shabir?

—Es cierto que Anton ha encontrado dos posibles objetivos en los alrededores de un par de iglesias libres de color blanco en el centro de Estocolmo. Yo tengo algunas más que podría proyectar ahora en la pared.

Nyman hace una pequeña mueca, pero asiente con la cabeza.

—Aquí está la lista —dice Sarwani—. Teniendo en cuenta que acerté con mi lista anterior, esta también deberíais tomárosla en serio.

En el preciso momento en el que veinte posibles objetivos terroristas en Estocolmo se proyectan en la pared detrás de Nyman, se oye un fuerte timbrazo. Nyman echa una breve ojeada y hace clic en su ordenador. La lista de Sarwani es reemplazada por una mujer con auriculares inalámbricos y pelo rapado marrón que parece encontrarse en una biblioteca.

—Hola a todos —dice Sonja Ryd, sin obtener la menor respuesta—. Estoy en el campus de Uppsala de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia.

Un magnífico desinterés se extiende por la sala de espera. Ryd continúa, impasible:

—Creo que he averiguado el nombre del mentor de Lukas Frisell como survivalista en los bosques de Uppland. Parece ser que estuvo tratando de persuadir a Frisell durante mucho tiempo hasta que logró convencerlo de que abandonara la civilización. Su nombre, casi con total probabilidad, es Lennart Bergmark.

El desinterés va disminuyendo.

—Hay tres Lennart Bergmark de una edad y a una distancia que podrían ser plausibles —continúa Ryd—. Deberíamos ir a hablar con ellos. Creo que el Lennart Bergmark auténtico sabe dónde se encuentra Frisell.

—¿El propio Bergmark no debería ser un ermitaño del bosque? —inquiere Sarwani—. En ese caso, tampoco tendría dirección ni identidad, al igual que Frisell.

—¿Quieres decir que todo esto es inútil? —pregunta Ryd, mirando fijamente a la cámara.

—No —dice Eva Nyman con decisión—. Si era el mentor de Frisell, probablemente sea mayor que él. Sonja ha pensado lo mismo, ¿o me

equivoco? El hombre al que estamos buscando tendrá unos diez años más que Frisell. ¿Tiene uno fuerzas para ser survivalista y vivir completamente fuera de la sociedad a los sesenta y cinco años? Bien puede haberse trasladado más cerca de algún tipo de civilización.

Sonja Ryd asiente desde la pared.

—De todos modos —dice—, los tres Lennart Bergmark se encuentran en entornos rurales. Uno vive aquí en Uppsala: de ese me encargo yo. Luego tenemos otro al sur de Estocolmo, en las afueras de Ösmo, y un tercero en Åkers styckebruk.

—¿Tienes algún dato más sobre ellos?

—No estamos hablando de tíos que se exhiban a sí mismos en Facebook —contesta Ryd, encogiéndose de hombros—. Aun así, he conseguido averiguar algunas cosas. El Lennart Bergmark de Åkers styckebruk tiene una parcela bastante grande que parece estar situada un poco a las afueras de la ciudad. El Lennart Bergmark de Ösmo vive en medio del bosque y es socio de alguna agrupación de caza. Este sería mi candidato principal. Del Lennart Bergmark de Vänge, a las afueras de Uppsala, no he conseguido más datos que una dirección.

—Vale, muy bien —dice Nyman—. Anton y Ankan se encargarán de Åkers styckebruk. Shabir y yo nos ocuparemos de Ösmo.

—¿No tienes un montón de reuniones hoy? —pregunta Sarwani.

20

Un mal presentimiento embarga a Sonja Ryd ya antes de llegar a Vänge. Cuando el pueblo aparece tras una curva llena de árboles, da la impresión de ser un idilio pequeñoburgués, difícilmente un lugar en el que un viejo preparacionista conflictivo como Lennart Bergmark fijaría su residencia. El navegador la lleva por pequeños caminos rebuscados hasta la puerta trasera de un gran edificio que, posiblemente, en su día fuera una casa señorial. La rodea una atmósfera decadente y algo desvirtuada, como si hubiera entrado de lleno en una época distorsionada.

Ryd aparca el coche, se baja y permanece a la espera para comprobar si su llegada ha despertado a algún espíritu maligno. Todo parece estar en calma; incluso las hojas de los álamos permanecen completamente inmóviles. Da el primer paso hacia una escalera que lleva a una antigua entrada de servicio y se queda de pie en la terraza frente a la desconchada puerta trasera. Entonces, toma una resolución y presiona la manija de la puerta hacia abajo, tratando de no emitir ningún ruido.

La puerta se abre silenciosamente.

La parcela a las afueras de Åkers styckebruk es enorme. Anton Lindberg y Ankan conducen durante varios minutos siguiendo la tapia hasta que llegan a una sólida verja que, para su sorpresa, está abierta. Un poco más allá, en el interior de la parcela, hay una casa roja. Tras atravesar la verja y avanzar unos cincuenta metros, aparece en la terraza un hombre de pelo canoso en camiseta interior. Tiene algo que parece un rifle apoyado en el hombro y los mira durante unos instantes; entonces, se lanza escaleras abajo y desaparece detrás de la casa.

—¡Pero qué cojones! —brama Lindberg y acelera en dirección al

edificio.

Ankan comprueba el arma reglamentaria y la vuelve a meter en la funda del hombro mientras abre de golpe la puerta del coche y sale corriendo detrás del hombre.

—¡Lennart Bergmark! —le grita—. ¡Alto!

Ankan ya ha desaparecido cuando Lindberg pega un frenazo, salta del coche y echa a correr detrás de ella. Rodea la casa y cruza una arboleda antes de detenerse en seco.

Al pie de una pendiente se extienden una decena de cabañas sin pintar. Parece tratarse de una urbanización rural a medio terminar. No hay ni rastro por ninguna parte ni del hombre de pelo cano ni de Ankan.

Anton Lindberg saca el arma reglamentaria, suspira profundamente y se desliza cuesta abajo y sin protección hacia las cabañas.

Eva Nyman y Shabir Sarwani se encuentran junto a una fila de buzones a las afueras de Ösmo. Uno de los buzones lleva el nombre de Bergmark. Desde ahí, según el registro de la propiedad, se meterán directos en el bosque.

Nyman tiene algunas dificultades para seguirle el ritmo a Sarwani. Por suerte, este tiene que detenerse de vez en cuando para comprobar la orientación con el móvil. No quedarán más que algunos kilómetros hasta su destino y, de momento, sigue teniendo cobertura.

Todavía no han encontrado la cabaña de Lennart Bergmark cuando la última rayita de cobertura desaparece del móvil de Sarwani.

—Pero recuerdo que teníamos que seguir en línea recta —susurra Sarwani—. No quedarán más de doscientos metros.

—¿Qué tiene esto de recto? —le contesta Nyman con otro susurro, señalando con la mano el denso bosque.

Debería sentirse incómoda, lejos de su hábitat natural en la sala de reuniones de la comisaría. Sin embargo, sucede todo lo contrario: se siente eufórica. Está haciendo trabajo policial, trabajo de campo. Se está acercando a la verdad de la forma más literal posible.

Sin previo aviso, algo la empuja hacia abajo, obligándola a doblar las piernas. Levanta la vista hacia Sarwani: se encuentran agazapados detrás de una roca cubierta de musgo. Él le suelta el hombro y le

indica por señas que guarde silencio. Nyman sigue la dirección que señala su dedo; asoma la cabeza por encima de la piedra con tal rapidez que Sarwani no alcanza a detenerla.

Nyman logra distinguir una cámara en lo alto de un pino antes de que resuene el golpe. Aunque es un ruido ensordecedor y se extiende por el bosque, hay otro sonido que se le clava de forma más profunda en la médula espinal, un sonido sordo y seco. Cuando se lanza de nuevo detrás de la roca, ve el agujero de bala y trata de respirar.

El agujero está detrás de ellos, en el tronco del árbol.

Sale de él un poco de humo.

Sonja Ryd sabe que no debería entrar en la casa sin identificarse, pero lo hace de todos modos.

El suelo de madera de pino de la casa señorial tampoco cruje bajo sus pies. Al otro lado de la puerta hay un vestíbulo anónimo con tres puertas y una escalera que lleva al piso superior. Elige la escalera. Sigue sin tener ni la más remota idea de dónde se encuentra exactamente. Aquí no hay personas, no hay sonidos; puede que haya un olor que no logra identificar de inmediato.

Llega al piso de arriba y se encuentra en un largo pasillo que se extiende en ambas direcciones. Sigue sin haber ni un alma. Muy cerca de una puerta cerrada a su izquierda hay una lista numerada con un nombre al lado de cada cifra. La lista se ha imprimido con una impresora a color de mala calidad; en la parte superior hay un logotipo lila de forma oval, pero no consigue distinguir lo que pone en él.

Sin embargo, uno de los nombres, junto al número 8, es el de Lennart Bergmark.

Ryd se acerca a la puerta más próxima, la que lleva el número 14, y sigue avanzando por el pasillo. A la derecha, el pasillo se ensancha hacia una especie de voladizo con una ventana que da a la parte delantera del edificio. Ryd se dirige hacia allí y mira al exterior, donde ve unos cuantos coches aparcados y un letrero con un logotipo lila de forma oval. Dentro del logotipo pone «Residencia geriátrica de Skogstjärn».

Exhala un profundo suspiro, regresa al pasillo y sigue avanzando

por las puertas de la parte izquierda: 12, 10 y, al fin, la 8. En la puerta número 8 hay una ventana con forma de rombo. Se asoma al interior y ve una silueta perfilarse contra la gran ventana sin limpiar de la habitación.

Se trata de una persona en una silla de ruedas.

Mientras baja la cuesta a la carrera, Anton Lindberg espera el disparo. Sigue esperándolo mientras se abalanza contra la cabaña más cercana. No deja de esperarlo ni siquiera cuando apoya la espalda contra la áspera pared de madera. Sin embargo, el disparo no llega.

Si ha calculado bien desde la ladera, hay tres filas de cabañas, cada una con un determinado número de casas. Existe una gran probabilidad de que el fugitivo esté oculto en algún lugar dentro de las cabañas o en el espacio que hay entre ellas. También existe una gran probabilidad de que Ankan esté por allí en alguna parte, de caza. Hay un riesgo manifiesto de que Ankan y él se expongan mutuamente a un disparo fortuito.

Lindberg dirige una rápida mirada abajo a la izquierda, hacia el sendero que hay entre las cabañas. No ve nada; no oye nada. Se desliza sigilosamente hacia el otro lado de la casa y vuelve a echar un vistazo al interior; entonces, distingue un movimiento un par de cabañas más allá, retrocede y analiza la situación rápidamente.

¿Qué es lo que ha visto? ¿Alguien que ha saltado por el hueco de una cabaña a la siguiente? Agudiza los oídos y oye varios sonidos sordos, puede que un quejido. No puede seguir en actitud pasiva.

Sale hacia el sendero entre las casas, empuñando en alto la pistola y apretando los dientes. Debe de haber sido detrás de la tercera cabaña hacia abajo. Rodea rápidamente la primera: allí no hay nada. Continúa por la segunda con la espalda contra la pared, se clava alguna astilla, espera junto a la esquina y mira a su alrededor. Nada. Es hora de avanzar hasta la tercera cabaña. Se mueve en silencio y permanece junto a la esquina de la casa con el arma en alto, con el gélido cañón de la pistola rozándole la nariz. Percibe el olor a azufre y puede sentir cómo la muerte le lame las orejas.

Entonces, se lanza al otro lado de la esquina.

El hombre canoso está mascando hierba. Tiene la cara hundida en la

vegetación y al lado de su mano hay un bastón que, desde cierta distancia, podría confundirse con un rifle. Sobre la espalda del hombre está sentada Ankan. Anton Lindberg nunca la había visto tan imponente, como una doncella escudera con el cabello claro y un aura resplandeciente sobre la cabeza. El apelativo de Ankan, «el pato», nunca ha estado tan fuera de lugar.

Vuelve a meter el arma reglamentaria en la funda del hombro y le levanta la cabeza al hombre canoso agarrándolo por el flequillo. Tiene la cara de color verde pardusco por la tierra y la hierba y los ojos brillantes de terror. Con voz ronca, Lennart Bergmark dice:

—¿Así que no sois del comité de construcción?

Shabir Sarwani no duda a la hora de disparar a la cámara del árbol. El disparo resuena por todo el bosque.

—Tenemos que dividirnos —indica—. De lo contrario, podrían rodearnos.

—¿Cómo? —pregunta Eva Nyman con voz ajena.

—Es posible ver la casa, pero, si no tiene más cámaras, él no puede vernos a nosotros. La entrada parece estar en la parte de atrás, vista desde aquí. Tú puedes avanzar por la derecha, que hay más sitios para esconderse. Ve por ahí. Yo iré por la pared izquierda. Avanza con cuidado, no hagas nada precipitado.

Sarwani desaparece mientras Nyman lo mira con expresión severa.

Aún agazapada detrás de la piedra, Eva Nyman mira hacia arriba: en efecto, puede ver la cabaña en la distancia y se imagina lo que quiso decir Sarwani con la pared de la derecha. Por lo tanto, se pone en movimiento, de forma controlada, avanzando de una piedra a otra. No hay indicios de otras cámaras, ningún rastro de vida. Se va acercando lentamente. No tiene ni idea de dónde se ha metido Sarwani. ¿No debería estar ya junto a la guarida? Apremia un poco la velocidad, sin hacer «nada precipitado». La expresión de Sarwani resuena en sus oídos y hace que le den ganas de hacer algo precipitado. Se siente más como una adolescente rebelde que como su superior.

Ya está cerca, a la altura del lado derecho de la cabaña. Sarwani debería haber llegado mucho más rápido que ella. ¿Dónde se ha

metido? ¿Está dentro de la casa? ¿Por qué no da señales de vida? Se acerca todo lo que se atreve y se detiene junto a algo que parece ser una caja de zapatos de madera, colocada a media altura sobre un soporte. Entonces, oye el disparo de cerca. El eco resuena por todo el bosque.

El disparo la ha dejado completamente destrozada.

Sarwani observa el estropicio; es posible que aún no haya reaccionado a la conmoción. Todo está completamente deformado.

Su Glock 45 yace en pedazos en el suelo, en el exterior de la única puerta de entrada a la cabaña. Ha tenido que ser un disparo muy preciso para arrancarle el arma de la mano sin herirlo y, por si fuera poco, con un arma tan basta como un rifle de caza para alces. A pesar del dolor, parece que su mano ha quedado intacta. Aprieta la mano izquierda alrededor de la muñeca derecha y observa al viejo de pelo revuelto que realmente le está apuntando al pecho con el rifle de caza.

—Sabes que me queda un disparo —grita Lennart Bergmark mientras retrocede lentamente hacia el lindero del bosque.

Sarwani presiente que está mintiendo. Es un fusil doble: dos cañones, dos tiros. Aunque también cabe la posibilidad de que lo haya cargado después del primer tiro. Bergmark retrocede y se estira hacia algo que encuentra a media altura y que parece necesitar con urgencia.

Mientras saca el arma con una mano, golpea una tapa detrás de él y rebusca en una caja de madera. Se queda mirando lo que ha sacado de la caja. No son dos cartuchos.

Son dos piñas.

Entonces, Eva Nyman lo golpea en el cuello con la culata de la pistola.

Cuando vuelve en sí, está esposado y los mira con fiereza. Con voz ronca, Lennart Bergmark dice:

—Malditos ladrones. Ya he llamado a la policía.

Sonja Ryd abre la puerta de la ventana romboidal y entra en la habitación. La silueta de la silla de ruedas se gira con lentitud hacia ella, de tal modo que deja de ser una silueta. El sol ilumina su rostro.

El olor que Ryd trataba de identificar es, sencillamente, orina.

Una enorme cicatriz le atraviesa la mejilla izquierda por debajo de los ojos grises como el acero. Con voz ronca, Lennart Bergmark dice:

—Supongo que has venido a hablar sobre Lukas Frisell.

21

De alguna manera, no se había dado cuenta de que la dirección correspondía a una residencia de la tercera edad. Sus habilidades de búsqueda en Google no habían sido muy buenas.

Aun así, parece que Lennart Bergmark, en su día, fue un hombre impresionante. Ahora está demacrado, encogido; sin embargo, Sonja Ryd ve en él al otro hombre, al hombre que sobrevivió en el bosque durante años sin agua ni electricidad.

—¿Por qué presupones que quiero hablar de Lukas Frisell?

Bergmark no le quita los ojos gris acero de encima.

—Es la única persona de mi pasado que haría venir aquí a la policía —responde Bergmark con voz ronca y apagada.

Ryd no necesita preguntarle cómo sabe que es policía. Le enseña su placa de identificación para confirmarlo y toma nota de que el hombre tiene buen instinto.

—¿Acaso Lukas Frisell es tan criminal? —le pregunta, saca una silla y se sienta tan cerca de Bergmark que el hedor le corta la respiración.

—Sé que apesto —murmura él—. La mayor parte de mi cuerpo quedó destrozada cuando caí por el precipicio de Fulufjället. Estuve allí tirado durante seis días hasta que un excursionista me encontró. Podemos considerarlo un desafío.

—¿Fulufjället?

—Al norte de Dalarna. Tenía allí una morada, pero el accidente supuso el final de todo.

—¿Lukas Frisell también tiene allí una «morada», lo que quiera que sea eso?

Lennart Bergmark la observa con gran intensidad.

—Lo más probable es que no la considerases una casa, ni siquiera una cabaña, así que yo la llamo morada. El resto te lo puedes imaginar, si es que tienes tanta imaginación como intuyo. Y, no, Lukas

Frisell no es tan criminal. Pero no conozco a muchas personas y él es un hombre amargado y sin compromisos con grandes habilidades de supervivencia y un pasado tanto en la Brigada de Cazadores de Norrland como en la pasma. Los dos sabemos que podría ser una persona mucho más peligrosa.

—¿Lees las noticias, Lennart?

—Lo menos posible.

—¿Ni siquiera las de un tipo al que llaman el Bombardero Terrorista?

Bergmark permanece en silencio mientras escudriña a Ryd; ella espera a que responda.

—Ni siquiera esas —dice al fin—. Pero suena muy esclarecedor.

—¿Lukas Frisell también tiene una «morada» en el norte de Dalarna?

El anciano desvía la mirada hacia la naturaleza al otro lado de la ventana y permanece un rato en esa postura. Tampoco ahora tiene Ryd intención de interrumpir su silencio.

—La cuestión —dice Bergmark al fin— es que no la tiene.

—¿La cuestión?

—Yo le ofrecí una. Fue un fenómeno único en mi vida.

—¿Pero...?

—Había elegido un lugar para él a unos veinte kilómetros de allí. No es precisamente como si fuéramos a aparecer en la puerta del otro en cualquier momento para pedir un poco de azúcar. Sin embargo, cuando al final se dejó convencer, quiso tener algo completamente propio.

—¿Así que era difícil de convencer?

—Mentalmente, estaba metido de lleno desde el día uno. La vida que vivimos no puede continuar así y él era completamente consciente de ello. Ninguno de nosotros puede participar en la destrucción acelerada del planeta. Sin embargo, aunque cada vez estaba más harto de esta maldita existencia monótona de académico, había cosas de esa vida que él valoraba. Le gustaba salir a cenar con los estudiantes, por ejemplo, sobre todo con las chicas.

—¿Y al final adquirió «algo completamente propio»?

—Era una auténtica chapuza. Por otra parte, acababa de empezar. Había cosas que ni siquiera él sabía hacer, como construir una casa, por ejemplo. O establecer una morada, por usar un término familiar para la señorita.

—Es decir, que sabes que la vivienda de Frisell era una auténtica chapuza porque has estado allí, ¿no es así, Lennart?

—Llámame Lelle —le indica Bergmark—. Y sí.

—¿Con «sí» quieres decir «sí, he estado allí»?

Lelle Bergis está a punto de responder cuando parece tener una iluminación. Una débil sonrisa se extiende sobre su rostro ajado por el sol y hace aparecer arrugas que habían permanecido ocultas hasta ahora.

—No lo sé —responde—. Creo que la memoria me falla.

—¿Qué quieres decir?

—¿A cuántas personas ha matado el Bombardero Terrorista?

—Al menos a cuatro. Cuatro personas inocentes, Lelle. Y, si no lo detenemos, van a acabar siendo muchas más.

—¿Y cuántas personas han muerto solo este año por catástrofes climáticas? ¿Cuántas van a morir durante los próximos diez años?

—Eso no tiene nada que ver.

—En realidad, sí tiene que ver. La realidad es que es necesario tomar medidas muy drásticas para hacer despertar a un pueblo lobotomizado. Siento cada vez más que estoy de parte del Bombardero Terrorista. No tengo ni puta idea de dónde se encuentra la putrefacta morada de Lukas. Quizá esté en Mongolia, quién sabe.

Sonja Ryd se despide y se topa con su mirada, que a estas alturas de la conversación es de acero centelleante. Se esfuerza al máximo por leer esa mirada: no, la persona que ve allí dentro no es ningún extremista. Es un hombre que en su día tomó una decisión por su cuenta y riesgo. Una resolución extrema, pero no extremista.

—Las explosiones contradicen su propio objetivo —dice—. El Bombardero Terrorista jamás logrará llamar la atención hacia otra cosa que su cada vez más brutal atrocidad. Los verdaderos extremistas son aquellos que se limitan a continuar, aunque todos sepamos de qué pie cojean. Esto hace que se libren, Lelle. Esto les da carta blanca.

Nuevas arrugas han aparecido en la frente de Lennart Bergmark. El hombre mira fijamente al suelo y sacude la cabeza.

—No lo sé —responde despacio.

Ryd continúa:

—Lukas Frisell deja que los auténticos perpetradores, los auténticos criminales climáticos, queden en libertad. No me jodas, Lelle.

Bergmark inspira profundamente.

—Es posible que tengas razón —dice.

—Tú sabes dónde está la morada de Frisell, Lelle. Sabes en qué bosque se encuentra.

Lennart Bergmark la observa con su mirada clara de color gris acero.

—No —dice.

—¿No? —repite Ryd con un profundo suspiro.

—No —responde Bergmark—. No sé cómo se llama el bosque. Pero podría dibujar un mapa.

22

Nyman y Sarwani son los primeros en llegar a la oficina panorámica. Su Lennart Bergmark, en efecto, había llamado a la policía. Tuvieron una discusión con las autoridades locales en el bosque de Ösmo y, como compensación por la intromisión ilegítima del NOA, los dos agentes recibieron permiso para llevarse a Bergmark a la prisión local; al fin y al cabo, había abierto fuego contra la policía y era una buena captura.

Sarwani se deja caer sobre la silla mientras sigue esperando el dolor en la muñeca derecha, que no acaba de llegar: es como si, en realidad, no hubiera sucedido. De todas formas, le dirige una mirada de agradecimiento a Eva Nyman, que está sentada frente a él, en parte para esperar a que llegue el resto del grupo Nova, en parte para poder mirar el ordenador.

Nyman había reemplazado dos cartuchos por dos piñas antes de derribar al perpetrador. En cierto modo, Sarwani se alegra de haber subestimado a su jefa.

En la pantalla de su ordenador no solo aparece una larga lista de llamadas perdidas, mensajes urgentes, correos inminentes e informes requeridos, sino que también hay una página de un atlas con un rectángulo hecho a boli directamente sobre el mapa. La carretera del mapa se va estrechando desde una autopista hasta convertirse en un minúsculo camino forestal que termina de forma abrupta en mitad del bosque. Desde allí, un camino parece extenderse hacia el rectángulo.

Hasta allí acompañó Lukas Frisell una vez, hace ocho años, al «auténtico» Lennart Bergmark. El coche no había podido continuar más allá, por lo que lo habían dejado allí y habían recorrido a pie los escasos cuatro últimos kilómetros hacia el rectángulo que comprendía el lugar aproximado de la morada de Frisell. Bergmark lo había acotado a un perímetro aproximado de tres por cuatro kilómetros.

Por allí, en algún lugar.

Así es el fantástico informe de Sonja Ryd que les abre el camino para efectuar una redada en la morada de Frisell, en las profundidades del bosque sin nombre de Uppland.

Pero no existe la mínima prueba concreta contra él: todo se basa en la propia percepción de Eva Nyman que, sin embargo, no puede huir de la persistente sospecha de que todo son imaginaciones suyas, de que todo se basa en sucesos que ocurrieron hace quince años. ¿Es posible que su subconsciente quiera vengarse de Lukas Frisell? Porque su terquedad no solo acabó con la vida de Liselott Lindman, sino que también hizo que se dispersara el mejor grupo de trabajo del que Ryd había formado parte en su vida.

Hasta que se formó este.

La idea hace que Eva Nyman se sienta mucho mejor. Solo el hecho de que el grupo Nova haya recibido un nombre tan rápido ya le da cierta confianza en sí misma.

En ese momento, aparecen Lindberg y Ankan, los dos sin aliento.

—Hasta que llegamos a la comisaría, nuestro Lennart Bergmark estaba convencido de que veníamos de parte del comité de construcción —resopla Ankan.

—En cualquier caso, ahora está en el calabozo —dice Lindberg—. Había edificado doce casas para alquilar de forma ilegal, sin permiso de construcción. Él mismo era tan alto como una casa, lo que hace un total de trece. El número maldito.

Los dos se sientan, abren sus ordenadores al mismo tiempo y desaparecen juntos, pero en solitario, en el ciberespacio. Nyman alterna la mirada entre ellos y el mapa.

El mapa incompleto del bosque de Lukas Frisell.

¡Joder! No sabe si se atreve. ¿Se atreve a poner todo su futuro en el bote?

No puede volver a hacer saltar la gran alarma sobre Lukas Frisell de un modo razonable sin tener pruebas concretas. Hasta ahora, la cosa ha ido bien y ha llevado a cabo esa parte de la investigación de forma interna, pero una redada en los bosques de Uppland requeriría mayores recursos, quizá incluso un grupo de trabajo. Al menos,

deberían contar con el apoyo de sus superiores, y ante ellos no solo tiene una maltrecha reputación, sino que también ha desatendido sus obligaciones. Se siente cada vez más como si hubiera caído en una trampa.

Entonces, Sonja Ryd entra en la oficina panorámica. Mira con hosquedad a su jefa, pues ya cuando envió el mapa se había enterado de que Nyman tenía intención de retrasar la maniobra. Ryd estaba ya a medio camino hacia el bosque de Frisell y conducir de vuelta a Estocolmo le había parecido una gran pérdida de tiempo.

A pesar de todo, lo comprende. Comprende la prudencia de Nyman, pues se imagina lo cerca que está Nova de perder el caso y sabe que faltan pruebas, que el pasado de Nyman no supone ninguna ventaja para el grupo.

Eva Nyman ve cómo la expresión huraña de Sonja Ryd se va suavizando hasta transformarse en una sonrisa. Shabir Sarwani las observa y cree entender lo que sucede. Él preferiría hacer una redada; son perfectamente capaces de apañárselas ellos solos, incluso contra un avezado survivalista. Dirige la mirada hacia Anton Lindberg y ve que él está pensando lo mismo. Aún no es tan tarde, están en mayo y el sol tardará aún en ponerse. Les daría tiempo. Ankan percibe sus miradas; ha suspendido todas sus citas por un tiempo indeterminado y ahora mismo vive por y para este caso. Y deberían poder atrapar a Lukas Frisell hoy, antes de la puesta de sol.

Reina un extraño ambiente de indecisión, como si todos estuvieran esperando una señal.

Ryd ni siquiera se ha sentado aun cuando la oficina panorámica se ve invadida por una nítida señal que nadie parece reconocer, al menos hasta que Ankan se lanza sobre su chaqueta colgada y saca un teléfono móvil. Responde a la llamada y se queda en completo silencio. Transcurre el tiempo. Ankan ni siquiera pestañea. Finalmente, corta la llamada y se vuelve hacia sus compañeros.

—Eran los técnicos forenses —dice en tono neutral—. Tienen los resultados de la comparación de muestras de ADN.

El grupo NOVA la mira fijamente. Ella sigue sin pestañear.

Entonces, dice con un grito:

—¡Tenemos una coincidencia!

Ahora todos se han puesto en pie y esperan el resto de la información. Ankan no se hace más de rogar.

—El ADN encontrado en la bomba de Vasaparken coincide con el del viejo cepillo de pelo que había en casa de la exmujer de Lukas Frisell.

—Ese hijo de puta es culpable de verdad —exclama Anton Lindberg.

«Las ruinas de la decadencia», piensa Eva Nyman y dice:

—¡En marcha!

Mientras se levanta, se siente como si acabara de salir de una trampa con apenas unos rasguños.

23

La cuarta vez que la furgoneta oscura gira hacia un camino más pequeño ya no se puede seguir hablando de camino. La línea más estrecha en el mapa de Lelle Bergis quizá fuera un sendero hace ocho años, pero ahora ha sido reconquistado por la naturaleza. A pesar de su impaciencia, Anton Lindberg es capaz de conducir con cuidado, kilómetro tras kilómetro, por troncos y piedras. Se han adentrado tanto en la espesura que el grupo Nova tiene que detenerse cada cien metros para determinar si es posible continuar conduciendo.

Esta vez, fuera del vehículo hay algo diferente. Ankan lo vislumbra unos metros más adelante, en la sombra bajo una densa rama. Conducen hasta allí por un terreno que, a decir verdad, ya no es transitable.

Lo que hay bajo la rama es un coche, un viejo y sucio Volvo negro que parece haberse fusionado con la naturaleza. Sin embargo, al verlo de cerca, observan que no está abandonado ni cubierto de vegetación, sino que solo está hecho una porquería. Le faltan las matrículas y la línea de suciedad muestra que no hace demasiado tiempo que las retiraron.

—Nuestro Lukas quiere permanecer en el anonimato cuando abandone la selva —dice Lindberg, pasando el dedo por la pintura.

—No sabemos si este es su coche —replica Eva Nyman y mira el móvil—. Pero, a partir de este punto, continuaremos a pie.

Sarwani también contempla el mapa en su móvil. Es él quien ha colocado el rectángulo partiendo del mapa que Ryd obtuvo de Bergmark y lo ha compartido con los demás, de modo que ahora todos lo tienen en sus móviles.

—Son apenas cuatro kilómetros —dice—. ¿Tenéis todos el GPS bajo control? ¿El rectángulo en su sitio? Según los operadores, aquí debería haber una cobertura decente, pero quién coño sabe.

Dejan la furgoneta y se ponen en marcha, equipados para la vida salvaje gracias al inesperadamente bien surtido almacén de la comisaría. No les lleva demasiado tiempo llegar al bosque primario, que los engulle con la misma rapidez.

Los cuatro kilómetros se les hacen eternos. Cada vez sienten con más cercanía los olores y sonidos del bosque primitivo. Nunca han visto tantísimos tonos de verde. Los pájaros trinan en un bosque que conforma un universo delimitado. Cuanto más avanzan, más claramente sienten que están dentro del universo de Lukas Frisell; de algún modo, perciben su presencia. Se ven unos a otros como un único cuerpo extraño en un sistema ya consumado, por lo que necesitan mantenerse unidos para formar su propio sistema, su propia fuerza.

—Apenas cuatro kilómetros —dice Sarwani al fin—. Llevamos tres coma seis. ¿Podemos conformarnos con eso?

—No sabemos cuál era el grado de exactitud de Bergmark —dice Lindberg.

—Bergmark vivió en el bosque durante muchos años —dice Ryd—. Lo vi en su mirada: sabe de lo que habla.

—Entonces, ¿por qué no sabe exactamente dónde se encuentra el lugar?

Las protestas de Lindberg no son más que un refunfuño. Una aparentemente tierna Eva Nyman da vía libre a Sarwani con un movimiento de cabeza.

—Yo pasé mucho tiempo en el bosque cuando trataba de convertirme en sueco —dice con una mueca. Se quita la mochila y saca de ella tres rollos de distintos colores, que reparte entre sus compañeros.

»Esto es el hilo de Ariadna —prosigue—. Es cinta de marcado para orientación. Biodegradable, quiero recalcar. Tengo tres unidades: azul para Eva y Anton, verde para Sonja y Ankan, roja para mí. Sonja y Ankan tomarán el lado largo del rectángulo, Eva y Anton el lado corto, y yo la diagonal que lo atraviesa. Vosotros continuáis por los bordes exteriores, mientras que yo avanzaré en zigzag por el interior; después, vosotras haréis lo mismo pero desde vuestro lado. Fijaremos todos una cinta aproximadamente cada veinte metros: así sabremos

quién ha pasado por allí. Podemos poner dos bandas siempre que estéis por los bordes cortos y largos y tres en las esquinas. De este modo, empezaremos a acercarnos lentamente a la morada de Frisell.

—Y avanzaremos con el mayor de los cuidados —logra decir Nyman mientras cada grupo ata una cinta triple alrededor del tronco del árbol más cercano (azul, verde y roja en el punto de encuentro).

Entonces, Sarwani sale como un resorte siguiendo la diagonal del rectángulo, arranca otra cinta roja, la ata con firmeza a una rama de árbol y desaparece en las profundidades del bosque primitivo.

Eva Nyman se queda viendo cómo Ankan y Ryd se internan en el bosque. Entonces, hace una señal con la cabeza al claramente impaciente Anton Lindberg mientras piensa: «No tengo ni idea de qué es lo que acabo de autorizar».

Acto seguido, ella también se pone en marcha.

24

Logran mantenerse en línea recta a lo largo de lo que Sarwani ha bautizado como el lado corto del rectángulo. De momento, el paisaje no parece haber sido afectado en absoluto por la presencia humana. Es la primera vez que Eva Nyman observa lo en forma que está Anton Lindberg o, más bien, lo joven que es. Le cuesta seguirle el ritmo a través del accidentado terreno. Por suerte, Lindberg se ve obligado a detenerse cada veinte metros para atar dos cintas azules a una rama.

Nyman oye un peculiar canto de pájaro que le resulta familiar, profundo y chirriante. Le produce unos escalofríos que tienen su origen en lo más profundo de su pasado. Lo más profundo. El canto se aproxima.

Se oye un chirrido cada vez más fuerte a través de las copas de los árboles cercanos. Una gran sombra negra se cierne sobre Nyman y Lindberg y, por un breve instante, a Nyman le parece ver una imagen fija. Una silueta. El perfil de un pájaro negro como el carbón, como en un cuento.

Un cuervo.

De pronto, ha desaparecido.

Lindberg se gira impasible y le hace señas.

—Vamos, Eva, date prisa.

Sonja Ryd ve la bien torneada espalda de Ankan delante de ella y se pierde temporalmente en sus pensamientos. Ha visto cómo su compañera usa las aplicaciones de citas y se ha dado cuenta de lo que se trae entre manos. Ankan por fin ha comprendido que es un partidazo y parece que lo está disfrutando al máximo. Ryd lo compara con su propia vida: se trata más o menos del mismo marco temporal, algo más de un año, pero ella no ha sido capaz de seguir adelante como lo ha hecho Ankan. Además, su ex tampoco está muerto y bajo

tierra: solo la ha traicionado. Tarda un par de segundos en recordar su nombre, Jonathan, y, cuando consigue evocar su rostro, se trata de un tipo nervudo, arisco, curtido, de cabello espeso.

Necesita un trago.

Pero es demasiado temprano para sacar el termo de la mochila, ese que ha llenado con el vino de tetrabrik que guarda en su taquilla de la comisaría.

Por una vez, se abre un resquicio en el denso follaje por encima de su cabeza. Cuando Sonja Ryd levanta la mirada hacia la bóveda celeste, ve que se ha oscurecido de forma notable y siente un estremecimiento. Cualquier cosa menos lluvia. Vuelve a bajar la mirada y ve que Ankan camina de espaldas mientras la mira.

—¿Estás segura de que estás aquí, Sonja? —pregunta en un susurro, con una mirada tan escéptica como considerada.

—No te preocupes por mí —murmura Ryd en el mismo instante en que la primera gota de lluvia atraviesa el nuevamente denso follaje.

Sarwani avanza en diagonal a través del rectángulo. Se mueve de forma rápida y ágil, pero lo que en un principio había sido más bien una sesión de entrenamiento, a medida que el bosque se va haciendo más oscuro, se convierte en una cuestión de vida o muerte. Cada vez que se detiene para atar la cinta roja a una rama de árbol, se siente observado. Mira a su alrededor. El bosque a su alrededor es tan tupido que no puede ver mucho más allá; sin embargo, parece que el bosque sí puede verlo a él, como si se tratase de un único organismo salvaje.

También es posible que haya una mirada ahí fuera, en alguna parte, más bien de tipo humano, aunque con todas las cualidades de un animal en alerta.

Por primera vez en mucho tiempo, Shabir Sarwani se siente desesperadamente solo.

Sin dejar de avanzar, saca el arma reglamentaria de la funda del hombro y otea en todas direcciones. No sabe si repararía en la morada de Frisell aunque se metiera de lleno en ella.

En cualquier caso, se siente más seguro con el arma en la mano.

Se ha abierto un claro en el bosque. Anton Lindberg consulta el GPS,

constata que llevan recorridos tres kilómetros y que empieza a ser hora de torcer noventa grados a la derecha, de pasar del lado corto al lado largo. Mientras arranca tres largos trozos de cinta azul del rollo, Eva Nyman le da alcance, con la respiración acelerada.

—Es hora de avanzar hacia el interior —dice con un resuello.

Lindberg asiente con la cabeza. Nyman cada vez le resulta más molesta. ¿Por qué no se ha quedado sentada en su despacho y se dedica a tareas de administración, como los demás jefes? ¿Por qué tiene que estar aquí, ralentizando su avance?

—Parece que el bosque vuelve a hacerse más denso ahí delante —dice ella.

—Este es un claro muy pequeño —responde él sin responder.

Continúan su camino. El bosque vuelve a ser tan denso como antes y el tiempo parece extenderse de forma infinita. La lluvia empieza a colarse entre las copas de los árboles por encima de sus cabezas: el agua fría encuentra su camino por cada pequeña grieta, haciendo que el ambiente se vaya enfriando con rapidez. Por un lado, resulta hermoso; por otro, aterrador. El mundo a su alrededor es una lluvia brumosa que no les permite ver muchos metros por delante.

Eva Nyman siente un estremecimiento. Puede percibir la cercanía, lo cerca que se encuentran de algo inquietante. Una silueta de pájaro pasa centelleando por su interior.

Anton Lindberg se agazapa. Esta vez, Nyman actúa con rapidez y se agacha detrás de él, pensando que ha aprendido de sus propios errores. Lindberg levanta los prismáticos de color caqui hacia un pequeño claro un poco más allá en el bosque y, sin decir una palabra, se los pasa a Nyman. Ella se seca los ojos y la frente y, a través de los prismáticos, ve un claro abrirse de nuevo, más grande esta vez. Entre la cortina de lluvia le parece distinguir una pequeña laguna que no figura en su mapa; en cualquier caso, se trata una superficie de agua que, bajo la lluvia, recuerda a una pócima burbujeante.

Anton Lindberg se inclina hacia ella.

—Percibo señales de vida ahí abajo —susurra—. Quédate aquí.

—¿Señales de vida? —inquiere ella, pero Lindberg ya ha desaparecido.

Nyman se deja caer sobre una roca. Siente como si ya hubiera vivido un momento similar de forma reciente. Fue una ocasión mortalmente peligrosa: cuando se encontraba con Sarwani en casa del Lelle Bergis erróneo en el bosque de Ösmo.

Es otoño de 2008 y Lukas Frisell se vuelve hacia ella. Su espeso cabello marrón enmarca un enérgico rostro que ha olvidado que está de camino a la mediana edad. Sus cabezas están muy cerca y ella espera que Frisell le diga algo que cambie su futuro. En lugar de eso, suspira profundamente y parece quedarse petrificado.

Eva Nyman se observa las palmas de la mano de su jefe, que la lluvia hace hervir como si fueran dos lechos de lava. Un perfil de pájaro negro como el carbón aparece entre ellos y gira los ojos directamente hacia los suyos.

De pronto, Nyman ve con toda claridad el cuervo que voló directamente hacia ella cuando tenía diez años y, por primera vez en su vida, se había atrevido a salir al bosque junto a la casa de su abuelo.

Oye un crujido a sus espaldas.

Ryd y Ankan avanzan con rapidez entre los árboles. Cuando giraron del lado largo al corto, la búsqueda se había convertido en una especie de competición. Tres cintas verdes y en marcha. Los dos saben que, en cualquier caso, no pueden bajar la guardia, por lo que fingen que no se ha dado el pistoletazo de salida. Aun así, se palpa en el aire: esa sensación de volverse más animal, de encontrarse cara a cara con la naturaleza, es mucho más fuerte que la reciente lógica del hombre civilizado.

Ryd comprende que está compitiendo contra algo casi sobrehumano. Llevan cuatro años trabajando juntas, desde que se formó el grupo, y es ahora cuando se da cuenta de que tras la abnegada personalidad de Ankan se esconde algo más. Es como si, desde hace un mes, estuviera tratando de salir de la crisálida. Aun así, entre ellas es Sonja Ryd la que está en forma, es ella quien llega al gimnasio a las cinco de la mañana y entrena como si estuviera expulsando a los demonios de su cuerpo. Ankan también entrena, pero de un modo más elegante. Para Ryd, el entrenamiento es

mortificación; para Ankan, es elegancia. Quizá eso suponga una diferencia.

Los ritmos se aceleran; las miradas que cruzan son miradas animales, hembra contra hembra, dos campos de visión estrechos y apretados. ¿Quién atrapará primero al perpetrador? Tienen una presa a la que abatir, un macho sin valor genético.

Corren como desbocadas. Ankan y Sonja, Sonja y Ankan, fuerzas que ya no se dirigen hacia fuera: se trata únicamente de su lucha interior.

Es entonces cuando se encuentran frente a la silueta, que parece agazaparse sobre ellas.

Las dos frenan en seco. Han perdido la lucha común. Han sido abandonadas a su suerte, a merced del ser.

Por el rabillo del ojo, Sonja Ryd ve a Ankan sacar el arma reglamentaria.

Shabir Sarwani mantiene su centro de gravedad lo más bajo posible durante todo el desplazamiento, casi arrastrando el arma a través del terreno encharcado por la lluvia. Así era como se movía por el bosque cuando necesitaba ser el mejor en todo momento, cuando aprendió a ser más sueco que los suecos. Aunque ahora duda de si aprendió algo sobre el bosque más que el hecho de que quiere salir de él lo antes posible. Cada vez siente con más claridad esa singular presencia.

Eso es de lo que trata de huir.

No cree que le falte concentración, pero su campo de visión ha cambiado: se ha vuelto más estrecho, más nítido, más denso. Todo lo que no es una amenaza o una presa ha quedado excluido. La naturaleza y él se han convertido en uno. La única señal que sigue recordando a la civilización es la cinta roja que ata con cada vez menos frecuencia a las ramas de los árboles.

El bosque parece acercarse cada vez más. Es como si se encontrara dentro de sus fauces, a punto de ser engullido.

La civilización se ha ido a pique y somos los únicos que aún no se han dado cuenta.

A Sarwani le parece ver algo por el rabillo del ojo, un vago indicio a través de la neblina de la lluvia. Sin embargo, pierde la concentración

una décima de segundo y el pie se le queda atascado bajo una raíz. Mientras cae hacia delante con una lentitud extrañamente precisa, oye un fuerte crujido procedente de su espinilla.

Anton Lindberg se acerca con gran sigilo hacia la pequeña laguna. Definitivamente, ha visto algo moverse en el claro junto a la orilla, aunque la lluvia, cada vez más gris y más densa, ya no le permite ver nada. Sujeta el arma en alto con las dos manos, listo para abrir fuego de inmediato.

No logra distinguir dónde empieza la laguna. Por un momento, siente como si hubiera entrado en el agua. Así que ahí está: pequeña, oscura, de profundidad inimaginable. Lo poco que ve de la superficie le recuerda al alquitrán hirviendo.

Entonces, vuelve a percibir señales de vida, la misma sombra que se desliza velozmente a través del borde exterior de su campo de visión. Se gira hacia ella y está a punto de disparar, pero, en la última milésima de segundo, consigue evitar el disparo que los habría descubierto definitivamente.

Allí no hay nadie. La sombra ha desaparecido.

Sin embargo, Lindberg observa algo más: en una rama de árbol, ve huellas que solo pueden ser humanas. Parece que algo haya quedado colgando entre dos ramas junto a la laguna; hay marcas de abrasión por la corteza. Quizá se trate de algún tipo de trampa para animales que acaban de retirar hace poco. Pasa el dedo por la superficie de la madera quemada y percibe el olor de algún tipo de explosivo.

Se encuentra muy cerca.

Lindberg se da la vuelta. Parece que la lluvia ha amainado ligeramente, pues vuelve a ver la pistola que sostiene delante. Llega a la gran roca en la que dejó a Eva Nyman y mira a su alrededor, con las palabras en la punta de la lengua.

Nyman no está allí.

Con el pulso cada vez más acelerado, da una vuelta de reconocimiento por las cercanías. No hay ni rastro de la jefa de Nova. Al fin, lo comprende con total claridad.

Eva Nyman ha desaparecido.

Anton Lindberg levanta el móvil para ponerse en contacto con los


demás, temblando de un modo inquietante.

25

Lo único que siente Eva Nyman es el oído. Ni siquiera siente dolor. Debe de haber estado inconsciente durante un tiempo considerable, por lo que ahora debería sentir dolor, independientemente de cómo la hayan sedado.

Se había despertado de forma abrupta, había logrado controlar el pánico con respiraciones de yoga y había tratado de reducir la presión arterial y de aferrarse a los hechos principales.

Los hechos son que se encuentra atada de pies y manos a una silla que parece estar atornillada al suelo. Comprende que está dentro de la casa, en un lugar seco y bastante cálido; oye la lluvia golpear contra algo que debe de ser un tejado, pero no de chapa, pues, en ese caso, sonaría más fuerte.

La venda de los ojos deja entrar tanta luz como sonido deja salir la mordaza, es decir, nada en absoluto. Pero no solo puede oír, sino que en este momento el oído es su único sentido. Aun así, tampoco puede oír gran cosa. Puede que eso indique que no seguirá existiendo durante mucho tiempo, que está a punto de dejar de ser.

Está sentada en la morada del Bombardero Terrorista y puede oírlo, muy débilmente, como a través de una puerta cerrada: parece estar atareado con algo que Nyman desearía no llegar a descubrir nunca. Oye picar y cocer a fuego lento; oye un líquido que se vierte. De vez en cuando, oye pasos apresurados.

Eva Nyman no puede evitar visualizar a Lukas Frisell delante de ella. ¿Cómo ha evolucionado durante los últimos quince años, puede que ocho de ellos en las regiones inhóspitas? ¿Se ha convertido en un ermitaño, en un animal salvaje, en un psicópata, en un sádico? En cualquier caso, lo más probable es que ella se encuentre en la casa de un hombre que ha matado al menos a cuatro personas y que amenaza con matar a muchas más. En nombre del clima.

Se encontraron restos de su ADN en la bomba de Vasaparken.

Dirige sus cartas a su vieja colega.

Las cartas están escritas con sus palabras. Directamente a ella.

«Las ruinas de la decadencia».

Es él. Es Lukas Frisell. Él la ha llevado al bosque. Lo único que notó fue una ramita que, seguramente de forma intencionada, se quebraba a sus espaldas. Después, no hubo más que silencio, oscuridad, vacío.

Anton Lindberg no se había dado cuenta de nada. Frisell debía de haberse movido como un depredador al acecho por un bosque que conoce como la palma de su mano. De las cinco personas que estaban ahí fuera, se ha llevado justo a la que quería. La persona a quien había dirigido sus cartas, de quien había esperado que lo persiguiese, con quien tenía un pasado común.

Puede que todo esto sea parte de su plan.

Puede que lo único que le interese sea Eva Nyman.

Puede que se esté preparando para torturarla.

Oye un golpe sordo, con toda probabilidad, aún detrás de una puerta. Después, la imagen sonora cambia, se vuelve más abierta y lo que antes sonaba apagado se vuelve instantáneo, sin filtros. Es como si le quitaran la sordina a una trompeta y los sonidos estridentes penetraran directamente en sus oídos.

Los pasos ya no son apresurados, sino que tienen aplomo, tienen fuerza.

Eva Nyman deja de respirar cuando siente su presencia.

Percibe un olor.

El calor se extiende por su lado derecho e identifica el olor como algo similar al queroseno. Lo más seguro es que haya una lámpara de aceite sobre la mesa delante de ella.

Como por hechizo, todo lo que recuerda a los vapores de petróleo se desvanece.

Todavía hoy, quince años después, puede reconocer perfectamente su olor.

26

El lomo del majestuoso ciervo se encuentra en el campo de visión de Ankan. En ese mismo instante, le vibra el móvil en el bolsillo, haciendo que sacuda la pistola. Ese movimiento es suficiente para que el ciervo dé media vuelta y desaparezca entre el follaje empapado por la lluvia. Antes de que le dé tiempo a sacar el móvil, Sonja Ryd dice con voz ronca a sus espaldas:

—Eva ha desaparecido.

Shabir Sarwani acaba de aterrizar pesadamente de rodillas sobre pedregoso musgo cuando empieza a vibrarle el móvil en el bolsillo de atrás. El crujido que acompañó su caída fue tan fuerte que se pregunta cuándo llegará el dolor de verdad. ¿Cómo coño va a transportar el personal de la ambulancia a un hombre con una fractura abierta por ese tupido bosque?

Mientras espera que llegue el dolor, coge el teléfono móvil y gira el cuello. Ve la raíz con la que ha tropezado: es la raíz lo que se ha roto con un crujido y no su espinilla. Lee el mensaje con un suspiro de alivio que no tarda en volatilizarse: «Eva ha desaparecido. Estas son mis coordenadas. Reunión urgente».

Ahora solo llueve débilmente. Sarwani es el primero en llegar hasta Anton Lindberg, que está sentado sobre una piedra con la cara entre las manos y no para de sacudir la cabeza.

—¿Cómo he podido ser tan idiota?

—Todos nos preguntamos esas cosas —dice Sarwani, poniéndole la mano en el hombro—. Ahora vamos a ir a buscarla y la vamos a llevar a casa antes de que oscurezca.

En cuestión de un par de minutos, llegan también Sonja Ryd y Ankan, las dos sin aliento, como si hubieran ido corriendo durante todo el camino. ¿Han estado compitiendo?

Sarwani saca el iPad de la mochila y abre el mapa en formato más grande. Dibuja en él tres líneas bastante aproximadas: una verde, una azul, una roja. La roja es diagonal y atraviesa el rectángulo hasta llegar casi al otro lado. Tanto la verde como la azul forman un ángulo de noventa grados. Al final de la línea azul, Sarwani dibuja un pequeño círculo.

—Aquí abajo está la laguna —dice, señala el agua y dibuja una cruz dentro del círculo—. Y aquí estamos nosotros. ¿Podemos hacer una estimación de dónde se encuentra Frisell?

Se inclinan hacia delante, juntando las cabezas, para observar el boceto de Sarwani.

—Hay una superficie inexplorada más grande hacia el noreste —dice Ryd, señalando con el dedo.

—¿Eso significa que tendremos más probabilidades hacia el noreste? —pregunta Sarwani.

—Si suponemos que es un auténtico artista de la supervivencia, no tendrá electricidad —dice Ankan—. Es decir, no tendrá cámaras de seguridad. Todavía podemos sorprenderlo.

—Peor me lo pones —suspira Lindberg—. Eso quiere decir que encontró a Eva sin necesidad de cámaras.

Sarwani endereza la espalda y comparte su interpretación.

—En cualquier caso, lo más probable es que nos haya descubierto porque nos acercamos demasiado, así que su morada no puede estar muy lejos. Vamos a separarnos, pero nos mantendremos al alcance de la vista unos de otros. Avanzaremos hacia el sur como si se tratase de una batida y seguiremos atando cintas a los árboles hasta que lleguemos a las cintas verdes en el sur. Entonces, giraremos hacia el norte, pero unos cien metros más hacia el este. Así lo encontraremos seguro.

—¿Unos treinta metros entre nosotros? —propone Ankan.

Sarwani asiente con la cabeza.

—Somos cuatro —dice—. Por suerte, la lluvia ha amainado, por lo que podemos mantener una mayor distancia que antes. Yo iré por la derecha, después Sonja, luego Ankan, y Anton más hacia la izquierda. Ankan, Anton y yo colocaremos las bandas; Sonja no tiene que

hacerlo. Nadie perderá de vista a nadie. ¿Os parece bien?

Los demás asienten y el grupo se separa. Mientras Ryd espera a que los demás ocupen sus puestos, echa un largo trago de su termo.

Cuando están a una buena distancia de ella, saca la pistola y percibe la primera señal del crepúsculo que se filtra entre el húmedo aire de primavera.

27

Eva Nyman siente cómo le retiran lentamente la venda de los ojos. Aunque sabe más o menos lo que le espera, en realidad no tiene ni idea. ¿Qué impresión se va a llevar?

¿Cuánto tiempo va a seguir viviendo?

Cuando cae la venda, regresa al otoño de 2008. Observa la coronilla de la figura que está de espaldas a ella. Quiere que se gire, quiere que su rostro bien perfilado bajo el espeso cabello rubio oscuro se acerque al suyo, desea que él diga algo que cambiará su futuro.

Pero ahora la coronilla es gris y el pelo parece estar mal cortado con una navaja, con algunos centímetros de desigualdad. Él tampoco se gira: está ocupado con algo que tiene sobre las rodillas.

Un silencio que Eva Nyman nunca había experimentado se extiende por lo que va apareciendo ante sus ojos aún sensibles a la luz.

Se encuentra en una estancia yerma y primitiva con puertas en tres direcciones. No hay ningún tipo de decoración. Incluso los tablones que conforman las paredes parecen estar fabricados a mano. Tampoco hay ventanas. Una única lámpara de aceite ilumina la estancia; un poco más allá, hay una chimenea que no está encendida y que también parece estar construida a mano.

El hombre sentado de espaldas delante de ella interrumpe su actividad. Sin volver la cabeza, golpea la mesa con un gran cuchillo de caza. Mientras se gira, también tira el trapo con el que acaba de limpiar el cuchillo. Está lleno de manchas rojas.

Eva Nyman está sentada cara a cara con un hombre curtido y demacrado que viste ropa desgastada de color caqui.

La visión le causa una impresión muy peculiar. Por supuesto, se trata de Lukas Frisell, pero es como si llevara muchos años deambulando por el purgatorio. Lo único que parece no haber cambiado son sus ojos azul claro.

Es posible que estén en el purgatorio en este momento. De camino hacia arriba. O hacia abajo.

Sus ojos se encuentran y mantienen la conexión durante un buen rato. Hay algo en su mirada que ella nunca había visto antes; quizá se trate de algo que solo los años de soledad y el bosque pueden crear. Nyman está mirando directamente a la prehistoria.

—¿Qué haces aquí, Eva Nyman? —pregunta él con una voz que a ella le parece una octava más grave que hace quince años.

«¿Cómo se puede controlar la voz de antemano?», piensa Eva Nyman.

—Me alegra que te acuerdes de mí, Lukas —dice entonces.

Él la analiza de forma minuciosa. Realmente tiene mirada de depredador.

—No hay duda de que lo haces, teniendo en cuenta las cartas —añade ella, examinándolo, a su vez, lo mejor que puede.

—¿Las cartas? —gruñe él.

Ella trata de interpretar su comportamiento, pero no lo consigue. Trata de mantener un tono oficial.

—Solo necesitamos hablar contigo. Tienes que venir con nosotros... a menos que prefieras seguir huyendo eternamente.

Él sonríe por primera vez. Una sonrisa oblicua e irónica, sin duda, pero en la que Nyman puede reconocer los contornos de su vieja sonrisa. Le parece algo extraordinario poder leer el paso del tiempo en un rostro. Es el único momento en el que puede verse en realidad la cuarta dimensión.

—¿Solo necesitáis hablar conmigo? —repite y se echa a reír. Entonces, se pasa la mano por la barbilla recién afeitada—. Ya he cometido un delito trayéndote aquí, Eva. ¿Qué tengo que perder?

—Eso no es nada en comparación con la serie de atentados, Lukas. Cuatro muertos hasta ahora, puede que sean seis. Hay pruebas físicas contra ti. Hay cartas con tu lenguaje dirigidas personalmente a mí.

—¿Mi lenguaje?

—«Las ruinas de la decadencia».

Él la mira con la misma atención que antes, puede que de un modo algo más penetrante.

—Esos cuatro de ahí fuera son más jóvenes que tú —dice con un movimiento de cabeza hacia un lado—. Están buscando a su jefa. No tardará en caer la noche. Por si fuera poco, habéis tenido la amabilidad de colocar cintas en el bosque para que me resulte más fácil encontraros.

Eva Nyman hace una mueca involuntaria. Frisell continúa.

—Un pequeño grupo unido, Eva, como ya te gustaba en aquella época. Y, si has aprendido algo de mí, se trata de algún tipo de acción disidente. De lo contrario, ya habría observado a los helicópteros y las fuerzas especiales merodeando por aquí.

Nyman siente cómo le vuelve a colocar la venda de los ojos en la cabeza. Lo último que ve antes de que todo se vuelva otra vez completamente negro es a Frisell cogiendo el cuchillo de caza de la mesa. Durante una fracción de segundo, la forma tiene perfil de pájaro negro.

—Estoy seguro de que ahora van todos en un solo grupo —dice Lukas Frisell antes de levantarse.

28

Forman un pelotón más compacto de lo planeado. Aunque ha cesado la lluvia, se han ido acercando unos a otros a menos de los treinta metros previstos. Por otra parte, ha empezado a anochecer.

Giran por tercera vez, en esta ocasión, desde el sur hacia el norte. Han ido avanzando a buena velocidad, pero ahora resulta complicado distinguir los detalles en el rocoso terreno irregular anegado por la lluvia. Cada vez avanzan más despacio.

El olor de la naturaleza se ha vuelto más intenso.

Sarwani y Lindberg van por los flancos, mientras que Ryd y Ankan escudriñan el área interior. Se van acercando unos a otros como una tela que encoge.

Sarwani sigue sin poder quitarse de encima la sensación de que está siendo observado: es como si el propio bosque lo estuviera mirando. Ryd incluso se siente algo eufórica por el terror que la embarga, como si hubiera hecho algo para merecerlo. Ankan siente cómo se intensifica su voluntad de lucha, aunque no desea lo más mínimo recibir un disparo, algo que lleva temiendo desde su primer día en la academia de policía. Lindberg ha convertido la persecución en lo que realmente desea: se trata de una batalla contra la criminalidad que sabotea el futuro de Suecia.

Se miran unos a otros tanto como miran al bosque. ¿Cuándo llegará el momento en el que deberán humillarse y pedir refuerzos? Una alto mando de la policía ha sido secuestrada. El hecho de que no hayan dado aún la alerta nacional puede suponer el fin de sus carreras.

Por no hablar de lo que pasaría si muere Eva Nyman.

Sonja Ryd piensa en el otoño de 2008, en la secuestrada Liselott Lindman, en el infierno que tanto Lukas Frisell como Eva Nyman trataron de detener. Cierra los ojos por un instante. Es posible que Eva sea su mejor amiga. ¿Qué le estará pasando en este preciso momento?

¿Sigue viva siquiera? Para poder concentrarse en estas circunstancias y atacar en serio necesita un estímulo, pero los demás están demasiado cerca. El termo deberá quedarse en la mochila.

Es Ankan quien levanta la cabeza hacia el firmamento para recibir las primeras gotas de la nueva lluvia.

También es ella quien lo ve.

Ve algo cruzar el cielo que se va oscureciendo, un destello invertido aún más oscuro que, sin lugar a duda, viene de abajo.

Todos se detienen un momento para observar el fenómeno.

—Es humo —dice al fin Sarwani en un susurro.

—Y está muy cerca —susurra Ankan.

Avanza lentamente hacia ellos, que no tardan en percibir también el olor a humo. Algo se está quemando muy cerca de allí; algo está ardiendo en las últimas horas de la tarde de mayo.

Avanzan a través del denso bosque hasta que clarea un poco y llegan al pie de una colina. Parece una ilusión óptica: esas humaredas de humo negro no pueden proceder de la propia pendiente, pero lo hacen.

Sarwani es el único que lleva prismáticos nocturnos que, aunque no son de la mayor calidad, le permiten ver algo.

—Es una especie de construcción, camuflada por la ladera —susurra —. Ha construido su morada en una colina artificial. Puedo distinguir una puerta. ¿Tenéis todos cobertura?

Todos comprueban sus móviles y asienten con la cabeza.

—Es un puto preparacionista —continúa Sarwani—. No creo que tenga una única entrada. Sonja, tú te quedas conmigo. Ankan y Anton, ¿podéis ver la puerta?

Miran hacia donde señala su dedo; Lindberg logra capturar lo que está señalando con sus prismáticos de peor calidad. Puede que sea una puerta exterior. Asiente con la cabeza.

—Esperad a que dé la orden —dice Sarwani.

Ryd lo sigue, mientras que Ankan y Lindberg se quedan atrás, a la espera.

La espiral de humo parece ahora un huesudo dedo índice emergiendo del subsuelo. Sarwani y Ryd se mueven en semicírculo

alrededor. Sarwani detiene a Ryd, levanta los prismáticos nocturnos y avanza lentamente con ellos en alto; ella lo sigue, agachada, sin poder ver prácticamente nada.

Entonces, Sarwani se detiene abruptamente. Ryd apenas distingue la mano de su compañero, pero oye su enérgico susurro.

—Aquí también hay una puerta exterior.

La pantalla del móvil ilumina la cara de Sarwani, que parece estar completamente pálido en el umbral de la noche. No se ve la luna por ninguna parte. Al cabo de un rato, da la orden con un murmullo.

—Anton y Ankan, entrad ahora.

Ryd solo puede entender la mitad de lo que dice Sarwani; no se encuentra allí en realidad. Mientras lo sigue, le inunda un pánico cercano a la muerte; no obstante, de algún modo está preparada y logra transformar el pánico en determinación. Se ampara en su profesionalidad. Está sudando en el frío bosque y el sudor hace que la pistola se le pegue a la mano.

Con mucha lentitud, avanzan en dirección a la colina, hacia el humo que apenas puede distinguirse en la cada vez más envolvente noche. Se encuentran ante una pared. Ryd estira la mano para tocar la superficie: parece musgo, pero ya no puede ver nada.

La oscuridad se ha cernido sobre el bosque.

La cara de Sarwani vuelve a iluminarse, más pálida que antes. Le hace una señal a Ryd con la cabeza y extiende la mano hacia la pared. Ella apenas puede ver nada, pero oye un clic muy, muy débil, como si alguien apretase hacia abajo la manija de una puerta. La puerta, si es que es una puerta, se abre de forma silenciosa.

Una luz muy muy tenue resplandece en las profundidades de algo que aún no es posible distinguir.

Ryd y Sarwani avanzan en silencio por algo que parece pasillo.

Puede suceder cualquier cosa.

Finalmente, llegan a una estancia más grande. La estampa se revela como si un telón se fuera abriendo lentamente.

Lo primero que ve Sonja Ryd es a Eva Nyman.

Es posible que, de forma inconsciente, ya haya decidido que Eva está muerta, pero ahí sentada donde está, la comisaria Eva Nyman

realmente parece estar sin vida. Su rostro brilla, blanco, a la luz de una lámpara de aceite que hay delante de ella sobre la mesa.

Ryd echa una rápida mirada hacia la otra fuente de luz de la estancia. Es una chimenea.

Ve a Lindberg y Ankan entrar en la habitación desde otro lado.

Entre las sombras, junto a la chimenea, hay sentado un hombre de mediana edad con las manos a la vista.

Una voz de mujer grita algo sobre una bomba.

2
EL INTERROGATORIO

29

Sigue con el dedo índice la inscripción grabada en la mesa, letra a letra. La primera es una L. La segunda es una B. La tercera es una R.

«L. B. R. Libre».

Sigue sonriendo levemente mientras vuelve a levantar la mirada hacia el gran espejo de la pared. Es la primera vez en ocho años que ve su propia sonrisa.

Eso hace que deje de sonreír.

Sentada al otro lado del espejo, que desde allí es una ventana, Eva Nyman observa la sonrisa de Frisell y la ve desaparecer. Entonces, puede que de forma retórica, pregunta:

—¿Estáis preparados?

El grupo Nova al completo se ha reunido en la pequeña sala de control que hay detrás de la sala de interrogatorios. El ordenador para la grabación de vídeo está activado y el reloj que hay sobre el espejo unidireccional marca las 3:42.

El espacio está lleno de vasos de papel teñidos de marrón. Han bebido mucho café en esa sala.

—Esa trampa de la silla realmente parecía una bomba —gruñe Ankan turbada. De pronto, vuelve a ser la vieja y autodestructiva Ankan.

—Lo más probable es que la recogiera de la laguna —dice Anton Lindberg—. Tanto el árbol como la trampa tenían restos de explosivos. Era una especie de trampa explosiva casera sujeta a un par de árboles.

—Va a ser una noche larga para los técnicos forenses —asiente Nyman—. Naturalmente, estamos en contacto directo con ellos y mañana tendremos argumentos más sólidos, pero es importante que efectuemos un interrogatorio preliminar ahora que todo está fresco.

—¿Estás segura de que puedes aguantar? —pregunta Shabir

Sarwani desde detrás de la pantalla del ordenador—. Hace solo unas horas que ese hijo de puta te sedó y te secuestró.

—Me han hecho un reconocimiento médico —dice Nyman por toda respuesta antes de ponerse en pie.

Sonja Ryd se encuentra junto a la puerta con un archivador en una mano y lo hace tamborilear de forma enérgica contra la otra.

—Sí, sí —murmura Nyman, levanta su propio archivador del escritorio y se abre paso hacia la puerta que ya ha abierto Ryd.

Ryd la deja pasar y la sigue en dirección al curtido hombre con el peculiar cabello gris acero cortado a cuchillo. Frisell está sentado en silencio, mirando fijamente la ancestral mesa de interrogatorios. Lo único que se mueve es su dedo índice.

Nyman y Ryd toman asiento. Él todavía no ha levantado la mirada. Nyman abre el archivador y anuncia con gran seriedad:

—Lukas Frisell, eres sospechoso de haber cometido un delito. ¿Comprendes el significado de la palabra sospechoso?

Frisell levanta la mirada por primera vez, una mirada azul claro que se clava en Eva Nyman, y se limita a sacudir la cabeza.

—Ya sabes que debes decirlo en voz alta —continúa Nyman—. ¿También has renunciado a la presencia de un abogado?

Frisell gira la cara hacia el techo y olfatea el aire.

—Huele a etanol —dice.

Ryd y Nyman cruzan una mirada rápida.

—Limítate a contestar a la pregunta —dice Nyman con su voz más gélida.

—Eso eran dos preguntas —dice Frisell sin dejar de mirar hacia el techo. Su dedo no deja de deslizarse por la superficie de la mesa, como si estuviera escribiendo algo.

—En ese caso, responde a dos preguntas, Lukas.

—Yo no pertenezco a un mundo en el que existan los abogados.

—Entonces, ¿eso significa «sí, renuncio a la presencia de un abogado»?

—Sí. Y he entendido más o menos de qué se me acusa, aunque, desde un punto de vista jurídico, era una formulación bastante pobre.

—Bien. En ese caso, podemos continuar. Esta es mi compañera

Sonja Ryd.

Nyman se gira ligeramente hacia Ryd, que decide coger el toro por los cuernos.

—Hablando de olores, no hueles tan mal como yo creía.

Frisell se gira hacia Ryd. Ella no se amilana, aunque es la primera vez que la mira.

—Lo que quiero decir es que pareces tener más comodidades en tu morada que la mayoría de los preparacionistas. ¿Tienes una ducha de agua caliente escondida por alguna parte? ¿Una sauna, quizá, o un balneario? ¿Una exclusiva selección de perfumes?

—No sé lo que es un preparacionista —responde Frisell.

—Pero sabes adónde quiero llegar, ¿o no?

Eva Nyman se reclina hacia atrás y espera que la ventana unidireccional no deje pasar una imagen demasiado clara. A pesar de los horrores de la pasada noche, hay algo reconfortante en estar sentada entre su antiguo mentor y la persona de la que ella misma ha sido mentora, como si se tratase de tres generaciones. ¿Cómo se comparan las antiguas habilidades de interrogatorio con las modernas? ¿Puede Frisell hacer frente a los giros inesperados de Ryd en la sala de interrogatorios? Nunca ha hablado con Ryd sobre ello, pero, de algún modo, tiene que guardar relación con su singular trasfondo filosófico.

—¿Llegar? —dice Frisell, y Eva Nyman sabe que no es la única que ve la microscópica sonrisa que se perfila en la comisura de su boca.

—Creo que estás visualizando la revelación. —Ryd le devuelve la sonrisa—. Creo que incluso te imaginas la imagen que percibimos cuando descubrimos el secreto. En ese caso, se puede imaginar lo que van a encontrar los técnicos forenses. Pero ya volveremos a eso. ¿Prefieres la etiqueta de «survivalista»?

Lukas Frisell deja de dibujar con el dedo y se inclina sobre la mesa.

—Todo esto te resulta complicado de cojones, ¿eh?

—¿Todo esto? —pregunta Ryd—. ¿Todo tu… plan?

Frisell hace una mueca y vuelve a reclinarse hacia atrás.

—Sí, la verdad es que me resulta complicado comprender tu plan, Lukas. Explícamelo. ¿Estamos hablando de matar de forma aleatoria y

de aterrorizar a la población con la intención de hacerlos despertar?

—¿Es eso de lo que se me acusa?

Ryd y Nyman lo observan minuciosamente. ¿Recuerda tanto de la esencia del ser humano como para ser capaz de fingir sorpresa?

—Sabes que no podemos desvelar ningún detalle crucial —dice Nyman, tanteándolo.

—Pero, si se trata de asesinato y de terrorismo, deberías haberme informado al respecto, ¿no?

Se siente como en 2008, antes de la catástrofe. Frisell tiene el cabello castaño y espeso. Su autoridad presiona a Eva Nyman bajo la superficie. Pero no hay nada que presione a Sonja Ryd.

—Puesto que se trata de delitos violentos aún no especificados, el jefe de la investigación preliminar, el fiscal de cámara Sten Robert-Olsson, ha decidido emplear una clasificación de delitos provisional amplia. No hay nada extraño en ello. Pero volvamos al olor.

Frisell la observa durante unos instantes; entonces, echa la cabeza hacia atrás, como si volviera a olfatear el aire, pero no dice nada.

—¿Por qué no hueles mal? —pregunta Ryd.

Frisell suelta un bufido.

—Cualquier «survivalista» puede explicarte que la higiene es lo primero —responde haciendo el gesto de las comillas con los dedos—. Cuando pierdes la higiene, pierdes el control.

—¿Así que tienes un conducto de agua secreto?

—Por supuesto que no. Tengo una laguna a un kilómetro de mi morada.

—Ajá —dice Ryd—. ¿Allí donde estaba la trampa?

—Me baño todos los días. Lavo la ropa cada tres. Si es necesario, abro un agujero en el hielo.

—¿Tienes jabón, champú, detergente?

—Hay métodos mejores.

—Retiraste la trampa hace muy poco tiempo. Parecía estar intacta.

—Y no parece una bomba en absoluto —dice Frisell con una mueca.

—¿Por qué retiraste la trampa, Lukas?

—Ya no encajaba con mis planes.

—Es decir, ¿que tus planes han cambiado recientemente? ¿Después

de ocho años en el bosque?

Frisell guarda silencio y dirige una mueca hacia el techo.

—Sabes lo que encontramos, ¿verdad? —continúa Ryd con calma—. Eso cambia las condiciones de esta conversación.

—Creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir —murmura Frisell.

Nyman y Ryd intercambian una breve mirada que dice muchas cosas.

—¿En qué sentido han cambiado tus planes, Lukas? —pregunta Ryd.

—Sin comentarios.

Ryd lo mira fijamente. Lo que ve es determinación absoluta, aunque se pregunta por qué esa determinación no ha estado ahí desde el principio.

Frisell está jugando a algún tipo de juego.

Ryd asiente brevemente hacia Nyman, quien suelta un profundo suspiro, reúne sus papeles y concluye la conversación.

—Ha sido un día muy largo. El interrogatorio termina ahora, a las 4:06, y se reanudará mañana por la mañana a las 8:00.

30

No cabe una silla más en la pequeña sala de control tras el espejo unidireccional. Sin embargo, nadie quiere sentarse: están todos de pie en fila, observando a Lukas Frisell, que se encuentra sentado al otro lado. Es como una imagen fija.

Finalmente, Sonja Ryd se mueve hacia la puerta, pero esta vez no es Eva Nyman quien la acompaña: en su lugar, Ryd le abre la puerta a Shabir Sarwani. Cuando el reloj marca las 8:00, se acercan hombro con hombro a la figura inmóvil junto a la mesa de interrogatorios y, hombro con hombro, abren sus archivadores.

—Continúa el interrogatorio —dice Ryd, inexpresiva—. Este es mi compañero Shabir Sarwani.

Sarwani señala a la pared frente al espejo, en la que una pantalla muestra una imagen centelleante que empieza a moverse al cabo de un segundo. Tras unos instantes, se puede distinguir la gran estancia en la morada de Frisell en la que tuvo prisionera a Eva Nyman. La imagen, sin personas y sin sonido, se dirige hacia una de las puertas de fabricación casera, que se abre y deja al descubierto un almacén. Allí hay algunas estanterías con un revoltijo de chismes y varios trapos de diverso tipo cuelgan sobre el tosco suelo de madera. Una mano aparece en la imagen y se lleva los trapos. Al fin, se revela: un enchufe.

—Esto es lo que encontramos ayer —dice Sarwani—. Aunque lo que estamos viendo es el vídeo de los técnicos forenses, pero llegarán más a lo largo del día que, con toda seguridad, nos desvelarán para qué has usado la electricidad. No tardamos en comprobar que no hay un suministro conectado a la vivienda, pero ahora sabemos de dónde procede la electricidad: ni más ni menos que de un ingenioso acoplamiento a la finca más cercana, a apenas diez kilómetros de allí. Parece que se te empiezan a acumular los delitos, Lukas.

Frisell mira fijamente a su interlocutor como si de una presa se tratara; Sarwani tiene una estremecedora sensación de *déjà vu* de las profundidades del bosque de la noche anterior, que parecía estarlo observando. Trata de ignorarla y continúa.

—Por supuesto, volveremos a tu posible acceso a un ordenador, Internet, teléfono móvil y esas cosas, pero, de algún modo, resulta más interesante eso que no necesita electricidad. Una máquina de escribir, por ejemplo.

—¿Tienes una máquina de escribir, Lukas? —pregunta Sonja Ryd.

—Si la tuviera, ¿no la habrían encontrado ya vuestros técnicos forenses?

—Parece que tienes escondrijos aquí y allá por los alrededores de tu morada —responde Ryd—. Los forenses los van encontrando uno tras otro. Por supuesto, tú sabes que todas las máquinas de escribir tienen una huella dactilar única.

—¿Se supone entonces que también he escrito cartas a máquina? —pregunta Frisell.

Ryd se queda mirándolo durante tanto tiempo que Sarwani empieza a hojear su archivador, saca un par de papeles y toma la palabra.

—Hacia el final de tu periodo en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia, escribiste cartas al director con bastante frecuencia, ¿no es cierto?

Deposita las hojas de papel delante de Frisell; son copias de artículos de periódico.

—¿Puedes leer en voz alta los fragmentos subrayados en amarillo?

La mirada de Frisell sigue fija en Sarwani. No hace el más mínimo ademán de mirar los artículos.

—Este es mi favorito —continúa Sarwani—: «Sabemos que ha llegado el momento. Hay grandes urbes en el planeta Tierra a las que no llegan los rayos del sol. No podemos seguir limitándonos a esperar. Tenemos que actuar, todos y cada uno de nosotros. Es necesario hacer que los responsables asuman su responsabilidad si queremos sobrevivir. Debemos visibilizar a los culpables». ¿Qué significa «visibilizar» en este contexto, Lukas?

Ryd mira a Sarwani. «No hagas callar a Frisell —piensa—. Despierta

su interés, pero no lo hagas callar. Abre el camino para que siga hablando».

—Eras un académico comprometido con la naturaleza y el clima —prosigue Sarwani—. ¿Por qué no escribías artículos de verdad? ¿Por qué escribías cartas al director, como uno de esos chiflados del sombrero de papel de aluminio?

Cae un profundo silencio sobre la mesa de interrogatorios.

—Muy bien —dice Sarwani—, yo te lo explicaré: porque sonabas como un sombrero de papel de aluminio. Tenías un tono querulante; ningún redactor que hiciera honor a su cargo publicaría tus textos más que como cartas al director. Cuando te hiciste survivalista, te encontrabas en un estado de ira desbordante. Es necesario «visibilizar a los culpables» y hacer que «asuman su responsabilidad». ¿Por qué esta ira se iba a haber suavizado durante tu periodo como ermitaño en el bosque? No puede decirse que el clima esté en mejores condiciones que hace ocho años, por lo que tu ira tiene que haber ido en aumento cada día, hasta que ha acabado por explotar.

De pronto, Frisell retira la cortante mirada que le ha dirigido a Sarwani durante todo el interrogatorio y sacude la cabeza.

—Nada mitiga la ira mejor que la naturaleza.

Sarwani abre la boca, pero siente un pellizco en el muslo y vuelve a cerrarla sin decir nada. Retira la mirada de la mano de Ryd sobre su pierna y observa su leve sonrisa. Tras un breve silencio, Frisell continúa.

—Vosotros mismos lo habéis podido experimentar ahí fuera. La fuerza primitiva de la caza. La incisiva amenaza de la naturaleza. La proximidad a los orígenes. Tú en particular, Shabir Sarwani, te has acercado mucho a la naturaleza.

Sarwani vuelve a sentirse abrumado por la punzante sensación de que el bosque lo estaba vigilando, de que cada vez se acercaba más a él. Lo observado que se sentía.

—Las cintas rojas eran tuyas —dice Frisell con una breve sonrisa.

Sarwani cierra los ojos. No habían sido imaginaciones suyas.

—Sí, me cabrea pensar que estamos dejando morir a nuestro planeta —continúa Frisell—. He ido observando el deterioro, año tras año,

mes a mes. Ahora es algo tangible, porque hemos ido demasiado lejos. Pero la naturaleza es también paz y tranquilidad. Amenazas y peligros, sí; muerte y destrucción, también, pero, sobre todo, una inmensa calma. Una calma que te permite hacer frente a los peligros. Te conviertes en la naturaleza.

Ryd y Sarwani se intercambian una mirada rápida; ella asiente con la cabeza.

—Dejaste que te atrapásemos —dice Sarwani—. Encendiste la hoguera junto a la casa para que viéramos el humo y seguiste todo el proceso. Podrías habernos rematado a todos a la vez. ¿Por qué no lo hiciste?

Frisell se gira hacia el espejo y sonríe brevemente antes de responder.

—De haberlo hecho, habría tenido que «seguir huyendo eternamente».

—Entonces, ¿parte de la electricidad robada la empleas en cámaras de vigilancia?

—Supongo que vuestros técnicos forenses os lo podrán decir.

«Ya lo han hecho», piensa Ryd. No hay ningún acoplamiento. Lo único que han encontrado es el enchufe en el almacén.

—También pueden funcionar con batería —dice Sarwani.

—¿Así que habéis encontrado pantallas para la vigilancia?

No lo han hecho. Todavía no. Frisell suspira y prosigue su explicación.

—No me quedó más remedio que salir a averiguar qué estabais haciendo allí, en mi bosque. En seguida me di cuenta de que erais policías. Entonces, reconocí a Eva, así que necesitaba tratar de comprender qué es lo que queríais. No parecía un asunto demasiado oficial.

—¿Qué explosivos utilizas? —pregunta Ryd con brusquedad.

Frisell se queda mirándola, desconcertado durante un instante. Antes de que le dé tiempo a responder, Ryd da otra vuelta de tuerca.

—¿Por qué tu coche no tiene placas de matrícula?

Frisell agudiza la mirada, sin abandonar su desconcierto. Los animales de su mundo probablemente sean más previsibles que Sonja

Ryd.

—¿Mi coche?

—El Volvo negro con el número de chasis cortado.

—Yo no tengo coche —replica Frisell.

—Hmm... — murmura Ryd y señala a la pantalla en la pared.

Parece tratarse de la misma cámara, que ahora está en movimiento a través del bosque. Una superficie de difícil acceso entre dos sólidos bloques erráticos ha quedado al descubierto. Una mano se extiende hacia la superficie, que parece estar hecha de madera, y la levanta. La mano retira los escombros bajo la trampilla y saca seis rectángulos planos de metal. Cuando los levanta y los gira, queda claro que se trata de placas de matrícula.

—¡Vaya! —dice Sonja Ryd—. Una mentira pura y dura. Tu morada parece un calendario de Adviento: está llena de sorpresas que se van revelando ventana a ventana. Mentira a mentira, van quedando todas al descubierto.

Frisell parece estar algo aturdido de verdad, pero no dice nada.

—Si hacemos caso omiso del delito que acabas de añadir a la pila, Lukas, debo preguntar: ¿por qué necesitas ser una persona distinta cuando te marchas de allí?

Frisell sacude la cabeza y responde pausadamente.

—Me he tomado en serio mi anonimato. Vivo desconectado; no formo parte de la sociedad.

—Me pregunto si «desconectado» no hará referencia a la red eléctrica. En ese caso, no se corresponde del todo con la realidad.

—No quiero estar registrado en ninguna parte, así que pongo matrículas de distintos coches desguazados cuando me veo obligado a salir a abastecerme.

—Y yo que pensaba que eras un preparacionista de verdad. ¿No se trata más bien de una forma de camuflarte cuando sales a perpetrar tus atentados con bomba?

—Sigo teniendo información muy poco precisa sobre eso que llamas «los atentados con bomba».

—¿O incluso para reunirte con tus colaboradores?

—¿Parezco un hombre que tenga colaboradores?

—Pareces un hombre al mando de una célula terrorista, sí. Un hombre que ya se había radicalizado y al que la vida al margen de la sociedad ha terminado de radicalizar. Pareces el Bombardero Terrorista, Lukas. ¿Quién es esta persona?

Ryd planta un papel delante de Frisell. Se trata de un retrato policial que fusiona a los dos mensajeros que entregaron las bombas en Vasaparken y en Västerås, el hombre de apenas treinta años con «algún que otro rasgo que suele asociarse con Oriente Medio».

—Esto para mí es un retrato policial bastante flojo —masculla Frisell.

—¿Quién es? —pregunta Ryd.

—No tengo ni la menor idea.

—Quizá incluso lo llevaste en tu coche con matrículas falsas, para comprobar que fuera cuidadoso con los explosivos y no se hiciera estallar a sí mismo.

Frisell la mira y guarda silencio. Ryd continúa presionando.

—Naturalmente, vamos a investigar todos estos números de matrícula. Entonces, veremos cómo te has desplazado con el coche durante la oleada de terror. —Hace una profunda inspiración—. Hace tiempo que te dedicas a experimentar con explosivos. Los utilizaste con tu maldita trampa para animales en la que hacías explotar a tus queridos alces. Entonces, llegó el momento. Llegó el momento de dejar tu morada en el bosque y dirigirte a la ciudad para perpetrar la histórica hazaña del Bombardero Terrorista. Creo que te atrapamos justo cuando estabas a punto de convertirte en una nube de humo. Porque, naturalmente, tienes un rincón esperándote en algún lugar de la ciudad.

Es el turno de Sonja Ryd de fijar la mirada en el hombre que hay al otro lado de la mesa de interrogatorios.

—Eres tan culpable como el pecado, Lukas Frisell.

31

En la abarrotada sala detrás del espejo, Ryd y Sarwani comparten un plato de kebab; Nyman come su ensalada frente al ordenador. Ankan y Lindberg se han batido en retirada, algo comprensible teniendo en cuenta los casi treinta grados que debe de hacer en la sala. Al otro lado del espejo, Frisell acaba de entrar en la sala de interrogatorios tras su comida en la celda.

—Me pregunto qué comía en el bosque —dice Ryd.

—No sé si quiero saberlo —repone Sarwani.

—Es la misma mesa —dice Nyman.

Ryd y Sarwani se quedan mirándola.

—Los movimientos que hace con el dedo índice por la superficie de la mesa —explica Nyman—. Me resultaban fascinantes. Entré ahí a mirar durante la hora de la comida. Hay una inscripción en la mesa. La está siguiendo con el dedo. Quiere ser libre. Son tres letras: L, B, R. Ya estaba ahí en 2008.

—Puede que ya entonces quisiera ser libre —murmura Sarwani.

Nyman se echa a reír y cambia de tema.

—No han encontrado ningún ordenador ni ningún teléfono. Aun así, consiguió electricidad para mantenerse informado sobre el mundo exterior. Hay una investigación en curso, pero, por lo visto, no es tan fácil averiguar si un lugar ha estado conectado a alguna red 3G, que es la única que funciona ahí fuera… a veces. No parece haber usado un teléfono normal.

—¡Pero el cabrón ha tendido casi diez kilómetros de cable a través del bosque! —exclama Sarwani—. ¿Lo ha hecho él solito?

—Hasta lo ha soterrado —asiente Nyman y mira la pantalla—. Necesitaba un cable grueso, por supuesto, y lo fue empalmando de forma profesional cada quinientos metros. Este tipo de cable parece que se puede conseguir en rollos de quinientos metros, así que

probablemente lo fue arrastrando campo a través como Sísifo con su piedra.

—Tampoco hay coincidencias con las placas de matrícula —dice Sarwani—. ¿Tiene algún punto débil este tío? Nosotros desarrollamos nuestras teorías, pero no hay forma de pillarlo.

—Yo voy a hacerlo —afirma Ryd.

Nyman y Sarwani se giran hacia ella. Hay algo en su tono de voz que resulta convincente.

—Voy a pillarlo —es todo lo que dice a modo de aclaración.

Ryd se levanta y le abre la puerta a Sarwani. Antes de que se hayan sentado frente a Frisell, Ryd dice:

—Hace poco pasé unas horas en casa de una exbailarina que en su día se llamaba Nina Frisell.

Se sienta lentamente, observando a Frisell con un interés casi explícito.

—Me dijo muchas cosas interesantes —continúa al cabo de unos instantes—. ¿Recuerdas, por ejemplo, un incidente protagonizado por una alianza?

Frisell suspira profundamente y sacude la cabeza.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi presunto terrorismo?

—Limítate a responder a la pregunta.

—Lo recuerdo, sí. Fue una separación complicada, con todo tipo de sentimientos a flor de piel.

—¿De quién fue la idea de separarse?

—¿Estuviste con ella varias horas y no conseguiste averiguarlo?

—Yo lo sé —dice Ryd con una mueca—, pero quiero oír tu versión.

—Como tantas otras mujeres, Nina era incapaz de mirar más allá de su ombligo.

—¿Hacia el clima, quieres decir?

—Hacia el universo, joder. El simple hecho de ser capaz de sentir temor, una pequeña veneración primitiva ante el misterio de la existencia.

—Supongo que puedes comprender lo misógino que suenas.

—Tú eres de la policía ideológica, ¿no? ¿O de la policía de la moral?

Ryd ve el agujero: por primera vez, observa una huella de la llamada «pasión» de Lukas Frisell. Quiere ver más, quiere ver más de esa fuerza primitiva de la que hablaba Nina Strömblad. Si realmente existe, Frisell la oculta muy bien.

—Las cosas que he oído de ti son lo contrario a la veneración. Como eras intransigente y no parecías sentirte a gusto en compañía de Nina. Pocas cosas más desmoralizantes que eso puede haber, ¿no?

Frisell se encoge de hombros.

—Fue entonces cuando nos separamos, eso es cierto.

Está cayendo en su red; ahora tiene que cerrarla.

—Desde entonces, no ha encontrado más que naturaleza domesticada.

Frisell se queda un rato en silencio, insondable. Aun así, Ryd siente que ha llegado hasta él, por lo que se puede anotar un tanto. Frisell cierra los ojos.

—Sabes qué puerta acabamos de abrir, ¿no, Lukas?

Ve que lo sabe. Lo ve a pesar de su expresión impenetrable.

—Os separasteis en la primavera de 2009 —continúa Ryd—. En otoño de 2008 sucedió algo, ¿verdad? Algo tan drástico como ahora, cuando, después de ocho años en el bosque, retiraste tu vieja trampa como señal de que había llegado el fin de una era. El material explosivo de la trampa se está analizando a fondo, así que ya veremos si coincide con el de las bombas terroristas. Pero ¿qué sucedió en otoño de 2008?

—Apareció algo llamado iPhone.

Ryd ve la pequeña sonrisa de Frisell: ha vuelto a levantar la barrera defensiva. Además, lo ha hecho sin andamiaje, por lo que será más fácil derribarla.

—Y también una persona llamada Liselott Lindman, ¿no es cierto?

—Esto ya lo sabéis; ya lo sabéis todo —dice Frisell, golpeando el espejo con la mano.

Un pequeño arrebato, en todo caso, pero ¿es esto «pasión»?

—Una conducta tan inapropiada es algo inusual —insiste Ryd.

Otra vez el rostro inexpresivo que mira al infinito en la sala de interrogatorios.

—Supongo que te despidieron, Lukas, que no te marchaste tú voluntariamente, ¿verdad?

Silencio.

—Pero ahora es algo voluntario, Lukas. Ahora dejas el bosque de forma voluntaria, ese bosque que has amado durante tantos años. La gota ha colmado el vaso. Sabes que tienes toda la razón, pero ahora también debes convencer al resto del mundo, cueste lo que cueste. Las especies se extinguen en la naturaleza: tú lo has visto muy de cerca, una estación tras otra. Vivimos en una época de extinción masiva. Los insectos desaparecen, los árboles mueren. Los procesos de toma de decisiones son demasiado torpes y para despertar al pueblo es necesario recurrir a medidas drásticas. Tú no has hecho más que empezar. Tenemos que visibilizar a los culpables.

Ryd hace una pausa y le dirige una mirada rápida a Sarwani, que asiente con la cabeza. Frisell está sentado en silencio, ensimismado.

Ryd continúa hablando.

—Conocemos tu obstinación, Lukas, tu determinación. Has construido tu morada casi exclusivamente con lo que te ofrece la naturaleza. Tienes una fantástica plantación con hortalizas, coles, lechuga, patatas, hierbas... Los técnicos forenses han hecho una lista con todos tus cultivos. Además de eso, has tirado kilómetros y kilómetros de cable para poder robar electricidad. Esa misma determinación es la que has usado después para planear una serie de atentados bomba en la región de Estocolmo. Comprendiste enseguida que no podías hacerlo solo. ¿Solo tienes un colaborador? Posiblemente sea también un asesino, puesto que los dos mensajeros han desaparecido. ¿Haces tú mismo algo de trabajo sucio o eres, simplemente, el cerebro de la operación?

Frisell sigue sin responder.

—Eres un hombre práctico. Es obvio que la mayoría del trabajo sucio la haces tú mismo. Conduces un coche con matrículas falsas por algún motivo; un coche bastante contaminante, además. ¿Cómo justificas un delito ecológico semejante?

—Tengo que poder desplazarme —responde Frisell de pronto.

Sus palabras alteran el ritmo de Ryd y la dejan estupefacta por un

instante. Puede que sea su rostro.

—Hay una investigación en curso, Lukas. La policía de tráfico está revisando al completo todos sus archivos digitales y no tardaremos en tener una relación tanto de tus desplazamientos por la ciudad como de tu actividad cibernética en el bosque. La tecnología ha seguido avanzando desde que te despidieron. Es una bonita ironía del destino que sea precisamente la tecnología digital la que vaya a acabar pillándote.

—La que nos ha lavado el cerebro a todos. La que nos deja sin electricidad y hace que se disparen las emisiones de carbono.

—Como tu viejo y podrido Volvo, Lukas. No te hagas el inocente. Aunque tú murieras, tu cadáver dejaría una enorme huella climática. No es como si pudiéramos elegir si queremos nacer en esas ruinas de la decadencia.

Ryd examina a la estatua de piedra que tiene delante. De algún modo, es evidente que la está oyendo; puede que, incluso, esté comprendiendo sus palabras. Ahora la mira de un modo diferente.

Sonja Ryd se levanta, se apoya sobre las manos contra la mesa de interrogatorios y se inclina hacia delante.

—«La morada blanca de Dios observará desde arriba las ruinas de la decadencia». Tenemos que hablar de eso, Lukas.

32

Lo tenía. Sonja Ryd está encogida en la pequeña sala de control, se pasa la mano por el pelo rapado y piensa: «Lo tenía». Pero ¿qué había sucedido entonces? ¿Cómo se había torcido? ¿Cuándo había conseguido Lukas Frisell apretar la incisión abierta y coser los bordes de la herida?

Había acabado moviéndose en círculos durante un par de horas, pataleando en el agua sin llegar a ninguna parte. Sarwani había tomado el relevo, pero no había logrado avanzar un solo paso, más bien al contrario.

A regañadientes, Ryd tiene que reconocer que la de ahora podría ser la estrategia adecuada. Eva Nyman la conoce como la palma de su mano, puede leerla como un libro abierto. ¿O es a Lukas Frisell a quien está leyendo? La relación entre Frisell y Nyman le sigue pareciendo tremendamente confusa.

Ryd mira hacia afuera desde su rincón: hay seis personas en un local diseñado para dos y, además, una de ellas ya tiene unos años, aunque parezca que la sostenga una sombra de una época pasada. ¿Es este hombre el arma secreta de Eva Nyman?

Nyman le hace una señal a Frisell con la cabeza, abre la puerta, entra detrás de él en la sala de interrogatorios y cierra la puerta tras de sí.

Ryd lo ve todo desde el otro lado del espejo. Ve cómo Lukas Frisell levanta la mirada y deja caer la máscara. Se trata de un gesto breve, pero lo suficiente claro para que ella comprenda que es posible: es posible hacer hablar a Lukas Frisell.

En este momento, el pasado llena la sala.

—Edward —dice Frisell, y no solo se levanta, sino que también rodea la mesa y abraza a Edward Rasmusson antes de que el anciano se siente. Se abre la puerta y Lindberg y Ankan entran

apresuradamente, pero Frisell ya ha regresado a su silla.

—Tú te quedas sentado en tu sitio —vocifera Ankan.

—Correcto —murmura Frisell.

—Hay que acortar las riendas —dice Lindberg y esposa a Frisell a un par de sólidos aros que hay debajo de la mesa.

La pareja desaparece enseguida y la puerta vuelve a cerrarse. En la calma que sigue a la tormenta, se oye la voz de Edward Rasmusson.

—Lo lamento, Lukas. No es precisamente en estas circunstancias como me habría gustado que volviéramos a vernos.

—El sentimiento es mutuo —dice Frisell—. Pero te veo bien, Edward.

El anciano esboza una especie de sonrisa.

—«Bien» puede significar muchas cosas —replica.

Desde la pequeña sala, Sonja Ryd mira el espacio entre los hombres mientras trata de comprender lo que está sucediendo.

—Tienes que decirme qué es lo que has hecho, Lukas —continúa Rasmusson al fin—. ¿Recuerdas aquel día en Tysslinge, cuando por fin hablaste conmigo y me dijiste lo que querías?

—Sabes perfectamente que lo recuerdo.

—Eras un hervidero de frustraciones. Pero, tras varios intentos, acabaste contándome lo que te gustaba, lo que querías hacer en lugar de quedarte sentado en un hogar para jóvenes y desperdiciar tu vida con la violencia y esas mierdas. Querías acercarte a la naturaleza.

—Tus visitas fueron…

—No estoy aquí en busca de ratificación, Lukas —interrumpe Rasmusson—. Soy completamente insensible a los sentimentalismos. Sin embargo, veo que tú sigues siendo el mismo de siempre; es imposible arrancarte una sola verdad. Pero ahora tienes que contármelo, Lukas, tienes que hacerlo, de verdad.

—¿Tú crees que yo…?

—No tengo ni idea de lo que puedo creer, Lukas. Lo que veo es un joven de dieciséis años en una celda en Tysslinge, un joven inaccesible que está seguro de que el mundo está en su contra. Aun así, a pesar de todo, querías ser accesible, Lukas. ¿Quieres lo mismo ahora? ¿Queda alguien que pueda llegar hasta ti? ¿Qué ha pasado ahí fuera, en el

bosque?

—Me he conocido mucho mejor a mí mismo.

—Sin embargo, estabas a punto de marcharte cuando nosotros llegamos —dice Eva Nyman.

Ryd comprende lo que está haciendo. Ve cómo el espacio temporal se revuelve en la cabeza de Frisell y cree intuir que Nyman está tratando de abrir huecos con ayuda de los pinchazos de Rasmusson en la infancia de Frisell. Sin embargo, Ryd echa de menos el ritmo, echa de menos los giros rápidos. Quizá sea injusta. Quizá incluso esté celosa.

—Eso no es más que una afirmación vuestra —dice Frisell—. Retiré una trampa que ya no servía a mis planes, eso es todo.

«Tus planes», piensa Ryd y siente la nariz rozando el cristal.

—Tienes que hablar conmigo, Lukas —Rasmusson toma el relevo—. ¿Hacia dónde te dirigías? ¿Qué fue lo que te hizo marcharte tras haber pasado ocho años en el bosque?

—Que aparecieron cintas azules, verdes y rojas en los árboles. Que habían contaminado mi bosque con plástico.

—Son cintas biodegradables —dice Eva Nyman con tono tranquilo.

«Tenemos tu puto ADN», piensa Ryd, menos tranquila, apretando la nariz contra el espejo unidireccional. Entonces se retira hacia atrás y piensa: «Me lo prometiste, Eva. Me prometiste que podría soltar la bomba del ADN cuando llegara el momento. Cuando no fuera a quedarse totalmente callado».

Eva Nyman aprieta los dientes. Observa a Frisell. Mira hacia el espejo. Le dirige a Rasmusson una mirada algo más exigente.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos, Lukas? —pregunta Rasmusson—. ¿Recuerdas cómo te sentías entonces? ¿Recuerdas la situación?

Frisell mira fijamente al techo. Si el propósito de Nyman es sembrar el caos en su cerebro, parece que está funcionando. El punto de partida de Ryd es que, aunque Frisell está socialmente oxidado, tiene una astucia animal. No está segura de cómo está afectando todo esto a su cerebro.

Frisell no dice nada, pero tampoco cruza la mirada con Rasmusson.

El anciano continúa hablando.

—Nunca había visto nada tan espantoso, Lukas. Lo primero en lo que pensé fue en tu padre, un delincuente alcohólico de poca monta en el corazón de Hälsingland. Por supuesto, yo no llegué a conocerlo, pero siempre he estudiado a los jóvenes a los que iba a visitar.

Ahora Frisell se gira hacia su antiguo mentor:

—La muerte de tu padre implicaba para ti una posibilidad de liberación —continúa Rasmusson—. En lugar de eso, te convertiste en tu padre. Yo te hice despertar, Lukas, cuando estabas perdido y te dirigías de lleno a una muerte demasiado temprana.

—La Brigada de Cazadores de Norrland, sí —dice Frisell, y realmente hay cierta ensoñación en su voz.

—Pero primero hiciste el bachillerato —interrumpe Nyman—. Una formación práctica en química. ¿Fue allí donde aprendiste a fabricar explosivos?

Frisell se limita a sacudir levemente la cabeza.

—Tus vecinos de la granja no sabían que les estuvieran robando la electricidad. Además, en los últimos cinco años han presentado dos denuncias a la policía por robo de fertilizantes artificiales. Con esos fertilizantes, un químico competente puede fabricar diazodinitrofenol, DDNP. ¿Ese es el explosivo que usabas en tu trampa en el bosque?

Frisell permanece en silencio. «Un silencio inquietante», piensa Ryd desde el otro lado del espejo unidireccional. No pueden dejar que se cierre en banda.

—Además, en la granja hay un gran campo de colza —añade Nyman—. ¿Quizá eso te sirvió de inspiración?

Edward Rasmusson se inclina hacia delante para dirigirse de nuevo a Frisell.

—También me contaste que hicisteis unas cuantas trampas cazabobos en la Brigada de Cazadores de Norrland. Además de guerras de guerrillas, atentados, secuestros... En serio, tienes que contarme de qué va todo esto, Lukas. ¿Cuál ha sido la gota que ha hecho colmar el vaso?

Frisell sigue sin decir una palabra, pero las cadenas de las esposas emiten un leve chirrido. Tampoco tiene ya la cara de hielo de antes.

—Secuestro de una policía en el bosque —dice Nyman de forma explícita—. Tengo que decir, Lukas, que lo hiciste con mucha habilidad. Me atrapaste sin que me diera cuenta, me sedaste, me llevaste por la fuerza a tu guarida, me encarcelaste, me aterrorizaste. Y seguirás pensando que eres inocente.

Sus miradas se cruzan y Eva Nyman puede leer en él una palabra que nunca llega a sus labios. Está completamente segura de que Frisell está diciendo «perdón».

—Aunque supongo que entiendes, Lukas, que no habríamos ido a buscarte si no hubiéramos tenido pruebas concretas.

Entonces, se vuelve hacia el espejo y hace un ligero gesto con la cabeza.

Sonja Ryd ve el gesto desde el otro lado y lo comprende.

Se lo ha servido en bandeja.

33

Esta vez, solo está Sonja Ryd en la sala. Sonja Ryd y Lukas Frisell, sentados el uno frente al otro ante la mesa de interrogatorios. Todo permanece inmóvil, hasta que Frisell gira lentamente la cara hacia el techo.

—Huele a etanol otra vez —dice olfateando al aire.

Ryd simula estar demasiado concentrada como para prestarle atención.

—¿Volvemos al incidente con el anillo de bodas, Lukas?

Frisell cambia de postura, como si sintiera un ligero malestar.

—Estoy tratando de imaginarme la situación exacta —continúa Ryd —. Supongo que estamos hablando de una dolorosa pelea. Nina corre hacia el váter para lanzar la alianza y tirar de la cadena. Tú logras darle alcance, pero demasiado tarde para detenerla. ¿Qué es lo que haces entonces? ¿Le arrancas la ropa?

—¿Qué te hace pensar que llevábamos ropa?

Ryd siente sus ojos pestañear, pero no deja que eso la detenga.

—Nina dijo que la pasión entre vosotros era una fuerza mayor que la separación. Aunque no sé si se trataba de...

—Tampoco es que estuvieras allí con nosotros, por muy interesada que parezcas en la escena.

—La escena tiene tintes de violación. ¿Sueles recurrir a la violación como castigo, Lukas?

—No vas a hacerme creer que Nina haya dicho algo así.

—Me alegra ver al menos algo de indignación en ti, Lukas. Quizá incluso consigamos que parezcas un poco humano ante el tribunal. Por suerte, tenemos una alternativa.

¿Es odio lo que hayo aquí? ¿Frustración, decepción?

—Puede que follar sobre la taza del váter no tuviera nada que ver con Nina. Quizá estuviera más relacionado con el periodo de soltería

que se avecinaba. Nunca habías disfrutado de uno, ¿verdad? Os conocisteis cuando erais jóvenes y ya habías empezado a prepararte para esta nueva fase de tu vida. Vamos a echar un vistazo más detallado a tus antecedentes.

Frisell la sigue con la mirada de serpiente.

—La situación ya era complicada desde un principio, cuando vivíais en las profundidades de Hälsingland, y la mudanza a la gran ciudad no mejoró la cosa. En Hälsingland, al menos, tenías la naturaleza, a la que podías huir cuando tu padre alcohólico te ponía morado a golpes. En lugar de eso, en Vällingby te refugiabas en delitos menores sin importancia, lo que tampoco debía de ser un buen imán para las tías. El instituto al que fuiste después era una auténtica escuela técnica de formación profesional que, en aquella época, atraía a pocas chicas. Y en la Brigada de Cazadores de Norrland seguro que no había mujeres. Así que nunca tuviste la oportunidad de disfrutar de la vida de soltero.

—¿Qué tiene eso que ver con mi supuesto terrorismo?

—Voy a tratar de explicártelo —dice Ryd con una ligera mueca—. Lo que impulsa al Bombardero Terrorista es la frustración sexual. Puede que trate de convencerse a sí mismo de que tiene un noble propósito, pero, en realidad, lo único que quiere es follar. Esto es algo que nunca cambiará, ni siquiera en un hombre de mayor edad.

—Parece que es a ti, Sonja Ryd, a quien le gusta la palabra.

—No fue solo el anhelo de la naturaleza lo que te hizo volver a solicitar plaza en la Universidad de Ciencias Agrícolas cuando te expulsaron de la policía. También fueron los estudiantes, sobre todo las chicas, que sienten compasión por los animales y la naturaleza.

—No me expulsaron —murmura Frisell.

—¿Eso es realmente lo más importante de la cuestión? ¿No deberías protestar por algo muy diferente?

Frisell se queda callado. Ryd es consciente de que las conocidas amenazas se ciernen constantemente sobre la conversación: «sin comentarios», «quiero un abogado». Sin embargo, no parece que ahora se trate de eso.

—Lo que deberías cuestionar es mi teoría de que te hiciste profesor para poder estar más cerca de las estudiantes con las que tanto te

gustaba salir a cenar, ¿no crees?

Frisell se limita a sacudir la cabeza, aunque da la impresión de que aún no ha dicho todo lo que quiere decir. Ryd aprieta los dientes y continúa.

—Hay muchas fotos tuyas en una página de Facebook llamada «La Comuna de Ultuna». ¿Conoces esa página?

Tanto el silencio como el movimiento de cabeza persisten, pero Ryd ya ha puesto las cartas sobre la mesa, así que tiene que seguir jugando.

—Era una alumna de la Universidad de Ciencias Agrícolas que publicaba cosas en Facebook, aproximadamente, de 2013 a 2015. Tú apareces en un total de diez fotos, algunas en el bar. Deberías acordarte de ella: se llamaba Jonna Carlgren y estudió Arquitectura del Paisaje en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia. Las mujeres fueron el motivo por el que solicitaste plaza allí después del divorcio, ¿verdad?

—No intentes parecer más tonta de lo que eres —dice Frisell con un bufido—. Estudié agronomía, ciencias forestales, cultivos libres de fósiles, ciencias ambientales. Eso era lo que me interesaba: conocimientos reales y prácticos, conocimientos que me ayudaron a sobrevivir y a amar la naturaleza en su estado más puro.

Ryd está satisfecha. Está satisfecha de que, a pesar de todo, la comunicación continúe.

—Pero, principalmente, se trata de Liselott Lindman —dice Ryd con voz tranquila.

Frisell se queda mirando al infinito.

—Año 2008 —continúa Ryd—. Aquello fue una catástrofe colosal. ¿Era la primera vez que te encargabas de dirigir una investigación tan importante, Lukas?

Silencio. Silencio absoluto.

—En cualquier caso, te lo jugaste todo a una carta. Pretendías salvar a Liselott sin recurrir a la tecnología. Ella tenía identidad protegida, pero una foto en un grupo recién creado en Facebook reveló su paradero. A partir de entonces, te negaste a usar más tecnología digital de lo estrictamente necesario. Dirigías la investigación, eras

grande y fuerte y apostaste por métodos policiales «naturales». En ese momento, en otoño de 2008, eras un macho alfa, Lukas. Tenías a tu lado a Eva Nyman, una compañera joven y femenina que te apoyaba en todo lo que hacías. Hasta que llegó la catástrofe: Liselott Lindman murió, tú te llevaste las culpas y el despido y Nina te abandonó. El macho alfa tocó fondo y la persona que fue testigo de la castración desde la platea fue Eva Nyman.

Frisell está callado, escuchando. Su rostro vuelve a ser de piedra, pero empiezan a abrirse pequeñas grietas en el granito.

—Por eso le envías las cartas a ella, ¿no es cierto?

A estas alturas, reina un silencio sepulcral.

—Pero había una forma de recuperar la potencia, Lukas —continúa Ryd—. Te acordaste de las tías de la universidad y reanudaste los estudios. Cambiaste de estilo y, al final, estuviste preparado. Como profesor. Un expolicía admirado y bien conservado que, a pesar de estar ya en camino hacia una vida fuera de la sociedad, nunca había dado realmente el paso decisivo. Te dividías entre las estudiantes y la vida real en el bosque. Lelle Bergis tuvo que luchar contra tu libido.

—Supongo que fue Lelle quien os indicó dónde encontrarme.

—Lelle Bergis no es más que una sombra de su antiguo yo, exactamente igual que tú. Tardaste varios años en hartarte de las tías de la Universidad de Ciencias Agrícolas; no te resultaba fácil renunciar a esa continua afluencia. Sin embargo, al final estuviste preparado. Conseguiste transformar todo eso en deseo hacia la *milf* por excelencia, la Madre Tierra.

—Nunca lograrás comprender esa cercanía.

—Es bastante probable. Pero ahora ha terminado. ¿Por qué? ¿Te hartaste de follar castores?

La estruendosa carcajada llega por sorpresa. Recuerda a un motor de propulsión, aunque solo dura un segundo. Casi de inmediato, Lukas Frisell deja de reír.

—Allí no hay castores —murmura—. En ningún sentido.

—Pero te hartaste del celibato, ¿verdad?

—¿Por qué siempre tenéis que minimizar las grandes cuestiones?

—¿Tenemos?

Frisell guarda silencio de forma demostrativa. Sonja Ryd exhala un profundo suspiro, sacude la cabeza y hace un gesto de resignación hacia la ventana antes de continuar.

—Si no te conociera, Lukas, diría que los años en el bosque te han convertido en un loco y un misógino. Sin embargo, cuanto más te conozco, más claro tengo que siempre has sido las dos cosas.

—La Tierra se va a pique y tú pierdes el tiempo con minucias.

—Puedes seguir ilustrando mis palabras con ejemplos. La misoginia es inequívoca, aunque puede que «loco» no sea la palabra correcta. Más bien, «maníaco». «Obsesionado», quizá. Una obsesión que crecía a medida que el celibato se volvía una carga cada vez más pesada para ti, a medida que la naturaleza te mostraba sus daños incurables. El conjunto era un caldo de cultivo perfecto para la radicalización. ¿Qué fue exactamente lo que te hizo tomar la decisión?

—¿Qué decisión?

—¿Cuándo te decidiste a juntar todas tus competencias, frustraciones y convicciones y atacar a la sociedad?

—No fue esa la decisión que tomé.

—¿Y qué decisión tomaste, entonces?

Frisell se queda callado. Ryd trata de captar su mirada, pero no lo consigue.

—¿Te suenan estas tres fechas? —pregunta Ryd mientras le pasa una hoja de su archivador.

Frisell mira el papel sin decir nada ni hacer gesto alguno.

—Son las tres ocasiones en las que se colocaron las bombas con el objetivo de matar personas. Quiero saber si tienes coartada para estas fechas.

Frisell suelta un suspiro.

—He vivido solo durante ocho años. Sabes que no tengo ninguna coartada.

—Aun así, sabemos que tienes colaboradores.

Frisell sacude la cabeza y hace un gesto de abatimiento.

—No tardaremos en averiguar cuándo empezaste a robar electricidad de la granja —dice Ryd—. Entonces, tendremos también una fecha probable del inicio de tus planes. Comprendiste que

necesitabas tener acceso a Internet para poder llevar a cabo tu plan, para elegir víctimas simbólicamente importantes y, por supuesto, para empezar a elaborar las bombas. En algún lugar en los bosques de Uppland se encuentra tu laboratorio químico, Lukas, y solo es cuestión de tiempo que lo encontremos. Fue en ese laboratorio donde metiste la pata.

Frisell levanta la mirada; sus ojos azul claro están llenos de curiosidad.

—¿Sucedió algo digno de mención mientras estabas trabajando con la segunda bomba? —continúa Ryd—. Era un poco especial, alargada y con detonador mecánico.

Lo único que sale de Frisell es un silencio de concentración.

—Era de una potencia explosiva tremenda, Lukas, te lo prometo. Tenías que haber visto a Jesper Sahlgren en llamas arrasando a su paso el césped de Vasaparken. Sin embargo, la potencia explosiva no fue suficiente para destruir tu ADN. Seguía estando entre los restos de la bomba. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Te cortaste mientras manipulabas el artefacto?

Ryd no espera poder atrapar la mirada de Frisell, pero, cuando se gira hacia él, sus ojos se encuentran. Ryd no sabe lo que está viendo en ellos. ¿Es un nuevo tipo de gravedad?

—Yo no he construido ninguna bomba —dice Frisell.

—La cuestión es que sabemos que sí lo has hecho. Has construido una trampa explosiva que retiraste cuando llegó el momento de abandonar el bosque, reunirte con tus cómplices e iniciar en serio el bombardeo terrorista. Esto no han sido más que los preliminares, ¿verdad, Lukas?

—No fue ese el motivo por el que retiré la trampa. Esa no fue la decisión que tomé.

—Entonces, ¿qué decisión tomaste, Lukas?

—No me expulsaron del cuerpo.

—¿Y qué más…?

—Creo que no voy a decir nada más.

34

Los vasos se deslizan produciendo una sonora melodía mientras Anton Lindberg trata de llevar la bandeja hasta el rincón más recóndito del bar. Contra todo pronóstico, logra depositar la bandeja sobre la mesa y comprueba con gran regocijo que no ha derramado ni una gota.

No se puede decir lo mismo de los que están allí sentados. No es su primera ronda.

—No entiendo quién es ese tío —dice Shabir Sarwani, cogiendo su jarra—. Lo veo, lo oigo, hablo con él, pero no tengo ni puta idea de quién es Lukas Frisell.

—Culpable —interviene Sonja Ryd, hundida en un sofá—. Eso es lo que es. Es culpable, estoy más segura que nunca.

—¿Es que no te has dado cuenta? —pregunta Ankan y agarra la cerveza como si fuera una camarera del Oktoberfest—. Él parece estar más sorprendido que nadie de estar ahí encerrado.

—Es como un animal —dice Sarwani y echa un trago—. Está constantemente alerta, como si estuviera estudiando un terreno inesperado pero manejable. Como si estuviera recopilando información.

Eva Nyman da un sorbito a su Singapore Sling.

—Ha cambiado mucho —dice.

—Entonces, ¿tú qué piensas? —pregunta Lindberg, cogiendo la última cerveza—. Tú que lo conocías tan bien. ¿Es él nuestro Bombardero Terrorista? ¿Es un buen mentiroso?

Nyman suspira y se encoge de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Todos los indicios apuntan a él.

—Y una prueba concreta —añade Ryd y coge la copa de vino.

—Eso también —reconoce Nyman—. Pero no sé... ¿Y si alguien está tratando de tenderle una trampa?

—Sabes muy bien que esa es una opción muy rebuscada —dice

Sarwani.

—Lo que puedo afirmar con seguridad en medio de todo este lío —declara Ryd— es que en su día fue un policía excelente.

—Y, con toda probabilidad, también un auténtico imán para las tías —dice Ankan.

Se oyen risas vacilantes alrededor de la mesa. Ryd mira a Nyman.

—Tú precisamente deberías saberlo —dice Lindberg y le da unas palmadas a Ankan en el brazo—. Pero, después de ocho años en el bosque, parece uno de esos árboles errantes de *El señor de los anillos*. ¿Qué es lo que os atrae realmente a las mujeres?

—El peligro —responde Sarwani.

—Tú que te jactas de nunca haber tenido novia —dice Ankan—. No, no es el peligro, sino más bien… la actitud.

—Deja que Shabir disfrute de su homosexualidad —exclama Lindberg y se lleva la jarra a la boca. Entonces, se detiene y se gira hacia Ankan—: ¿La actitud? ¿En serio?

—Tú también deberías reconocerlo, Sonja —dice Ankan dirigiéndose a Ryd.

Esta da un trago a su copa de vino antes de responder.

—En mi vida no hay cabida para algo así, pero quizá Eva pueda contarnos cómo era Frisell hace quince años, como policía y como hombre.

—Que conste que no soy gay —interviene Sarwani—. Lo que pasa es que no quiero ataduras.

—A mí lo que me gustaría es olvidar por un rato el interrogatorio —dice Eva Nyman con voz pausada—. Estamos en un bar, es tarde y todo el grupo Nova ha salido a tomar algo, a pesar de la absurdamente larga jornada que hemos tenido. Lo que deberíamos hacer ahora es disfrutar un poco. Estamos haciendo todos un buen trabajo, independientemente de cómo vaya la cosa. Y mañana tenemos más vídeos que mostrarle a Frisell.

—Yo solo tengo que encontrar esa iglesia blanca —murmura Ryd.

—Eva tiene razón —exclama Lindberg—. Nova es la puta vanguardia del NOA. ¿Quién lo habría imaginado hace unas semanas?

—¿La vanguardia? —exclama Sarwani—. Somos nada menos que la

tropa de élite del NOA.

—La tropa de élite —dice Nyman con una risita—. Sí, joder, eso es lo que somos. Nova es la tropa de élite del NOA, con la uve de la victoria incluida.

Eso hace reír a los demás. Nyman vacía su bebida y añade:

—Además, yo personalmente necesitaría un triunfo. Hay un montón de señores en las altas esferas que quieren deshacerse de mí.

Se quedan todos en silencio. Sus subordinados se miran unos a otros, hasta que, finalmente, Ankan interviene.

—Algo hemos oído al respecto, pero no sabemos exactamente de qué va la cosa.

—Yo sí lo sé —interrumpe Anton Lindberg—. Y sabes que tienes todo mi apoyo, Eva.

—La cuestión es que yo no tengo todo mi apoyo —dice Nyman en voz baja—. Cometí un error, al que siguieron muchos más errores.

—Hoy en día, todos los delitos están relacionados con el crimen organizado, eso lo sabe cualquier poli. A veces se te va de las manos, es totalmente comprensible.

—Eso no es cierto en absoluto —murmura Ryd desde el sillón.

—Pero a ti se te fue de las manos, ¿no es cierto, Eva? —pregunta Sarwani.

—Fue hace más o menos un año —responde Nyman—. El tipo me estuvo ultrajando durante horas en la sala de interrogatorios.

—Cualquiera habría machacado a ese cabrón —dice Lindberg.

—Sí, aunque quizá no con el Código Penal —murmura Nyman, sacudiendo la cabeza.

—¿El Código Penal? —inquiere Ankan.

—Por algún motivo que no recuerdo, el abogado tenía el Código Penal sobre la mesa de interrogatorios. Mientras el abogado estaba en el baño, el líder de la banda se dedicó a vomitar alusiones sexuales una tras otra. Yo cogí el Código Penal y le di con él en la cabeza.

—¡Guau! —exclama Ankan—. ¿Y a eso siguieron más errores?

—Traté de enterrar todo aquello, con ayuda de varios miembros del grupo, que después se desintegró. Conseguimos mantenerlo lejos de los medios, pero, por supuesto, llegó a oídos de los jefes. Entre ellos

había «inquietud política», por llamarlo de alguna forma. Todavía la hay.

—Pero tú sigues aquí, Eva —dice Anton Lindberg, dejando el móvil sobre la mesa. En él se ven los dos retratos robot de la policía del mensajero que dejó las bombas en Vasaparken y Västerås—. Juraría que se trata exactamente de la misma persona y de que es el asesino a sueldo de Frisell. Además, juraría que está vinculado con la creciente delincuencia organizada de nuestro país. Como colofón, juraría que es árabe.

Lo primero que ve Anton Lindberg al levantar la mirada del móvil es a Ankan vaciar su cerveza y ponerse en pie. Los demás han visto un par de oscuros ojos castaños que la están observando.

—No sabía que habías traído a tus amigos —le dice el hombre de pelo oscuro a Ankan sin dejar de mirar a Lindberg.

—Ya hemos terminado por hoy, Rahim —dice Ankan, gira hacia ella la cara del hombre grandote, le da un beso en la boca y les hace una señal con la cabeza a sus compañeros. Entonces, agarra al hombre del brazo y se dirige hacia la salida.

Rahim solo se gira una vez para mirar a Lindberg, que se ha levantado y observa a la pareja con cara de querer decir algo y de haber olvidado todas las palabras del idioma.

Desde el fondo del sillón, se oye la voz somnolienta de Sonja Ryd.

—Yo juraría que ese tío es madero.

—¿Lo reconoces? —pregunta Sarwani, aparta la jarra de cerveza medio vacía y se levanta.

—Me basta con reconocer al tipo de persona —responde Ryd.

Eva Nyman también se levanta y suelta un suspiro. Sarwani golpea al petrificado Lindberg en el brazo y se gira hacia Ryd.

—Mañana nos ocupamos de él —dice levantando el pulgar.

Ryd asiente con la cabeza y, para su sorpresa, se descubre levantando también el pulgar hacia el techo. Nyman le da una palmadita en el hombro a Lindberg mientras este sigue los pasos de Sarwani. Se queda de pie durante unos instantes y mira a Ryd.

—Me pregunto cómo de afianzado está el racismo en el cuerpo —murmura, pero recobra el ánimo y pregunta, haciendo un gesto hacia

la salida—: ¿Vienes, Sonja?

—Tengo que hacer una llamada —responde Ryd con el móvil en alto.

Eva Nyman se queda mirándola durante un instante. Entonces, sonríe ampliamente, sacude la cabeza, se estira hacia delante y le revuelve el pelo rapado, o al menos hace un amago, antes de seguir a Lindberg y a Sarwani.

Una vez sus compañeros se han marchado, Sonja Ryd se guarda el móvil en el bolsillo, suspira profundamente, se dirige hacia la barra y, con la voz más firme de que es capaz, dice:

—Ponme media botella de tinto.

Después, regresa al sofá mascullando para sí misma:

—Nova es una mierda de nombre.

35

Esta mañana de mayo amanece a las 4:20 en Estocolmo. El grupo Nova no se despierta tan temprano, pero los rayos de sol los van alcanzando, uno a uno, durante el transcurso de la mañana.

Shabir Sarwani sube las cortinas en su piso de Solberga y los rayos de sol casi lo derriban cuando sale al balcón con el café recién hecho. Los mismos rayos del sol alcanzan a Anton Lindberg en su adosado de Huvudsta justo cuando unos pies infantiles le pisan el cuello y oye las risas compartidas, no del todo benévolas, de sus hijas. En Frejgatan, Eva Nyman siente cómo el sol le activa el dolor de cabeza mientras busca a tientas el móvil bajo la almohada y, por algún motivo que no logra comprender, mira hacia el número al que no debería llamar bajo ningún concepto. En Stureby, Ankan ve los rayos del sol reflejados en la piel olivácea de Rahim Abdulhamid y sabe que aún no ha llegado la hora de salir de la cama. Sonja Ryd, por último, trata de controlar las náuseas en la máquina de remo del gimnasio veinticuatro horas de Hornsgatan mientras la alcanzan los rayos de sol y, a golpes de remo, expulsa el veneno de su cuerpo para eliminar el olor a etanol.

Varias horas más tarde, Sonja Ryd lee en voz alta.

—«Debemos abandonar la vida de consumo masivo y debemos hacerlo ahora. La ola no tardará en barreros y despertaros de ese letargo egoísta. La ola cada vez es más grande. Arrasará a su paso zonas de la ciudad agonizante y la morada blanca de Dios observará a sus pies las ruinas de la decadencia. Lo que habéis visto es solo el principio».

Cuando termina, Shabir Sarwani toma el relevo y señala con el dedo.

—Si miramos la pantalla de la pared…

Ryd ve que Lukas Frisell obedece mientras el mapa en blanco y

negro de Estocolmo va emergiendo poco a poco en la blanca pantalla. Lo último que aparece son seis círculos en distintos puntos de la ciudad.

—Desde aquí se puede «observar a los pies» —explica Sarwani—. Desde las torres blancas de las iglesias, quiero decir; desde «la morada blanca de Dios». ¿Puedo llamar a mis ayudantes?

Se abre la puerta que da a la sala de interrogatorios y entran en ella Lindberg y Ankan. Liberan a Frisell de las esposas, le quitan la camisa con cierta brusquedad y le fijan varios cables en los brazos y el pecho que van hasta un aparato de medición. Luego vuelven a salir con la misma rapidez con la que habían entrado.

Sarwani continúa su exposición.

—Vamos a examinar más de cerca cada uno de estos seis círculos para comprobar cómo reaccionas, Lukas. ¿Estás preparado?

Empiezan antes de que Frisell tenga tiempo de contestar. En primer lugar, se ve de forma aumentada en qué punto del mapa se encuentra cada una de las iglesias. La primera es la iglesia de San Mateo, a la que siguen la iglesia de Filadelfia, la de Adolfo Federico, la de San Pedro, la de Gustav Vasa y la iglesia de Djurgård.

—Gracias —dice Sarwani.

Como respondiendo a una señal, aparecen Ankan y Lindberg y retiran los artilugios del cuerpo de Frisell. Vuelven a insertarle la camisa en el cuerpo lleno de cicatrices, lo esposan de nuevo a la mesa y desaparecen.

—Pues ya tenemos registradas tus reacciones ante los seis posibles lugares del crimen —continúa Sarwani—. En breve tendremos el análisis de los peritos de esas reacciones.

—En cada uno de los seis puntos, tu corazón ha ido latiendo más rápido —dice Ryd y sonríe de forma inexpresiva—. Di lo que quieras, porque ahora tenemos que ir más allá de tus palabras, Lukas. Ya has jugado todas tus cartas; has agotado tus opciones.

Frisell sacude la cabeza llena de trasquilones, pero permanece en silencio.

—Vamos a mirar otra vez la pantalla —dice Ryd.

Un vídeo muestra una escena que transcurre en el bosque. Parece

que está anocheciendo a medida que la cámara rodea una ladera y llega al fondo de un precipicio de tres metros de altura cubierto de musgo. Cuando la cámara se acerca al suelo, aparece en la pantalla una mano con un guante de látex que raspa el musgo en un punto determinado: justo allí hay una trampilla de madera, en principio no visible, que da al interior de la montaña. La mano raspa un poco más de musgo, agarra el borde inferior de la trampilla y tira de ella hacia arriba. Una linterna corta la oscuridad y la perspectiva de la imagen baja hasta el suelo; la mano se extiende hacia la abertura y el cuerpo parece meterse serpenteando en un espacio que, visto desde fuera, parece el borde de un acantilado. El brillo de la linterna se intensifica, haciendo visible un espacio que no solo contiene una silla y un sencillo escritorio con trozos de vela, sino también, encima del escritorio, un ordenador portátil con un módem USB, es decir, un dispositivo de conexión de Internet insertado en un puerto USB. A continuación, la cámara enfoca una pila de folios sobre un estante, pero no hay ninguna impresora ni máquina de escribir. Sin embargo, la cámara captura un montón de trozos de papel por el pisoteado suelo de tierra.

—Has tenido que estar realmente seguro de que ningún recolector de setas iba a ir a parar a tu trozo de bosque —dice Sonja Ryd.

Frisell mira fijamente el vídeo, que en estos momentos está en pausa, y, en especial, a los pequeños trozos de papel que hay en el suelo.

—Seguramente cargaste el ordenador antes de llevarlo a ese cuarto de trabajo sin electricidad, pero no he logrado encontrar una impresora que se cargue así —dice Ryd—. Me pregunto qué hacen ahí esos folios y, sobre todo, si es que los trocitos de papel del suelo no proceden de una impresora, sino que han salido de una antigua máquina de escribir. Corrígeme si me equivoco.

Frisell se limita a sacudir la cabeza.

—A estas alturas, supongo que eres muy consciente de que vamos a encontrarlo todo —pregunta Ryd sin preguntar—. También vamos a encontrar la máquina de escribir y comprobaremos que se ha usado para escribir las cartas. Tampoco tardaremos en acceder al ordenador

para ver todo tu historial de navegación. Sería un enorme gesto de colaboración por tu parte que nos dieras directamente la contraseña, porque la vamos a averiguar de todos modos.

Frisell levanta la cara hacia Ryd.

—Ese es mi rincón de escritor —dice.

—¿Tu rincón de escritor? —exclama Ryd—. ¿Y qué se supone que ibas a escribir? Aparte de cartas de amenaza dirigidas a la policía y a tu antigua pareja de trabajo.

—Escribo sobre cómo vivir piel con piel con la naturaleza. Y lo hago en el ordenador, no en una máquina de escribir.

—¿Y eso cómo lo haces? Ilumina a una urbanita empedernida.

Frisell vuelve a reír.

—Todo esto te resulta complicado de cojones, ¿eh?

—Te estoy pidiendo que me ayudes.

—Debes conocer cada rincón del entorno, del mismo modo que conoces a tus amigos. Tienes que aprender cómo se siente cada rincón, los altibajos que sufren, de qué humor están. La naturaleza debe dejarte entrar: no puedes hacerlo a la fuerza. Es necesario conocer cada árbol, cada piedra, cada tocón de musgo, cada planta, por no hablar de los animales. Estar cerca de ellos de verdad, saber leer la mirada de un ciervo al mismo tiempo que él lee la tuya.

—Aun así, los hacías estallar en tu trampa.

—Solo en caso de emergencia, cuando pasaba hambre. Ir con el coche a por provisiones suponía para mí una derrota: solo cogí el coche en contadas ocasiones para ir a comprar comida. Hubo un par de inviernos bastante duros.

—Pero ese no era el único motivo por el que salías con el coche, ¿no?

Frisell se queda callado. Ryd lo anima mentalmente: «No te cierres ahora. Habla. Sigue hablando».

—Tenías razón antes —dice Frisell al final.

—¿Antes?

—Sobre el celibato. Estaba preparado para todo lo demás, pero no para eso.

Ryd asiente con la cabeza. Conoce muy bien el celibato. Las mujeres

rapadas.

—¿Y cómo lo hacías?

—Es lo único que vais a encontrar en el ordenador, además de mi libro, si es que me atrevo a llamarlo así: conversaciones de chat con mujeres.

—¿Mujeres con las que luego quedabas? ¿Prostitutas?

—Por supuesto que no. Mujeres normales de páginas de citas.

—¿Y dónde quedabais?

—Si quedábamos en un bar, tenían que aceptar efectivo. La mayoría de las veces, en Flustret, en Uppsala. Otras veces quedábamos en casa de la mujer.

—¿Sucedía a menudo?

—No lo suficiente —sonríe Lukas Frisell—. Pero eso, de algún modo, es una parte fundamental de la naturaleza, ¿no te parece, Sonja Ryd?

Ella logra mostrar su semblante más severo y está a punto de seguir preguntando cuando Frisell continúa.

—No tienes ni idea de lo que la humanidad está destrozando hasta que te tumbas sobre el musgo y contemplas sobre tu cabeza la emergente luz de las estrellas en el cielo cada vez más oscuro mientras se forman los primeros copos de nieve del invierno y van cayendo sobre tu rostro. No tienes ni idea hasta que ves media docena de ardillas rojas bajar corriendo por un tronco de pino pelado para explorar el mundo exterior bajo la indulgente supervisión de su madre. No tienes ni idea de…

Sonja Ryd tarda varios segundos en comprender lo que está sucediendo. Las imágenes de la naturaleza de Frisell son tan nítidas en su mente que solo cuando Sarwani le tira del brazo logra seguirlo hacia Ankan, que gesticula como una loca en la puerta desde la sala que hay al otro lado del espejo. Lo último que ve es a los vigilantes arrastrando a Lukas Frisell por la puerta hacia el pasillo de las celdas.

—Alerta máxima —grita Ankan mientras conduce a Ryd a la pequeña sala de control.

36

Están todos apretujados en la sala interior. Eva Nyman, que está de puntillas, llama al jefe del NOA, pero la conectan con personal civil. No blasfema, porque ella nunca blasfema, pero no trata demasiado bien a su móvil. Todos están llamando a sus contactos para corroborar la alerta máxima. Al final, es Anton Lindberg quien grita.

—Confirmación de los compañeros que se encuentran *in situ*. Efectivamente, han encontrado una mochila abandonada en el andén de cercanías de Odenplan, esta mañana en hora punta.

—Odenplan —dice Shabir Sarwani—. Uno de los lugares que la morada blanca de Dios puede ver a sus pies sumido en la devastación.

—Pero ha sido bajo tierra —dice Sonja Ryd con el ceño fruncido—. Fuera de la vista.

—Tengo aquí a un policía transmitiendo en directo desde Odenplan —grita Lindberg, poniendo el móvil en alto.

Se acercan tanto que parecen una sola persona. Una imagen temblorosa en la pantalla muestra a la gente que sale en tropel del subsuelo y vehículos dispersos de los servicios de emergencia que empiezan a acercarse.

—Vosotros tres iréis allí de inmediato —dice Nyman, señalando con el dedo—. Sonja y yo nos quedaremos aquí un momento para consolidar algunos puntos. Iremos enseguida.

Sarwani, Lindberg y Ankan salen de la sala a toda prisa y se ponen en camino. El trayecto en coche hasta Odenplan no es muy largo y, en unos minutos, están allí. A estas alturas ya han colocado un cordón tapando la entrada al tren de cercanías y al metro y la estación ya ha sido evacuada.

Lindberg maniobra entre los carriles de tráfico de Odengatan y detiene el coche a poca distancia de Odenplan. Los tres se acercan a la zona acordonada. Policías uniformados vigilan el acceso; la unidad de

explosivos ya ha llegado y está preparando los equipos. Sarwani, Lindberg y Ankan los saludan brevemente y son dirigidos hacia una pantalla que se acaba de instalar en el interior de la zona acordonada.

Los policías uniformados en Odenplan tratan de mantener alejada a la gente y abren el cordón policial a la espera de las vallas antidisturbios; sin embargo, hay cierto caos ahí fuera, ya que los curiosos tratan de avanzar a empujones como si estuvieran en un concierto de rock. A la sombra de la blanca iglesia de Gustav Vasa se forma un semicírculo irregular formado por tantas personas como teléfonos móviles.

Sarwani grita inútilmente a los escasos policías uniformados.

—¡Dispersad a la gente!

La pantalla que Sarwani, Lindberg y Ankan tienen en frente se despeja y una imagen surge de la nada: es el andén del tren de cercanías, totalmente vacío. El robot desactivador de bombas, dirigido de forma remota por un hombre que se encuentra al lado de Sarwani, se acerca a un banco sobre el que hay una mochila abandonada de color verde militar.

Sarwani oye una voz en su interior. Es la voz de Sonja Ryd, que dice: «Pero ha sido bajo tierra. Fuera de la vista».

Fuera de la vista de la morada blanca de Dios.

No puede estar fuera de la vista, porque «la morada blanca de Dios contemplará a sus pies las ruinas de la decadencia».

Sarwani observa la aglomeración de gente en torno al cordón policial. Le trae sin cuidado la pantalla que muestra los movimientos del robot desactivador de bombas en el andén. En lugar de eso, su visión periférica capta vagamente algo entre los curiosos que graban vídeos con el móvil; ha vuelto a desaparecer, una mancha verde militar que ya ha salido de su campo de visión.

Sigue barriendo con la mirada el semicírculo de personas. Va pasando de una cara a otra y le parece ver algún rostro conocido. Entonces, vuelve a desviar la mirada hacia los alrededores. Oye voces elevadas entre el mar de gente. En cierto punto, la muchedumbre se abre, como el mar Rojo ante Moisés.

Sarwani ya está en camino hacia allí.

Hacia ese punto.

Sobre el asfalto hay una mochila de color verde militar, idéntica a la que había en el andén.

Shabir Sarwani corre entre gritos hacia la mochila que se encuentra en pleno Odenplan, haciendo vigorosos aspavientos con las manos y tratando de dispersar a la gente.

Todavía está corriendo hacia la mochila cuando esta explota.

La morada blanca de Dios contempla la devastación a sus pies.

37

El sol se refleja en el lago Klara sjö e infunde esperanzas de una apacible mañana a los habitantes de Estocolmo. Sin embargo, el coche patrulla arroja su luz azul sobre el final del puente de Barnhusbron antes de girar hacia Dalagatan uniéndose al coro de sirenas.

Sonja Ryd y Eva Nyman van en el asiento de atrás. Ryd está tratando de localizar a Sarwani, a Lindberg y a Ankan, pero es inútil. Ninguno de los tres responde. Nyman tiene dos pantallas abiertas con informativos que retransmiten caos, sangre, destrucción, sin coherencia alguna.

El coche patrulla atraviesa Vasaparken y cruza el cordón policial que rodea Odenplan y que a estas alturas es bastante más amplio que antes. Ya hay varias ambulancias allí; la estampa recuerda un hospital de guerra.

El coche se detiene. Ryd se coloca la mano en la frente y siente su propio pulso ridículamente acelerado. Las dos respiran profundamente, intercambian una mirada de algo que podría denominarse compenetración, hacen una mueca y se ponen en marcha. Todo al mismo tiempo.

Se abren paso entre el caos que reina en Odenplan. Personas agachadas junto a otras personas. Gritos y sonidos que no parecen del todo humanos. Cuerpos retorcidos en las caprichosas direcciones del pánico, retenidos, aprisionados. Una gran parte de su campo de visión está teñida de rojo. Sangre, vísceras, todo es de color rojo.

Nyman comprende que deben concentrarse en encontrar a los demás miembros del grupo Nova, mantener la concentración para no volverse locas. Ryd se detiene, mira hacia arriba, hacia la fachada blanca con la cúpula negra, hasta llegar a la punta verde. Realmente parece como si la iglesia, con cierta soberbia, contemplase la devastación a sus pies.

Nyman la arrastra consigo. No tardan en encontrarse en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Es un viaje en el tiempo. Lo único que falta son auténticas sierras de amputación. Pero tienen morfina.

Finalmente, Sonja Ryd descubre a Anton Lindberg, que está vendando a un herido en el suelo: parece grave, pues la sangre sale a borbotones de un brazo medio desgarrado. Lindberg las ve, pero hace caso omiso de ellas.

Un poco más hacia la iglesia, Eva Nyman ve una conocida melena rubia. Se trata de Ankan, que está de rodillas junto a la camilla de una ambulancia. Las dos corren hacia allí. El personal de la ambulancia se mueve con una rapidez pasmosa en torno a la camilla, en la que yace una persona. Una pálida Ankan mira fijamente al vacío mientras sostiene una mano sangrienta.

En un principio, Nyman cree que es Ankan quien ha perdido la mano. Entonces, ve que la mano sale de la camilla, de una manta de hospital de color naranja claro.

Nyman comprende que es Shabir Sarwani quien yace bajo la manta.

Tiene los ojos cerrados y la cara perforada por las heridas, como si le hubieran lanzado una ráfaga con una escopeta. Parece tener una veintena de pequeñas bocas babeantes de las que salen riachuelos rojos que le recorren la cara.

Eva Nyman se agacha junto a Ankan y su mirada perdida. Oye un sonido chirriante a sus espaldas y se gira para ver a Sonja Ryd tropezar con una persona que yace en el suelo y caer de cabeza sobre el asfalto.

38

La luz del día no llega a los pasillos. Ante Lukas Frisell se extiende un infinito muy distinto al que se enfrenta en el bosque: este es el infinito del hastío. Nunca se habría imaginado que se encontraría tan a disgusto en los pasillos de la prisión de Kronoberg, aunque eso no es nada en comparación con la celda.

La celda es el mismísimo infierno. El ventanuco parece estar ahí como mera provocación.

Frisell avanza entre dos fornidos celadores. Los pasos resuenan en las paredes como en una película hasta que, al fin, se detienen y el celador más joven abre una puerta con llave, empuja a Frisell dentro de la celda y lo libera de las esposas. Frisell se dirige a la ventana, hacia el aullido disonante de las sirenas, pero no logra distinguir nada de lo que está sucediendo. Todo lo que puede ver es un interminable mar de tejados.

Puede ver el mismísimo hastío.

El otro celador se queda en la puerta mientras el joven sale al pasillo. El de la puerta tiene aproximadamente la edad de Frisell; ninguno de los dos ha mencionado el hecho de que hubo un tiempo en que se conocían. Quizá no fueran amigos, pero sus caminos se cruzaban con frecuencia.

La suerte no sonríe a todos por igual.

El celador mira fijamente a Frisell y ambos se quedan así durante un rato. Entonces, como tomando impulso, le pregunta:

—Supongo que no has sido tú quien ha provocado esto, ¿eh, Lukas?

Frisell suspira profundamente y golpea la ventana con la mano.

—Ni siquiera sé lo que es «esto».

El celador se queda allí, cambiando con impaciencia el peso de una pierna a otra, pero no se da por vencido.

—Oye, Lukas, tienes que prometerme algo. El mundo entero se está

pudriendo y yo no sé qué voy a hacer si alguien como tú se pudre también.

Frisell respira hondo, se da la vuelta y mira al celador a los ojos.

—Estaba a punto de regresar.

—¿Regresar?

Frisell lo mira y no puede contener una breve y amarga risa.

—De regresar a esta casa de locos. —Hace una breve pausa antes de continuar—. Al cuerpo de policía.

39

Ya no se encuentran en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Ahora están de vuelta a la Edad Media. Los gritos y aullidos que atraviesan la gran sala (en realidad, se trata de un área de recepción y una sala de espera) bien podrían proceder de un centro de aislamiento en Florencia durante la plaga de peste del siglo XIV.

El hospital de Sabbatsberg, a tan solo unos pocos cientos de metros de Odenplan, fue construido en la década de 1870, recibió electricidad en 1884 y fue el primer hospital de Estocolmo con su propio departamento de rayos X en el año 1900. Sin embargo, los gritos son eternos. Las caóticas escenas han seguido a la humanidad desde los oscuros orígenes. Son la historia misma.

En un rincón de la sala grande está sentada Sonja Ryd. No está segura de si la mujer que le está curando la enorme herida de la frente realmente forma parte del personal del hospital. Más bien le da la impresión de que se hubiera colado desde la calle. La bata de enfermera no parece ser de su talla: probablemente la haya cogido de algún perchero en el pasillo. Por otro lado, Sonja Ryd tampoco ve muy bien y el mundo no para de girar a su alrededor.

—¿Tienes vértigos? —le pregunta la enfermera—. ¿Alteraciones visuales?

—No —dice Ryd y le resulta difícil tanto fijar la mirada como levantarse—. Nada de vértigos y ninguna alteración visual.

Eva Nyman se inclina por delante de Ryd.

—¿Podemos verlo ahora? —pregunta.

La enfermera la mira con cara agria antes de responder.

—Supongo que os habéis dado cuenta de que no estáis solas aquí.

—Pero dirigimos la investigación de todo esto —insiste Nyman y vuelve a mostrarle la identificación policial.

La enfermera sacude la cabeza y se pone en marcha con una amarga

mueca. La siguen hacia una sala con seis camas y, mientras esperan a que descorran la enorme cortina, Eva Nyman dice:

—Por cierto, en la mochila del andén había dos globos rosas extremadamente nocivos para el medioambiente y una nota con unas palabras muy sonoras: «*Booom, motherfucker*». Con tres oes.

—Muy ingenioso —dice Ryd, tratando de combatir el mareo—. Mientras teníamos puesta toda la atención en el andén, colocaron la bomba entre la multitud.

En ese preciso momento, la enfermera recibe autorización y abre las enormes cortinas.

Ahora se encuentran en la Toscana, cuando las ratas trajeron la peste a través de Génova desde las costas lejanas del mar Negro. El aire huele a podrido y los gemidos de distintos siglos se cuelan entre la podredumbre.

Un poco más al fondo de la sala yace una figura con los ojos cerrados y una venda blanca que le cubre toda la cabeza, como si fuera un paquete sobre unos hombros. Burbujeantes manchas rojas han aparecido a través de los vendajes.

Al lado de la cama está sentada Ankan. Su cara ha recuperado un poco de color.

—El médico afirma que está bien y que puede despertar en cualquier momento —dice con voz ronca—, pero yo no sé si creérmelo.

Eva Nyman la abraza y asiente con la cabeza, aliviada.

—¿Y tú estás bien, Ankan?

Ankan le enseña sus antebrazos ensangrentados.

—No sé si voy a volver a estar bien alguna vez. No hay manera de limpiar la sangre. —Señala a Shabir Sarwani, que yace inconsciente, y continúa—: Pero os vais a hartar de leer sobre este tío en los próximos días. A saber cuántas vidas ha salvado ahí fuera. Alertó a los espectadores sin pensar en su propia seguridad.

Ryd siente que toda la sala da vueltas. No consigue fijar la mirada en Ankan. Quizá no debería haber mentido sobre su estado, pero ver a Sarwani bajo ese disfraz de momia le causa una gran conmoción. Aunque, sobre todo, se siente sinceramente contenta de que esté vivo.

Ankan coge el brazo de Nyman y la mira a los ojos muy de cerca.

—Tenemos que coger a ese hijo de puta —dice—. Lukas Frisell estaba entre rejas cuando pasó esta mierda, joder.

40

Por una vez, Sonja Ryd está sola en la pequeña sala detrás del espejo. Ve cómo se abre la puerta al otro lado de la sala de interrogatorios y dos celadores hacen entrar a Lukas Frisell.

Ryd no solo quería, sino que también necesitaba estar aquí. Era una necesidad urgente. La frente le pica de forma incontrolable bajo la compresa, pero el mundo ha dejado de dar vueltas. Todavía las daba durante su confrontación con Eva Nyman en su elegante despacho de jefa. Ryd se había negado a aceptar la propuesta de Nyman, que no era sino una orden disfrazada de propuesta. No obstante, algunas partes de la inequívoca orden le habían entrado por un oído y le habían salido por el otro, ya que el mareo la había dejado fuera de combate.

Transcurridas un par de horas, había logrado recobrar algo de normalidad. Las estadísticas reemplazaron al caos: cinco personas habían muerto en Odenplan, tres seguían debatiéndose entre la vida y la muerte y catorce habían resultado heridas.

Era un acto terrorista que podía compararse al ataque del camión en Drottninggatan en 2017.

Eva Nyman se culpaba a sí misma. La decisión se había tomado a sus espaldas. Esta era la única oportunidad que tenía el grupo Nova de poder conservar una pequeña parte del caso. Además, implicaba la posibilidad de ser partícipes de los exclusivos conocimientos profesionales de Lukas Frisell. Una mierda pinchada en un palo.

Ahora Nyman está sentada en la sala de interrogatorios; es la jefa de Ryd, su amiga. Frisell está ahí y parece realmente esperanzado. Sin embargo, no están solos. También hay un hombre serio y trajeado de mediana edad que abre lentamente un portafolios. Frisell se sienta y dice con tranquilidad:

—Presiento que empieza a ser hora de preparar mi puesta en

libertad.

Nyman señala con la mano al hombre bien vestido.

—Este es el fiscal Sten Robert-Olsson. Tenemos una propuesta.

Pronuncia «Robert» con elegante acento francés. Se ve a todas luces que Frisell quiere decir algo, pero logra tragarse sus palabras.

—Sabemos que te encontrabas aquí, en la sala de interrogatorios, cuando se produjo el atentado en Odenplan —continúa Nyman—. Pero también sabemos que se encontraron restos de tu ADN en una de las bombas y que podrías tener quién sabe cuántos colaboradores ahí fuera. El hecho de que la bomba detonase mientras tú estabas entre rejas no prueba, en modo alguno, tu inocencia.

—¿Parezco un hombre que tenga colaboradores? —repite Frisell.

—La cuestión es que usted sigue siendo sospechoso —interviene el fiscal Robert-Olsson, ignorando a Frisell— y, en principio, la prueba de ADN es suficiente para mantenerlo detenido por un tiempo indeterminado. Y es lo que va a suceder.

La pausa es tan evidentemente retórica que Frisell, a pesar de sus ocho años en las regiones salvajes, parece reconocerla. Se traga cuidadosamente todo lo que le gustaría aullar como un animal indomable.

«Siempre sucede», piensa Sonja Ryd.

—Sin embargo, le proponemos una variante de detención —continúa Robert-Olsson—, como parte de una experiencia piloto en curso. En efecto, continuará detenido, pero no en una celda, sino con una pulsera de localización en el tobillo.

—¿Para eso no es necesario tener un hogar? —pregunta Frisell con voz apagada.

El fiscal de cámara Robert-Olsson lo mira con sus inescrutables ojos de pez.

—Como probablemente no sabrá, durante los últimos años se han llevado a cabo grandes avances tecnológicos en el campo de las pulseras de localización. Por consiguiente, el principio de la detención con una pulsera debería adaptarse al desarrollo de la mencionada tecnología. La variante establecida en materia de seguridad consiste en una tobillera con libertad de movimiento limitada dentro de ciertas

zonas de Estocolmo claramente definidas. Con este localizador equipado con GPS, podrá moverse libremente por el centro de la ciudad en general. Pero con una condición: estará a disposición del grupo Nova de forma ilimitada.

—¿Qué cojones es el grupo Nova? —exclama Frisell.

Sten Robert-Olsson vuelve a ignorarlo de esa forma especial de ignorar que tienen los abogados y continúa hablando impasible.

—Aparte de la vigilancia intensiva habitual de la libertad condicional y del sistema penitenciario, todos los miembros de Nova podrán comprobar su ubicación en sus teléfonos móviles y tabletas. La alarma se disparará de inmediato si sobrepasa aunque sea un metro los límites establecidos, o si pone el pie en entornos prohibidos, como cibercafés, tiendas de electrónica o lugares similares. Se le proporcionará una lista de entornos prohibidos. No podrá utilizar Internet ni ordenadores y no podrá acercarse a ningún otro teléfono móvil que el que le ofrezca la autoridad judicial, un sencillo modelo de teléfono cuyas llamadas quedarán registradas y podrán ser interceptadas por Nova.

Eva Nyman se incorpora por encima de la mesa de interrogatorios.

—En cualquier caso, hay demasiadas cosas que apuntan a ti como para que se trate de una coincidencia. Si tú no eres culpable, Lukas, tiene que tratarse de alguien que quiere tenderte una trampa.

Frisell se cruza de brazos en la silla y sacude lentamente la cabeza mirando hacia el techo.

—La idea se me ha pasado por la cabeza.

—¿Y tienes alguna idea de quién o quiénes pueden estar detrás de esto?

Frisell vuelve a sacudir la cabeza.

—No se me ocurre nadie; no tengo relación con nadie —responde al final.

—Pero ¿acepta las condiciones, Lukas Frisell? —pregunta formalmente Sten Robert-Olsson—. ¿Accede a estar las veinticuatro horas a disposición del grupo Nova, el equipo encargado de dirigir la investigación?

—Nova dentro del NOA —dice Frisell.

El fiscal Robert-Olsson guarda silencio durante unos instantes. Entonces, continúa con severidad.

—En relación con la confirmación de este acuerdo, usted, Lukas Frisell, recibirá un antiguo y sencillo teléfono de prepago, un Nokia 3310, que deberá llevar consigo todo el tiempo y será el único móvil que se le permita usar. Recibirá también ropa nueva, artículos de higiene, toallas y las llaves de un apartamento propiedad de la Policía situado cerca de la comisaría. El grupo Nova podrá convocarle a una reunión en cualquier momento y usted no podrá llegar tarde en ninguna ocasión sin llamar con antelación para explicar por qué. Reitero e insisto en que tampoco podrá, en ninguna circunstancia, adquirir o tomar prestado un teléfono móvil alternativo o un ordenador ni ningún otro dispositivo con el que pueda comunicarse sin el conocimiento de las autoridades. ¿Acepta estas condiciones?

Con gran determinación, Frisell gira la cara hacia el gran espejo de la sala de interrogatorios. Lentamente, empieza a asentir con la cabeza.

—Las acepto —dice con una mueca y, a cambio, recibe un manojo de llaves, un paquete de ropa envuelto en papel y un viejo Nokia color rojo vino.

Nyman se aclara la garganta.

—Tu persona de contacto será la inspectora Sonja Ryd. Podéis sentaros a discutir sobre tu pasado para ver si conseguís encontrar algo sospechoso.

Lukas Frisell hace una señal hacia el espejo.

—Sonja Ryd… —dice con burla.

Ryd golpea con fuerza la ventana falsa.

Todos en la sala de interrogatorios miran hacia ella.

3
LA SEGUNDA CACERÍA

41

La oficina panorámica parece otra. Ankan se acerca y se detiene en el umbral; de los cinco miembros habituales del grupo Nova, solo cuatro se encuentran allí; no obstante, durante la noche el lugar se ha visto reforzado con hasta una veintena de investigadores, tanto policías como civiles. Se han instalado nuevos escritorios y ordenadores y todo el espacio produce una impresión completamente diferente.

—Joder, sí que ha crecido Nova —exclama Ankan mientras se dirige hacia la mesa que Eva Nyman comparte con tres recién llegados. Los reconoce de haberlos visto por los pasillos, pero nada más.

Nyman se levanta para ir a su encuentro y la lleva a un lado.

—¿Cómo está Shabir? —pregunta.

—Se ha despertado. Tiene el cuerpo dolorido, pero no cabe duda de que, bajo todas esas vendas, sigue siendo nuestro viejo Shabir Sarwani. Nos va a costar deshacernos de él.

—Genial —dice Nyman—. Bueno, como ves, aquí ha cambiado todo bastante, pero seguimos en el ajo y ahora Nova lidera el grupo ampliado que se ocupa del aspecto terrorista y activista del caso.

—¿Qué otros aspectos hay? —inquiere Ankan.

—Lo que hay puede denominarse, simple y llanamente, una lucha de poder. Alguien en la cima ha apostado todo su prestigio a que no se trata de terrorismo.

Ankan asiente con tanta intensidad que se le suelta el moño.

—¿Y quiénes son los que están ahí contigo, Eva? —pregunta mientras se coloca el moño.

—Son coordinadores de gestión —sonríe Nyman—. Es el precio que tenemos que pagar, pero pueden ser útiles para no perder de vista el panorama general.

—Vamos, que son como tus secretarios, ¿no?

—Más bien, mis representantes —responde ella, encogiéndose de

hombros—, porque yo apenas paro por aquí. No hay más que reuniones de crisis y conferencias de prensa, una tras otra.

Entonces, se dirige hacia la pizarra blanca, que también se ha expandido en todos los sentidos. Arriba del todo, a modo de título, pone, sencillamente, «Nova».

—Hemos establecido secciones más claras —dice Nyman, señalando con el dedo—. Estas cuatro columnas: Uppsala, Vasaparken, Västerås y ahora Odenplan. Como ves, esta última está al completo, pero eso no significa que vayamos a dejar de investigar las explosiones anteriores. Mientras Shabir esté ausente, tenemos cuatro grupos: Anton dirige el de Odenplan, el rastro de Frisell es para Sonja, y tú, Ankan, te harás cargo de los tres atentados anteriores. Yo me encargaré de dirigir el grupo de coordinación. Aquí estáis como jefes de grupo.

—¿Esto no debería implicar un ascenso? —pregunta Ankan, mientras examina detenidamente su nombre en la pizarra.

—Si resolvemos esta mierda, creo que sería algo factible. Venga, manos a la obra.

Nyman lleva a Ankan a una esquina, donde Anton Lindberg está sentado en un grupo de seis personas. Lindberg levanta la vista y pregunta por el estado de salud de Sarwani.

—Aquí no paran de llegar oleadas de fotos, vídeos y testimonios tanto del andén como de la plaza de Odenplan. Necesitamos mucha gente. En cuanto vemos algo que puede ser importante, envío a uno de mis esclavos a la pizarra para que coloque una foto. Estábamos de acuerdo en llamarlos esclavos, ¿no?

Se oyen algunos murmullos entre el séquito de Anton Lindberg. Nyman se aleja de allí y arrastra consigo a Ankan hacia cuatro personas que se encuentran en mitad de la oficina panorámica.

—Esta es tu gente, Ankan —dice Nyman—. Vuestra tarea es mantener actualizada la información de los tres atentados anteriores. Te dejo aquí para que te presentes y podáis decidir vuestra distribución del trabajo.

Ankan mira a Nyman un poco sorprendida, pero enseguida se familiariza con su nuevo entorno.

Nyman continúa hacia Sonja Ryd, que está sentada entre dos

inspectores adjuntos y escribe en el ordenador mientras sujeta el teléfono móvil entre el hombro y el mentón. Nyman le da unos golpecitos en el otro hombro.

—¿Tenemos controlado a Frisell?

Mientras Ryd sigue hablando por teléfono, coloca el iPad abierto junto al ordenador: una línea roja atraviesa el centro de Estocolmo haciendo zigzag. En cierto punto, se ve un parpadeo, al lado de Hornstull. Nyman hace un pequeño gesto incomprensible y Ryd da por finalizada la llamada.

—Nina, te llamo en un par de minutos —le dice al móvil. Entonces, se gira hacia sus nuevos colaboradores y les pregunta—: ¿Qué tal si os tomáis cinco minutos de descanso y os vais a tomar un café?

Los asistentes están acostumbrados a obedecer órdenes y se ponen en pie sin mayor dilación. Ryd se vuelve hacia Nyman y señala el iPad.

—Este punto rojo parpadeante indica dónde se encuentra Frisell en este momento, mientras que la línea indica por dónde se ha estado moviendo. Es decir, que de momento se mantiene dentro de la zona permitida, pero, como puedes ver en esta línea, ya se ha acercado a la comisaría en un par de ocasiones. No tardará en aparecer, a mi pesar.

—Es importante que entiendas que se trata de una tecnología cien por cien segura, Sonja.

—¿Existe una tecnología así? —masculla Ryd y sacude la cabeza—. Ya sabes lo que opino de esta idea, Eva. Este hijo de puta es culpable. Esto no es más que una muestra de la maldita ingenuidad sueca.

Eva Nyman suspira profundamente, se inclina hacia Ryd y le dice con un susurro:

—Lo tengo vigilado.

La propia Sonja Ryd siente la incredulidad con la que mira a su jefa.

—Ya lo sé —admite Nyman—. De forma totalmente extraoficial, he enviado un grupo de vigilancia que lo sigue día y noche. Vamos, que también vemos la posición de la tobillera de localización en tiempo real. No van a perderlo de vista.

Contra su voluntad, Ryd se siente algo impresionada por Nyman. Actuar sin el conocimiento de los jefes es, cuanto menos, difícil.

Nyman cambia de tema.

—¿Cuándo debería venir Frisell?

—Solo dijimos que por la tarde, para que tuviera algunas horas para aclimatarse. Ahora son las cuatro. Yo me conformo con que se mantenga alejado, pero, joder, mira que convertirme en su niñera…

—Sabes que no se trata de eso. Ya he visto vuestra interacción.

Ryd arruga la nariz y se limita a sacudir la cabeza.

—Lo importante es que seguimos teniendo una parte de este caso —dice con tono resuelto—. Pero lo que hacemos en esta zona de la sala es reunir indicios contra Frisell. Por ejemplo, cuando has llegado estaba en plena conversación con Nina Strömblad, y, desde luego, tiene más cosas que decir. Interacción, mis cojones.

Nyman parece perder la compostura un momento, pero logra recomponerse rápidamente.

—Sí —dice—. Interacción, tanto si te gusta como si no.

—Más bien me dio la sensación de que era él quien me interrogaba a mí —replica Sonja Ryd.

42

Lukas Frisell los descubre ya cuando está de camino desde el apartamento que le ha facilitado la policía en Agnegatan junto a la comisaría. Una vez en Fleminggatan, se da cuenta de que nunca va a poder dejar el papelito en el buzón sin ser descubierto.

Se desplazan como suelen hacerlo los detectives privados. Por seguridad, Frisell da un rodeo para determinar con exactitud cómo hacen el relevo de turnos, el momento en el que podría producirse un ángulo muerto.

Calcula que podría hacerlo si tomara la ruta a través del barrio residencial de St. Eriksområdet y fuera callejeando hasta salir por Inedalsgatan. A medio camino, se sienta en el banco de un parque y escribe algunas anotaciones en un papel.

Funciona. Recibe una tregua de medio minuto antes de que Detective 1 emerja de entre los matorrales y un jadeante Detective 2 aparezca en Fleminggatan. Eso le da tiempo suficiente para bajar la pequeña escalinata de Inedalsgatan e introducir rápidamente el trozo de papel en la boca del buzón. Ahora puede quedarse a esperar la respuesta junto al antiguo lugar de recogida, al otro lado de la ciudad.

Frisell llegará poco más de una hora después (debería ser suficiente) y repetirá la maniobra con el ángulo muerto. Fuera del campo de visión, extiende la mano bajo la escultura de bronce Kjolen en el parque Fredhällsparken, saca el trozo de papel y espera a que se presente el momento propicio para leerlo.

Después, va a una tienda de electrónica en Fridhemsplan que se encuentra en la lista de entornos prohibidos. Tras varios intentos, consigue que una chica joven vaya a comprar en su lugar; le da un billete de cien coronas por las molestias.

Mientras Frisell espera fuera de la tienda, observa a escondidas a los dos detectives que, en su intento de mantenerse ocultos, parecen ser

incapaces de estarse quietos. Finalmente, la chica sale de la tienda y le entrega una bolsita a Frisell. Con esta compra ha agotado una parte considerable de su dinero en algo tan obsoleto como un dictáfono. Usa un escaparate como espejo para asegurarse de que Detective 2 entra en la tienda mientras Detective 1 lo vigila desde la esquina.

Entonces, va dando un paseo por el parque Rålambshov y el puente Västerbron, con las más hermosas vistas de Estocolmo, desde donde ve una figura con una sudadera gris con capucha moverse por un pequeño parque hacia el pilar meridional del puente. La figura pasa rápidamente y se detiene junto al centro de Hornstull.

Por primera vez en mucho tiempo, Lukas Frisell no está en movimiento. Pone el pie en un banco de madera que rodea un árbol y se queda esperando a los detectives, que fingen pasear de un lado a otro del puente Västerbron. Se ajusta la tobillera de detención, que ya le ha producido un eccema. Por lo visto, ha desarrollado alergia al plástico. Un síntoma muy típico.

Entonces, vuelve a bajarse la pernera caqui del pantalón hasta la bota de montaña, retira el pie del banco y levanta la vista hacia el edificio Hornhuset, con sus salientes que recuerdan escalones contra una enorme pintura mural iluminada por el sol.

Cuando abandonó la ciudad, el barrio de Hornstull era muy diferente.

Por supuesto que ya entonces había teléfonos móviles (al fin y al cabo, había sido testigo de la primera generación de teléfonos inteligentes), pero hoy nadie levanta la vista de ellos. Durante su largo paseo, trata de sentarse de vez en cuando junto a la gente que teclea en su teléfono y se dedica a escuchar a personas que cuentan intimidades a voces en espacios públicos. Ahora le cuesta más que hace quince años entender el mundo contemporáneo. Las redes sociales parecen haber acaparado la vida de las personas, justo lo que, en su época, temía que acabaría sucediendo.

Da media vuelta y regresa subiendo por Långholmsgatan. A pesar de todo, puede percibir cierto pánico en el aire que llega a sus sensibles órganos olfativos. Se nota que está en una ciudad que acaba de ser víctima de un acto terrorista.

A la altura del extremo sur de Västerbron, regresa al pequeño parque junto a Pålsundsbacken, que ahora está vacío: el hombre de la sudadera gris ha desaparecido. Frisell encuentra el ángulo muerto, se apresura a meterse en él y corre hacia una escultura en mitad del parque que hace fiel honor a su nombre, «Gallos de pelea». Los dos gallos de metal se golpean el uno al otro con todas sus fuerzas.

Coge un pequeño auricular del pedestal de la estatua y se lo introduce en la oreja antes de que Detective 1 aparezca rodeando la esquina.

—Esta estatua podríamos haber sido nosotros hace veinte años, amigo —dice una ronca voz masculina en su oído derecho.

Frisell se da la vuelta con una sonrisa y se pone de nuevo en movimiento.

—Alonzo.

—Lukas —contesta la voz—. Será mejor que no hables tanto ahora; lo importante es que me escuches. Además, el micrófono en esa pequeña carcasa es endeble del carajo. Pero vaya pintas me llevas, amigo.

Frisell no se ríe, ya no.

—Dirígete a nuestro antiguo punto de encuentro —dice la voz.

Frisell sale del parque y baja las escaleras. Puede entrever al hombre de la sudadera gris ahí abajo, en el puente Pålsundsbron. Cuando llega a Långholmen, decide subir por la colina entre las casitas rojas. A estas alturas, ya se han desplegado casi todas las hojas de la primavera. No hay otro lugar en el centro de Estocolmo donde pueda encontrarse más naturaleza que aquí.

—El dispositivo está listo —dice Alonzo en su oreja—. Ha requerido varios años de perfeccionamiento, pero ya se ha probado en dos países vecinos.

Frisell asiente lentamente, como para sí mismo.

Llega al anfiteatro de Långholmen, con sus bancos de madera para tres mil espectadores formando un semicírculo; se trata de una versión optimista de un antiguo teatro griego, en términos de desarrollo de los años cuarenta. Hay cinco o seis personas sentadas en los bancos, encorvadas sobre sus teléfonos móviles. Un poco más arriba, en el

bosque, observa al hombre de la sudadera gris, que le dirige una mirada y parece estar hablando por teléfono. Por primera vez, puede reconocer a Alonzo.

—Saca el dictáfono —dice Alonzo en su oreja—. Los estoy viendo. No tienen micrófonos remotos. No pueden oír lo que dices. Voy a dar un rodeo y en breve aparezco por el otro lado.

—¿Así creerán que estoy hablando por el dictáfono? Qué ingenioso.

—Tuve que pillarlo de rebote, amigo. No es que estuviéramos esperando tu nota. Habla un poco cuando te vayas de aquí, aunque sean patochadas, por si a alguien le da por comprobarlo más tarde. Joder, casi siento nostalgia al estar aquí sentado de nuevo.

—Eras mi mejor soplón, Alonzo.

—Por ahora, lo más seguro es que el dispositivo no salga del taller —dice Alonzo—. Necesito veinticuatro horas. Y tendrás que ir tú allí; supongo que recuerdas dónde está.

Por el rabillo del ojo, Frisell ve a Detective 1 a lo lejos, junto a la cuesta por la que él mismo acaba de subir, mientras que Detective 2 parece estar enfrascado en una animada conversación telefónica mientras deambula por el escenario del anfiteatro. Frisell continúa hablándole al dictáfono.

—Lo recuerdo. ¿Y lo del móvil?

—Dejaré un móvil desechable en nuestro antiguo punto de recogida número dos —responde Alonzo—. ¿Recuerdas dónde está?

—En Gamla Stan, sí. Pero primero tengo que pasar unas horas en la comisaría.

—Lo dejaré allí sobre las cinco y media. Allí estará bien seguro. Con el asunto del móvil tenemos que ser un poco más ingeniosos. Vamos a ver, lo que quieres es que compruebe un teléfono móvil que te ha dado la pasma y que después te lo devuelva, ¿no?

—Si es lo que creo que es, no puedo irme de aquí sin él. Como ya te dije, se trata de un Nokia 3310.

—Tengo una idea de cómo podríamos hacerlo —dice Alonzo en su oreja—. Ya casi he dado toda la vuelta. Cuando yo te diga, le cuentas algunos pensamientos dispersos al dictáfono, como para poner punto final. Entonces, finges metértelo en el bolsillo, pero lo dejas caer al

suelo y dejas caer el Nokia al lado. No puedes dejar que ellos lo vean. Después, me sigues hasta el bosque. Cuando los dos payasos te estén siguiendo, dejas pasar unos tres minutos, haces un poco de teatro y finges que has perdido el dictáfono. Eso me dará seis minutos para comprobar el móvil. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Gracias, Alonzo —dice Frisell—. Ojalá tuviéramos más tiempo.

—Ya lo tendremos cuando quedes libre de todo esto, amigo. Así me podrás contar cómo te ha ido ahí en el bosque. En serio.

—Ha sido... mágico. Pero todo a su tiempo.

—Empieza a hablarle al dictáfono ahora.

Frisell pone el dictáfono en marcha y dice algunas palabras vacías sobre su regreso a la civilización, aunque nada de lo que dice se acerca ni por lo más remoto a la verdad.

Echa una ojeada a los detectives y consigue dejar tanto el dictáfono como el móvil en el suelo, a sus pies. Entonces, se dirige a buen ritmo hacia la pequeña zona del bosque por la que ha desaparecido Alonzo. Los detectives lo siguen sin preocuparse por comprobar el lugar en el que ha estado sentado.

Frisell se entretiene subiendo hasta lo alto de Långholmen y al mirador inclinado sobre el puente Västerbron, una pesadilla para los detectives. Apenas tiene tiempo de representar su pequeña escena, en la que descubre que el dictáfono ha desaparecido, cuando oye la voz de Alonzo en su oreja.

—Han instalado un emisor en el Nokia, sí, y no basta con apagar el móvil. Pero lo puedo apañar. Recibirás instrucciones. Ahora vete a buscar las cosas, antes de que las coja alguien.

—Gracias —consigue decir Frisell.

—Ya sabes quién de los dos está en una eterna deuda de gratitud, amigo. Muy pronto podremos hablar en condiciones. Y tira el maldito auricular al agua en Riddarfjärden.

Acto seguido, se oye claramente cómo Alonzo corta la conversación.

Frisell representa su escena, una austera imitación de un hombre que descubre algo y le entra prisa; le basta con hurgar un poco en el bolsillo de la chaqueta y hacer una mueca.

Los detectives lo siguen de regreso al anfiteatro, como fans

histéricos siguiendo a un actor. El dictáfono y el Nokia siguen allí; Frisell coge los dos, se da media vuelta y les complica la vida a los detectives. No obstante, se trata de profesionales, por lo que no tardan en encontrar la forma de seguirlo hasta el bosquecillo y continuar por la subida al puente Västerbron, que lleva hacia Kunsgholmen.

Y hacia la comisaría.

Frisell sube hacia el punto más alto del puente y permanece allí durante un rato. El mundo de las personas se ha convertido en un teatro aún mayor de lo que recordaba.

De forma imperceptible, se quita el pequeño auricular y lo deja caer revoloteando los veinticinco metros que lo separan de Riddarfjärden.

A pesar de todo, lo que hay ahí abajo es agua de verdad.

43

No hay duda de que Sonja Ryd está cumpliendo con su deber aunque, al mismo tiempo, no puede evitar mirar el iPad. Ya sabe que el pánico se extiende por Estocolmo, así que evita las noticias; en su lugar, lo que observa por el rabillo del ojo son los movimientos de Frisell, un hombre que intenta reconquistar una ciudad olvidada. Para su sorpresa, el hecho de seguir los movimientos de la parpadeante mancha roja por el mapa ha tenido para ella un efecto terapéutico. Hasta hace un momento, cuando Frisell fue de Fridhemsplan hacia Kronobergsparken. Ahora está cruzando el parque hacia la comisaría.

Eso contrarresta todo efecto terapéutico.

Sonja Ryd se acerca a la pizarra, recopila parte de la información y hace una foto con la tableta. Después, vuelve a colocar los datos en su sitio y baja a recibir a Frisell. Por el camino, informa a Eva Nyman mediante un mensaje de texto.

En estos momentos, su relación es un poco forzada.

Está esperando dentro, junto a la entrada de Polhemsgatan, cuando Frisell entra en el edificio con su ropa desgastada pero libre de olores. Ve a Ryd a través del cristal blindado y le hace señas con la mano. Ella señala al vigilante de recepción con la cabeza; en lugar de dejarlo entrar, el vigilante le hace una seña a Frisell que parece decir «solo un momento». Ryd espera, cruza la mirada con Frisell y se encoge de hombros.

Transcurridos unos minutos, aparece otro vigilante de las profundidades de la comisaría. La diferencia es que este va fuertemente armado.

—Protección de guardaespaldas —dice con severidad—. Según las órdenes.

Ryd lo mira fijamente mientras deja entrar a Frisell, quien también fija la mirada en el vigilante.

—Los tiempos cambian —constata.

—Sígueme —se limita a decir Ryd.

Llegan a una sala de reuniones anónima en un rincón remoto del edificio. El vigilante le hace una señal a Frisell con la cabeza que solo puede interpretarse de una manera: Frisell extiende los brazos hacia los lados y separa las piernas. El vigilante lo cachea con relativa brutalidad y le tiende a Sonja Ryd el resultado de sus tribulaciones. Ryd le devuelve el Nokia a Frisell, pero examina a fondo el dictáfono con semblante interrogativo.

—Impresiones —dice Frisell, encogiéndose de hombros—. Estoy tratando de cazarlas al vuelo. Pero supongo que ya te habrán informado al respecto, ¿no?

Mientras Ryd le devuelve el dictáfono a Frisell con un semblante lo más inexpresivo posible, el vigilante le entrega un botón de alarma y se queda fuera junto a la puerta. Ryd y Frisell entran en la sala y se sientan cada uno a un lado de una mesa, sobre la que hay un termo de café y bollos de canela resecos.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —pregunta Frisell, señalando con el dedo.

—Sírvete café y bollos —murmura Ryd, evitando tocarse la venda de la cabeza mientras coloca la tableta y el botón de alarma encima de la mesa.

—Gracias. Aunque el vigilante y la alarma son totalmente innecesarios.

—No sabemos a qué atenernos contigo.

Frisell simplemente asiente con la cabeza sin tocar ni el café ni los bollos.

—Bueno, ¿cómo vamos a hacerlo? —pregunta, haciendo un gesto inquisitivo con las manos.

—Según las órdenes, lo que vamos a hacer es juntar nuestras sabias cabezas hasta que recuerdes algo de tu pasado que combine extremismo climático con el deseo de meterte en una encerrona. Rienda suelta a la imaginación, vamos.

—Sabes tan bien como yo que necesito más información.

—Si creyera la premisa, sí.

—¿Qué premisa?

—La de que no eres culpable.

Frisell se queda callado, se reclina en la silla y mira a Ryd a los ojos. Ella le mantiene la mirada.

—Bueno, pues repito la pregunta —sugiere al cabo de un rato—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Ahora es Ryd quien sacude la cabeza.

—Podemos empezar por actuar como si yo te creyera.

—En ese caso, necesito más información.

Han llegado a un punto muerto. Están atascados.

—En realidad, necesitaría toda la información —continúa Frisell.

Ryd permanece inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho. El tiempo pasa.

Entonces, toma una resolución. No sabe si se trata de una buena resolución, pero si Lukas Frisell, contra todo pronóstico, es inocente y puede ayudarlos, tiene que dejarlo libre, aunque no va a hacerlo en un territorio de riesgo.

Se estira hacia un control remoto que hay entre los bollos y el rectángulo de luz de un proyector se enciende en la pared. Ryd se apresura a conectar el proyector por *bluetooth* a su iPad para reflejar una fotografía en la pared y se acerca a la imagen con la tableta en la mano; el botón de alarma queda encima de la mesa.

—Esta es la pizarra con los datos de nuestra investigación —dice señalándola.

Frisell la mira sorprendido y se endereza en la silla.

—Esto no es todo ni nunca va a serlo —recalca Ryd—. Te daré la información que tendrías si fueras el perpetrador. Es decir, sin saber todo lo que nosotros sabemos.

—Muy ingenioso —asiente Frisell.

Ella lo analiza con detenimiento. Hay algo diferente en él. ¿Podría decirse que está relajado? ¿O se trata, más bien, de autosuficiencia? Sin poder decidirse, Ryd amplía la primera columna de la tableta. El proyector reacciona con cierto retraso.

—Las afueras de Uppsala —dice—. Un pesado BMW diésel en la E4 con el director de una compañía de acero al volante sale disparado

hacia un campo de colza debido a una bomba en el motor activada por control remoto. Durante un tiempo, se pensó que era un accidente de tráfico.

—Vasaparken —continúa, ampliando la segunda columna—. Un publicista a cargo de una campaña para la industria petrolífera llega a la oficina el domingo por la mañana temprano para comprobar los impresos de prueba. La bomba se activa cuando se abre el paquete y el publicista medio chamuscado hace un aterrizaje forzoso sobre el césped junto a Dalagatan.

—Västerås —sigue presentando, mientras aumenta y reduce el tamaño de las columnas con una nueva rapidez—. Una parte considerable del centro de procesamiento de datos de Amazon explota cuando el director técnico abre un paquete que parecía llegar directamente desde la sede central de Seattle. Esto es una escalada, tanto a nivel material como humano: aquí tenemos dos muertos y cinco heridos.

—Y, por último, Odenplan esta mañana —dice Ryd ampliando la imagen—. Un gran salto en el desarrollo, por primera vez con víctimas fortuitas. Se trata de un engaño con dos mochilas: una en el andén, que hizo que se evacuara a la gente al exterior y, así, poder colocar la bomba auténtica entre la aglomeración de gente. Esto presupone, con toda seguridad, al menos dos perpetradores. Seis personas han muerto debido al atentado de Odenplan y hay dieciséis heridos, dos de ellos de gravedad.

Frisell observa la imagen de la pizarra mientras Ryd vuelve a ampliarla y sacude la cabeza.

—Diez muertos en total —dice él lentamente.

—Y todos los indicios apuntan a ti, Lukas Frisell.

—Estoy seguro de que eso no te lo crees ni tú, Sonja Ryd.

—¿Y cómo coño llegó tu ADN a la bomba de Vasaparken?

—No tengo ni la menor idea, pero yo nunca me he acercado a ninguna bomba.

—Lo que pasa es que sí lo has hecho, Lukas. Eso lo sabemos. ¿O acaso no robaste fertilizantes artificiales de la granja vecina, de la que también robaste electricidad durante muchos años?

—Era una cantidad tan pequeña que ni siquiera se dieron cuenta; solo cogí lo suficiente para preparar los explosivos para la trampa. Es una explosión controlada que mata a los animales al instante cuando pisan la trampa. Solo hice uso de ella cuando tenía auténtica escasez de alimentos.

—¿Y quedan explosivos escondidos por allí en algún lugar? ¿Existe el riesgo de que hagan explotar a los técnicos forenses?

—No, no queda nada. Pero, Sonja Ryd, lo que estás haciendo es continuar con el interrogatorio; nada ha cambiado. Así no puedes llevar adelante esta investigación.

Ryd se detiene y se señala la venda de la cabeza con el dedo. Es la primera vez durante la conversación que siente el dolor palpitante; un dolor que, además, coincide con su ira latente.

—Vamos a hacer un nuevo intento —dice con toda la calma de que es capaz—. Agradecería un poco de ayuda por tu parte, Lukas Frisell.

—En primer lugar, necesito leer esa carta.

44

Se trata de un sueño, pero es muy nítido. Es como una danza en corro, un movimiento a través de un semicírculo de personas. Hay algo difuso que se mueve: una figura esquiva, de color verde militar, que se mueve rápida y caprichosamente, como un reflejo. Un reflejo de color verde militar. Entonces, se produce una especie de colisión que hace quedar un rostro al descubierto.

Shabir Sarwani se despierta de forma repentina en la cama del hospital. No sabe dónde está, pero recuerda el rostro. Recuerda cómo se gira en dirección al objeto verde militar.

¿Por qué se giraba en dirección al objeto verde militar?

La colisión. ¿Habían chocado entre ellos?

Se trata de un rostro masculino que no solo recuerda, sino que también reconoce. El resto es muy difuso, pero parece que el rostro se contrae, como si hubiera recibido un golpe. Sarwani, en plena carrera, ve cómo el rostro se gira hacia el objeto verde militar que han colocado en el suelo; lo captura y lo almacena en las profundidades de su subconsciente.

Transcurre una fracción de segundo antes de que la muchedumbre se disperse y la mochila verde militar explote y arranque las extremidades de los cuerpos de las personas.

Sarwani se levanta tambaleándose de la cama, observa su imagen en el espejo que hay sobre el lavabo y se queda paralizado al ver las vendas teñidas de rojo por encima de la ropa del hospital. ¿Cuándo se ha convertido en este ente deforme?

Sin embargo, tiene algo importante almacenado en el interior. Mientras registra lo que, con toda seguridad, es una habitación de hospital, trata de grabar con más firmeza en su mente el transcurso de los acontecimientos. Graba a fuego el rostro masculino en su cerebro.

Empieza a percibir también el sonido; oye los gemidos mientras ve a

la gente dando vueltas en las otras camas. Encuentra algunas prendas de ropa tiradas de cualquier manera sobre una silla junto a su cama y se las pone sin estar seguro de que se trata de su propia ropa. No reconoce ninguna de las prendas.

No obstante, Shabir Sarwani recuerda una cosa: recuerda el rostro del sueño, recuerda la colisión entre la muchedumbre. Nunca podrá olvidarlo.

Espera haberse subido correctamente la bragueta antes de ponerse en marcha.

45

Tiene que librarse ahora mismo de esta sensación, la sensación de que es Frisell quien la interroga a ella, y no al contrario. Tiene que ir a su encuentro de modo que la conversación, contra todo pronóstico, pueda ser constructiva. A pesar de que está convencida de que se encuentra cara a cara con un asesino múltiple.

Aun así, se obliga a sí misma a cambiar de perspectiva. ¿Quién podría saber tanto sobre él, tener acceso a su ADN y, además, odiarlo tanto como para echarle las culpas y arruinar su vida?

—Vamos, Lukas. Tienes que tener alguna idea.

—No tiene por qué.

—Acabo de leerte la carta. Ya has oído el tono en el que está escrita. Refleja una pasión loca que deja entrever algo profundamente personal.

—A mí no me lo parece, la verdad. Puede que, simplemente, se hayan topado con mi historia y me hayan considerado un chivo expiatorio adecuado a sus planes. Es evidente que estamos ante criminales de la investigación: averiguan las cosas antes de actuar.

—Pero eso no significa…

—Por mucho que me devane los sesos, no encuentro a nadie en mi pasado que pueda albergar un odio tan personal hacia mí. No es posible, y tampoco creo que se trate de eso. Lo que creo es que alguien ha estado husmeando sobre mí de alguna manera y han pensado que sería una graciosa ironía tenderle una trampa a un exmadero. Han buscado en Google mis cartas al director y han tratado de imitar mi tono. Mi tono de entonces, el que Eva Nyman podría reconocer. Han encontrado expresiones como «las ruinas de la decadencia» y les han dado una importancia desmesurada.

—Franzén, ¿verdad?

Frisell se queda quieto y parpadea varias veces.

—Tú también eres una investigadora, Sonja Ryd. En efecto: Frans Michael Franzén, clérigo y poeta romántico finlandés suecoparlante. Encontré la expresión cuando era joven y empezaba a sentir repugnancia por la sociedad de «usar y tirar» de la época. Las ruinas de la decadencia son el presente inútil y destruido.

—¿Me estás diciendo en serio que las cartas son emocionalmente neutrales? Supongamos que se trata de algún tipo de grupo. ¿Por qué iban a aprovecharse de forma tan despiadada de una persona desconocida como tú? ¿Cuál sería su objetivo?

—El objetivo terrorista habitual: crear el caos, el terror, la incertidumbre. Hacer que la pasma vaya de un lado a otro como patos mareados buscando pistas falsas. Oler su propia mierda. Mientras tanto, el grupo terrorista puede seguir trabajando en paz. No están tratando de asesinar a personas manifiestamente culpables (se limitaron a empezar así para controlar los prejuicios de las masas), sino que, después del director de la compañía acerera, el publicista petrolífero y el centro de procesamiento de datos, han apuntado a los propios ciudadanos. El gran público, que es igual de culpable.

Ryd se da cuenta de que está considerando con reticencia las palabras de Frisell, pero, antes de que le dé tiempo a decir nada, él continúa hablando.

—Han encontrado mi ADN en alguna parte (igual que habéis hecho vosotros, seguramente) y lo han colocado en una de las bombas. Yo solo estoy aquí para enturbiar las aguas, pero no pinto nada en todo esto. No soy más que una maniobra de distracción. Y esta charla tampoco sirve para nada. En lugar de esto, ponme a trabajar.

—¿A trabajar?

Ryd se queda contemplándolo y se pregunta hasta qué punto la vida salvaje ha dejado tocado a Lukas Frisell. Cree extraer un doble mensaje. Se aclara la voz y dice:

—Voy a hablar con Nyman. Pero no hay duda de que tú, Lukas Frisell, ya no eres policía.

—¿Alguna vez se deja de serlo? —pregunta Frisell, mirándola a los ojos.

Ryd se da cuenta de que está sonriendo. ¿Se trata de otra maniobra

de despiste? ¿O realmente cree que va a poder regresar al cuerpo, a su edad?

Ryd trata de leer su mirada, pero Frisell permanece inmutable. Realmente parece como si este mentecato creyera que puede volver a hacerse policía ahora mismo.

—También podéis retirar a esos detectives inútiles que me siguen a todas partes —dice Frisell.

46

Eva Nyman observa la pizarra repleta de fotos. Considera que la selección de Odenplan que han colocado los esclavos de Anton Lindberg podría reducirse de forma considerable. En la pizarra solo debería haber imágenes concluyentes.

A medida que el horario de oficina habitual va llegando a su fin, su agenda de reuniones también se va reduciendo. Ha dejado de contar el número de reuniones sobre catástrofes a las que ha asistido a lo largo del día. Tampoco cuenta con volver a casa esta noche. Al fin y al cabo, en el piso de Frejgatan no hay nada que necesite con urgencia; lo que echa de menos no se encuentra allí.

Mira el móvil, que está vibrando, y constata que los técnicos forenses tampoco volverán a casa esta noche. El texto de la pantalla informa lacónicamente que la están llamando del Centro Forense Nacional. Antes de que le dé tiempo a contestar, una exhausta voz de hombre dice casi sin aliento:

—Es posible que tengamos algo.

—¿Del bosque de Uppland o de Odenplan? —pregunta Nyman.

—Ni uno ni otro. Casi nos hemos visto obligados a dejar el bosque porque no tenemos gente suficiente para hacernos cargo de eso de forma paralela al trauma nacional.

—Entonces, ¿de dónde?

—Si estoy leyendo bien la pantalla, lo tenéis vosotros.

—Vale —dice Nyman y se retira a un lado de la ajetreada oficina panorámica—. Empieza desde el principio porque no entiendo nada.

Al otro lado del teléfono se oye un suspiro audible y falto de motivación. La voz de hombre habla como si se estuviera dirigiendo a un niño.

—El Bombardero Terrorista ha utilizado una carga primaria que se compone, principalmente, de ácido pícrico, así como una carga

secundaria que recuerda a la utilizada por Anders Breivik, el asesino en masa en Noruega: diazodinitrofenol, también conocido como DDNP.

—Sí, eso ya se sabe desde hace tiempo —contesta Nyman, poniendo su voz más amarga.

—Lo que no se sabe es que el Centro Forense Nacional ha establecido una alarma para ambas sustancias, en caso de que la policía se tope con ellas en algún lugar del país.

—¿Y ahora ha sonado la alarma? —pregunta Nyman.

—Parece ser que la policía de Järva efectuó recientemente una redada contra un cargamento de contrabando de viejas armas de fuego comunes procedentes de los Balcanes… Pero en la furgoneta también se encontraron rastros de ácido pícrico, lo que podría considerarse una carga no habitual en este tipo de contrabando.

—Hmm. ¿La redada implica que hay sospechosos?

—Por lo menos uno —responde el técnico forense—. El conductor. Un hombre vinculado a una red criminal en Hjulsta ha sido detenido. Lo tenéis en Kronoberg en prisión preventiva. Parece ser que en Järva están al completo.

Eva Nyman le da las gracias y finaliza la conversación. Mientras va arrastrándose lentamente hacia el centro de la oficina panorámica, llama a la prisión de Kronoberg. Antes de llegar hasta Anton Lindberg, ya ha terminado de hablar. Lleva a Lindberg a un lado y le muestra un bien conocido retrato policial en el móvil, que él observa detenidamente.

—Un hombre que, según el personal de la prisión, podría coincidir con este retrato, está en prisión preventiva en Kronoberg —explica Nyman—. Conducía un vehículo de contrabando hacia el polígono de Hjulsta cuando nuestros colegas lo arrestaron. En el vehículo encontraron restos de ácido pícrico.

—Voy allí ahora mismo —dice Lindberg, ardiendo de impaciencia.

Nyman lo detiene y sacude la cabeza.

—Ha solicitado un conocido abogado especialista en bandas criminales al que no podemos localizar esta noche. Tendremos que realizar el interrogatorio mañana a primera hora, así que ya puedes

prepararte a fondo. Pero oye, Anton, tienes que relajarte. No tengo muy claro que deba asignarte esta tarea. Controla tus impulsos.

Lindberg se detiene a regañadientes y la mira a los ojos, pero asiente con la cabeza antes de volver con sus esclavos.

Cuando Nyman regresa a su sitio, se ve interrumpida por cierto revuelo en la parte exterior de las puertas batientes medio abiertas que dan al pasillo. Una de las puertas se detiene y en la rendija aparece una figura cubierta de vendas en mitad de una conversación. Entonces, la momia entra en la oficina panorámica.

La puerta queda entreabierta. Sonja Ryd, que la está sujetando, mira a Lukas Frisell y dice con un cuchicheo:

—Querías ver la oficina panorámica. Ya la has visto, pero no pienso dejarte entrar.

—¿Aunque tu compañero gravemente herido puede entrar cojeando?

—Él no es sospechoso de nada. Además, no parece que sea fácil impedírselo.

Eva Nyman acude al encuentro de Sarwani. Se nota que no puede moverse en condiciones como siempre y lleva la ropa algo torcida.

Ankan y Anton Lindberg se unen a ellos.

—Shabir, no es momento para...

—Tengo un testigo —interrumpe Sarwani con una voz inesperadamente firme.

—¿Lo llevas de vuelta a Sabbatsberg? —le pregunta Nyman a Ankan.

Ella asiente con la cabeza y coge a Sarwani del brazo.

—Vi a un hombre que vio al perpetrador —continúa Sarwani haciendo caso omiso de la mano de Ankan—. Lo he visto anteriormente, aunque no sé si en persona o en una foto. Ese hombre sabe quién colocó la bomba en Odenplan. Se chocó con él.

Nyman le hace un gesto a Ankan y esta suelta el brazo de Sarwani.

—Hay montones de testigos de Odenplan —dice Ankan—. Anton y su grupo se encargarán de ellos uno a uno.

—Eso es muchísimo material —confirma Lindberg—. Tu testigo bien podría estar aquí, Shabir.

Para su sorpresa, Sarwani sacude la cabeza.

—Lo he visto antes. No recuerdo quién es, pero, definitivamente, no es el tipo de persona que hable con la pasma ni que declare como testigo. No, lo que necesito es todo el material de vídeo posible de la gente de Odenplan: vídeos de la policía, de TikTok y otras redes sociales, vídeos grabados con el móvil o de las noticias. Vídeos en los que aparezca gente, vamos.

—Me encargaré de que mis esclavos te faciliten todo el material que tengan —dice Lindberg—. Pero, hablando en serio, ¿cómo te encuentras?

—Me encuentro bien —afirma Sarwani, tirando con demasiada fuerza de la venda de la cara—. También tengo que revisar todas las fotografías posibles de delincuentes. En plan tipos de unos cuarenta años del sur y el sureste de Europa, puede que de los Balcanes.

—Te enviaré por correo varios catálogos de criminales que se ajustan a la descripción —le asegura Nyman antes de regresar a su puesto.

Desde el otro lado de las puertas batientes, Sonja Ryd observa a Ankan y a Lindberg mientras conducen a Sarwani hacia el pequeño equipo de Lindberg y lo sientan en una silla vacía. El silencio que se ha adueñado de la oficina panorámica da paso a un murmullo que va aumentando de volumen hasta recuperar los niveles de ruido habituales.

Ryd se vuelve hacia Frisell. Es evidente que el barullo de la oficina panorámica ha conseguido llegar a esa mente de otro calibre del survivalista falto de práctica social. Agarra a Sonja Ryd del brazo con una palidez tan auténtica que es imposible de fingir.

—Esto es demasiado para mí. Necesito estar solo.

Sonja Ryd asiente con la cabeza y lo observa mientras él se dirige tambaleante a la salida. Al menos, va en la dirección correcta.

En el momento en que suelta la puerta batiente y entra en la oficina panorámica, Ryd ve a Shabir Sarwani caer aparatosamente de la silla.

47

Lukas Frisell termina la conversación en su nuevo teléfono de prepago, eso que llaman móvil desechable, y vuelve al cuarto de baño. Se agarra a la rejilla que está sobre el lavabo y sube al borde de la bañera. Entonces, mete la mano con el teléfono en las profundidades del orificio de ventilación, vuelve a fijar el teléfono fuera de la vista con cinta adhesiva y coloca de nuevo la rejilla en el orificio.

Sabe que lo están vigilando, por lo que no puede descartar un posible registro de la vivienda.

Mira el patio asfaltado por la ventana y siente como la claustrofobia se apodera de él. El pequeño apartamento policial en Agnegatan casi le resulta más angustioso que una celda. Es una señal de libertad, pero le causa sensación de opresión y siente que las paredes se le caen encima; necesita salir a la calle, a pesar de que no le guste la ciudad. Y a pesar de los vigilantes que casi seguro siguen allí.

Le han dado ropa nueva, artículos de higiene y toallas. Al principio, apenas recordaba cómo abrir el grifo de la ducha, pero ahora está limpio y fresco y observa con nostalgia la pila de ropa sucia del bosque. Al bajar la escalera, la ropa recién estrenada se le pega al cuerpo recién duchado como una mortaja.

Necesita salir con urgencia.

A juzgar por el hedor y el bullicio de la pequeña callejuela, sabe de inmediato de qué tipo de noche se trata: es la segunda quincena de mayo, una época maravillosa en el bosque. Los colores cambiantes se han estabilizado, los pajarillos han crecido, los ojos de los animales reflejan una agudeza menos desesperada, empiezan a aparecer las plantas salvajes comestibles (pie de cabra, hierba callera, aliaria, bolsa de pastor), las abejas y otros polinizadores fecundan el bosque y los aromas han dejado atrás la etapa de decadencia y ahora pululan a su antojo. Fue justo en esta época del año cuando Lukas Frisell empezó

en serio a dormir a la intemperie.

No hay nada mejor que dormir al aire libre.

Sale a Fleminggatan; el tráfico retumba, aunque son más de las ocho. Ve cómo el cielo se ensancha en cierto punto entre las fachadas y se dirige hacia allí. Huye hacia la abertura en el cielo. Al fin y al cabo, esa es la ventaja de Estocolmo: el agua, los puentes, el hecho de que siempre haya cierto espacio al otro lado de la esquina.

Se queda un rato en el puente Barnhusbron. Dirige una mirada desinteresada hacia el pilar del puente que acaba de dejar y ve un par de candidatos a detectives, pero no les presta atención. Este paseo vespertino no tiene ningún propósito directo; no necesita llegar a ninguna parte, solo salir al exterior.

Contempla el canal de Klara Sjö y el ayuntamiento un poco más allá. El sol aún no tiene la intención de ponerse hasta dentro de una hora larga. Es una tarde despejada en la que la ciudad parece un poco más luminosa de lo habitual.

Gira para subir por Dalagatan, pasa la escuela de música Adolf Fredrik, el hospital de Sabbatsberg y la agencia de publicidad A Dos Velas junto a Vasaparken que voló por los aires, hasta llegar hasta los cordones policiales que aún rodean Odenplan. Algún que otro equipo de periodistas sigue merodeando junto al cordón policial. Una gran carpa blanca complementa la fachada blanca de la iglesia de Gustav Vasa, al igual que los técnicos forenses envueltos en blanco que entran y salen de la carpa. Frisell se pregunta por un instante si alguno de ellos habrá estado husmeando últimamente por su bosque, en su vida.

Hay una presencia policial bastante grande. Siente cómo el localizador le roza el tobillo y el estómago le ruge de hambre. Si se encontrara en el bosque, sacaría un trozo de carne ahumada, freiría algunas setas deshidratadas de las reservas del otoño, herviría agua de la laguna para el café y, si el sol luciera de esta manera, quizá incluso sacaría una lata de cerveza del escondrijo que parece que aún no han encontrado.

Recuerda una taberna cerca de Odenplan que, por algún motivo extraño, le gustaba, pero no logra recordar la dirección. Guiándose por su instinto, avanza serpenteando por las calles secundarias y no para

de toparse con jóvenes en bicicleta y ciclomotores con grandes cajas de colores en el transportín hasta que, al fin, encuentra el bar que estaba buscando.

No cabe duda de que era aquí, pero no es el mismo antro en absoluto. Su antiguo bar modesto ha sufrido una transformación total y ahora parece un centro juvenil. Tras ser amonestado por un chaval de diecinueve años en su intento por pedir comida en la barra, consigue localizar una esquina vacía al fondo que está casi tan oscura como en su época. Logra pedir una cerveza y lo único que reconoce del menú, un *pulled pork* correoso.

Es un tipo de carne industrial que, por algún extraño motivo, han desgarrado en hebras a lo largo de las fibras musculares. Sin embargo, aunque se muere de ganas por comer carne salvaje de verdad, el ambiente en el bar le resulta bastante placentero, como si una huella del pasado hubiera conseguido perdurar entre las propias fibras de la taberna. Aunque después las hayan desgarrado.

Cuando llega el momento de pagar, se siente realmente bien. Entonces, se produce el choque en dos claros pasos. Cuando recibe la cuenta, siente cómo se vuelve pálido. Cuando consigue sacar el viejo fajo de billetes para pagar, el camarero suelta un fuerte suspiro.

—Este es un gastrobar sin efectivo.

Sonja Ryd se ha pasado recientemente al vino de tetrabrik en su pequeño estudio de Hornsgatan. No solo es más barato, sino que la cantidad que una bebe no resulta tan evidente.

Justo cuando está rellenando la copa de vino tinto, suena el teléfono. Se lleva tal sobresalto que el vino salpica el tablero de la mesa blanca de Ikea.

El teléfono no debería sonar: Eva Nyman le ha dado la tarde libre a condición de que llevara a Sarwani de vuelta al hospital.

A pesar del recelo del camarero, Frisell consigue pedir otra cerveza mientras espera. Por raro que parezca, le sabe aún más rica que la anterior. Se encoge un poco en la silla y ve la taberna transformarse a su alrededor. Mientras se deja envolver por el ambiente familiar de antaño, recuerda por qué ha venido hasta aquí: este era el bar favorito

de su mujer. Nina bebía como probablemente no debería beber una bailarina de ballet. Ahora está aquí, sentada en la silla de al lado; lo rodea con el brazo y deja que sus rostros se acerquen. Sus labios se abren lentamente y Frisell oye una voz de mujer muy diferente que dice:

—Aquí huele a etanol.

Sonja Ryd se sienta en la silla de al lado; observa cómo le llenan la copa de vino y la levanta hacia su jarra de cerveza. El choque de los dos vasos crea un tintineo atonal, como si pertenecieran a dos mundos distintos.

—¿En serio no sabes lo que es un bar sin efectivo? —pregunta y se seca unas gotas de vino tinto de la comisura de los labios.

—Ahora ya lo sé —murmura Frisell—. Gracias por venir.

—Al fin y al cabo, soy tu niñera —dice ella con una sonrisa adusta.

—¿No me irás a decir que también se puede pagar con el puto móvil?

Por primera vez, se ríen un poco juntos, aunque de forma muy breve. Después, se quedan en silencio durante un rato.

—¿Me habéis quitado al espía? —pregunta Frisell.

—¿No lo viste de camino hacia aquí?

—No me molesté en mirar.

—Supongo que entiendes que no puedo responder a esa pregunta —dice Ryd—. En cambio, yo tengo una pregunta que no procede hacer en la comisaría y mucho menos en la sala de interrogatorios.

—¿Pero sí en una taberna?

—Creo que ahora se llama gastrobar.

Frisell sonríe. Ryd también sonríe.

—Dispara —dice él.

Ryd se aclara la garganta, frunce el ceño y le da un trago a la copa de vino.

—¿Qué tipo de relación teníais Eva Nyman y tú en realidad?

Frisell se echa un poco hacia atrás, asiente con la cabeza y se queda ensimismado.

—Creo que… —dice, mirando hacia la pared.

Ryd tiene que hacer esfuerzos por recordarse a sí misma que ya no

están en la sala de interrogatorios. Da otro pequeño trago, con moderación.

—Yo creo —continúa Frisell— que estaba un poco enamorada de mí.

—¿Enamorada? ¿De ti?

—No suena muy creíble, ¿verdad? Y menos con estos pelos.

Ryd trata de no reír.

—¿No puedes coger una maquinilla de afeitar y raparte del todo?

Frisell la observa, divertido.

—Creo que Eva Nyman era una romántica, Sonja, y creo que lo sigue siendo.

—Pero ¿qué tipo de relación teníais exactamente?

—No pasó nada en realidad. Yo estaba enamorado de Nina, pero nos fuimos distanciando. Puede que Eva se diera cuenta. Quizá ella esperaba que sucediera algo entre nosotros, pero no lo sé.

—¿Puede decirse que teníais una relación laboral tensa?

—La verdad es que no. Entre nosotros la cosa siempre estaba tranquila. Eva Nyman era increíblemente... leal.

—¿Hasta que sucedió la catástrofe?

—Sí. Entonces, todo se desmoronó como un castillo de naipes.

—¿Te echaron del cuerpo, Lukas?

Él sacude lentamente la cabeza.

—No, fui yo el que se marchó, antes de que la cosa llegara a más. Nina me acababa de dejar, así que me venía muy bien un nuevo comienzo.

—¿Para tener la oportunidad de volver? ¿En serio?

—Si lo pensé, fue de forma inconsciente, pero la idea fue afianzándose cuando estaba en el bosque. Es una puerta que no he cerrado. Al fin y al cabo, mi época más feliz fue como policía; fueron los mejores años de mi vida. Me quedan al menos diez buenos años por delante. Puedo vivir cerca de la naturaleza y venir a la ciudad en tren. Sería algo factible, lo mejor de los dos mundos.

—La profesión ha cambiado muchísimo desde tu época —dice Ryd y le hace señas al camarero.

—Aprendo rápido —dice Frisell mientras el joven camarero se

acerca a regañadientes.

—¿Quieres otra? —pregunta Ryd, se gira hacia el camarero y señala significativamente su copa.

Frisell la mira fijamente antes de responder.

—La última.

48

Hace una mañana magnífica. Lukas Frisell recorre con la mirada el extenso y bien cuidado jardín y siente como si se estuviera viendo a sí mismo.

La naturaleza domesticada.

La puerta del chalé se abre y la cara de Nina Strömblad pierde su color. Mira en varias direcciones antes de fijar la mirada en Frisell; entonces, su gélida sonrisa se relaja ligeramente.

—Tienes que hacer algo con ese pelo —dice.

—Solo quiero hablar contigo —dice Frisell.

Ahora la sonrisa se ensancha.

—Así que «solo quieres hablar conmigo», ¿eh? Espero que no estés hablando en serio.

En ese momento, repara en los dos policías uniformados que hay detrás de Frisell. Los dos hombres, tan serios como armados, le hacen un gesto con la cabeza.

—Me han concedido un permiso especial para visitarte —dice—, pero no puedo acercarme demasiado.

—Menos de dos metros e interrumpimos la visita de inmediato —dice uno de los policías, un hombre musculoso con un amplio bigote rojo.

—Más o menos como en las películas carcelarias americanas —sonríe Frisell.

Con dos metros cargados de tensión entre ellos, Nina Strömblad abre el camino por la casa hacia la terraza. Se dejan caer en las mismas sillas en las que se sentó con Sonja Ryd no muchos días atrás. Los agentes de policía se sitúan de forma estratégica, listos para intervenir.

—Así que estás... ¿qué, Lukas? ¿Bajo sospecha, detenido, arrestado?

—Creo que un poco de todo —dice Frisell y se levanta un poco la

pernera del pantalón.

Nina se queda mirando la tobillera negra de localización.

—¿Se puede saber qué has hecho?

—Nada.

Ella vuelve a quedarse pálida mientras piensa en su conversación telefónica con Sonja Ryd. ¿Por qué Ryd no mencionó que habían detenido a Frisell?

—¿Odenplan? —pregunta—. El ataque terrorista. Por Dios, Lukas. ¿Es que el bosque te ha vuelto peligroso? ¿Debería tenerte miedo?

—He venido para pedirte perdón. Nada más.

—¿Perdón por qué? ¿Por haber hecho volar por los aires a un montón de gente?

Frisell se queda inmóvil. La mira, sin poder encontrar las palabras.

—Por todo —dice al fin.

Nina sacude la cabeza.

—No, Lukas. No trates de hacerme creer que te encuentras en algún tipo de peregrinación penitencial. No has cambiado tanto. ¿Quieres algo en especial? ¿Tengo yo algo que tú quieras tener?

Lukas parpadea con fuerza un par de veces.

—Tú siempre me has comprendido mejor que nadie, Nina —dice por toda respuesta.

—¿Y qué tengo yo que tú quieras tener, Lukas?

—Creía que solo quería comprobar que estabas bien. Ahora me doy cuenta de que quiero algo más, pero no tengo ni idea de qué se trata.

—Igual podemos averiguarlo —sonríe Nina—. En cualquier caso, estoy bien, como supongo que puedes ver en parte. No tengo pareja ni marido, si es lo que quieres saber. Eso no significa que viva en el celibato, pero he dejado atrás esa fase de mi vida. La estrictamente heterosexual, quiero decir.

Lukas mira hacia el gran manto de césped en el exterior. La sombra de una nube insignificante se desliza lentamente sobre el verdor de la hierba.

—Ayer estuve en tu taberna favorita —dice Lukas.

—¿En Odenplan? —exclama Nina—. ¿Regresaste al lugar del crimen?

—En absoluto. Solo tenía curiosidad.

—Hace veinte años que no voy a esa taberna. ¿Sigue existiendo?

—Quince. Y ahora es un «gastrobar» —corrige él, enfatizando la palabra.

—No me digas que te has convertido en un viejo gruñón, Lukas.

Él ríe un poco. Ella también. Los dos metros que los separan parecen un abismo.

—¿En serio has estado viviendo en el bosque? —pregunta Nina al fin.

—Lo he intentado —asiente Lukas.

—Desarrolla esa respuesta.

Lukas suelta un bufido.

—Durante ocho años, me fui acercando cada vez más a la naturaleza. Aprendí a vivir en armonía con ella, traté de evitar la huella climática...

—Y, entonces, llegaron y te detuvieron en mitad del bosque.

—Y tú sabes cómo, ¿no es verdad?

La expresión de Nina cambia: ahora refleja cierta circunspección. La rápida mirada que les dirige a los agentes de policía lo dice todo y despierta su atención.

—He hablado a tus compañeros de cuando estábamos juntos —dice, algo tensa—. Edward Rasmusson, Aron Rudolfsson, Kalle Råman, Lelle Bergis. Tus colegas varones a los que nunca llegué a conocer.

Frisell hace un gesto de disculpa.

—Perdón —dice—. No pretendía acusarte de nada. Solo estoy tratando de hacerme una idea general.

—¿Puede saberse para qué quieres una idea general? Ya no eres policía.

Él vuelve a sonreír, un corto relámpago sobre un rostro ahora preocupado.

—Ahora que lo pienso, quizá sea eso lo que quiero de ti: una imagen lo más completa posible. ¿Recuerdas si alguna vez he mencionado que alguien que me odiase? ¿O algo que hayas oído en alguna ocasión, de alguien que pueda desearme lo peor?

—No eres policía, Lukas.

—Pero puedo tener la tobillera de localización si los ayudo. De lo contrario, tendré que permanecer en prisión preventiva.

Nina se echa hacia atrás.

—Si hubo algún indicio de amenaza en alguno de los delincuentes a los que atrapaste, a mí no me contaste nada.

—No me refiero a mi vida policial, sino a otras personas.

—Te estás aferrando a un clavo ardiendo, Lukas. No nos queda más remedio que reconocer que no estábamos tan unidos como para que yo pueda saber algo.

Frisell parece quedarse sin fuerzas. Se quedan allí sentados. Separados.

Entonces, a Nina se le iluminan los ojos.

—Lo cierto es que hubo algo —dice—. Pero fue hace un tiempo, cuando estaba en trámites de divorcio con Strömblad. Una mujer llamó preguntando por ti. Me dio la impresión de que era una acosadora.

—Hmm. ¿Y qué quería?

—Contactar contigo. Dijo que estabais juntos, aunque sonaba falso.

—¿Sabes quién era?

—No recuerdo su nombre. ¿No deberías saberlo tú, Lukas? ¿Tantas hubo después de mí?

Frisell hace una mueca y Nina se queda mirándolo.

—Has tenido que pasarlas canutas ahí arriba en Uppsala, ¿eh?

Como un relámpago, Lukas ve a Sonja Ryd en la sala de interrogatorios y le resulta difícil concentrarse. Pero, entonces, Nina Strömblad dice:

—Ahora recuerdo cómo se llamaba. Era un nombre muy extraño.

—¿Sí?

—Rosetta.

Frisell suspira profundamente y asiente con la cabeza.

—Rosetta, sí, la recuerdo vagamente. Se acabó quitando la vida; tenía muchos problemas.

Nina lo observa con detenimiento antes de responder.

—Espero que ahora seas más considerado, Lukas.

La distancia entre ellos nunca es inferior a dos metros.

49

Se reúnen en un cuartucho de la limpieza, justo en el exterior de la sección del NOA de la comisaría. Sin pronunciar una palabra, el vigoroso hombre con cazadora vaquera y un amplio bigote rojo saca una memoria USB. Sonja Ryd lo coge y asiente con la cabeza.

—Gracias, Olle. ¿A qué viene la ropa de civil?

—Confrontación de testigos —responde el hombre con una mueca y mira el reloj—. Voy a representar a un camello venido a menos. Eso sí puedo hacerlo, Sonja, pero esto no; no soy yo.

Ryd se limita a asentir con la cabeza.

—Ha sido la última vez —asegura—. ¿Qué tal ha ido?

—Júzgalo tú misma. Toda la conversación está ahí —responde señalando el palo USB—. Ahora tengo que irme.

Olle pasa por su lado para marcharse. Ryd espera unos minutos antes de salir del cuarto de la limpieza, entra en el modesto rincón del NOA en la comisaría y, para evitar atravesar las puertas batientes que dan a la oficina panorámica, continúa por el pasillo hacia la sala de espera.

El grupo Nova original está allí reunido; todos los refuerzos se encuentran en la oficina panorámica. Sarwani también ha hecho acto de presencia, sin vendas, pero con un montón de tiritas en la cara. Ryd se sienta cerca de él e intercambian una breve sonrisa. El USB le arde en el bolsillo; está deseando escuchar su contenido. Por otra parte, el mensaje de texto de Eva Nyman le despertó un interés similar. No le resultó fácil hacer hueco para la reunión en el cuarto de la limpieza con Olle, su antiguo compañero de clase.

En ese momento, Eva Nyman entra con resolución en la sala de espera. Las miradas del grupo Nova la siguen a medida que se dirige hacia el estrado, conecta el ordenador y pone en marcha el proyector.

Un trozo de papel de máquina de escribir lleno de garabatos se

proyecta en la pared.

> … Porque el sol no va a apagarse. Se irá haciendo cada vez más grande; crecerá hasta convertirse en un gigante que engullirá Mercurio, Venus, Marte, que engullirá la Tierra. Sin embargo, cuando esto suceda, la Tierra ya estará desierta. Y vosotros seréis los responsables, pues sois vosotros quienes tenéis ahora la oportunidad de cambiar. Vuestra culpa quedará grabada en el universo para siempre, los idiotas que exterminaron su propio planeta. El universo está justo en sus inicios; dentro de miles de millones de años, criaturas avanzadas os recordarán como ejemplo disuasorio. Tras los sucesos de los que la morada blanca de Dios ha sido testigo, ha llegado el momento de abrir la puerta de la fortaleza y pulverizar trozos de microplástico sobre los apáticos. La mayor de todas las traiciones será recordada cuando el gigante rojo se encoja hasta quedar reducido al enano blanco en el que todos estaremos confinados, todas nuestras pérfidas acciones, toda la historia tal como la conocemos comprimida al mínimo. Porque el sol no va a apagarse…

Eva Nyman toma la palabra.

—Se puede ver a simple vista que está escrito con la misma máquina de escribir que las dos anteriores. Mirad las letras p y b. Y la carta está dirigida personalmente a mí del mismo modo primitivo que las otras. ¿Alguna reflexión espontánea?

—Contiene un acertijo —dice Ankan—. Hace una referencia directa a nuestra predilecta «morada blanca de Dios».

—«Ha llegado el momento de abrir la puerta de la fortaleza y pulverizar trozos de microplástico sobre los apáticos» —dice Anton Lindberg, señalando hacia la pared—. Esto no tiene ningún sentido.

—Antes de echarnos a la calle, ¿tenéis algo que decir sobre todo lo demás? —pregunta Nyman.

—La perspectiva es mucho más cósmica —opina Sarwani—. Ahora hay gigantes rojos y enanos blancos y seres avanzados que se escandalizarán al ver nuestros vestigios dentro de miles de millones de años.

—¿Y de qué nos sirve eso en este momento?

—Nos indica que la red del Bombardero Terrorista se expande como el propio universo —responde Sarwani—. Que no va a parar nunca.

—Vamos a la calle entonces. ¿Cuál es la fortaleza cuya puerta se abrirá y cuáles son los trozos de microplástico que se pulverizarán

sobre qué apáticos?

El silencio que se cierne sobre la sala de espera tiene la densidad de un enano blanco.

—Vamos —continúa Nyman—. Disparad vuestras hipótesis más disparatadas.

—Por supuesto, no se trata de ninguna fortaleza —dice Ryd—, pero es probable que sí se refiera a auténticos microplásticos, una de las mayores plagas de nuestro tiempo. Todas las personas empiezan a estar compuestas de plástico cada vez en mayor medida. Digamos que es algo notable.

—¿Empresas de plástico? —propone Nyman—. Pero ¿los microplásticos se fabrican? ¿No se producen cuando la naturaleza machaca lentamente el plástico común?

—O cuando se hace explotar —propone Ankan—. ¿Plástico que explota? ¿Algo grande hecho de plástico que pueda explotar?

—¿No existen nuevos materiales de construcción hechos de plástico? —pregunta Lindberg—. Además del plexiglás, como en las pistas de hockey.

—En realidad, sí se fabrican microplásticos —dice Sarwani sin dejar de indagar en el móvil—. En material de limpieza y también como aditivo en cosmética. Al parecer, también se usan en campos de césped artificial, no me preguntéis cómo.

—Vamos, tanto en fútbol como en hockey sobre hielo —murmura Ryd—. Nuestro Bombardero Terrorista cada vez es más popular.

Sarwani sigue leyendo.

—Sin embargo, la mayor parte de los microplásticos del mundo proceden de objetos de plástico y caucho que han sido descompuestos en partículas más pequeñas. Los mayores culpables son el desgaste de las carreteras, los neumáticos y los textiles sintéticos, como camisas de nylon, jerséis acrílicos o chaquetas de forro polar.

—Pero ¿cuándo enviaron esta carta? —pregunta Ryd—. ¿Fue cuando Frisell todavía estaba aquí detenido?

Nyman hojea sus papeles.

—El código de barras del sobre indica la fecha y el destino de la carta. Esta carta fue sellada un día antes de que Lukas Frisell fuera

detenido en los bosques de Uppland. Es decir, que no lo absuelve de nada. Pero también es posible comprobar desde cuál de las nueve terminales de correo del país se ha enviado la carta: por ejemplo, en los casos anteriores fue desde Rosersberg. Sin embargo, no se puede saber dónde se ha pagado el franqueo.

—Uppland —constata Ryd.

—Pero no tenemos nada más concreto, por desgracia —dice Nyman—. La carta puede sonar a fanatismo y parecer una completa locura, pero la han escrito y enviado de tal forma que no puedan ser identificados. No hay huellas dactilares ni restos de ADN, por supuesto, pero tampoco tenemos ningún dato específico sobre el lugar desde el que se ha enviado. Y nada en absoluto en relación con el papel y el sobre. Así que debemos centrarnos en los microplásticos rosas. ¿Por qué rosas?

—¿Qué empresa sueca fabrica plástico rosa? —pregunta Ankan.

—Podemos empezar por ahí —dice Eva Nyman—. Por ridículo que pueda parecer todo esto, tenemos que partir de dos premisas principales: la primera es que la red del Bombardero Terrorista está en plena operación de crecimiento; la segunda es que da la impresión de que ahora tiene una prisa tremenda.

50

Casi todas las salas de interrogatorios están ocupadas. Anton Lindberg debe conformarse con la más pequeña, un angosto cuchitril en el que apenas caben las tres personas que tienen que estar presentes. Tampoco le da mayor importancia, ya que no tiene la intención de pasar allí mucho tiempo.

Se detiene en la puerta y repasa mentalmente la información. Al otro lado se encuentran los representantes de dos de las clases de personas que más le desagradan: un criminal pandillero y un abogado especialista en bandas criminales. Se recuerda a sí mismo que debe mantener la tranquilidad a toda costa. Se dedica a respirar lentamente por la nariz durante un minuto.

Entonces, entra en la sala. Sentados al otro lado de la mesa hay un abogado bien vestido y un tipo arrogante y más bien estirado de treinta y cinco años con pelo negro, piel olivácea y ropa de prisión que le queda holgada. Lindberg los saluda con un breve gesto de cabeza, se acomoda, repasa las cuestiones rutinarias de los interrogatorios y presenta la situación.

—Usted, Elias Shariq, fue arrestado en flagrante delito cuando introducía un cargamento de contrabando con armas de fuego y munición procedente de los Balcanes en uno de los almacenes en las afueras de Hjulsta que se encontraba bajo vigilancia de la policía local. Lo extraordinario no eran las armas, que son el pan de cada día, sino que en la furgoneta se encontraron restos de ácido pícrico. No eran más que huellas, como si hubiera descargado el resto del ácido pícrico de camino a Hjulsta. Esta sustancia se ha utilizado en no menos de cuatro bombas que, en diferentes ocasiones durante las últimas semanas, han explotado en atentados terroristas en Estocolmo y alrededores en los que ha habido al menos diez fallecidos.

—Mi cliente no entiende qué tiene que ver con todo esto —dice

apáticamente el abogado especialista en bandas criminales.

—Es muy sencillo. Fue usted, Elias Shariq, quien introdujo el vehículo en el almacén a las afueras de Hjulsta. Probablemente lo trajeran a través de Europa, usted acudió a su encuentro en algún lugar fuera de la ciudad y viajó hacia un lugar desconocido para descargar el ácido pícrico antes de llevar el resto del arsenal al almacén de la banda. ¿Dónde descargó la sustancia?

Lindberg hace caso omiso de las protestas rutinarias del abogado, que resuenan mientras Elias Shariq mira fijamente a Anton Lindberg. Este le devuelve la mirada y con total tranquilidad, casi con calma, continúa exponiendo los datos.

—Justo antes de venir, comprobé el registro de la prisión. Es un hecho que aquí, en la prisión preventiva de Kronoberg, hay un hombre que quizá pueda ayudarnos. Se llama Hassan y es uno de los personajes que se hacen llamar la pandilla de Hjulsta. Si he leído bien, se trata ni más ni menos que del líder de dicha pandilla.

Lindberg no retira la mirada; observa cambios en la hasta ahora impasible expresión facial de Shariq. Para su sorpresa, el abogado permanece en silencio.

—Es una curiosa coincidencia que también usted, Elias, esté vinculado a la pandilla de Hjulsta, aunque parece tener demasiada edad y experiencia para ser un soldado raso de la banda. Cuenta con un extenso registro de antecedentes penales que da a entender que ha participado en la creación de la organización de narcotráfico local: delitos de violencia, delitos de narcóticos, chantaje, blanqueo de dinero.

—Mi cliente ya ha cumplido sentencia por todos esos delitos —dice el abogado—. Todo el mundo tiene derecho a una nueva oportunidad cuando...

—En resumen —interrumpe Lindberg sin mirar al abogado—, no debería haber estado al volante de ese vehículo, Elias.

Ambos siguen mirándose con ojos firmes y escrutadores. Elias Shariq parece estar buscando algo en los ojos de Anton Lindberg.

—Naturalmente, se hizo cargo del transporte porque el destinatario del ácido pícrico no era la pandilla de Hjulsta, ¿no es así, Elias? Se

deshizo de ella por el camino, en alguna parte. ¿Tiene su propia actividad paralela? Es muy posible que se haya aprovechado e incluso haya engañado a la pandilla de Hjulsta, ¿verdad?

Lindberg se pone en pie de forma expresiva y recoge sus papeles.

—Le diré lo que voy a hacer —dice—. Parece ser que hoy Hassan está ocupado con un juicio de narcóticos, pero esta tarde iré a comprobar cómo fue en realidad este tema del transporte.

Va hacia la puerta; antes de salir, se vuelve y le dirige una sonrisa angelical.

—¿No le parece un buen plan, Elias?

51

Finalmente, Sonja Ryd encuentra la oportunidad de enchufar el USB al ordenador. Dispone de un cuarto de hora antes de su encuentro con Lukas Frisell en la sala de reuniones, rodeados de vigilantes armados, bollos de canela y el botón de alarma. Está sentada sola en una esquina de la oficina panorámica con los auriculares puestos y en sus oídos resuena la voz de Nina Strömblad: «Por Dios, Lukas. ¿Es que el bosque te ha vuelto peligroso? ¿Debería tenerte miedo?». Y también: «No trates de hacerme creer que te encuentras en algún tipo de peregrinación penitencial». Después, oye lo siguiente: «Y, entonces, llegaron y te detuvieron en mitad del bosque», seguido de la réplica de Frisell: «Y tú sabes cómo, ¿no es verdad?». Un poco más adelante, oye también: «Has tenido que pasarlas canutas ahí arriba en Uppsala, ¿eh?».

Mientras termina de escuchar la conversación, un recuerdo va lentamente cobrando forma en su interior. Uppsala. Ultuna. La Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia.

En los auriculares resuena la voz de Frisell: «Rosetta, sí, la recuerdo vagamente. Se acabó quitando la vida; tenía muchos problemas». Antes de que se haga el silencio, Ryd oye también: «Espero que ahora seas más considerado, Lukas».

Quizá la época de Frisell en la Universidad de Ciencias Agrícolas esconda mucho más de lo que Ryd había pensado en un principio. Pero, al menos, ahora el recuerdo está en su sitio. ¿Cómo se llamaba la cuenta esa de Facebook en la que aparecía Frisell en una foto? ¿No era algo gracioso? Exacto: «La Comuna de Ultuna».

Entra en la página, a la que ya le había echado antes un vistazo apresurado. Frisell aparece en algunas fotos en un auditorio bastante grande. Eso le hace recordarse a sí misma que debería contactar con la universidad para preguntar por las conferencias abiertas de Lukas

Frisell sobre supervivencia y preparación para situaciones de crisis de las que había hablado Leif Stierna. La última vez no había obtenido respuesta, por lo que envía un rápido pero algo amenazador mensaje recordatorio. Esos mensajes suelen surtir efecto.

Por lo demás, «La Comuna de Ultuna» es una especie de diario de estudiantes a lo largo de tres años en plena década de 2010. Parece que la cuenta estaba gestionada por un solo estudiante; Ryd se desplaza febrilmente por la página en busca del nombre, hasta que, al fin, lo encuentra: era una alumna de la carrera de Arquitectura del Paisaje llamada Jonna Carlgren quien llevaba la página. Una búsqueda en Google le indica a Ryd que, en la actualidad, Carlgren trabaja como arquitecta municipal en Södertälje.

En ese momento, ve cómo Sarwani le hace señas desde cierta distancia, con toda la discreción que puede, así que se dirige hacia él.

—Mira esto —le dice Sarwani girando la pantalla.

Ryd se inclina hacia delante y ve una secuencia que se repite una y otra vez. Es una perspectiva desde detrás de los espectadores en Odenplan. La grabación, poco profesional e inestable, muestra un semicírculo de personas a las que solo retiene la cinta de plástico azul y blanca de la policía. Se puede entrever a los policías entre la multitud, entre ellos al propio Sarwani, pero no es eso lo que más destaca en las imágenes. Lo que se ve con claridad es un encontronazo entre una persona oculta y otra más visible que ruge con fuerza, aunque sin sonido.

Sarwani congela la imagen y la ajusta hasta que un encolerizado rostro masculino aparece en la pantalla. Tiene todos los rasgos faciales masculinos estereotípicos: pómulos afilados, ojos inflexibles, ira desproporcionada, propensión a la violencia, actitud pura y dura. Ryd se inclina un poco más, de modo que su mejilla roza la de Sarwani.

—¿Debería reconocerlo? —pregunta.

—Si alguien aquí puede hacerlo, esa eres tú —dice Sarwani—. Es un delincuente, lo reconozco del pasado.

—¿Pero no recuerdas de dónde?

—No, no pondría la mano en el fuego.

—Espera, espera —dice Ryd—. Dale un poco hacia atrás. ¿Este es el

hombre al que viste en la aglomeración de Odenplan? ¿El que a su vez vio a la persona que dejó la mochila con la bomba?

—Sí —responde Sarwani con impaciencia—. Lo he visto anteriormente, puede que incluso haya hablado con él, pero a saber dónde. Tengo permiso para hacer un reconocimiento facial en todo el registro de antecedentes penales, y ya sabes cómo suelen ser esas cosas.

Pone en marcha la secuencia una vez más, a cámara lenta.

Las cabezas de Sarwani y Ryd vuelven a rozarse. No ven mucho más que una especie de colisión entre dos personas, pero, en un determinado momento, vislumbran la mochila verde militar, aunque no se ve el rostro de su portador.

—Mierda —exclama Ryd—. Por los pelos.

Sarwani pone en marcha una comparación con otras secuencias de vídeo. Solo hay una en la que la muchedumbre se dispersa presa del pánico y la mochila verde vuelve a aparecer durante un momento. Tampoco aquí se puede ver al perpetrador.

Sarwani vuelve a cambiar de vídeo y se centra en el rostro enérgico, activa el reconocimiento facial y se recuesta hacia atrás con las manos detrás de la cabeza.

—Esto va a llevarnos un tiempo —dice mientras se estira.

Entonces, suena el teléfono móvil de Sonja Ryd; es el vigilante que está abajo en la recepción.

—Tenemos aquí a un tal Lukas Frisell. Estaba citado contigo hace un cuarto de hora.

52

A pesar de las tempranas horas de la mañana, prácticamente todo el grupo Nova, incluyendo a los colaboradores, se encuentra en la oficina panorámica. Han estado trabajando toda la noche y nadie reacciona de forma especial al primer timbrazo del móvil, ni siquiera a los dos que lo siguen casi de inmediato, pero se van sumando, uno tras otro, en una cacofonía de sonidos.

Son avisos de noticias de medios de comunicación más o menos serios. Ankan cuelga el teléfono y anuncia en voz alta:

—Ha habido una especie de explosión en Köldfors, Hälsingland, con diez fallecidos. ¿En serio hay un lugar que se llama Köldfors?

—Yo tengo Källfors en Medelpad —dice Shabir Sarwani.

En ese momento, Eva Nyman entra de forma precipitada a través de las puertas batientes y exige silencio.

—Se trata de una explosión que podría coincidir con nuestra carta. En comparación con Odenplan, es un lugar pequeño y periférico, así que puede que tengamos que cuestionarnos nuestra hipótesis de la escalada. En cualquier caso, se trata de una empresa que fabrica plástico en distintas formas, Merplast AB, en un pequeño lugar llamado Källfors en Gästrikland, nada más. La policía local se encuentra allí; todavía no se han reportado muertes ni ninguna explicación a la explosión.

—Joder, sí que se han dado prisa entre la advertencia y el atentado en esta ocasión —exclama Ankan—. No hemos tenido oportunidad de resolver el enigma.

—No creo que la intención sea darnos tiempo a resolver el enigma —dice Ryd—. En el fondo, tampoco hay ningún enigma. No están jugando a nada con la policía, aunque las cartas estén dirigidas a Eva. No es eso lo que se traen entre manos.

—Me encantaría ir allí —dice Sarwani, quitándose una tirita de la

cara con un fuerte tirón.

Nyman lo mira durante unos instantes.

—Iré yo y Anton vendrá conmigo —afirma—. El helicóptero despega dentro de diez minutos.

—Bueno, yo tengo que interrogar a Elias Shariq —protesta Lindberg —. Que vaya otro.

—Shariq está encerrado —dice Nyman—. Puede que tengamos que pasar allí la noche, así que baja a coger ropa de repuesto.

—Es mejor que vaya alguien que realmente quiera ir —insiste Sarwani.

Nyman vuelve a mirarlo.

—Te desmayaste aquí dentro no hace mucho, Shabir. Deberías estar de baja. Además, no tienes una pinta muy representativa.

—¿Un madero inmigrante con lesiones superficiales no es representativo?

Eva Nyman suelta un profundo suspiro.

—Muy bien, Shabir irá con Anton.

Sarwani corre hacia la puerta y Lindberg lo sigue con pasos pesados. Nyman mira a Sonja Ryd y anuncia:

—Ankan estará al mando de Nova durante mi ausencia.

A Ankan se le iluminan los ojos; vuelve en sí y asiente de forma vigorosa. Eva Nyman le hace un gesto con la cabeza y abandona la oficina panorámica para hacer un poco de trabajo policial de verdad.

53

Está sentada en el tren de cercanías, trabajando, en plena hora punta de la mañana. Un rápido cálculo aproximado en la comisaría la había llevado a la conclusión de que era la alternativa más eficiente laboralmente en mitad de aquel frenesí causado por la nueva bomba. Ir con el coche oficial hasta Södertälje le llevaría al menos media hora. Cuarenta y cinco minutos de trabajo en el tren eran una opción bastante más práctica. Aunque ¿realmente se podía considerar trabajar a revisar de forma sistemática una página de Facebook?

«La Comuna de Ultuna» es el intento de una persona adulta de ser infantil. No puede decirse que funcione, pues el tono estudiantil choca con una necesidad manifiesta de orden y control. En realidad, parece que Jonna Carlgren ha creado la página para poder tomar el control sobre su entorno, es decir, de quienes estudiaron en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia, así como de sí misma.

Hay algo más de cien fotos en total.

Sonja Ryd se había esperado un trayecto en tren aburrido; en lugar de eso, se encuentra atrapada por los personajes, tanto estudiantes como profesores, que van pasando por la pantalla, sin contexto, sin un relato específico.

Teniendo en cuenta la cantidad de fotos que hay, Lukas Frisell aparece en relativamente pocas, lo que, en parte, puede deberse a que no parece haberse dedicado a la arquitectura paisajística como Jonna Carlgren. No obstante, hay algunas fotos, no solo de Frisell, que llaman su atención. Todas, de algún modo, capturan el ambiente de la Universidad de Ciencias Agrícolas durante el último año de Frisell antes de marcharse al bosque.

Cuanto más se acerca el final, más emocionante le resulta el ambiente.

—¿El ambiente? —dice la seria arquitecta municipal de Södertälje como si no entendiera la palabra.

Sonja Ryd se inclina sobre el escritorio y examina a la joven, que tiene el pelo recogido en un moño demasiado apretado, como si alguien estuviera tirando de él por detrás.

—Durante los años que gestionaste activamente «La Comuna de Ultuna» en Facebook —especifica Ryd—. ¿No había un ambiente bastante… jovial?

—Era una estudiante aplicada, pero sacaba tiempo para gestionar la página.

—Parece que salíais mucho de fiesta.

—Éramos estudiantes. Muchos salían de fiesta. Yo salía a hacer fotos. Aunque tampoco las hice yo todas: algunos estudiantes me mandaban las suyas.

—¿Tuviste relación con un profesor llamado Lukas Frisell?

—No mucha —responde Jonna Carlgren sin necesidad de pensárselo—. Que yo recuerde, él era principalmente agrónomo, pero organizó una serie de conferencias muy interesantes sobre supervivencia. Creo que sale en alguna foto en la página.

—En una sala de conferencias, sí. Pero también aparece en muchas fotos de fiesta. ¿Dirías que era un juerguista?

—Tenía fama de ello, pero yo no lo veía mucho, la verdad.

—He recopilado algunas fotos de fiestas —dice Ryd, girando su ordenador hacia Carlgren—. ¿Puedes identificar a las estudiantes que acompañan a Lukas Frisell?

En la primera foto aparece Frisell con el rostro colorado rodeando a dos chicas jóvenes con los brazos.

—Esta, la de la derecha —dice Jonna Carlgren, señalando a una chica de pelo castaño con corte a lo paje—, se llama Josefin. Creo que estudiaba Biología. Y la de la izquierda me parece que se llamaba Rosetta, Rosetta Ström.

A Sonja Ryd le sorprende la buena memoria de Carlgren. Analiza a la mujer de baja estatura y pelo corto que hay a la izquierda de Frisell y que lo mira con gran intensidad. Por lo demás, el ambiente a su alrededor es bastante animado; entre las siluetas vagamente

iluminadas del fondo, se aprecia una mano estirada que forma una especie de gesto con el dedo índice y el meñique.

—¿Había mucho heavy metal en la Universidad de Ciencias Agrícolas? —pregunta Ryd.

—Si hablas de Rosetta, creo que estudiaba Agronomía...

—Hablo del símbolo del rock que aparece ahí de fondo. Los cuernos. El diablo.

—Yo no hice la foto, lo siento —dice Carlgren—. Pero eso es el gesto de la *mano cornuta*. Es un antiguo gesto siciliano para conjurar al diablo.

—¿Sabes algo más de Rosetta Ström? —pregunta Ryd.

—Teníamos algunas asignaturas juntas. He oído que más tarde sufrió una fuerte depresión, pero no sé nada más.

Ryd comprueba que el móvil esté grabando y cambia de foto.

Las imágenes de fiestas se van sucediendo, con y sin Frisell. Ryd ha interpretado bien a Carlgren: la joven todavía controla el material que subió a la página. Mientras los nombres van pasando (Erika, Charlotte, Corinne, pero también nombres masculinos como Anton, Albin, Urban), Ryd se cuestiona qué está haciendo en realidad. Una nueva bomba acaba de explotar ahí arriba en Gästrikland, ¿qué hace ella aquí sentada? ¿Acaso le sobra el tiempo? Si está tan convencida de la culpabilidad de Frisell, ¿por qué iba a interesarle lo más mínimo alguien de su pasado? ¿Como cómplice?

No puede decirlo con exactitud. Se trata de la época en la que eligió abandonar la civilización, así que seguro que estaba un poco desequilibrado.

Llega a la última foto de fiesta: allí está de nuevo un sonriente Frisell con dos mujeres jóvenes y radiantes. La de la izquierda tiene una flamante melena roja, mientras que la de la derecha tiene pelo castaño rapado, un batiburrillo de tatuajes y, según parece, la lengua bífida. Hace que la lengua juegue con la cámara, mientras que la joven pelirroja de ojos verdes tiene la mirada fija en Frisell.

—Estas son estudiantes de Veterinaria —dice Jonna Carlgren—. Fuimos a la misma universidad, pero no tuvimos mucha relación.

—Pero también eran de la Universidad de Ciencias Agrícolas, ¿no?

¿Y no sabes cómo se llaman?

Carlgren sacude la cabeza y empieza a hacer gestos para indicar que tiene mejores cosas que hacer.

Ryd observa fijamente a la chica de la lengua bífida durante unos instantes mientras trata de comprender. Entonces, cambia de foto. Lo que sigue es un desfile de fotos de los pasillos de la universidad mientras Carlgren trata de recordar nombres y estudios del pasado. Resulta impresionante.

—Creo que estas también son de Veterinaria —dice Carlgren, señalando la foto en la que aparecen seis mujeres sentadas en una cafetería.

A Ryd le parece ver a la chica de los tatuajes y la lengua bífida a la izquierda; no obstante, al observarla más de cerca se da cuenta de que el pelo rapado no es castaño, sino pelirrojo. No se trata de la misma persona. Esta parece ser una joven triste a la que Ryd, por un breve instante, cree reconocer. Sigue pasando fotos hasta que llega a una nueva imagen de Lukas Frisell junto a un estrado. Presiona con fuerza un rotulador contra la pizarra blanca y parece estar dibujando algo que a Ryd le resulta familiar: dos rayas rojas verticales se unen en la parte superior formando un tirabuzón que podría representar la copa de un árbol. Sobre lo que probablemente sea el tronco del árbol, hay un mecanismo dibujado de forma primitiva.

—¿Qué es esto? —pregunta Ryd.

—Una de las charlas de Frisell sobre preparación para situaciones de crisis —responde Carlgren, encogiéndose de hombros.

—¿Fuiste tú quien hizo la foto?

—Sí, esta la hice yo. Pero no asistí a todas las conferencias.

—¿Recuerdas qué estaba dibujando aquí?

Por primera vez, Jonna Carlgren se queda pensando y agranda la foto.

—Creo que iba sobre la caza...

—¿La caza?

—Algún artilugio explosivo que se activaba cuando un animal pasaba por encima.

Sonja Ryd se queda inmóvil. Algo que había pasado por alto se agita

en su interior.

—Pero no tienes más que ver las grabaciones —dice Carlgren y se levanta como para indicar que la audiencia ha terminado.

54

El helicóptero recibe la orden y da una vuelta adicional por encima de las instalaciones de la fábrica en la pequeña localidad de Källfors, en la provincia de Gästrikland. Vista desde arriba, cuando las nubes oscuras se contraen y empiezan a deslizarse, la fábrica tiene un parecido asombroso con una fortaleza medieval.

Sarwani repite una frase que se ha aprendido de memoria, gritando para hacerse oír por encima del ruido del helicóptero:

—«Tras los sucesos de los que la morada blanca de Dios ha sido testigo, ha llegado el momento de abrir la puerta de la fortaleza y pulverizar trozos de microplástico sobre los apáticos».

En los exteriores del lugar más dañado por la explosión se ve una superficie de hormigón recién instalada, probablemente una zona de carga. Sobre la superficie de hormigón se extiende un óvalo rosa que se va debilitando hacia los bordes exteriores.

—Aquí se han pulverizado los trozos de microplástico desde el castillo —grita Anton Lindberg—. ¿Pero qué cojones es esto?

Eva Nyman se limita a contemplar la escena y sacudir la cabeza. Sarwani apoya la frente contra la ventana vibrante del helicóptero.

—Por desgracia —grita—, dicen que ese óvalo rosa es el director ejecutivo de Merplast, Rikard Albrektsson.

Lindberg y Nyman se giran hacia Sarwani, pero no les da tiempo a recibir ninguna aclaración. El helicóptero inicia el aterrizaje con violentas sacudidas.

Los tres corren atravesando la corriente creada por las palas del rotor y llegan a la aglomeración de ambulancias, coches de bomberos y coches patrulla que iluminan el lugar del crimen con sus luces azules.

Una corpulenta mujer uniformada acude a recibirlos.

—Ulla Hultqvist —se presenta con voz profunda y toma sus

nombres del mismo modo escueto.

—¿Algo nuevo que reportar? —pregunta Eva Nyman.

—Mejor empezamos por el principio —dice Hultqvist y levanta la cinta de plástico azul y blanca—. Källfors es una especie de localidad industrial modernizada y Merplast AB es la fábrica local en la que trabajan todos los habitantes de la zona. Lo que ha explotado es el almacén en el que se guardan los productos de PVC de la empresa (sobre todo, tubos y piezas de tubos).

—¿Son rosas? —pregunta Sarwani.

—¿Los tubos? No, acabo de recibir una foto del interior del almacén. Eran, principalmente, tubos blancos. El rosa es...

—¿El director ejecutivo de Merplast, Rikard Albrektsson?

La vigorosa Ulla Hultqvist observa a Sarwani con un nuevo interés.

—Por ahora, no hay nada definitivo, pero acabamos de recibir la confirmación de que el plástico que ha explotado está mezclado con tejido humano y de que Albrektsson es la única persona que echan en falta. Además, su despacho está pared con pared con el almacén de PVC.

—¿No hay cámaras de vigilancia en el almacén?

Hultqvist sacude la cabeza.

—Este lugar no estaba precisamente expuesto al crimen. Nadie lo había considerado necesario.

Pasan por la zona de carga, que está fuertemente acordonada. El óvalo rosa parece diferente visto de cerca. No se trata solo de plástico que ha estallado, sino también, si se mira con la suficiente atención, de una persona que ha explotado.

—Ya han llegado un par de técnicos forenses de Gävle —dice Hultqvist, señalando con el dedo—. El resto deben de estar de camino.

Dos personas vestidas de blanco están de rodillas examinando los bordes del óvalo. Fuera del cordón policial, varios policías uniformados se disponen a erigir una gran carpa. Se nota que tienen prisa, ya que empieza a formarse una nube negra. Las primeras gotas de lluvia no tardarán en empezar a caer y contaminar el lugar del crimen.

Sin embargo, antes de la lluvia llega el viento. Una ráfaga

procedente del bosque atraviesa remolineando el entorno de la fábrica, arrastrando a su paso los microplásticos teñidos de rosa y enviándolos hacia los edificios cercanos. Extendidos sobre la localidad de Källfors.

—Sobre los apáticos —dice Sarwani.

Ulla Hultqvist lo mira con escepticismo mientras los guía hacia una pequeña congregación en el interior de las instalaciones.

—Aquí os dejo libres —dice.

Está empezando a caer la lluvia cuando Anton Lindberg se agacha ante un hombre con un chaleco amarillo en cuya espalda puede leerse «Médico». El médico, a su vez, está en cuclillas junto a una camilla. La mujer que está tumbada en ella está notablemente pálida y lleva los dos brazos envueltos en gruesas vendas. El médico se endereza y hace una señal a un hombre, que mete la camilla en la ambulancia y sube detrás. El vehículo se marcha de allí antes de que se hayan cerrado las puertas traseras.

—Una herida leve —indica el médico mientras se quita los guantes de látex—. Por eso ha tenido que esperar tanto tiempo.

—¿Cómo es la situación de los heridos? —pregunta Lindberg con un clásico bloc de notas preparado en la mano.

—Cinco heridos en la explosión, además de un fallecido. Dos de los heridos pueden considerarse en estado crítico.

—¿Has observado algo en especial? ¿Algo que tengan en común todos los heridos, por ejemplo?

—Tri-Wing —responde el médico.

—¿Qué quieres decir?

—Había tornillos Tri-Wing afilados en todas las heridas. Los tornillos tienen una cabeza poco habitual con tres aspas que, por lo que yo sé, solo se utilizan cuando uno no quiere que el tornillo pueda desenroscarse bajo ningún concepto.

—¿Y este tipo de tornillos se ha encontrado en la bomba?

—Se han encontrado incrustados en las heridas. Sobre las bombas te aconsejo que hables con los técnicos forenses.

El técnico forense sale de la carpa, da una decena de pasos, cierra el

paraguas y hace entrar a Sarwani por el agujero de la pared. Gránulos de cemento caen sobre él.

El forense extiende la mano hacia el almacén reventado, en el que hay una peculiar instalación de tubos de PVC deformados y rotos, y avanza por otro agujero hacia la pared del fondo.

En el siguiente espacio, la devastación es aún mayor, sobre todo porque se puede apreciar que antes de estallar era una habitación agradable. Un par de técnicos forenses recién llegados se arrastran a gatas por el suelo. La pared trasera también ha explotado y revela un paisaje de oficinas caótico y, en algunos lugares, bastante sangriento.

—Ahí estaban los heridos —dice el técnico mientras señala hacia la oficina a través del agujero—. Aunque la explosión tuvo lugar aquí dentro, en el despacho del director ejecutivo. Tanto la pared trasera como la delantera volaron por los aires. La bomba, suponiendo que lo fuera, debía de estar apuntando hacia el exterior, porque los restos de la víctima principal salieron despedidos a través del almacén y tiñeron el plástico de PVC pulverizado que después se esparció sobre la zona de carga en el exterior.

—¿Qué quieres decir con «apuntando hacia el exterior»? —pregunta Sarwani.

—La fuerza explosiva era mayor hacia el almacén de PVC que hacia la oficina panorámica. Si la bomba hubiera apuntado hacia el otro lado, estaríamos hablando de muchas más víctimas mortales.

—Pero, entonces no se habrían pulverizado trozos de microplásticos…

El técnico forense lo mira durante unos instantes antes de responder.

—Es una forma de decirlo.

Eva Nyman acaba de coger una taza de café y está regulando su paraguas. Ha estado sondeando a todos los empleados a los que la policía local había reunido en el patio interior de la fábrica y los ha enviado a casa. Ninguna de las personas con las que ha hablado tenía nada concluyente que decir; todos se encontraban en distintas fases del estado de shock. Está anotando un par de observaciones finales en el bloc cuando ve a una mujer en un rincón apartado, sentada

directamente sobre el asfalto. Se dirige hacia allí y se agacha junto a la mujer, que tendrá unos cuarenta años, está destrozada y se le ha corrido el rímel.

—¿Qué haces aquí sentada? —le pregunta Nyman, cogiéndole la mano.

—Lo siento —murmura la mujer mientras deja que Nyman la ayude a levantarse.

Nyman sostiene el paraguas y el café en la misma mano por encima de la mujer, se quita la cazadora y se la pone a la mujer sobre los hombros.

—¿Quién eres? —le pregunta y le ofrece su café.

—Maria —dice la mujer mientras sus dedos rodean la taza de café —. La secretaria de Rikard.

—¿Y dónde te encontrabas cuando tu jefe estalló?

—Estaba haciendo un recado en las instalaciones de la fábrica.

—Ninguno de tus colegas en la oficina panorámica sabía si había llegado algún paquete para Rikard Albrektsson. ¿Lo sabes tú?

—Tenemos una agencia de transporte. En cualquier caso, se lo habrían entregado a Rikard, pero era muy temprano por la mañana.

—Si he entendido bien, es necesario atravesar tu oficina para llegar al despacho de Rikard, ¿no?

Maria asiente con la cabeza y da un ávido trago al café sin dejar de sollozar. El calor parece volver a su cuerpo.

—Si llegó un envío directo para Rikard —continúa Nyman—, debería haber llegado antes de que dejaras tu oficina, es decir, mientras estabas... ¿Qué estabas haciendo? ¿De qué recado se trataba?

—Estuve charlando con una compañera en la planta de la fábrica. Es una amiga mía que ahora tiene problemas matrimoniales.

—¿Cuánto tiempo llevabas fuera de tu oficina?

—Puede que veinte minutos o así.

—¿Es posible que Rikard cogiera un paquete que ya estaba en su despacho y lo abriera mientras tú no estabas?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Casi parece que no quisiera que lo molestaran, ¿no crees?

55

El día transcurre con notable rapidez en Gästrikland. El trío de Nova establece una oficina provisional en el local industrial cerrado de Merplast AB y se hacen cargo de tareas de trabajo policial clásico suficiente para tener que pasar allí la noche. Un sencillo hotel de Källfors, vinculado a Merplast AB y prácticamente sin servicios, alberga habitualmente a empresarios del sector del plástico que llegan de fuera de la ciudad. En cambio, ahora la mitad del grupo Nova ocupa tres habitaciones.

Tras una copiosa cena, Nyman, Lindberg y Sarwani se reúnen en la habitación de Nyman, la más grande del hotel. Han conseguido hacerse con una botella de vino que se disponen a compartir. Lindberg y Sarwani se acomodan en el sofá; Nyman tiene su propio sillón. Han pasado tanto tiempo en silencio que, si no se conocieran tan bien, a estas alturas se sentirían embargados por una punzante incomodidad.

—El PVC es conocido por ser el plástico más peligroso del mundo para el medioambiente —dice Sarwani al fin—. Es obvio que Merplast AB, como lugar del crimen, es tan simbólico como los anteriores.

—¿Qué tiene de simbólico Odenplan? —inquiere Lindberg—. Allí las víctimas eran todo lo contrario a criminales medioambientales y climáticos. Lo más probable es que fueran, en su mayoría, viajeros respetuosos con el medioambiente los que surgieron del subsuelo y se reunieron allí por pura curiosidad.

—Cierto —asiente Sarwani—. El simbolismo sería más bien en plan «todos somos culpables». De ese modo, nos hicieron pensar que continuarían en la misma línea, pero, en su lugar, se ha producido un regreso a lo delimitado y a lo simbólico.

—Sí, es un símbolo casi demasiado obvio, con los microplásticos que poco a poco invaden la humanidad podrida y nos transforman a todos en figuras de plástico —murmura Nyman.

—Aunque aquí la invasión ha sido rápida de cojones —dice Lindberg.

—Además, en este caso más bien ha sido el cuerpo el que ha invadido el plástico —murmura Nyman—, ya que la bomba estaba dirigida hacia allí.

—Esto es francamente interesante —opina Sarwani—. Primero, la explosión alcanzó al director ejecutivo Rikard Albrektsson y, milisegundos después, el almacén de PVC. Si el Bombardero Terrorista hubiera dirigido la bomba hacia otro lugar, ahora tendríamos más víctimas al otro lado de la pared trasera, donde se sienta el personal de oficina, pero no habríamos llegado a tener trozos de microplástico.

—En ese caso, el mensaje de la carta no se habría cumplido —asiente Nyman— y habríamos considerado que nuestro autor del delito no es un tipo de fiar.

—Ha sido una jugada arriesgada —dice Lindberg, encogiéndose de hombros—. Habría muerto gente igualmente, lo que, al fin y al cabo, es el objetivo. La verdad es que yo no debería estar aquí: debería estar presionando a Elias Shariq en la pequeña sala de interrogatorios de la prisión de Kronoberg.

—Igual había instrucciones en el paquete —propone Sarwani—. «Abrir aquí». «Este lado hacia arriba».

—¿Qué tipo de paquete era? —inquiere Lindberg—. ¿De dónde procedía?

—Tenemos un intervalo de veinte minutos desde que la secretaria Maria dejó solo a su director ejecutivo hasta que este explotó —responde Nyman—. Durante este intervalo, Albrektsson estuvo sin supervisión. Puede que llegara un paquete justo entonces, por la mañana temprano y, por algún motivo, se lo entregaran directamente a él en lugar de al departamento de recepción… o puede que él mismo esperase a abrir el paquete cuando tuviera la seguridad de que estaba solo. Las dos opciones son interesantes. En el segundo caso, tenemos un paquete secreto, o al menos privado, que se había entregado con anterioridad. En el primer caso, un mensajero habría programado su entrega con gran precisión en el periodo en el que Maria estaba ausente y entregó el paquete de forma totalmente inadvertida.

—El posible mensajero ya no puede ser Elias Shariq —dice Sarwani, mirando a Lindberg por el rabillo del ojo.

—Pero quizá lo más probable sea que el director ejecutivo ya tuviera el paquete en su despacho —dice Nyman—. ¿Quién de vosotros ha hablado con la agencia de transportes?

Lindberg levanta ligeramente la mano.

—¿Mencionó algo sobre un paquete de tamaño razonable que se hubiera entregado anteriormente? —pregunta Nyman.

Lindberg sacude la cabeza.

—Al fin y al cabo, se trata de una empresa con muchos envíos de un lado a otro. No me parece tan extraño que el personal en estado de shock no recuerde un paquete específico tan poco tiempo después de la explosión. Pero, incluso después de haber tenido tiempo para calmarse y recomponerse, nadie podía recordar ningún paquete.

—¿No estaremos haciendo una bola de nieve con esto del paquete? —pregunta Sarwani, pensativo—. Solo porque en los casos anteriores había paquetes... Quizá ni siquiera se tratase de un paquete; podría haber sido una bomba de relojería. Es posible que estuviera ya en la habitación, orientada en la dirección adecuada.

—En ese caso, fue por control remoto —asiente Nyman—. Como en el campo de colza. Alguien estaba esperando con unos prismáticos a que Albrektsson se situara en la posición exacta. Que coincida con la ausencia de la secretaria del director ejecutivo puede haber sido una casualidad. Alguien debe de haberlo visto a través de las ventanas y de las verjas.

Se quedan un rato en silencio, pensativos.

—Esa opción parece incluso más probable —dice Lindberg al fin.

—Pero eso implicaría conocimiento local —objeta Nyman.

—Los apáticos —dice Sarwani, poniéndose de pie.

Nyman y Lindberg le miran fijamente. Sarwani vuelve a sentarse en el sofá antes de continuar.

—Los hemos ignorado por completo. ¿Por qué escribió el Bombardero Terrorista que los microplásticos se pulverizarían sobre los apáticos?

—Vino una ráfaga de viento y esparció el plástico sobre Källfors —

dice Nyman—. ¿Se referiría a la localidad de Källfors con «los apáticos»?

—¿Cabe la posibilidad de que, en algún momento, Merplast produjera un vertido tóxico? —pregunta Sarwani, vacilante—. ¿Y que la localidad de Källfors, cuyo sustento y supervivencia dependen totalmente de Merplast, se mantuviera «apática» hacia el delito ecológico cometido por la empresa?

—En ese caso —dice Nyman—, es posible que el Bombardero Terrorista lo haya vivido personalmente, puesto que el delito ecológico, si es que lo hay, no ha llegado a las noticias de ámbito nacional. Si así fuera, habríamos oído hablar de ello.

—¿Quieres decir que todo habría empezado en este mismo lugar? —inquiere Lindberg.

—Estamos haciendo muchas conjeturas —responde Nyman—. Pero, sí, es posible que el Bombardero Terrorista tenga algún vínculo con este lugar, que sea alguien que está tan indignado por el delito ambiental de la empresa Merplast como por la apatía de la localidad de Källfors.

—Y que, por ese motivo, va a «abrir la puerta de la fortaleza y pulverizar trozos de microplástico sobre los apáticos» —dice Sarwani.

—En ese caso, la bomba apuntaba de forma intencionada hacia el responsable —dice Lindberg—. Hacia el director ejecutivo Rikard Albrektsson. Pero ¿a qué viene esto ahora? ¿Por qué empezar con cuatro atentados matando a personas desconocidas?

—¿Para ocultar el delito original en mitad de una serie? —propone Sarwani.

—O para hacer acopio de la energía necesaria para el atentado real —dice Lindberg—. El que le toca más de cerca.

—A mi modo de ver, se trata de dos cuestiones que debemos tratar mañana a primera hora —dice Eva Nyman, estirándose para coger la botella de vino—. Esta noche, podemos dar el trabajo por concluido.

Sarwani se reclina hacia atrás y dice:

—La primera cuestión sería: ¿ha habido una resistencia local activa contra Merplast AB? ¿Cómo podemos averiguarlo?

—Si nadie quiere hablar, al menos debería haber algún tipo de

prensa local —dice Lindberg.

—Pero no se me ocurre cuál puede ser la segunda cuestión —dice Sarwani.

—¿A qué distancia de aquí está la morada de Lukas Frisell? —pregunta Nyman antes de descorchar, por fin, la botella de vino.

56

Los prismáticos se elevan por detrás de la colina y capturan la fortaleza reventada de Merplast a través de la verja. Sarwani baja los prismáticos y observa el mapa que Lindberg sostiene delante de él.

—Tienes razón, Anton —asiente—. Desde este ángulo habrían podido ver a Rikard Albrektsson moverse por su despacho.

—La lluvia de ayer probablemente destruyera todas las huellas —dice Eva Nyman, señalando el suelo empapado—. Aun así, voy a hacer venir a nuestros fatigados técnicos forenses para ver si consiguen encontrar algo.

—Me apuesto el culo a que estuvo aquí ayer por la mañana —dice Lindberg—. El Bombardero Terrorista estuvo agachado en este preciso lugar, esperando con el botón de activación en la mano a que Albrektsson se encontrara en el ángulo exacto para convertirse en trocitos de microplástico.

Nyman mira a su alrededor entre la niebla matutina que danza artísticamente sobre el barro.

—Con todo esto, los forenses ahora están seguros al setenta y cinco por ciento de que se trata de una bomba fija y no del envío de un explosivo. Además, sabemos que Lukas Frisell se encontraba en Estocolmo durante el tiempo en cuestión.

—También sabemos —dice Anton Lindberg— que, si es culpable, tiene al menos un colaborador. Y que, tal como están las cosas, nadie sabe cuándo colocaron la bomba en el despacho del director ejecutivo. Es posible que llevara semanas allí.

Poco después, se encuentran en un coche de alquiler en dirección sur.

—Si la hipótesis de Anton es correcta y la bomba llevaba ya un tiempo en Merplast, ni Lukas Frisell ni Elias Shariq tienen coartada —dice Nyman desde el asiento del copiloto—. Pero ¿realmente lo veis

probable? ¿Creéis que es posible que escondieran una bomba de tales dimensiones en el despacho de Albrektsson sin que ni él ni su secretaria la descubrieran?

—Podrían haberla colocado dentro de un sofá o algo así —dice Lindberg.

—Pero el riesgo de que alguna limpiadora la encontrara o de que estallara por sí misma habría sido demasiado grande, ¿no? —pregunta Sarwani.

Nyman estira las piernas.

—En ese caso —dice—, también podría haberla colocado un tercer miembro del grupo que no solo conoce las instalaciones de Merplast al dedillo, sino que puede acceder a ellas, posiblemente durante la noche, armar la bomba y sentarse con los prismáticos y el teledisparador a esperar el momento exacto. En realidad, no sería ningún colaborador: si esta persona existe, sería un líder, con Lukas Frisell como subordinado. ¿Cuál es la probabilidad?

—Ninguna —responde Sarwani—. Sin embargo, Frisell habría podido elaborar un plan detallado para que todos y cada uno de sus colaboradores pudieran continuar aunque él desapareciera. Habría podido coger su viejo Volvo con alguna de sus matrículas y llevarlo a los alrededores de la terminal de correo de Rosersberg, dejar la tercera carta y volver a su guarida la noche anterior a su detención.

—Así habría tenido la seguridad de que si su asesino a sueldo, Elias Shariq, actuaba con rapidez, el plan saldría adelante, ¿no? —pregunta Lindberg.

—Tengo serias dudas de que un hombre como Frisell no sea capaz de eludir la prohibición del fiscal y acceder a Internet —dice Sarwani.

Nyman se opone parcialmente.

—Pero podemos controlar constantemente dónde ha estado Lukas Frisell y durante cuánto tiempo y los pocos cibercafés que quedan en la ciudad harían saltar la alarma de la tobillera de localización. Espero que lo podamos seguir teniendo vigilado durante algunos días más. El teléfono que le proporcionamos está asegurado y puede rastrearse como respaldo a la tobillera. La probabilidad de que se ponga en contacto con sus cómplices no es inexistente, aunque sí mínima, en

eso estoy de acuerdo. Pero la vigilancia no durará mucho más.

Sarwani mira el móvil.

—Si he calculado bien, hay algo más de cien kilómetros desde Källfors hasta la casa de Frisell en los bosques de Uppland. ¿Está lo suficientemente cerca como para que pueda tener un interés local por los posibles delitos ambientales de Merplast?

—Lo dudo —dice Nyman—. En su ordenador no hay nada que indique que leyera las noticias. En el historial de navegación solo hay páginas de citas que se remontan varios años atrás.

—¿Así que consideras que Merplast absuelve a Frisell? —pregunta Lindberg.

—No lo absuelve en absoluto —dice Nyman—, pero reduce la posibilidad. Creo que señala hacia algo cercano. El cinismo de Merplast ha sido la gota que colma el vaso: la apatía local se ha convertido en un reflejo de la apatía global. Se ha prendido la mecha... de alguien que todavía no sabemos quién es.

Sarwani asiente de forma reflexiva.

—Y esta persona o grupo local, de algún modo, ha considerado a Lukas Frisell como un sospechoso adecuado y ha hecho un gran trabajo de investigación sobre él —añade Sarwani.

—O es alguien que lo conoce del pasado —propone Nyman.

—En cualquier caso, ya hemos llegado —dice Lindberg, dirigiéndose hacia un aparcamiento en la parte exterior de un edificio gris de poca altura de los años setenta en lo que parece ser una zona industrial.

Entran en el edificio, se identifican y llegan a una pequeña oficina que pertenece al periódico local de Sandviken y alrededores. Una mujer tras un escritorio abarrotado se levanta a recibirlos.

—Sí, es correcto —dice antes de que los demás pronuncien una sola palabra—. Yo soy toda la redacción. Eva-Lotta Thelin. Bienvenidos.

—Un placer —dice Nyman y se encarga de hacer las presentaciones.

Una vez han terminado con las formalidades, Thelin dice:

—Han ocurrido dos incidentes con Merplast AB. Yo misma me encargué de cubrir los dos. El primero fue en invierno, hace cuatro años: durante la inspección anual de la junta regional, se detectaron elevados valores de emisiones, principalmente, de cloruro de vinilo y

ftalatos.

—No es posible que te acuerdes de eso después de cuatro años —exclama Lindberg.

Eva-Lotta Thelin se ríe a regañadientes.

—Cuando me llamasteis, consulté los archivos y encontré mis antiguos artículos —reconoce—. Estas emisiones no eran tan grandes como para que los medios de Estocolmo se hicieran eco de ello, pero causaron algunas protestas a nivel local.

—¿Dentro de Källfors? —pregunta Sarwani.

—Creo que las protestas procedían más bien de los núcleos rurales de la zona. Sin embargo, el otro incidente fue más sonado. Fue un auténtico vertido de microplásticos.

—Ahí lo tenemos —dice Lindberg.

—¿Por qué no hemos oído hablar de esto? —pregunta Nyman.

—La verdad es que yo intenté venderles la noticia a los medios de la gran ciudad, pero esto sucedió el 24 de febrero de 2022.

—Ah —dice Sarwani—. La guerra.

—Sí, fue justo el día en que los rusos invadieron Ucrania. La noticia no tenía ninguna posibilidad de llegar a la televisión pública ni a la radio, y mucho menos a los grandes grupos, así que el vertido se quedó en noticia local.

—Pero ¿desencadenó más protestas? —pregunta Nyman.

—Sí —responde Thelin—. De las mismas personas. Lo anunciaron a bombo y platillo e invitaron a los vecinos de Källfors a una reunión de protesta. El objetivo era conseguir que el delito ambiental de Merplast tuviera algo de resonancia en el gran mundo. ¿Sabéis cuántas personas asistieron a la reunión?

—¿Pocas? —aventura Lindberg.

—Nadie —responde Thelin—. No se presentó absolutamente nadie. Habían reservado el auditorio de Källfors y allí se quedaron sentados esperando, pero no apareció ni dios.

—Los apáticos —dice Sarwani tras una breve reflexión.

—Hay que entender a los vecinos. Su sustento depende enteramente de Merplast AB.

—¿Tienes nombres, fotos? —pregunta Nyman.

Eva-Lotta Thelin se dirige a su abarrotado escritorio y gira la pantalla del ordenador hacia ellos.

—Aquí están mis artículos —dice—. Solo el último tiene foto. Ahora todos los artículos tienen que llevar fotografía, así que la hice yo misma.

Thelin agranda la imagen: se puede reconocer claramente el patio interior de Merplast AB detrás de un hombre que grita como un descosido mientras sostiene una pancarta enrollada con una mano deforme. Detrás de él ondean carteles en lo alto, pero el foco de la imagen está centrado en el hombre.

—Börje Sandblom —explica Thelin—. Había dos o tres personas que estaban protestando de verdad, y la más agresiva, sin duda alguna, era este Sandblom. También estuvo presente en la primera protesta, que fue más apacible.

—Supongo que también estaría en la reunión de protesta frustrada, ¿no? —pregunta Sarwani.

—Supones bien, jovencito —responde Thelin con aprobación—. Iba a escribir un artículo al respecto, pero las altas instancias me hicieron saber que habría sido inapropiado teniendo en cuenta el resultado. Nunca hice nada con ellas; sin embargo, conservo algunas fotografías en el archivo. De las protestas en los dominios de Merplast no conservo ninguna otra foto, solo esta del artículo, pero puedo decir que hubo una auténtica confrontación, especialmente entre Börje Sandblom y el director ejecutivo de Merplast, Rikard Albrektsson. Albrektsson era crossfitero y estuvo a punto de pasar a las manos.

—¿Dónde podemos encontrar a este tal Börje Sandblom? —pregunta Nyman.

—No tengo ni idea. Llevo ya más de un año buscando su dirección, pero no he encontrado nada. El único punto de partida que tengo es que solo le quedaban dos dedos en la mano izquierda. Podéis observarlo en la foto.

—¿Puedes enviarnos las fotos de la reunión en Källfors?

—Ya he enviado tanto las fotos como los dos artículos a la dirección que me diste —afirma Thelin y parece tener algo más que decir.

—Muchas gracias —dice Nyman—. ¿Había algo más?

—Sí, bueno… Ayer fui la primera periodista en personarse en Källfors. ¿Creéis que las protestas tienen algo que ver con la explosión?

Habían previsto esta pregunta. A una señal de Nyman, Sarwani y Lindberg se retiran y ella se acerca a Thelin para decirle en un susurro:

—Te agradeceríamos enormemente que no escribieras sobre esto todavía. Dentro de poco recibirás una primicia de tal calibre como pocos periódicos locales de Suecia han recibido jamás.

Transcurren varios segundos.

—De acuerdo —dice Thelin—. Te creo.

—Bien. Y estaría aún más agradecida si pudiéramos usar tus conocimientos periodísticos locales para encontrar a Börje Sandblom. Envíame la información a mí directamente.

Anton Lindberg conduce el coche hacia Gävle. Hay poco más de veinte kilómetros de distancia, veinte minutos de conversación sin interrupciones.

—¿Por qué resulta tan difícil encontrar a este Börje Sandblom? —pregunta Nyman.

—¿Podría ser porque ha desaparecido del mapa? —sugiere Sarwani.

—¿Como Lukas Frisell? Es una posibilidad.

—Los dedos cortados —dice Sarwani mirando el móvil—. La verdad es que solo tiene dos dedos en la mano izquierda. Mirad aquí, por ejemplo.

Levanta el móvil con la pantalla hacia los asientos delanteros. Se trata de una foto de un Börje Sandblom de unos cuarenta años en lo que parece ser el auditorio de Källfors. La imagen muestra a otras tres personas: una medio girada, una mujer con pelo corto y ropa de color caqui y un joven con pecas y una gorra de béisbol amarilla que parece querer blandir el bate hacia toda la localidad de Källfors. Junto con el hombre más grande que está sentado frente a ellos, parecen constituir toda la acción de protesta de Merplast AB reunida.

El hombre de cara colorada está sentado delante con semblante malhumorado, con la mano lacerada levantada hacia fuera, como un elocuente gesto de heavy metal.

—Parece uno de esos gestos del rock —dice Sarwani—. Solo el dedo índice y el meñique. La señal del diablo. ¿Cómo se llamaba?

—La *mano cornuta* —responde Anton Lindberg.

57

Ankan está leyendo el «libro» de Lukas Frisell. Hacerlo en la oficina panorámica es una experiencia especial. Ella es una chica de los suburbios del sur, siempre ha vivido razonablemente cerca de la naturaleza y con frecuencia sale a dar largos paseos con el perro rodeada de los aromas del bosque. Sin embargo, lo que se encuentra en el texto de Frisell la acerca mucho más a todo lo que crece, germina, se desliza, vive. Le bastan varios minutos de lectura para dejarse transportar a otro mundo, aquí, dentro del nuestro. Al mundo de los orígenes, cara a cara con la biología. Se siente como si estuviera justo bajo la superficie terrestre, como si se abriera paso a través del suelo.

Necesita un descanso.

El texto no contiene lo que está buscando. En él solo hay un hombre que parece haber sido absorbido por la naturaleza y que, aun así, sobrevive en ella, como hombre y como persona. No hay nada más, por mucho que Ankan considere que todavía no ha conseguido distanciarse del material.

En el fondo, tiene que admitir que le habría gustado conocer a Lukas Frisell hace diez años.

Después de la visita de ayer a la arquitecta municipal de Södertälje, Sonja Ryd ha conseguido, no sin esfuerzos, contactar con una persona de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia que podría serle de ayuda. Se trata de una recepcionista llamada Vanja Pärn que, en realidad, ya se había jubilado, pero sigue haciendo trabajillos en la Universidad de Ciencias Agrícolas. La tal Pärn ha logrado desenterrar las grabaciones de las conferencias de Lukas Frisell sobre preparación para situaciones de crisis y supervivencia de mediados de la década de 2010, su último año en la universidad, y un aplicado técnico

informático de la dicha universidad los ha convertido en archivos digitales. Ryd está revisando las grabaciones cuando suena el teléfono: Eva Nyman llama desde Källfors para ponerla al día de forma exhaustiva. Una vez finalizada la conversación, Ryd se queda sentada mirando fijamente al vacío.

¿A qué se están enfrentando en realidad? ¿Se trata de un plan minucioso? ¿Realmente existe un terrorismo climático de estas dimensiones? Aunque, pensándolo bien, lo extraño es que no hubiera existido hasta ahora. Quizá se deba a que los activistas climáticos no suelen ser físicamente agresivos, a diferencia de los fascistas y los islamistas, por poner un par de ejemplos de movimientos con predominio masculino.

Ryd deja a un lado sus reflexiones filosóficas y continúa con los vídeos. Apenas ha empezado a revisar la charla sobre «Higiene y asistencia sanitaria en aislamiento» y ha visto a un Lukas Frisell con espeso pelo castaño escribir y dibujar sobre una guitarra blanca cuando siente que alguien está mirando por encima de su hombro. Al girar la cabeza, se encuentra con un rostro muy conocido.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunta Ankan.

—Todavía no —responde Ryd, quitándose los auriculares—. Lo que está claro es que Frisell es bastante más elocuente en la sala de conferencias que en la sala de interrogatorios.

—Hay algo en su forma de hablar... Estoy leyendo sus anotaciones en el ordenador y realmente vivía en cercanía y sintonía con la naturaleza.

—Y lo hacía con gran pasión, eso se puede apreciar claramente ya al ver sus conferencias. Luego me pones al día sobre las anotaciones.

—¿Te has reunido con él esta mañana? ¿Con el mismo vigilante armado?

—Sí, fue un poco forzado y no llegamos a ninguna conclusión. Es como si le hubieran borrado la memoria. A veces parece como si realmente se hubiera vuelto un poco loco ahí en el bosque.

—¿Sigues creyendo que es culpable?

Ryd sacude lentamente la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Debería saberlo. Esto es lo que se me

da bien: interrogatorios, análisis de personalidad. Me siento con él día tras días, profundizo todo lo que puedo, pero no logro sacar nada en claro. Sigue escondiendo algo y, definitivamente, es algo relacionado con su pasado.

—En cualquier caso, aquí parece... imponente —dice Ankan señalando la pantalla, en la que Frisell continúa con su charla de forma muy intensa.

Ryd comprende que Ankan no piensa marcharse, así que sube el sonido y deja que le haga compañía.

La cámara parece estar instalada en el techo de la sala de conferencias de la Universidad de Ciencias Agrícolas. Desde arriba, en diagonal, ven cómo Frisell da vueltas a un atril; también se pueden ver algunas de las primeras filas del auditorio, todas completamente llenas. En este momento, está hablando de qué hacer cuando uno resulta herido en el bosque, de cuál es la mejor forma de gestionarlo. Hay que comprobar que uno tiene acceso a determinadas cosas fundamentales: antibióticos, desinfectantes, vendas, analgésicos...

—Pero el bosque también nos provee de vendajes y medicinas naturales —dice y continúa dando la vuelta al atril—. Si uno se encuentra en una situación de supervivencia a largo plazo, deberá ir abandonando gradualmente los remedios de fabricación industrial. Al final de la charla, os proporcionaré una lista, entre otras cosas, de hierbas y musgos que no solo cortan el flujo de la sangre, sino que también tienen distintos tipos de efectos curativos.

Ryd desconecta de sus palabras y lo sigue observando sin escuchar. Ve sus movimientos, sus giros extrovertidos a la vez que introvertidos hacia el público, como si unas veces quisiera ser visto y otras deseara ser invisible. Ryd distingue de espaldas a un par de mujeres de la primera fila a las que Frisell pretende utilizar como caja de resonancia y hacia las que se gira para esperar su reacción. Ryd no las reconoce de inmediato de «La Comuna de Ultuna».

Continúa la lección. Al cabo de un rato, Frisell dibuja una figura en la pizarra blanca. Primero, dibuja un círculo. Después, dibuja otro círculo dentro del primer círculo.

Ankan reacciona al instante; quiere verlo otra vez, subir el volumen.

Ryd sube el sonido y oyen cómo Frisell habla de «zonas superpuestas», «el mundo es mucho más grande fuera que dentro de la sociedad», «esto también es aplicable dentro y fuera de nosotros mismos».

Ankan quiere observar mejor el símbolo y Ryd consigue parar el vídeo en el momento preciso. Ankan busca de forma frenética en el móvil y le enseña una foto.

Parece que haya pasado una eternidad desde que se encontrara en Dalagatan junto a Vasaparken y viera a Rahim Abdulhamid por primera vez. Después de hablar con él y con su colega de mayor edad, habían dado un corto paseo por el parque. No muy lejos del desagradable trozo de césped quemado en el que había yacido Jesper Sahlgren, Ankan había observado un símbolo grabado en el tronco de un árbol.

Se trataba de dos círculos.

Uno dentro del otro.

Ankan sostiene el móvil delante de Ryd y se lo explica.

—¡Joder! —dice Ryd.

—Nuestro puto Bombardero Terrorista estaba aquí —dice Ankan—, detrás del árbol en Dalagatan, y grabó este mismo símbolo mientras esperaba que se produjera la explosión. Un círculo dentro de otro círculo.

—Un símbolo que Lukas Frisell utilizó durante sus conferencias abiertas sobre preparación para situaciones de crisis y supervivencia en 2013 para representar cosas que se encuentran en el interior y en el exterior, la sociedad, nosotros mismos.

—Hay dos posibilidades —dice Ankan—. O el propio Frisell es el Bombardero Terrorista, o el cabrón está sentado ahí entre el público del auditorio.

—Volvamos al principio —dice Ryd, pasando el vídeo hacia atrás.

La grabación vuelve a empezar desde el principio. Se oye a la gente llegar, pero solo se puede distinguir a quienes se acercan al estrado, todavía vacío, y en su mayoría desde arriba y desde atrás.

Entonces, llega Frisell y deja la mochila sobre el atril. Saca de ella varios libros y un trozo de papel que estira hacia la fila de asientos más cercana.

—¡Sí! —dice Ryd y detiene el vídeo.

—¿La lista de asistencia? —pregunta Ankan.

—Eso parece. En ese caso, puede que esté en la universidad, en alguna parte. Voy a llamar y preguntar.

Ryd pasa el vídeo hasta al instante en el que Frisell dibuja un círculo dentro de otro círculo y lo vuelve a poner en marcha desde ahí. Es evidente que ya ha abandonado el tema «Salud y atención médica en aislamiento» y está improvisando sobre la filosofía general del survivalismo. Transcurridos un par de minutos, finaliza la charla con las siguientes palabras:

—Nos vemos el próximo viernes, al otro lado de las ruinas de la decadencia.

58

El ambiente de la oficina panorámica se transforma cuando Nyman, Lindberg y Sarwani hacen su entrada en ella. Eva Nyman se acerca a la pizarra blanca, coloca en ella una fotografía y escribe con letras mayúsculas: «BÖRJE SANDBLOM».

Sin necesidad de llamarlos expresamente, todos los policías allí reunidos se van acercando hasta formar un apretado semicírculo en torno a la pizarra.

—Börje Sandblom es lo más cerca que podemos estar ahora de un auténtico sospechoso del atentado de Källfors, Gästrikland. Es un hombre grande y calvo de unos cincuenta años que se caracteriza, sobre todo, por una grave lesión en una mano. En los últimos años ha dirigido dos protestas locales contra Merplast AB, la última en febrero de 2022. La empresa ha tenido algunos comportamientos negligentes con tóxicos y microplásticos en varias ocasiones, y Sandblom y su pandilla organizaron una reunión de protesta en la localidad de Källfors a la que no acudió nadie. La última carta hace referencia directa a este hecho, donde dice que los microplásticos se pulverizarán sobre los apáticos.

Eva Nyman hace una breve pausa y observa a su equipo.

—Lo más interesante de todo —dice— es que Börje Sandblom no aparece por ninguna parte. No está empadronado en ninguna parte en Suecia, pero tampoco parece haber existido nunca. Sin embargo, es muy probable que se trate de un talento local, así que hemos puesto a toda la policía de Gästrikland en su búsqueda. Lo que tenemos que hacer nosotros ahora es encontrarlo a nivel nacional. Aquí tenéis esta foto; os acabo de enviar por correo todas las demás fotos de que disponemos. Rebuscad en todos los registros que se os ocurran para encontrarlo. En este momento no tenemos un sospechoso más plausible. Tampoco es improbable que sea preparacionista. En cuanto

tengamos alguna pista, os enviaré a un par de vosotros a Gästrikland.

La reunión informal ha terminado. Ryd se acerca a Nyman y la pone al corriente del desarrollo de las conferencias de Frisell y de cómo dibujó el símbolo del círculo dentro del círculo, un símbolo que también se encontró en Vasaparken en conexión con la explosión número dos.

—Todo esto es muy interesante —dice Nyman—, pero bien puede tratarse de una coincidencia; no es un símbolo particularmente especial.

—Lo sé —dice Ryd—. ¿Te parece adecuado que le enseñe la grabación a Frisell? Puede que lo ayude a atar cabos.

Nyman se queda quieta unos instantes, observando a Ryd.

—Hazlo —dice al final, antes de marcharse hacia alguna reunión olvidada con los dirigentes policiales.

Ryd se sienta en su puesto y echa un vistazo a las últimas noticias recibidas o, mejor dicho, a la ausencia de noticias. No hay datos decisivos sobre la prueba del polígrafo de Frisell; ninguno de los lugares a los pies de la morada blanca de Dios había hecho que se le acelerara el pulso más que otro. Además, las dos matrículas de su coche captadas hasta ahora por las cámaras de vigilancia parecen corroborar sus declaraciones: había estado dos veces en el exterior de un gran mercado en Tierp y una vez en el aparcamiento del restaurante Flustret en Uppsala.

Ryd suspira y pasa a las fotos de Börje Sandblom, pero no es capaz de concentrarse. El símbolo del círculo dentro del círculo ha captado toda su atención; necesita hablar de ello con Lukas Frisell. Coge el iPad y abre la primera página de la aplicación, en la que puede ver por dónde se ha movido la tobillera de localización desde que dejó ir a Frisell tras la frustrada reunión de mediodía. Ahora parece encontrarse en un viaje de exploración por la ciudad.

En este momento, está relativamente cerca de la comisaría, aunque no en su apartamento de Agnegatan, sino inmóvil en la anónima Inedalsgatan, cerca de la playa de Kungsholm. Debería poder presentarse en la comisaría en diez minutos.

Ryd llama por teléfono. Frisell suena sorprendentemente interesado,

teniendo en cuenta la indolencia que había mostrado por la mañana. No ha aparecido nada nuevo; todo el Proyecto Frisell parece estar estancado.

Ryd echa otro vistazo rápido a la tableta: Frisell ha dado media vuelta y la parpadeante mancha roja se dirige ahora hacia el sur por Inedalsgatan, en dirección a la comisaría. Ryd pasa la imagen del mapa con el dedo y aparece ante ella un mapa casi idéntico, la segunda página de la aplicación.

Hay dos diferencias respecto a la primera página: uno, no hay un sistema de líneas de los movimientos pasados de la mancha parpadeante; y dos, aquí la mancha es verde. Este segundo mapa corresponde al sistema de vigilancia secreto instalado en el Nokia 3310, el teléfono móvil que Frisell debe llevar siempre consigo para evitar que salte la alarma.

Tampoco observa nada extraño en esta página.

Ryd se levanta a esperarlo y el vigilante armado aparece como por encargo. Ryd le hace un gesto con la cabeza y se pregunta si este será en serio su trabajo a tiempo completo en estos momentos. La gestión de recursos de la policía es un auténtico misterio.

Cuatro minutos más tarde, Ryd y Frisell están sentados a ambos lados de la misma mesa, en la misma sala de interrogatorios, con los mismos termos de café y, probablemente, también los mismos bollos de canela entre ellos. Con el botón de alarma en la mano, Ryd se pregunta si las tareas del vigilante incluirán preparar café y comprar bollos de canela, o quizá solo quitarles el moho a los bollos rancios.

Ryd da la vuelta a la mesa, coloca el portátil delante de Frisell y se sienta en una silla a su lado. El fragmento empieza varios minutos antes de que el joven Frisell dibuje su doble círculo. Ryd deja que se acostumbre a la imagen de su joven yo.

Realmente parece estar algo afectado.

—Ah, joder —dice sacudiendo la cabeza—. Es verdad que había grabaciones de esto.

—¿Cómo te sientes al verla?

—Es una sensación extraña, como de otra vida. La vida de otra persona.

Ryd asiente con la cabeza y señala la pantalla.

—Ahora dejas el expresivo tema de la conferencia «Salud y atención médica en aislamiento» y te desvías hacia lo que yo llamaría un rumbo cuasi filosófico. Prepárate.

Frisell está preparado. Se ve a sí mismo dibujar los dos círculos, uno dentro del otro, y oye a una versión más joven de sí mismo, con una voz más clara, que dice:

—En este contexto, se podría hablar de zonas superpuestas, es decir, uno está tanto dentro como fuera. Sin embargo, la idea básica sigue siendo que el mundo es mucho más grande fuera que dentro de la sociedad. Lo mismo que se aplica a la vida, puede también aplicarse de forma psicológica, es decir, dentro y fuera de nosotros mismos.

Sonja Ryd se estira hacia el portátil, baja el volumen a cero y regresa a su lado de la mesa. Frisell parece algo confundido. Mira ciegamente la pantalla y su arrugado rostro parpadea multicolor mientras el vídeo sigue avanzando en silencio.

—Eran auténticas majaderías, ¿no crees? —dice Ryd—. Un análisis filosófico de esta afirmación no muestra más que un gran vacío.

Frisell se encoge de hombros.

—¿Qué querías decir exactamente? —continúa Ryd—. Y este círculo dentro del círculo, ¿era un símbolo que utilizaras con frecuencia?

—Creo que regresaba a un razonamiento de una charla anterior —dice con voz ronca—. De este modo, está sacado de contexto. Desde el principio, este círculo era una imagen que simbolizaba la salida de lo angosto y la entrada en lo amplio, en la naturaleza.

—¿Así que usabas el símbolo con frecuencia?

—Con frecuencia es un poco exagerado, pero sí lo usé alguna que otra vez. Era bastante práctico.

—En ese caso, deberías saber que ha aparecido en conexión con las actividades del Bombardero Terrorista.

Ryd sostiene el móvil delante de él: en la pantalla está la fotografía que tomó Ankan del árbol en Vasaparken. Un círculo grabado dentro de un círculo más grande.

—Del atentado número dos —dice Ryd—. ¿Lo reconoces?

Frisell coge el móvil, lo coloca sobre la mesa junto al ordenador y lo

observa como hechizado. Las luces cambiantes del ordenador siguen iluminando su pálido rostro.

—Por supuesto que lo reconozco —responde con actitud expectante.

—Es del domingo por la mañana —empieza Ryd—. Son aproximadamente las seis y veinte. La ciudad está desierta. Detrás de un árbol en Vasaparken, junto a Dalagatan, se encuentra el Bombardero Terrorista, esperando a que su bomba explote en el interior de la agencia de publicidad A Dos Velas. Mientras espera, talla este símbolo en el árbol. A las 6:29, explota la agencia de publicidad, un hombre sale ardiendo por la ventana y aterriza sobre el césped de Vasaparken. El Bombardero Terrorista se escabulle de forma inadvertida.

Frisell le devuelve el teléfono. Parece estar agotado. Ryd coge el móvil y repara en que ha recibido un correo electrónico de Eva Nyman. Lo lee: es sobre la nueva directiva de la gerencia del NOA y no parece nada prometedor. En breve se celebrará una reunión. «La Policía de Seguridad no —piensa—. Que no nos quiten este caso, no ahora».

Se vuelve a girar hacia Frisell, en cuyo rostro siguen bailando segmentos entrecortados de colores. Ahora parece aún más ausente, casi alterado. Ryd se inclina hacia él, le quita el portátil de delante y observa lo pálido que está cuando las luces de colores dejan de reflejarse en su cara.

—¿Qué tienes que decir sobre esto?

Frisell parpadea fuertemente varias veces y, al final, dice con voz ronca:

—¿Qué podría tener que decir al respecto?

Ryd lo observa minuciosamente y toma una decisión.

—Pareces algo afectado, Lukas. Vamos a hacer una cosa: vete a la ciudad durante una hora. Da un paseo como sueles hacer, pon en orden tus pensamientos, pídete un café y paga en efectivo. Nos veremos de nuevo dentro de una hora exacta.

Ryd se queda en la sala de reuniones durante unos minutos mientras el vigilante armado conduce a Lukas Frisell hacia la salida. Solo entonces es capaz de levantarse.

59

Elias Shariq y su abogado contemplan a Anton Lindberg cuando entra de forma precipitada en la claustrofóbica sala de interrogatorios y se sienta delante de la extraña pareja. Lo observan, no sin desasosiego, mientras esparce sus documentos por la mesa. Lindberg empieza con un entusiasmo algo retorcido.

—Qué maravilla tener un día extra, ¿eh? Es fantástico disponer de un poco más de tiempo para reflexionar sobre cómo reaccionará Hassan cuando se entere de que ha traicionado a su banda, la pandilla de Hjulsta, ¿no le parece? Espero que haya aprovechado al máximo este día extra en su vida.

El abogado se aclara la garganta e informa:

—Mi cliente pone en duda que haya hablado con Hassan, inspector. Denotaría una inmensa falta de ética.

Lindberg se detiene en mitad del movimiento, como si se quedara congelado. Se queda sentado sin moverse hasta que Shariq y el abogado empiezan a inquietarse. Entonces, recobra el movimiento y el habla.

—¿Falta de ética?

Solo eso.

—Nunca había oído esa expresión pronunciada de un modo tan perverso y menos de personas que no tienen ni la más remota idea de su significado —añade al cabo de un rato.

El abogado le susurra algo a Shariq al oído; se explaya durante un buen rato. Lindberg vuelve a tomar la palabra.

—Eso fue justo lo que sucedió cuando la mafia puso el pie en Estados Unidos: abogados obscenos y sin escrúpulos ayudaron a la carroña a establecerse… y acabaron siendo los *consiglieri* de la empresa familiar. No cabe duda de que vivimos en un mundo magnífico. Es fantástico que hayamos aprendido tanto de nuestra historia. —Anton

Lindberg se queda mirando a Elias Shariq—. Tiene suerte de que haya estado tan ocupado con las explosiones actuales. («En las que estás involucrado, Elias»). Pero ahora tengo tiempo. Si no me ofrece algo ahora mismo, iré directamente a Hassan. Esto no es una amenaza vacía: Hassan está encerrado cinco puertas más allá, en este mismo pasillo. Iré allí directamente para hablar de ácido pícrico con él.

Se levanta de forma repentina y puede ver cómo Elias, a pesar de que trata de ocultar el movimiento bajo la mesa, tira con fuerza de la chaqueta de su abogado.

—Mi cliente se opone a que…

—Acaba de darme algo, Elias —interrumpe Lindberg—. Se lo agradezco.

Acerca la cara hacia la de Elias Shariq.

—Por eso, voy a concederle una hora para que tome una decisión, Elias Eriksson —dice enfatizando el apellido.

Dicho esto, se marcha de allí.

60

Aunque ya sabe que Elias y su abogado no tardarán en salir, se queda inmóvil en el pasillo de las celdas, cinco puertas más allá.

Su demora se debe a que no quiere entrar ahí, no quiere tocar ni ser tocado por ese mundo putrefacto. Además, tampoco está autorizado a hacerlo, por lo que no puede contárselo nunca a nadie, menos aún al grupo Nova. Sin embargo, necesita esa ventaja sobre Elias Eriksson, alias Elias Shariq; necesita tener este as en la manga. Ese hijo de puta no puede salirse con la suya.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta el vigilante agitando las llaves.

Anton Lindberg asiente con la cabeza, consciente de lo fatídico que puede ser ese movimiento. Lleva demasiado tiempo en este camino, desde que su mente se vio inundada por el crimen pandillero.

El tipo de la celda tiene un aspecto normal y corriente, todo lo que la ropa de presidiario le permite. Tanto los pantalones de chándal como la camiseta verde están claramente agujereados por las polillas y su oscura barba de dos días está a punto de convertirse en una barba de verdad.

El vigilante obliga al prisionero a sentarse sobre la cama y engancha las esposas a la mesa que está fija al suelo. A una señal de Lindberg, sale de la celda, pero deja abierto el cerrojo de la maciza puerta. Lindberg lo oye acercarse.

—Hassan —dice Lindberg y se sienta en la silla frente a él.

—Otro madero —suspira el líder de la pandilla de Hjulsta, dirigiéndole una mirada fría como el hielo.

—El ácido pícrico —dice Lindberg escuetamente—. ¿Soléis pasarlo de contrabando?

—¿Por qué hablamos de cosas que jamás van a acabar en juicio? —dice Hassan con una sonrisa que pretende reflejar somnolencia.

Sin embargo, Anton Lindberg ve la alerta que oculta esa sonrisa.

—Porque no se trata de tu caso —dice, agudizando su atención.

No, definitivamente, la ostensiva sonrisa de Hassan no lo impresiona. El tipo no es capaz de ocultar su curiosidad, aunque puede que todo esté en el cerebro sobreexcitado de Lindberg.

—Ven a llevarte a este tío —grita Hassan en dirección al pasillo—. Me está matando de aburrimiento.

Lindberg considera que ha aprendido mucho de Sonja Ryd sobre técnicas de interrogatorio. Quedarse callado ahora sería la jugada perfecta, porque es más que evidente que Hassan siente curiosidad.

No se oye ni una mosca desde el pasillo de las celdas. No se asoma ningún vigilante. Anton Lindberg permanece pasivamente sentado en completo silencio.

—¿De qué caso se trata, entonces? —pregunta Hassan al final, con un tono de derrota temporal.

—El ácido pícrico —se limita a decir Lindberg.

Lo único que se oye es el sistema de ventilación, un sonido monótono e insistente. Lindberg se pone a pensar en lo difícil que debe de ser dormir con ese ruido.

Finalmente, Hassan extiende las manos todo lo que le permiten las esposas y dice:

—No tengo ni puta idea de qué coño es eso del ácido pírico.

—Una parte fundamental de las potentes bombas caseras, como las que están explotando por todo el país y matando a montones de personas. La pandilla de Hjulsta lo importa desde los Balcanes. Tenemos pruebas. No tardaremos en vincularlas al cargamento exacto.

Lindberg observa a Hassan.

—Infórmame cuando lo hagáis —dice Hassan al fin.

—Supongo que sabes de qué cargamento te estoy hablando, ¿no?

Hassan posa los ojos gélidos en Lindberg, que trata de no pensar en la cantidad de personas muertas y torturadas que habrá visto esa mirada. Hassan no retira los ojos de él ni por un solo segundo; lo sigue observando cuando se levanta y sale a esperar al vigilante en el pasillo.

Solo cuando la llave se introduce en el cerrojo, Hassan dice, con toda serenidad y claridad:

—Me compadezco de quien trate de enfrentarnos, señor madero. ¿No te das cuenta de lo sencillo que es averiguar dónde vives?

Cuando la puerta se abre, Hassan le hace un gesto rápido de disparo con el dedo índice. Entonces, sopla el humo imaginario del dedo y la puerta maciza vuelve a cerrarse.

61

Shabir Sarwani está agazapado sobre la pantalla de su ordenador. A su alrededor, los colaboradores hacen lo mismo. Lindberg, Ankan y Ryd, cada uno en su rincón de la sala con su propio grupo alrededor, parecen estar haciendo algo similar.

Es como una competición.

Sarwani ha reunido información sobre el desconocido Börje Sandblom y ha creado un par de escenarios alternativos sobre su ausencia; tras hacer una lista de todos los archivos y registros posibles en los que podría rebuscar, ha recopilado y procesado las conocidas fotografías y las ha preparado para el reconocimiento facial profesional.

Poco después, repara en el numerito sobre uno de los iconos en la parte superior de la pantalla. Se apresura a entrar en el buzón de correo y se da cuenta de que hay un mensaje nuevo entre los ochenta y cuatro que tiene sin leer.

Ha recibido respuesta: han identificado el rostro iracundo de Odenplan, justo cuando el hombre era golpeado por la mochila verde militar. No le sorprende observar que el visiblemente violento personaje figura en el registro de antecedentes penales, no solo como delincuente sexual, sino también en relación con la venta de metanfetaminas. Se llama Slobodan Jovanović y su lista de antecedentes sigue creciendo ante los ojos de Sarwani.

Vuelve a abrir la foto de Odenplan: el hombre agresivo acaba de recibir un pequeño empujón de una persona con una mochila que, a continuación, desaparece entre el gentío y coloca la letal mochila entre los espectadores.

Slobodan Jovanović ha visto a esa persona.

Sarwani analiza el registro de antecedentes penales. Jovanović anda suelto: fue puesto en libertad hace seis meses tras cumplir una

condena de tres años de prisión por delitos relacionados con las drogas. No figura ninguna dirección de trabajo, ninguna dirección fija, ningún familiar ni pareja; solo hay una dirección de Farsta con un signo de interrogación al final que corresponde a una mujer llamada Vesna Damnjanović.

Sarwani coge con cuidado la chaqueta de la silla que tiene detrás y sale de la oficina panorámica tratando de pasar desapercibido.

Los demás pueden seguir compitiendo sin Shabir Sarwani.

Él juega en otra división.

62

Sonja Ryd no compite. Se encuentra agazapada sobre su ordenador, pero se niega a relacionar el rostro rubicundo de Börje Sandblom con la brutal y sofisticada serie de atentados del Bombardero Terrorista. No se trata de una objeción policial ni filosófica, sino de puro prejuicio.

En su lugar, está enfrascada con otro hombre de mediana edad al que le resulta aún más difícil descifrar. Casi ha pasado la hora; ha llegado el momento de bajar y encontrarse con él en la recepción. Ryd coge su iPad y se pone en marcha.

En el pasillo, se encuentra con Eva Nyman y las dos detienen sus enérgicos pasos.

—No me digas que es la Policía de Seguridad —es lo primero que dice Ryd.

—Lo mejor es no decir nada —contesta Nyman, poniendo las manos en alto—. Aunque, por el momento, la amenaza queda revocada: nos han concedido una prórroga de cuarenta y ocho horas.

Sonja Ryd suspira profundamente y pone la mano en el hombro de su jefa.

—Gracias, Eva. Te informo aquí y ahora de que rechazo cualquier futura oferta de un cargo de jefa. Joder, lo que tienes que lidiar con los burócratas.

—Mensaje entendido. ¿Adónde vas?

—A recepción —dice Ryd mirando el reloj—. Me he citado con Frisell en un par de minutos.

—Una parte de nuestro acuerdo es que Frisell nunca puede llegar tarde —dice Nyman—. Si no avisan de recepción ni llama él mismo en ese par de minutos, habrá roto el acuerdo.

Ryd mira el móvil.

—Tengo que contarle a Nova que disponemos de cuarenta y ocho

horas —dice Nyman, abre las puertas batientes que dan a la oficina panorámica y añade—: Infórmame de cómo va la reunión con Lukas.

En ese momento, suena el teléfono; quedan tres minutos para el incumplimiento del contrato. Ryd espera oír la perezosa voz desde la recepción, hasta que ve el número de Frisell en la pantalla.

—Tenemos una cita dentro de tres minutos —dice Ryd con frialdad.

—Lo sé —dice Lukas Frisell al otro lado del teléfono—. Lo siento, pero tengo que confirmar una cosa. No me ha dado tiempo.

—¿Qué cosa? —dice Ryd y empieza a toquetear el iPad con una mano. Abre la aplicación y ve la parpadeante mancha roja. Pasa hasta la mancha verde. La tobillera de localización y el teléfono móvil. Ambos se encuentran en el mismo punto, como debe ser.

—Es difícil de explicar —dice Frisell—. Solo tienes que confiar en mí. ¿Podemos aplazar la reunión una hora?

—Estoy viendo que te encuentras en Östermalm, subiendo por Sturegatan. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Te lo contaré cuando nos veamos. Ahora tengo que colgar.

En efecto, Frisell cuelga el teléfono. Ryd se queda un rato de pie mirando fijamente el móvil y vuelve a pasar de una vista de mapa a la otra. La mancha roja, la que corresponde a la tobillera, sigue en el mismo sitio que la verde, la correspondiente al teléfono móvil modelo Nokia 3310. Todo parece estar bajo control.

Observa el límite de la zona permitida para Frisell en Gärdet: está bastante pero no preocupantemente cerca.

«Tengo que confirmar una cosa», «Solo tienes que confiar en mí», «Ahora tengo que colgar».

No había nada realmente extraño en sus palabras. La había llamado por teléfono, aunque fuera en el último momento. Se trata de fórmulas estándar. Establecer la confianza. Crear una esfera lingüística familiar. Y curiosidad profesional positiva.

No hay ningún problema. Se verán dentro de una hora y, entonces, sabrá qué se trae Frisell entre manos.

Sonja Ryd se queda en el pasillo con una pequeña pero molesta china en el zapato.

Un incordio.

¡Joder! Siente que algo va mal. ¿Por qué ha tardado tanto Frisell en dar señales de vida?

Östermalm. ¿Qué está haciendo en Östermalm?

Esa es la propia esencia de Lukas Frisell: algo parece no ir bien del todo, pero no es posible averiguar el qué.

Se queda inmóvil como una estatua durante varios segundos antes de tomar una decisión. Aquí y ahora. Decide que se trata algo urgente.

Sonja Ryd baja corriendo al garaje, arranca apresuradamente el coche camuflado y sale a toda pastilla del garaje hacia Fridhemsplan y pone rumbo a Östermalm. Aprovecha un semáforo en rojo para consultar el iPad: la parpadeante mancha roja pasa el pequeño Stureparken y continua hacia la gran intersección sobre la calle Valhallavägen, junto al estadio de Estocolmo.

Entonces, la luz verde vuelve a aparecer en Fridhemsplan. Es plena hora punta. Ryd conduce por la calle central de la ciudad y consigue colocar la luz azul móvil en el techo del vehículo. El tráfico sigue siendo muy denso. Sostiene el volante con las rodillas mientras llama al Nokia 3310 de Lukas Frisell, pero no obtiene respuesta.

A tomar por culo. Sigue sin recibir respuesta.

Consigue pasar la imagen de la mancha roja a la mancha verde. Ha desaparecido: el segundo mapa del iPad no muestra ninguna marca verde.

Lukas Frisell ha conseguido apagar el teléfono móvil.

Puede que no haya sido algo intencionado. Quizá ha quedado con alguien del inframundo, alguien que no acepta móviles encendidos. Ryd sigue teniendo un atisbo de confianza.

Hasta que cae en la cuenta de que Frisell no puede apagar el móvil.

Esa es precisamente la idea de vigilar el móvil.

No es posible apagarlo.

Cambia de sentido en Tegnérlunden y se ve arrastrada por el caótico tráfico hacia Sveavägen, sin posibilidad alguna de abrirse paso a través de los vehículos que se acumulan en todas direcciones. Trata de hacer que se abra la fila de coches de Tegnérgatan, pero avanza de forma muy lenta; está medio atascada mientras la sirena sigue sonando de forma implacable. Tiene que apagarla para poder llamar,

así que queda atrapada en mitad de Sveavägen. La intermitente luz azul no es suficiente para los cínicos conductores suburbanos.

Sonja Ryd llama a Eva Nyman, pero tampoco obtiene respuesta; lo más seguro es que se encuentre en otra reunión. Cuando, entre una lluvia de pitidos, logra atravesar Sveavägen y acelera para subir por Tegnérgatan, no puede estar a mucho más de cinco minutos de Frisell y su maldita tobillera. Ahora se han detenido; Ryd tiene la dirección del lugar en el que está la parpadeante mancha roja.

Llega hasta Birger Jarlsgatan y marca el número de Ankan. La respuesta llega justo cuando tiene que volver a poner temporalmente en marcha la sirena. Oye a Ankan gritar al teléfono entre el rugido enloquecido, así que ella también empieza a hablar a gritos.

—Lidingövägen 28. ¿Qué hay ahí?

—Espera, Sonja, tranquila. Voy a comprobarlo.

—Vamos, joder, vamos.

—Kavallerikasern —dice Ankan.

—No puedo entender lo que dices —grita Ryd y gira con un chirrido de neumáticos desde Karlavägen hacia Sturegatan mientras apaga la sirena—. ¿Qué cojones es Kavallerikasern?

Ve ante ella un gran desafío: la intersección gigante entre Valhallavägen y Sturegatan, que más adelante pasa a ser Lidingövägen. Pero no puede activar la sirena si quiere poder continuar con la llamada.

—Creo que es el cuartel de caballería —responde Ankan—. Nuestra caballería.

—¿Nuestra? ¿Nuestra de quién?

—De la policía —aclara Ankan—. Los caballos de la policía.

Entonces, la mancha roja parpadeante vuelve a ponerse en movimiento. Justo cuando Ryd consigue recorrer la ancha calle de Valhallavägen, ve cómo la mancha roja se va acercando en el mapa. Ha dado media vuelta y viene hacia aquí. Está cada vez más cerca de su coche; puede que se encuentre a unos trescientos metros por delante de ella. Un ligero caos en el tráfico la obliga a poner de nuevo en marcha la sirena.

Va a encontrarse con Frisell con la tobillera de localización.

Según la aplicación, viene caminando directamente hacia ella.

Al mismo tiempo, ve a un pequeño grupo de policías a caballo avanzando al paso por el otro lado de Lidingövägen. Resistir las sirenas de la policía es una auténtica prueba para los caballos de la policía montada. Un leve caos se desata entre los equinos en el mismo instante en que Ryd consigue abrirse paso entre el embotellamiento.

Su sirena sigue pitando mientras se cruza con los caballos. Justo en ese momento, se cruza también con la parpadeante mancha roja del mapa.

La ubicación de Lukas Frisell.

Uno de los caballos se encabrita de forma violenta y Sonja Ryd logra distinguir una tobillera de localización en una de sus patas delanteras.

Su rugido de frustración en el interior del coche ahoga el pitido de las sirenas.

63

Un peculiar aroma a castañas envuelve a Lukas Frisell, que se encuentra esperando en la parte exterior de una majestuosa puerta en Vasastan. Gira su mirada azul claro hacia el cielo y olfatea el aire vespertino.

Es extraño, pues no hay ningún castaño por allí cerca.

¿No había tenido esta misma sensación anteriormente?

Siente de forma física la transición entre el mediodía y la tarde. Incluso aquí, en la ciudad. Al fin y al cabo, aún queda algo de naturaleza. La arboleda del observatorio no está demasiado lejos de aquí; Vasaparken está todavía más cerca.

Mientras espera, su conciencia regresa a las últimas horas.

El taller provisional en Inedalsgatan. Alonzo, el genio de la técnica con el paquete y el coche preparados. El trayecto hacia Stureplan. Las instrucciones al llegar a Sturegatan.

El recuerdo de una sola pregunta.

—¿Por qué el cuartel de caballería?

—Tengo un colega allí. Será gracioso. Una fiestecilla, amigo.

—¿Una fiestecilla?

—Sube por Sturegatan y llámalos exactamente tres minutos antes de la hora. ¿Recuerdas las instrucciones para apañar el teléfono?

—Me las has dado hace medio minuto, Alonzo.

—Llama, apaña el teléfono. Tres minutos exactos, amigo. No te atraparían ni aunque sospecharan de ti. No hay ningún madero que pueda ser tan listo.

—Hay una —dice Frisell antes de volver a cerrar la puerta del coche.

Entonces, sus pensamientos se remontan aún más atrás en el tiempo. Se encuentra delante de un camión para el transporte de prisioneros y su imagen se refleja en la ventanilla; lleva puesto el uniforme de

policía y no tiene el cabello espeso, sino más bien con rapado militar. Un joven con pelo negro, piel marrón claro, chándal y grilletes lo abraza y le dice: «Confío en que ahora cuidarás de la familia, amigo». «Soy una persona en la que se puede confiar», dice Frisell sencillamente. El joven Alonzo le da una palmadita en la mejilla y sonríe con torpeza: «Nos vemos dentro de cuatro años, amigo». Y Alonzo avanza arrastrando los pies hacia los vigilantes que esperan junto al camión de prisioneros.

El Frisell actual, más arrugado, saca el Nokia inutilizado y lo observa durante unos instantes. A continuación, vuelve a guardárselo en el bolsillo interior de la vieja chaqueta de color caqui y sacude levemente la cabeza.

El peculiar curso de la vida.

Lo cierto es que había cuidado de la familia de Alonzo, su soplón, y deseaba poder haber hecho más, pero la estafa cibernética a gran escala de Alonzo no podía pasarse por alto. Frisell se aseguró de que su mujer y su hija se librasen de los amenazantes enemigos.

De forma totalmente inesperada, el genio ciberestafador de la tecnología y el joven madero se habían hecho amigos. Los anteriores trapicheos cibernéticos de Alonzo también habían contribuido al escepticismo que Frisell sentía hacia la red.

Lukas Frisell mira a su alrededor: sigue sin haber ni un alma en las proximidades. Aunque esto sea el centro de Estocolmo, su inmovilidad junto a la puerta bajo los imponentes ornamentos no tardará en despertar las sospechas de algún vecino hipersensible.

Espera que el asunto no se demore demasiado.

Su pensamiento se ensombrece cuando llega a una conversación que ha tenido muy recientemente con una mujer del pasado, una mujer que surgió de los páramos reprimidos.

Ha permitido que Alonzo lo llevara hasta allí desde el cuartel de caballería. Su instinto policial le dijo que harían falta infinitos recursos para identificarlos partiendo de ese corto trayecto.

Casi una década atrás, Lukas y Sofia, una de sus antiguas alumnas, habían quedado en Skansen justo después de que terminara el curso. A través de algún familiar, habían conseguido un alquiler en el barrio de

Djurgårdsstaden, a dos minutos andando del museo al aire libre de Skansen, donde había encontrado trabajo fijo como veterinaria. De pronto, Frisell recuerda su cuerpo desnudo, sobre todo los tatuajes que cubrían todo su cuerpo.

Los tatuajes se habían descolorido un poco, pero, por fortuna, la propia Sofia seguía viviendo en Djurgårdsstaden. Lo que le causaba más curiosidad era su lengua bifurcada, pero ahora era una lengua normal y corriente. Le parecía superfluo preguntarle por la cirugía plástica. Él solo quería una cosa.

Tras varias tribulaciones, Sofia recordó una antigua dirección en Vasastan en la que había vivido algún familiar de su amiga.

Allí es donde se encuentra Lukas Frisell en este momento, esperando.

El aroma a castañas en el aire se ha evaporado. Solo queda la espera.

Es una espera que supone varios extraños minutos de una desconocida pero palpable tristeza.

En ese momento, un joven sale por la puerta y Frisell consigue sujetarla antes de que se cierre.

Sube tres pisos con esa sensación de pesadumbre y tristeza incomprensibles que lo embarga. Rara vez ha sentido sus pasos tan pesados, ni siquiera en su época de máxima desnutrición en el bosque. Allí tenía otras fuentes de energía.

En la puerta pone «Eriksson». Tiene que ser aquí.

Frisell llama al timbre, pero ahí dentro no se oye ni una mosca. Se queda esperando unos momentos. De algún modo, sigue estando en el lado correcto de la ley. Considera que el siguiente paso es el más grave. Llama al timbre una vez más y espera hasta que se ha apagado el último tañido de civilización.

Entonces, pasa a la barbarie.

Saca su vieja ganzúa y manipula la cerradura hasta que consigue abrir la puerta.

Da un profundo suspiro en la oscuridad y entra sigilosamente.

No es un apartamento muy grande y no percibe ninguna diabólica ráfaga de olor a cerrado desde las profundidades de la vivienda. Aun

así, es evidente que ese piso de la época del cambio de siglo está impregnado con olor a señora mayor: no le cabe duda de que se trata de la vivienda de una viuda.

Además, parece estar abandonado.

Está deteriorado, polvoriento, oscuro. Frisell lo recorre sigilosamente con la alerta de hombre del bosque al máximo, pero no logra encontrar nada oculto, secreto ni escondido. Aun así, siente una presencia reciente.

Aquí ha habido gente. Hace muy poco. En este piso se ha reunido gente.

En la esquina interior de uno de los dormitorios hay un viejo armario que contiene lo que, cuando lo observa más de cerca, resulta ser un armario metálico más nuevo, fijado al suelo, que está integrado dentro del viejo armario y cerrado con un fuerte candado. Frisell prueba sus ganzúas en la puerta de metal, pero ninguna de ellas entra en la cerradura.

Se endereza y siente que, a pesar de todo, una de las ganzúas debería servir. Ha empezado a acostumbrarse a hurgar en su pasado. Hace un nuevo intento, a cámara lenta; le lleva un buen rato, pero, finalmente, oye el conocido clic y abre la puerta metálica dentro de la vieja puerta de madera.

Se lleva una decepción: el armario está vacío.

Ilumina el espacio vacío con la potente linterna recién comprada que se saca de uno de los bolsillos laterales del pantalón. Entonces, lo ve.

En lo alto del armario metálico hay otro pequeño armario, una especie de caja de seguridad, cerrada a cal y canto. Se da cuenta al instante de que no va a tener ninguna posibilidad de abrir ese cerrojo con una ganzúa.

Suspira profundamente. Está a punto de volver a cerrar la puerta metálica y largarse de allí cuando ve una bolita de papel en la esquina inferior.

La coge y la estira.

Se trata de una factura. No le importa qué tipo de factura es. Lo único que le interesa es la dirección.

«Midjegränd 13, Tomtjärla».

Se mete el papel en el bolsillo y desaparece.

Desaparece de verdad.

64

Shabir Sarwani observa sus heridas en el espejo del ascensor de Farsta. Es la primera vez en mucho tiempo que se enfrenta a ellas de forma tan directa. El ascensor es de los más pequeños en los que ha estado nunca, por lo que se ve empujado hacia el espejo, sin poder apartar la mirada.

En general, parece estar completamente agotado, pálido y magullado, tiene la mayor parte del cuerpo cubierta de heridas que se abren de vez en cuando y siente un dolor de cabeza constante. ¿Y en qué medida se ha visto afectada su audición? El pitido de los oídos le resulta alarmante. ¿Será tinnitus?

Necesita con urgencia unas vacaciones.

A pesar de la resistencia del ascensor, consigue ponerse la chaqueta roja y amarilla del uniforme y se ajusta la pistola en la parte trasera de la cintura del pantalón; poco después, llama a una puerta en la que pone «Damnjanović» y se queda observando las variaciones de luz de la mirilla. Cuando es evidente que alguien está mirando, anuncia con voz suave:

—Soy de DHL. Necesito que me firmen este paquete.

La puerta se entreabre, Sarwani la agarra con firmeza y la abre de golpe. Detrás de una corpulenta mujer, vislumbra un dormitorio y a un hombre que reúne su ropa a toda prisa y se escabulle hacia un lado, fuera de su vista.

Sarwani aparta a la mujer de un empujón y se precipita hacia el hombre al mismo tiempo que saca la pistola. Por todas partes hay chismes que parecen estar estratégicamente colocados; finalmente, llega a la puerta del dormitorio, echa una rápida mirada a la izquierda y ve un balcón en la habitación de al lado. Allí no hay nadie. Entra en la habitación, se abre paso entre los trastos hasta el balcón y ve a un hombre a medio vestir que se aleja cojeando por un patio interior y

desaparece en la propiedad vecina.

Durante un segundo, Sarwani considera la opción de lanzarse detrás de él; sin embargo, mientras está aún sentado en la barandilla, acepta su miserable situación. Tranquilo y sereno, se gira sobre la verja, vuelve a saltar al balcón y regresa al lado de la mujer.

Ella está junto a la puerta exterior, todavía abierta, con los brazos cruzados sobre un vaporoso vestido de verano que no solo lleva torcido, sino también del revés.

—Parece que he interrumpido algo entre Slobodan y tú, ¿eh, Vesna? —pregunta sin guardar la pistola.

Ella se limita a mirarlo fijamente. Se puede ver el odio en su aguda mirada.

—¿Adónde ha ido? —sigue preguntando Sarwani—. ¿Cuál es su otro escondite?

La robusta mujer no dice una sola palabra, pero sus ojos siguen irradiando oscuridad.

—¿Por qué no dices nada, Vesna? ¿En qué crees que te ayuda eso?

—Como si fuera a hablar con un árabe —dice Vesna Damnjanović con voz sibilante.

Sarwani suspira profundamente y vuelve a meterse la pistola en la cinturilla del pantalón.

—En realidad soy afgano.

65

Están tremendamente apretados en la diminuta sala de interrogatorios. Anton Lindberg siente un ligero malestar que no lo ha abandonado desde que salió de la celda vecina. Ahora lo acompaña Ankan y, cuando se sientan, apenas tienen sitio en la mesa de interrogatorios.

Ankan tiene una sola tarea: observar fijamente a Elias Shariq.

Lindberg sostiene cerca del pecho su carta secreta del triunfo cuando se inclina hacia la pareja que se encuentra al otro lado de la mesa.

—Ya he hablado con Hassan —les dice—. No sabe nada de ningún ácido pícrico. Por el contrario, le pareció, y cito, «interesante» que haya usado el vehículo de contrabando de la pandilla para negocios privados, Elias.

Lindberg no mira a Elias Shariq, sino a Ankan. Ella hace una breve señal de asentimiento con la cabeza y Lindberg continúa.

—Hassan querrá hablar con usted cuando ingrese en prisión.

Se hace el silencio. Nadie dice nada, hasta que Lindberg sigue hablando.

—Además, me resulta sumamente interesante que se haya tomado tantas molestias para ocultar que su verdadero nombre es Elias Eriksson. Lo cierto es que, en un entorno pandillero, eso de ser medio sueco no habría funcionado muy bien.

Lindberg vuelve a mirar a Ankan, que asiente de nuevo con la cabeza.

—Gracias a diversas cámaras de tráfico —continúa—, es posible seguir el vehículo de contrabando de la pandilla de Hjulsta por Estocolmo la noche en que lo detuvieron, Elias Eriksson. En un par de ocasiones, se acerca bastante a una dirección en Vasastan. Allí es donde vive su secreta pero verdadera madre, Birgitta Eriksson, de

setenta y cuatro años.

El estirado abogado especialista en bandas criminales parece algo descolocado cuando dice, medio preguntando, medio gritando:

—¿En serio insinúan que mi cliente conservaría explosivos en casa de su anciana madre?

—Quizá si mamá no está en casa —responde Lindberg con una sonrisa falsa—. Quizá si mamá está ingresada en una residencia para ancianos dementes.

Lindberg se gira hacia Ankan. Ella vuelve a asentir con la cabeza.

Sin decir una sola palabra, los dos salen de la sala de interrogatorios.

Una vez en el coche, Ankan dice:

—Su reacción fue muy obvia en cuanto mentaste a su madre.

—Tenemos que ver exactamente cuál ha sido la reacción —dice Lindberg, gira desde Odenplan y empieza a callejear por la red de callejuelas de Vasastan.

Ankan se gira hacia él y lo mira fijamente.

—¿Cómo estás en realidad, Anton?

Él se limita a sacudir la cabeza, pero Ankan insiste.

—No estás como siempre. Hay algo que te preocupa.

Como no obtiene respuesta, suspira brevemente y cambia de tema.

—¿Cuánto de lo que has dicho ahí dentro era verdad? —pregunta.

—Que en su día fue bautizado como Elias Eriksson y que su madre se llama Birgitta Eriksson, que lo tuvo bastante tarde y ahora sufre demencia.

—¿Nada más?

—El resto era más bien calibración —sonríe Lindberg—. Para que tuvieras la mira puesta antes de que planteara la pregunta importante. Últimamente te has convertido en una auténtica experta en psicología humana.

—¿Porque quedo con hombres, quieres decir?

—Precisamente por eso —reconoce Lindberg—. Parece que tienes un radar de precisión constantemente activado.

—Es necesario cuando eres una mujer que sale con hombres —murmura Ankan.

Llegan a la dirección correcta. Lindberg aparca justo delante de una puerta coronada por una excesiva ornamentación. La ganzúa de Ankan les otorga acceso directo al portal y suben dificultosamente tres tramos de escaleras hasta que llegan ante una modesta puerta en la que pone «Eriksson».

Anton Lindberg lleva en la mano el permiso para el registro domiciliario, pero, cuando Ankan se dispone a abrir la puerta de la vivienda con la ganzúa y se dan cuenta de que la puerta no está cerrada con llave, vuelve a meterse el permiso en el bolsillo. Sacan sus armas reglamentarias justo al mismo tiempo, abren la puerta silenciosamente y se introducen en la vivienda. Se cubren el uno al otro y gritan «¡Policía!», tratando de no llamar demasiado la atención en la escalera.

Con gran concentración, van avanzando de una estancia a otra. No hay muchas, por lo que no tardan en asegurar la vivienda.

Ankan se coloca los guantes de látex, se agacha en el dormitorio interior y pasa el dedo índice por el suelo.

—Alguien ha estado aquí hace nada —dice.

Sin bajar la pistola, Lindberg sale hacia el vestíbulo, vuelve a cerrar la puerta exterior y regresa por el cuarto de estar.

En una anticuada repisa de chimenea hay varias fotos enmarcadas bajo una capa de polvo. Lindberg las mira distraído y descubre una fotografía más antigua de una pareja de recién casados y una más reciente de otra pareja de recién casados, aunque la mujer en las dos fotos es la misma. Aparece también en otra imagen, tan antigua que ha empezado a desconcharse: aquí está ella sola, con una amplia sonrisa, delante de un templo en Palmira, como dice la inscripción. Con toda seguridad, se trata de la propia Birgitta Eriksson. En otra fotografía, algo amarillenta, hay una niña pelirroja de unos doce años con el cabello encrespado y penetrantes ojos verdes sentada en las rodillas de Birgitta. Entonces, Anton Lindberg fija la mirada en otra imagen. Con los guantes de látex recién puestos, levanta la foto del extremo. Representa a un niño de diez años con una leve insinuación de rasgos árabes.

No cabe duda de que se trata del joven Elias Eriksson, alias Elias

Shariq.

—¡Aquí! —grita Ankan desde el último dormitorio.

Lindberg vuelve a dejar la foto en su sitio y se dirige hacia allí. Ankan se encuentra ante un viejo armario. Abre la puerta y revela un armario metálico fijado al suelo, notablemente más nuevo, que está entreabierto. Abre la puerta de acero con cuidado y distingue una especie de caja de seguridad arriba a la derecha, bien soldada al armario.

—Reconozco este tipo de cerradura —dice Ankan, señalando la caja de seguridad.

—¿Cómo que la reconoces? —pregunta Lindberg—. El cerrojo parece totalmente infranqueable.

—Es el último grito. No funciona ninguna vieja ganzúa, pero asistí a un curso hace un par de meses y me hice una ganzúa ultramoderna. La tengo en el manojo.

—¡Joder! —exclama Anton Lindberg.

Ankan saca su grueso manojo de ganzúas y elige la correcta. La mete en el cerrojo de la caja de seguridad y se abre paso cuidadosamente entre los ganchos y muescas internas de la cerradura hasta que, finalmente, esta hace clic.

La pequeña y sólida puerta se abre.

Dentro de un tarro de cristal translúcido, los dos distinguen unos pequeños granos de color amarillento nadando en un líquido.

—Ácido pícrico —murmura Anton Lindberg.

66

Eva Nyman se encuentra ante una pared de cristal observando a un hombre completamente cubierto con ropa de protección blanca que se mueve bajo una luz tenue. Del técnico forense responsable solo se ven los ojos.

—¿Para qué necesitáis la jaula de cristal? —pregunta Nyman.

—Es necesaria para tu tercera tarea —dice el forense con voz ahogada—. Pero vamos a empezar con la primera. Nos mantienes ocupados de verdad, Eva Nyman.

—Más bien diría que es el Bombardero Terrorista quien os mantiene ocupados de verdad.

—La primera tarea: el apartamento de Vasastan. Sí, el grano amarillo en el tarro de cristal es ácido pícrico. Es una sustancia explosiva sumamente inestable que no se puede transportar en seco. Además, había varias señales que indicaban que allí había habido gente recientemente, al menos dos personas distintas. Estamos buscando muestras de ADN. También había leves indicios de que una tercera persona había estado allí justo antes de que tus soldados de infantería irrumpieran en la vivienda. Después de esta persona, queda como mucho la huella de una pisada en el polvo que aún no ha sido analizada.

—Birgitta Eriksson lleva algo más de un año en la residencia —dice Nyman—. Ha pasado sola la mayor parte del tiempo. Es evidente que el hijo no ha vendido el apartamento, sino que lo ha utilizado como una especie de almacén y, probablemente, también como local de reuniones.

—Los técnicos forenses siguen allí preservando pruebas. Te informaré si surge algo. En algún momento tendremos algo que reportar sobre el cuarto de baño: hay huellas de un ácido todavía desconocido en la bañera. Pero no esperes demasiado.

—No suelo hacerlo —murmura Nyman—. ¿Qué hay de la segunda tarea?

El técnico forense saca algo que se bambolea bajo el guante blanco. Se trata de un objeto negro, con forma de aro y cortado.

—La tobillera de localización —explica el forense—. No sin muchos esfuerzos conseguimos quitársela al caballo. Nuestros mejores expertos en electrónica estuvieron trabajando toda la noche para tratar de averiguar cómo quitar una de estas tobilleras sin que salte la alarma y, por si fuera poco, ponérsela a un caballo de la policía.

—¿Llegaron a alguna conclusión?

—La desconectaron usando electrónica externa y la expandieron usando fuerza física. El intercambio de la persona al caballo se produjo en el interior del cuartel de caballería, justo antes de que prepararan al caballo. Todo el proceso se llevó a cabo con precisión clínica y sin ser descubiertos. Nuestros técnicos forenses estaban muy impresionados.

—Pero ¿por qué un caballo de la policía?

El técnico forense se queda inmóvil; sus ojos entrecerrados la miran sorprendidos entre el atuendo blanco que lo cubre de arriba abajo.

—Solo hay que tener un poco de sentido del humor para entenderlo.

—¿Sentido del humor? —exclama Nyman.

—Si dejamos a un lado todos los aspectos legales y serios del caso, lo cierto es que es bastante gracioso que la tobillera de localización la llevara un caballo de la policía de servicio.

Nyman se queda callada y logra frenar su acelerado ritmo interno. Entonces, lo comprende: en realidad, le parece bastante gracioso. Sonríe brevemente y su ritmo vuelve a acelerarse.

—He puesto a un par de hombres a interrogar a los empleados del cuartel de caballería. En este momento, es un enigma cómo ha sucedido todo.

El técnico forense parece estar buscando las palabras correctas.

—Este tipo de tobillera ha tenido mucho éxito, también a nivel internacional —explica al fin—. No obstante, si analizamos su historia oculta, podemos descubrir un par de casos anteriores, uno en Noruega y otro en Finlandia, en los que los sujetos consiguieron quitársela.

Nadie tiene ningún interés en ir pregonándolo por ahí. Podríamos clasificarlo como pérdidas.

Nyman suelta un suspiro y tiene un destello de memoria.

—¿Y qué pasa con el Nokia? —pregunta—. El dispositivo de rastreo que habíais escondido en él no debería poder apagarse, ¿no?

—Lleva un vacío legal incorporado de serie —responde el forense—. Se puede apagar con el microinterruptor correcto en un circuito de difícil acceso. Si no lo haces bien, salta la alarma directamente. Requiere un gran rigor.

—¿Y esto lo ha llevado a cabo ni más ni menos que Lukas Frisell mientras deambulaba por Sturegatan?

—Parece que es un hombre muy mañoso. La otra opción es que estuviera de paseo con un experto. En cualquier caso, ha tenido que recibir ayuda de al menos dos personas en el cuartel de caballería.

Eva Nyman asiente y niega con la cabeza al mismo tiempo.

—Ahora pasamos a la tercera tarea —continúa el forense, abre un cajón y coloca cuidadosamente una carta sobre su banco de trabajo.

Nyman distingue con claridad la dirección escrita a máquina y formulada a la antigua usanza: «Comisaria Eva Nyman, NOA, Comisaría de Policía, Estocolmo».

—Llegó con el correo —dice Nyman—. La carta número cuatro. La cogisteis antes de que pudiera leerla siguiera.

—Y hasta ahora no hemos encontrado nada que la haga destacar entre las cartas anteriores. Excepto que esta vez la recibimos antes. Sin contaminar.

Aunque los ojos son lo único que se puede ver del técnico forense, en ellos brilla una expresión acusadora.

—Definitivamente, se trata de la misma máquina de escribir —continúa el forense—. El mismo papel, la misma pulsación. La enviaron ayer desde la terminal de correo de Rosersberg.

—¿Así que no tenemos absolutamente nada?

—El texto, claro, pero nada más. No antes de que haya analizado la carta bajo el microscopio y haya realizado las pruebas de ADN y demás. Por eso necesitamos la jaula de cristal que tan tristemente separa nuestros cuerpos.

—Y yo de verdad necesito el texto antes de que hagas todas esas cosas.

—Le haré un par de fotos y te las envío ahora mismo.

Una gran cámara de sobremesa gira sobre el banco de trabajo. Salen de ella un par de destellos. Entonces, el técnico forense manipula un ordenador protegido con plástico durante unos momentos y el móvil de Nyman tintinea.

Nyman lee la carta. Cuando se marcha de allí, tiene la cara completamente blanca.

Sonja Ryd está de pie bajo el sol de mediodía en Inedalsgatan, a quinientos metros de la comisaría, con el iPad en la mano. La pantalla muestra la imagen del mapa con la mancha roja. Cambia a la página del registro y selecciona una vista en la que se puede ver dónde ha estado Lukas Frisell durante más de cinco minutos durante el tiempo que llevó la tobillera de localización. Es una larga lista.

No obstante, era aquí donde se encontraba cuando ella lo llamó para hablar del símbolo. El círculo dentro del círculo. Eso había hecho que, poco a poco, se volviera pálido y agitado. Después, Ryd había cometido el fatal error de concederle una prórroga de una hora para que se recompusiera y organizara sus pensamientos. Solo pensar en cómo había utilizado ella esa hora sigue cortándole la respiración.

Como autocastigo, había hecho una sesión de gimnasio de dos horas sin descanso a las cinco de la mañana.

No solo estuvo aquí cuando ella lo llamó. También vino después, a esta misma dirección y, al cabo de quince minutos, se había marchado de aquí en coche. Debería poder rastrear el vehículo. Es posible que se tratara de un taxi, puesto que se había detenido justamente en el lugar en el que paran todos los coches en Stureplan.

Una pequeña escalera en la dirección de Inedalsgatan lleva a la puerta de un sótano normal y corriente con una ranura para el correo. Llama a la puerta; no sucede nada. Saca la ganzúa, manipula la cerradura rápidamente y entra en un modesto taller en el que hay algunas bicicletas estropeadas, un viejo transformador, un par de sillas con manchas de pintura y una mesa sobre la que es obvio que se ha martilleado y serrado; en los bordes cortos de la mesa hay un par de

tornos de banco de distintas dimensiones. Sin embargo, no hay polvo ni ningún signo de que el taller haya estado abandonado ni de que se haya usado recientemente. Por el contrario, parece que lo acaban de limpiar.

Quizá lo hayan limpiado demasiado.

Junto a la ventana que da a la calle, Ryd ve unos pies de mujer pasar caminando por la acera, pero nada más. Aun así, puede sentirlo.

Tiene formación filosófica y policial. No cree en nada que huela siquiera de forma sobrenatural, pero ahora está extrañamente segura de que ha sido en este humilde taller donde se ha planeado la fuga de Lukas Frisell, tal como ha ido hasta ahora.

Entonces, suena el móvil. Es un mensaje de texto: «Reunión urgente en la sala de espera. Carta 4. Eva».

67

Cuando Sonja Ryd irrumpe en la sala de espera, el resto del grupo Nova ya se encuentra allí. Se sienta en la silla al lado de Ankan mientras Eva Nyman, sin decir una palabra, conecta el proyector, que refleja el texto en bucle escrito a máquina sobre la pared. Fiel a su costumbre, lee la cuarta carta en voz alta.

> … Ya no es una advertencia, desalmados descendientes de la realidad obsoleta. A estas alturas, ya sabéis de lo que soy capaz, lo fácil que es engañaros. Sois todos iguales, todos los que estáis ahí sentados con vuestros teléfonos móviles, dispuestos a vender vuestras almas y aún más dispuestos a dejar que os laven el cerebro. Sabéis lo que os espera, pero no hacéis nada: dejáis que la vida siga su curso como hasta ahora, dejáis que la gran traición quede impune. Ahora también sabéis que la residencia de los pájaros de la muerte será incendiada en su propio queroseno y se transformará en las ruinas de la decadencia, el Día de la Madre, como un recuerdo de lo que nos espera a todos nosotros, en particular, a los peores traidores. La ira santa ya está invadiendo la tierra que olvidó el sentido de la vida. Ya os he engañado antes en dos ocasiones y volveré a hacerlo. No entenderéis cómo ha podido suceder, pero vais a hacer el ridículo ante el mundo entero. Ya no es una advertencia…

Eva Nyman se queda un rato sentada mientras deja que el final, que también es un principio, se vaya difuminando. Hay un silencio sepulcral en la sala de espera.

—¿Algún comentario? —pregunta al fin.

Sonja Ryd está sentada en silencio, dejándose empapar por la intuición. Es Shabir Sarwani quien dice lo que seguramente todos estén pensando.

—«La residencia de los pájaros de la muerte será incendiada en su propio queroseno el Día de la Madre». Eso es un puto aeropuerto, joder. Pájaros de la muerte impulsados por queroseno de aviación que tienen su residencia en el aeropuerto.

—Y el Día de la Madre es mañana —añade Nyman.

—No tiene por qué ser Arlanda; también puede tratarse de Bromma —dice Anton Lindberg—. Si es que se limitan a Estocolmo porque, si no, también podría ser Västerås, Landvetter, o cualquier aeropuerto sueco, en realidad. Malmö... ¿Por qué no Copenhague? O, para el caso, también tenemos los aeropuertos militares.

—¿Creéis que el Bombardero Terrorista conseguiría hacer explotar un aeropuerto nórdico? —pregunta Ankan—. Por no hablar de uno militar. Suena bastante... complicado.

—Ya ha hecho cosas complicadas anteriormente —responde Nyman —, así que vamos a tomarnos esto muy en serio. Estado de alerta máxima en todos los aeropuertos de Suecia, con especial atención al más grande y con mayor valor simbólico, Arlanda. Ahí ya está activada la alerta. Como hemos dicho, el Día de la Madre es mañana.

—Piensa volar Arlanda por los aires —dice Sarwani con voz sorda.

—Son una célula terrorista —dice Lindberg—. No se trata de un hombre, no es una sola persona, es una puta célula terrorista. Y tenemos a uno de ellos aquí encerrado.

—¿Y qué nos ha dicho hasta ahora? —pregunta Nyman con frialdad.

—No se trata de eso. Puedo presionarlo.

—¿Cuántas palabras ha dicho hasta ahora? —insiste Nyman.

—Vale, cero —reconoce Lindberg—. Aun así, he encontrado su escondrijo. Lo he desenmascarado. Déjame presionar a ese cabrón de Elias Shariq hasta que vomite la puta verdad.

—¿Piensas golpearlo con el Código Penal en la cabeza? —pregunta Nyman.

Lindberg se queda callado en su sitio y sacude la cabeza.

—¿Qué más pone en la carta? —pregunta Nyman entonces.

—Que nos ha engañado dos veces —responde Ryd—. La primera vez fue Odenplan; la segunda, cuando huyó de ese modo tan espectacular.

—En ese caso, Lukas Frisell es el autor de nuestras cartas —dice Nyman—. ¿Vuelve a ser nuestro principal candidato? ¿Por eso ha huido?

—O para tumbarse a la bartola en una playa nudista en Tenerife —

dice Anton Lindberg—. Olvida cualquier forma de idealismo: se ha cansado del bosque y punto. Lo que quiere ese tío es tomar el sol y follar.

—¿Cuál sería si no la segunda vez que nos ha engañado? —pregunta Ryd.

—Nos están engañando continuamente —murmura Lindberg—. Tengo serias dudas de que Elias Shariq-Eriksson fuera a aceptar órdenes de un tipo como Frisell.

—Si es el sicario de Frisell, le paga por ello —replica Ryd—. No tiene ningún tipo de convicción, ningún tipo de moral, pero el dinero es algo que entiende. Es el dinero el que le da las órdenes.

—¡Silencio en la sala! —grita Eva Nyman incorporándose—. Teníamos cuarenta y ocho horas, pero eso era antes de que un Frisell a prueba de fugas nos diera esquinazo. Quedan aproximadamente treinta horas y tenemos a una gran cantidad de policías preparados en las inmediaciones. Nadie nos ha despedido todavía, a pesar de la debacle con Frisell, pero es solo cuestión de tiempo.

—El Día de la Madre —dice Sarwani de forma inesperada—. ¿El Día de la Madre ha sido siempre su objetivo? ¿Tiene ese día algún significado especial? ¿Cuál es la situación con la madre de Elias?

—En cualquier caso, si no hace explotar algo ahora, mañana estaremos más cerca de la solución —continúa Nyman—. La única pista concreta que tenemos ahora mismo es Börje Sandblom.

—Tampoco es que haya mucho que rastrear —dice Ryd—. De todos modos, debería haber una conexión más cercana entre Frisell y Sandblom que el mero hecho de que los dos son survivalistas que han vivido razonablemente cerca durante muchos años. Pero entre la morada de Frisell y Källfors hay más de cien kilómetros de distancia. Si Börje vive al sur de Källfors y, por lo tanto, más cerca de Frisell, en algún lugar en el límite entre Uppland y Gästrikland, es posible que incluso se hayan encontrado en el bosque. Sandblom le habló del delito ambiental de Merplast, que casaba a la perfección con los planes que ya albergaba Frisell, y él lo incluyó dentro de su plan mayor. Deberíamos habernos tomado más en serio su charla sobre los planes.

—Con Elias Eriksson como sicario y contrabandista de ácido pícrico, ya tenemos la célula al completo —dice Lindberg—. Frisell como cerebro de la operación, Sandblom como obrero comprometido y Eriksson como asesino y contrabandista: juntos conforman el trío Bombardero Terrorista.

—Pero, en ese caso, Frisell habría tenido que planearlo todo desde su guarida en el bosque —dice Ankan—. Más concretamente, desde su rincón de escritor. He hablado con expertos en informática que dicen que, de ser así, debería saber realmente cómo limpiar un ordenador. Sus propios documentos, su libro, tan cercano a la naturaleza que te absorbe, os lo prometo, y en el que no hay ni el más mínimo indicio de odio… Todo se remonta ocho años atrás. Además, eso también significaría que Sandblom se encargó él solito de Merplast AB. ¿Creéis que instaló por sí mismo la bomba en el despacho del director ejecutivo Rikard Albrektsson, que lo estuvo observando con los prismáticos y presionó el teledisparador en el momento exacto? Los otros dos ya estaban entre rejas.

—Es muy posible —dice Lindberg—. Era él quien conocía bien el lugar. Justo ese atentado pudo haberlo cometido él sin las órdenes precisas de Frisell.

—Yo no estoy tan segura de que encajen todas las piezas —dice Eva Nyman—, pero es bueno tener un punto de partida un poco diferente. ¿Podemos encontrar alguna relación concreta entre Frisell y Sandblom? Sobre eso podría haber algo en tus vídeos, Sonja. ¿Ya los has visto todos?

—No personalmente —reconoce Ryd—. Son dieciocho horas de grabación en total. Pero he recibido ayuda de mis ayudantes, que están afanados al máximo en compilar una lista de observaciones.

—Excelente —dice Nyman—. Quiero decir, ¿cuántas charlas sobre survivalismo se celebraban en Suecia en aquella época? ¿No habría podido atraer a algún preparacionista potencial de la zona?

—Bien pensado —exclama Ryd—. También están las listas de asistencia. La última vez que estuve en contacto con la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia, me dijeron que no creían que conservaran ninguna lista tan antigua, pero por lo visto cabe una

pequeña posibilidad.

—En ese caso, tenemos trabajo. Bien. Acaba de llegar información de última hora de la policía de Gästrike sobre una posible pista sobre el desaparecido Börje Sandblom.

Toda la sala de espera mira a Eva Nyman.

—Anton y a Ankan, un helicóptero os está esperando. Tenéis diez minutos. Lo más probable es que tengáis que volver a pasar la noche. Ahora vais a coger a Börje Sandblom, ¿entendido?

68

Un grupo de policías uniformados está esperando en el campo de cultivo a las afueras de Källfors. El helicóptero hace un giro sobre las instalaciones de la fábrica de Merplast, donde parece que ya han comenzado los trabajos de reparación. Un camión atraviesa las puertas con un cargamento.

La vida continúa su curso.

Incluyendo los microplásticos.

Al otro lado del turbulento ronroneo de las palas del rotor, una conocida corpulenta mujer de uniforme acude a recibir a Anton Lindberg y a Ankan.

—Hola, Ulla —saluda Lindberg, tendiéndole la mano.

La comisaria Ulla Hultqvist le estrecha la mano y va directa al grano.

—Hemos recibido indicaciones de que un hombre que corresponde a la descripción de Börje Sandblom ha sido visto en Baton Rouge.

—¿Dónde? —exclama Lindberg.

—Es una comuna en las marismas al noroeste de Källfors.

—¿Una comuna que se llama Baton Rouge?

—Propongo que vayamos allí directamente. Os lo contaré por el camino.

Nada menos que cuatro coches de policía, tres coches patrulla y un furgón policial avanzan como en un escuadrón hacia Baton Rouge. Lindberg y Ankan van sentados en el asiento trasero de uno de los coches patrulla, con la robusta Ulla Hultqvist en el asiento del copiloto. Su voz de contralto es tan potente que no necesita girarse hacia ellos para que la oigan, aunque Lindberg se pregunta si el valiente conductor no correrá el riesgo de sufrir lesiones auditivas. Al menos, en el oído derecho.

—Baton Rouge es una mezcla de neorruralistas, fumetas, moteros, contrabandistas, antivacunas y un parque de caravanas yanqui. Su libertino fundador, Tosh Larson, consideraba que el entorno le recordaba a las marismas de Luisiana y decidió bautizarlo con el nombre de la capital del estado más pobre de Estados Unidos. Un desertor de Baton Rouge ha reconocido hoy a Börje Sandblom como visitante asiduo al lugar.

—¿Tenéis muchas comunas de estas en Gästrikland? —pregunta Ankan.

Ulla Hultqvist se echa a reír.

—No conviene subestimar la cantidad de gente que quiere huir de la civilización —dice—. Por motivos de todo tipo.

—Te lo preguntamos la última vez —dice Lindberg—, y te lo vuelvo a preguntar: ¿tenéis controlados de algún modo a los preparacionistas y este tipo de gente en la zona?

—Ya respondí entonces que no y, por desgracia, tengo que volver a responder lo mismo. Hemos investigado el asunto, pero las zonas forestales por aquí son demasiado extensas; no podemos estar al tanto de todo lo que sucede en ellas.

La caravana policial gira por un camino forestal más pequeño. El cielo se ha oscurecido y el aire está cargado de lluvia. El diluvio de ayer se ha acumulado en los sembrados hasta el punto en que ya no se puede hablar de cultivos, sino que ahora son más bien pantanales que recuerdan a un campo de arroz en Vietnam. El camino se va estrechando cada vez más.

Justo cuando pasan el letrero pintado a mano en el que pone «Baton Rouge», el cielo se abre.

Está lloviendo a cántaros cuando la caravana se dirige hacia una mezcla entre un estado sureño americano y una comuna hippie. La mayoría de las casas hechas a medida son, básicamente, caravanas: en su día casas móviles rodantes que se han acabado convirtiendo en fijas debido a la arquitectura de aficionados y al implacable paso del tiempo.

Un hombre enjuto con un chaleco de motorista atraviesa la cortina de agua en dirección a los policías recién llegados. La lluvia hace que

las personas detrás de él parezcan borrosas, aunque se puede apreciar que se trata de sus guardaespaldas. También se vislumbra alguna que otra escopeta.

Con toda seguridad, en los cuatro coches de policía hay alguna que otra arma reglamentaria con el seguro quitado. La de Lindberg y la de Ankan, sin duda. Cuando salen del coche con las pistolas detrás de la espalda, les resulta difícil procesar lo que ven. Ulla Hultqvist va directa hacia el hombre enjuto y lo saluda con la cabeza.

—Tosh —le dice—. Vaya día de mierda has elegido para recibirnos.

Al hombre se le desarruga el rostro; es posible que se trate de una sonrisa.

—Ulla. ¿A qué se debe tan noble visita?

Hultqvist sostiene en alto una fotografía plastificada y da varios pasos hacia delante con gran decisión. El enjuto Tosh Larson se limpia la lluvia de los ojos, examina la fotografía y sacude la cabeza con indiferencia.

—Se hace llamar Börje Sandblom —dice Hultqvist—, pero no sabemos si ese es su nombre real. Ha sido avistado por aquí arriba en un par de ocasiones.

—Aquí nadie cuenta el número de asentamientos —dice Larson, agitando la mano—. Todos creemos firmemente en la integridad y en la libertad personal. Si alguien lo ha avistado, como tú dices, va a ser difícil encontrarlo.

—Sin embargo, parecéis ser bastante cautelosos con los extraños, y tú no te quedas atrás. No hay más que ver este comité de bienvenida.

El rostro de Tosh Larson vuelve a desarrugarse. Hace señas a sus hombres para que se acerquen: vistos así de cerca, resultan ser tres, aunque, tras la cortina de lluvia, daba la impresión de que podrían haber sido muchos más.

Lentamente, Lindberg y Ankan dan un paso hacia delante para examinar las expresiones de los hombres cuando se encuentren ante la imagen de Börje Sandblom. Todos sacuden la cabeza, aunque puede que no del mismo modo. Lindberg se da cuenta de que no es capaz de sacar ninguna conclusión.

—Vamos a ir de casa en casa preguntando a todos y cada uno de los

habitantes de este lugar —dice Ulla Hultqvist—. ¿Vais a tratar de impedírnoslo?

Ven cómo Tosh Larson suelta un profundo suspiro, pero también hace un gesto de autorización antes de que él y sus hombres retrocedan y sean engullidos por la creciente lluvia.

Ulla Hultqvist reúne a su personal; forman un círculo, inclinados hacia dentro como un equipo de fútbol antes del saque inicial. Ankan y Lindberg son absorbidos por el círculo. Hultqvist toma la palabra.

—Según tengo entendido, solo algunas de estas personas están registradas, lo que implica que no tenemos ni idea de con qué nos podemos encontrar. Ninguno de nosotros irá solo bajo ningún concepto, sino que nos cubriremos las espaldas. Somos dieciséis personas: vamos a dividirnos en dos grupos de ocho. La mitad empezará por aquí abajo, la otra mitad por ahí arriba. Propongo que nuestros colegas de Estocolmo se repartan entre ambos grupos. Así tendremos expertos en el caso en cada comitiva.

El anillo se abre con un hueco entre Ankan y Lindberg y se produce una formación natural en parejas. Lindberg forma una pareja con Hultqvist en el grupo de abajo, mientras que Ankan se une a un musculoso policía uniformado de Gästrike en el de arriba.

Cuando los ocho policías de la mitad superior se ponen en marcha, Ankan y Lindberg intercambian una mirada. Entonces, Lindberg gira la vista hacia la oscura bóveda celeste. La lluvia cae de la capa de nubes como una ametralladora. Lindberg suspira profundamente.

Los espera una tarde emocionante.

69

El sonido de un frenazo atraviesa los pensamientos de Sonja Ryd. La luz azul sigue dando vueltas a su alrededor y, poco después, se apaga. El policía uniformado que se gira hacia ella desde el asiento delantero tiene la tarea extraoficial de conducir rápido y, en efecto, eso es lo que ha hecho hasta llegar a Ultuna, en Uppsala. Ryd le hace un gesto con la cabeza y sale del coche.

Lleva consigo una bolsa de viaje. Sospecha que esto le va a llevar su tiempo, aunque posiblemente también sea absolutamente crucial.

Se dirige hacia la recepción de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia. La anciana recepcionista que está allí sentada no debería estar ahí, pues es fin de semana, pero Sonja Ryd ha conseguido convencerla.

La mujer está leyendo un libro en completo silencio. Hoy, un sábado por la tarde, la universidad tiene un nivel de actividad bastante bajo; apenas se mueve un alma por allí. La anciana señora deja el libro, se baja las gafas de lectura hasta la punta de la nariz y observa a los recién llegados.

—Supongo que eres…

—Sonja Ryd —dice Ryd—. ¿Y usted es Vanja Pärn?

La mujer asiente con la cabeza y se levanta.

—Lamento haberla hecho venir hasta aquí —dice Ryd.

—Bueno, necesito terminar de leer mi John LeCarré —responde Pärn con una mueca—. Además, vivo cerca de aquí, así que no hay problema. Necesitabas acceso a las antiguas listas de asistencia, ¿no?

—Conferencias abiertas sobre preparación para situaciones de crisis del curso escolar 2013-2014.

—Tengo un vago recuerdo de esas conferencias, sí —dice Vanja Pärn—. Es bastante improbable que se hayan conservado las listas de asistencia, aunque puede que con esto se hiciera una excepción,

porque las conferencias abiertas iban en un presupuesto más central. Sígueme, Sonja.

Avanzan despacio por el campus casi desierto, en el que reina la tranquilidad. Pärn se gira hacia Ryd.

—Tengo entendido que también querías un apartamento para pasar la noche, ¿no?

—Eso depende un poco de lo rápido que avance con el archivo, pero sí, gracias. Si es posible.

—Me parece que lo vas a necesitar —dice Pärn y le tiende una llave a Ryd, que no está segura de que le agraden esas palabras.

Su sensación se refuerza cuando Pärn abre la puerta que da al viejo sótano del archivo y enciende una lámpara fluorescente de arranque lento. La luz cae sobre metros y metros de estanterías llenas de gruesos archivadores viejos.

—Lo sé, lo sé —dice Pärn, compasiva—. El archivo ha sido tratado injustamente desde que me jubilé. Pero, si tus listas de asistencia están en alguna parte, es aquí.

Mientras Ryd se queda de pie mirando las estanterías, la anciana le pone un mapa en las manos.

—Para que puedas llegar a casa por la noche. Toma, te presto también mi tarjeta de acceso extra, para que mañana domingo puedas entrar en el campus sin problemas. La necesitarás para acceder a la biblioteca, entre otras cosas.

Sonja Ryd le da las gracias de corazón. Lo primero que hace cuando se queda sola es tratar de crear una visión de conjunto del archivo: los documentos más antiguos se encuentran a la derecha; los más recientes, a la izquierda. Aquí tiene material de sobra de la década de 2010 para conformarse con este lado. Hay algún que otro archivador con fecha ininteligible, varios que ni siquiera tienen fecha, y otros muestran combinaciones de letras en los lomos difíciles de interpretar.

Este trabajo de Sísifo no es más que el preludio.

Primero se coloca en posición de sastre, después se reclina contra una estantería y, por último, se tumba de lado con la cabeza apoyada en los archivadores. No para de estornudar y siente como si tuviera las entrañas cubiertas por el polvo de papel viejo.

Lo que, a pesar de todo, la motiva a continuar, es que sabe lo cerca que está. Hay exámenes de recuperación y listas de asistencia de cada examen, hay fechas razonablemente próximas y nombres bastante legibles en papeles bien conservados. Aun así, no logra dar con la lista correcta. La idea de que podría resultar más útil en otro lugar la presiona aún más para continuar con la búsqueda.

Hasta que llega el momento en el que ya no aguanta más y sale de allí. El aire nunca le había parecido tan fresco como en esa tarde de mayo. Despliega el mapa de Vanja Pärn y pone rumbo a la zona residencial del campus.

Poco después de encontrar el apartamento, está medio tumbada en un sofá saboreando una ensalada envasada acompañada de vino de tetrabrik. Sus pensamientos empiezan a divagar. Ve a Lukas Frisell frente a ella y se siente embargada por la sensación cada vez más nítida de que algo se le ha pasado por alto.

Aún no se ha puesto el sol al otro lado de la ventana. Esta habría sido una excelente ocasión para pensar en todo con detenimiento, para organizar sus pensamientos antes del decisivo Día de la Madre, de mañana. Pero no es capaz; está demasiado cansada. Siente cómo se le cierran los ojos y apenas es capaz de mantenerse despierta. Será mejor que se levante temprano. Había creído que era más obstinada.

En cualquier caso, debería lavarse los dientes, por lo menos para deshacerse del polvo que no ha tragado aún, pero prefiere enjuagarlo con vino tinto. En ese momento, suena el teléfono. Ryd se incorpora en el sofá y trata de ajustar la pantalla para leer el nombre. Intenta espabilarse antes de contestar.

Al otro lado del teléfono, Eva Nyman dice sin florituras:

—Estoy en una cumbre a nivel ministerial, Sonja. Tenemos cinco minutos de descanso. En mitad de una salvaje discusión sobre si deberíamos cerrar todo Arlanda mañana. Parece que la balanza se inclina hacia no hacerlo.

—La amenaza quizá sea demasiado vaga...

—Cerrar el mayor aeropuerto del país supone un enorme despliegue —dice Eva Nyman—. Yo los comprendo, pero mi policía interior grita en señal de protesta. La que debería servir y proteger, como dicen los

americanos.

—¿Seguimos en el juego? —pregunta Ryd sin aliento—. ¿Nos han echado?

—Quieren deshacerse de Nova, pero nos necesitan. Somos nosotros quienes tenemos los conocimientos y ellos lo saben. Se trata de un compromiso, vaya. Habrá un equipo de supervisión mixto en Arlanda a partir de medianoche. ¿Crees que debería formar parte?

—¿Me estás preguntando a mí si tú deberías formar parte del equipo de supervisión?

—Empieza la reunión. Es en ti en quien confío, Sonja. Siento que yo misma sería de bastante más provecho en algún lugar más cercano a la investigación. ¿Sí o no?

Ryd responde por inercia, sin pensar.

—Sí, Eva. Por supuesto que sí. Te necesitamos allí.

—Gracias —responde Nyman con una calidez inesperada.

A Ryd le parece oír la voz del ministro de justicia de fondo. ¿Y esa otra voz es la del primer ministro? Eva Nyman cuelga el teléfono.

Sonja Ryd se queda un rato mirando el móvil y comprende que acaba de agotar las últimas energías que le quedaban hoy.

Se hunde en el sofá sin quitarse la ropa.

Contra su voluntad, se queda dormida al instante.

70

Ha sido un día muy largo. Las luces de las peculiares viviendas de Baton Rouge se han ido encendiendo y apagando. A estas alturas, el olor a pantano, el hedor a lodazal, a ciénaga, ya se ha naturalizado y apenas resulta perceptible. Y nadie, absolutamente nadie, ha visto a Börje Sandblom en Baton Rouge.

A diferencia de la oscuridad, la lluvia ha remitido, pero el camino entre las casas sigue estando tan enfangado como anegado.

Anton Lindberg y Ulla Hultqvist llaman a la puerta de una vivienda en mitad de la comuna. Nadie reacciona a los golpes, pero la puerta está entreabierta.

Entran en la vivienda.

Los recibe una escopeta con un calibre disparatado.

Una descarga se llevaría por delante tanto a Lindberg como a Hultqvist, haría que atravesaran las finas paredes y los pulverizaría por la vecindad como si fueran tubos de PVC teñidos de rosa.

—Ragnar —dice Hultqvist con voz tranquila y vuelve a enfundar la pistola—. No sabía que ahora vivías aquí.

—Me dijeron que aquí jamás vendría ningún poli —dice tembloroso el hombre armado de pelo ralo. Su boca parece haberse quedado paralizada en mitad de un bostezo, y es evidente que está tramando algo. Algo duro y pesado.

Lindberg ya casi se había relajado. Ha registrado una serie de barracas con la sensación de que podría pasar cualquier cosa. En los últimos años, pocos días ha pensado en sus hijas tanto y con tanta frecuencia. Y ahora se encuentra con esto: un yonqui imprevisible de manos temblorosas con una escopeta que podría hacer descarrilar un vagón de metro.

Lindberg sabe que podría con él. Incluso es posible que le diera tiempo a sacar la pistola y apuntar a esa boca de aspecto bostezante

antes de que Ragnar pudiera reaccionar. Sin embargo, requeriría una precisión de la que ahora mismo no se ve capaz.

—Ragnar —resuena una fuerte voz de contralto que no está dirigida principalmente a Ragnar, sino a Anton Lindberg. Ulla Hultqvist la acompaña de un claro movimiento descendente con las dos palmas de las manos.

Lindberg acaba por comprender y se guarda cuidadosamente la pistola, haciéndola desaparecer en la cinturilla trasera del pantalón. Entonces, extiende las manos hacia delante.

Cuando vuelve a levantar la mirada, Ragnar ya no tiene la escopeta en las manos. Ahora la tiene Ulla Hultqvist y está sacando de ella los cartuchos del grosor de un puño. Parece más grande y poderosa que nunca, casi sobrehumana.

Tiende la enorme arma hacia atrás sin mirar a Lindberg. Este la coge y se da cuenta de que apenas es capaz de sostenerla. Hultqvist lanza los cartuchos por la puerta exterior, que caen en el barro con un chapoteo. Entonces, le muestra a Ragnar la foto de Börje Sandblom.

—Supongo que lo conoces.

Parece un milagro que Ragnar sea capaz de hablar con esa boca que es un bostezo constante.

—No tengo ni idea de quién es.

—Pero supongo que sí lo has visto por aquí, en Baton Rouge, ¿no?

—Joder, sí —dice Ragnar—. Creí que estabais buscando a mi camello. Me quedo más tranquilo. Viene el jueves.

Ragnar los mira fijamente, después mira la foto de Sandblom y parece darse cuenta de que ha dicho algo que constituye un error fundamental.

—No, no me refiero a este tío. A este solo lo conozco de vista. Bueno… Lo vi hace ya bastante tiempo. O eso creo.

—¿Dónde lo has visto? —pregunta Hultqvist.

—Ahí donde Ugutz. Joder, ¿eso también lo he dicho en voz alta?

—Sabemos que Ugutz es su colega —miente Hultqvist con toda tranquilidad y no fija la mirada en Ragnar, sino en Lindberg, quien comprende que debería cerrar el pico.

—Muy bien —dice Ragnar y sacude la cabeza de tal forma que el

viento silba entre sus mandíbulas—. Entonces no he dicho demasiado.

—Si nos dices donde vive Ugutz, te devolveremos la escopeta —sonríe Ulla Hultqvist.

—Dos casas más arriba —resopla Ragnar—. Pero ahora no está. Los viernes y sábados no está.

—Gracias, Ragnar. ¿Sabes lo que hacen Ugutz y este hombre cuando se ven?

—¿Follar? ¿Drogarse? ¿Ir a catequesis? A mí qué coño me cuentas. En cualquier caso, parecían estar muy unidos hace cosa de unos seis meses. Después de eso, no ha vuelto por aquí. Ahora dame la escopeta.

—En seguida —dice Hultqvist y coge el arma que le tiende Lindberg —. ¿Así que Ugutz volverá aquí mañana domingo?

—Suele estar aquí cuando me despierto, sí. Creo que curra las noches de borrachera en algún garito de Gävle.

Ulla Hultqvist asiente lentamente con la cabeza y se pone en marcha con la escopeta de Ragnar bajo el brazo. Lindberg la sigue.

—Has dicho que me ibas a devolver la escopeta —vocea Ragnar.

—La tendrás cuando vea tu licencia de armas —le aclara Hultqvist y vuelve a cerrar la puerta.

Lanza un profundo suspiro.

—Pues tenemos que volver aquí mañana a primera hora. Realmente esperaba que pudiéramos librarnos.

—No te olvides del jueves —dice Lindberg con un resoplido.

—¿El jueves?

—Cuando viene el camello de Ragnar.

71

No es solo el Día de la Madre; también es domingo. La Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia está sin personal. Sonja Ryd se dirige de forma mecánica hacia una máquina expendedora que vio ayer. Entra en el edificio gracias a la tarjeta de acceso de Vanja Pärn y toma un desayuno rápido y muy artificial antes de regresar a su sótano.

El sótano parece envolverla y ella siente cómo se va consumiendo. El tiempo pasa con horrible lentitud y, al mismo tiempo, demasiado rápido. Al fin y al cabo, hoy es el día en el que «la residencia de los pájaros de la muerte será incendiada en su propio queroseno».

Finalmente, encuentra un archivador con antiguas listas de asistencia del año en cuestión y se obliga a organizarlas hasta que logra dar con la fecha correcta. Saca la lista de asistencia de la conferencia abierta de Frisell sobre «Salud y atención médica en aislamiento» y, de pronto, siente que apenas puede respirar. Esta debe de ser la lista que aparece en el vídeo. La deja reposar un ratito sobre una pila de archivadores antiguos de un metro de alto. Entonces, suelta un profundo suspiro y se lanza sobre ella.

Por desgracia, solo es una lista de firmas, sin aclaración. La mitad de los nombres son indescifrables y la otra mitad no le dicen absolutamente nada. Hasta que llega casi al final de la lista, donde hay una firma escarpada que, con casi total seguridad, es capaz de descifrar.

Ni más ni menos que Börje Sandblom.

El presunto survivalista que más ruido metía en la protesta contra las emisiones de Merplast AB en Källfors, el hombre con solo dos dedos en la mano izquierda, estuvo en la conferencia de Lukas Frisell en la que este presentó el símbolo del círculo dentro del círculo.

Ryd había ignorado de forma consciente a Sandblom por el único motivo de que no había creído, ni por un segundo, que pudiera ser el

Bombardero Terrorista. Sin embargo, hay algo en esos dos dedos que le resulta familiar.

Saca las fotografías de Sandblom de las protestas en Källfors y ve al hombre corpulento y rubicundo constantemente exaltado, pero sigue sin estar satisfecha con lo que ve.

Acaba de establecer la conexión entre Sandblom y Frisell. Recuerda también otra cosa, de la página de Facebook «La Comuna de Ultuna». Pone ante ella las fotos que había apartado a un lado y encuentra el gesto de la *mano cornuta* en una de las dos fotos de fiesta en las que aparece Frisell con una mujer a cada lado.

Ryd se maldice a sí misma.

Por supuesto, Börje Sandblom no está haciendo el gesto de la *mano cornuta*: sencillamente, su mano izquierda es así. Habría podido deducirlo antes, pero sus prejuicios sobre Sandblom la habían engañado.

Definitivamente, Sandblom estaba en la conferencia cuando Frisell dibujó el círculo dentro del círculo en la pizarra. Ahora tiene que reconocer que, a pesar de todo, hay muchos indicios que apuntan a Sandblom como el Bombardero Terrorista.

O como parte del trío Bombardero Terrorista.

Ryd llama a Nyman.

—Börje Sandblom estuvo en las conferencias abiertas de Frisell.

—Bien —exclama Nyman—. Nosotros no tardaremos en atraparlo. Tiene un colega en una especie de comuna en Gästrikland. Ankan y Anton están allí para recibir al colega, que esperamos que llegue a lo largo de la tarde. Al parecer, sabe dónde vive Sandblom.

—Muy bien —dice Ryd y siente un cierto vacío. Esto es a lo que había venido. Su trabajo aquí ha terminado.

—Voy a enviar también a Shabir; seguramente haya una redada en algún momento del día —continúa Nyman—. Puede venir conmigo en el helicóptero.

—¿Contigo cuando vayas a...?

—Sí —interrumpe Nyman—. Seguí tu consejo y me incorporé al equipo de supervisión de Arlanda. Y tú vas a ir directa a Gästrikland, ¿no, Sonja? Así estarás allí cuando atrapéis a Börje Sandblom. Hemos

reservado un coche camuflado en la comisaría de Svartbäcksgatan en Uppsala.

Aquí ya está todo listo y lo cierto es que Sonja Ryd no tiene absolutamente ningún motivo para permanecer en la Universidad de Ciencias Agrícolas. Aun así, tiene sus dudas. Algo en su interior le dice que su tarea aquí aún no ha terminado.

—Te mantendré informada —dice antes de colgar el teléfono.

72

Ryd no va directamente a Gästrikland, sino que abandona el sótano y se mete en la biblioteca de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia. En una esquina solitaria, logra recomponerse y hacerse una idea general de la situación.

Regresa al momento en el que Frisell abandonó al grupo Nova y decidió darles gato por liebre. Era evidente que ya había decidido hacerlo cuando recibió la tobillera de localización para poder huir. No necesariamente para huir, sino para poder hacerlo, para tener esa posibilidad.

Pero ¿por qué?

Sonja Ryd vuelve a sentir la misma extraña sensación que le produjo el incómodo interrogatorio con Frisell, esa sensación de que era él quien la interrogaba a ella y no a la inversa. ¿Qué sensación era esa?

Se había dejado atrapar.

Lukas Frisell se había dejado atrapar en su morada. Se había dejado atrapar cuando Eva Nyman le habló de las sospechas y de las cartas, ya que necesitaba averiguar qué significaba todo aquello. Durante el interrogatorio, gracias a ella, a Sonja Ryd, fue averiguando más y más. Puede que Frisell comprendiera con posterioridad que el perpetrador, quien le había cargado la culpa de forma indirecta, era alguien de su pasado. Ryd podía jurar que Frisell no sabía de quién se trataba (al fin y al cabo, es una excelente interrogadora y experta en psicología humana), pero él presentía que podría entenderlo y, cuando sucediera, debía hacerse cargo por sí mismo, por su cuenta, sin Nova, sin el NOA, sin la policía.

La primera alternativa es que Frisell estaba esperando a comprender quién era culpable para tener la posibilidad de ir a por él.

La segunda alternativa es más compleja.

La segunda alternativa es que Lukas Frisell es, en efecto, el

Bombardero Terrorista. Los había engañado de forma espectacular con la tobillera. ¿Por qué no habría podido tenerlos engañados todo el tiempo? Lo cierto es que daba mucho la matraca con eso del engaño en su última carta.

No obstante, el Frisell que Ryd ha conocido es una persona lacónica que jamás utilizaría el apocalíptico lenguaje florido de la carta… a menos que tuviera la determinación de imitarse a sí mismo, a su antiguo yo. Escribía como el Frisell al que Eva Nyman conocía y recordaba y, quizá, del que había estado algo enamorada. Quería hablarle directamente a ella. Después, permanecería al tanto del curso de la investigación desde el interior de la celda, desde donde podría controlar a sus cómplices: Elias Shariq, que cometió los asesinatos necesarios, y Börje Sandblom, que colocó la bomba en Källfors. De este modo, las sospechas hacia Frisell acabarían por enfriarse.

¿Era una alternativa factible?

Sin embargo, Frisell no podía imaginarse con antelación que iban a probar precisamente con él una nueva tobillera de localización que aún estaba en fase experimental.

¿O sí podía?

¿Quién era ese extraordinario genio de la tecnología en el que Frisell había confiado y cómo había podido encontrarlo con tanta rapidez, sin Internet, sin teléfono móvil? ¿Todo esto no debería haberlo tenido planeado con mucha antelación? ¿Era posible que el genio de la tecnología fuera alguien que trabajaba con localizadores? ¿En la empresa que las fabricaba, quizá? ¿Alguien que sabía lo dispuesta que estaba la fiscalía a ponerlas a prueba?

Ryd se queda sentada un rato en el apacible entorno dominguero de la biblioteca abandonada.

¿Cuándo se había traicionado a sí misma? ¿Cuándo había dejado de creer en la culpabilidad de Lukas Frisell? ¿Cuándo había conseguido Frisell engañarla de verdad? ¿Había sido en aquel bar, cuando le espetó que no conocía ningún bar sin efectivo?

Engaños, engaños, engaños.

Su plan había sido seducir a Sonja Ryd, igual que en su día había seducido a Eva Nyman.

73

Shabir Sarwani lleva una hora esperando. Se le han dormido las piernas y le supuran las heridas de la cara, pero sabe que Slobodan Jovanović está de camino a ver a su madre en Rinkeby: el testigo que ha conseguido sacar de las profundidades del registro de antecedentes penales lo ha informado de que va a visitarla todos los días.

Sin embargo, Slobodan se ha encargado de que no puedan vincular a su madre con él. En la puerta de la vivienda hay un nombre completamente diferente. ¿Es un nombre somalí?

Sarwani está apostado en la vivienda más cercana con el ojo en la mirilla de la puerta. Ha hecho que se marchen los vecinos. La espera empieza a ser directamente dolorosa y se ve obligado a hacer unos estiramientos para recobrar la movilidad.

Cuando vuelve a mirar, suena el pitido del ascensor.

La persona que aparece es una versión temblorosa del infame delincuente sexual y traficante de metanfetaminas. No le cabe ninguna duda de que el tipo consume sus propias sustancias.

Sarwani sale precipitadamente, empotra al hombretón contra la puerta del ascensor y le pone el cañón de la pistola en la mandíbula.

—No tengo tiempo para tonterías, Slobodan. Estabas entre la muchedumbre de Odenplan y el hombre con la mochila verde militar chocó contigo. ¿Qué aspecto tenía?

Slobodan Jovanović se ha quedado pálido como un muerto. Tiembla de tal modo que el cañón de la pistola resuena contra sus dientes. Sin embargo, consigue balbucear su respuesta.

—Pero no era ningún hombre.

—Explícate.

Durante un breve segundo, Jovanović tiene los ojos completamente blancos.

«No te desmayes ahora —piensa Sarwani—. No me jodas».

Tras unos instantes críticos, tanto el iris como las pupilas demasiado grandes regresan a los órganos visuales de Slobodan Jovanović.

—Joder, era una tía la que llevaba la mochila.

—¿Una tía?

—Una mujer. Con unos prismáticos al cuello.

74

Engaños, engaños, engaños, engaños. Sonja Ryd está tan agitada que deambula de un lado a otro por la biblioteca vacía.

Si todo esto es cierto, se trata de una nueva etapa en su vida. Eso significaría que Lukas Frisell la ha engañado a lo grande. Nunca se había sentido tan engañada, tan seducida por un criminal empedernido. Se resiste a creerlo.

En un plano más profundo, se siente, sencillamente, traicionada. Antes de que consiga ahuyentarlos, sus pensamientos se desvían hacia su exmarido. No bebe por la mañana, pero lo cierto es que ahora le vendría muy bien un trago.

Sin embargo, se aferra a la traición. En la última carta había dos cosas que reflejaban una idea algo diferente: la primera eran esos aires de autosuficiencia por haberlos engañado; la segunda era la traición.

Ryd vuelve a su rincón de la biblioteca, abre la carta en el iPad y la lee con gran atención. Al final de la cuarta carta, parece que la traición va más allá de la cuestión climática. Ryd aísla un par de expresiones que se le quedan grabadas.

«La gran traición quedará impune».

«Los peores traidores».

Traición, traición, traición.

Un lector poco atento conectaría de forma lógica la traición con el clima. Sin embargo, ahora tiene la sensación de que, bajo la gran traición climática, hay también una gran traición personal.

En la mente de Ryd resuena la voz de Nina Strömblad, la exmujer de Frisell; es una voz algo metálica, como si se tratase de una grabación. Una grabación secreta realizada por un policía uniformado con un amplio bigote rojo.

«Has tenido que pasarlas canutas ahí arriba en Uppsala, ¿eh?».

Ryd se queda un rato sentada mirando ciegamente al vacío. Le

parece sentir la búsqueda desenfrenada de las neuronas en su cerebro; la búsqueda de relaciones, de conexiones, el intento por formar parte de un todo coherente.

Puede ver ante ella el rostro de Lukas Frisell. Tiene infinidad de versiones de este rostro grabadas en la mente; pocas veces ha reflejado sentimientos tan fuertes. Aun así, ha sucedido en varias ocasiones, sobre todo en relación con Nina, y un par de veces más, aunque solo en una de ellas se quedó significativamente pálido.

¿Cuándo había sido?

Ryd busca de forma frenética en su ya explotada memoria.

¿Colores en el rostro?

Un juego de luces de colores.

Sí, eso era.

Estaban sentados uno junto al otro en la sala de reuniones de la comisaría. Los termos de café, los bollos de canela, el botón de alarma, el vigilante al otro lado de la puerta. El vídeo del otoño de 2013 se reflejaba en el rostro de Frisell y Ryd notó lo sinceramente sorprendido que pareció quedarse cuando vio a su joven yo dibujar un círculo dentro de otro círculo en la pizarra.

¿Qué había sucedido entonces?

Habían hablado de ello. Ryd le había quitado el sonido al vídeo y había vuelto a su lado de la mesa. El rostro pensativo de Frisell reflejaba el vídeo multicolor que continuaba delante de él. Ryd había sacado su móvil con la foto que había tomado Ankan del árbol en Vasaparken. Un círculo grabado dentro de un círculo más grande. ¿Se había producido entonces una transformación?

Sí, joder. Había sido como un cohete de tres fases.

Empezó con un correo de Eva Nyman que Ryd había recibido cuando estaba sentada en la mesa. Su primer pensamiento había sido: «La Policía de Seguridad no». Cuando levantó la mirada, Frisell estaba aún más sobresaltado. Ryd había vuelto a cerrar el portátil de un golpe y había observado lo pálido que estaba Frisell tras las luces de colores.

Entonces, había cometido la pifia de concederle una prórroga de una hora para que organizara sus pensamientos. A esas alturas,

seguramente ya estaba decidido a huir.

Ryd trata de organizar las tres fases de la conmoción de Frisell.

Primer paso: Frisell se había visto a sí mismo dibujando un círculo dentro de otro círculo en la pizarra.

Segundo paso: Frisell había visto que el asesino había dibujado un círculo en el árbol en Vasaparken.

Tercer paso: ¿?

Esto había sucedido mientras Ryd estaba un poco distraída, mientras leía el mensaje de Nyman. Durante esos instantes, solo había una cosa que pudo haber producido el tercer paso de la conmoción.

El vídeo.

Pero ella ya lo había visto entero. Había visto al Lukas Frisell de la pantalla despedirse del grupo con las palabras: «Nos vemos el próximo viernes, al otro lado de las ruinas de la decadencia».

¿No era ese el final del vídeo? ¿O acaso había algo más?

Cambia de aplicación en el iPad y pasa el vídeo hasta casi el final, al momento en el que el joven Frisell pronuncia sus palabras de despedida y empieza a guardar sus cosas en la mochila. La grabación continúa durante un minuto, aproximadamente: desde su posición oblicua, la cámara capta desde arriba cómo los asistentes van pasando por delante del atril de Frisell en su camino hacia la salida, aunque tampoco se puede distinguir gran cosa.

Varios minutos después, el número de oyentes se ha reducido de forma considerable. Una joven pelirroja con pelo corto se queda un rato delante de Frisell antes de continuar. Ryd pausa el vídeo para observarla. Desde la posición de la cámara, no se puede distinguir del todo su rostro.

Ryd deja continuar la secuencia y se fija en que la mujer deja algo sobre el escritorio, posiblemente una nota. Trata de comprender la situación.

Justo antes de abandonar la sala, la mujer de pelo rapado se gira hacia la cámara. Ryd echa el vídeo hacia atrás y logra ponerlo a cámara lenta para poder obtener un retrato relativamente nítido de la mujer. Incluso a distancia, puede percibir algo especial en su mirada.

Sonja Ryd se queda inmóvil mientras un recuerdo fragmentado

restalla en su interior. Regresa de nuevo a la página de Facebook «La Comuna de Ultuna» y abre una de las fotografías que había guardado.

Representa a seis mujeres alrededor de una mesa auxiliar en un pasillo de la Universidad de Ciencias Agrícolas. A la izquierda del círculo, tanto dentro como fuera de él, se encuentra una joven con aspecto triste. Lleva el pelo rojo rapado y tiene unos penetrantes ojos verdes.

Tiene que ser la misma chica del vídeo. La que, tras la conferencia abierta de Lukas Frisell, le deja en el escritorio lo que parece ser una nota.

Sonja Ryd vuelve a enviarse las dos fotos al móvil, se guarda el iPad en la mochila y se pone en marcha.

75

Por una vez, Sonja Ryd tiene suerte. Una de las dos llamadas que hace llega a Leif Stierna, el antiguo colega de Lukas Frisell en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia, quien le informa de que se encuentra en plena época de exámenes y, por tanto, está encerrado en su despacho corrigiendo.

Tras dar varias vueltas, Ryd consigue encontrarlo. El hombre, que sigue teniendo aspecto de investigador, está sentado en una ergonómica silla de trabajo con un bolígrafo rojo en la mano y una gruesa pila de exámenes delante.

Sin decir una palabra, Ryd le muestra su móvil, en el que ha aislado el retrato de la mujer pelirroja de pelo corto y ojos verdes ante la mesa de café. Leif Stierna observa el retrato con su arruga de investigador y asiente lentamente.

—Creo que la recuerdo, sí —dice y se rasca la perilla—. Pero soy muy malo con los nombres.

—Esta foto fue tomada en octubre de 2013 —dice Ryd—. Te agradecería enormemente que intentaras retroceder en el tiempo.

Stierna vuelve a rascarse la perilla, se inclina hacia atrás y dice, de forma un poco más pausada:

—Esta chica tenía algo bastante... no sé si me atrevo a decir inflamable. Recuerdo que tenía una auténtica melena pelirroja y, de pronto, se la cortó. Pero no estudiaba aquí: era de Veterinaria, creo, y estaba involucrada en la protección de la fauna salvaje o algo así, aunque no recuerdo cómo se llamaba.

—¿Sabes si tenía algún tipo de relación con Lukas Frisell?

—Eso no puedo afirmarlo —responde Stierna—. Pero la verdad es que él era un poco Casanova en aquella época...

Sonja Ryd no consigue sacarle mucho más. Se queda de pie en el pasillo, junto a la puerta, preguntándose si su otra llamada telefónica,

a Vanja Pärn, ya habrá tenido sus frutos.

Es entonces cuando, de forma repentina, establece la conexión. Cuando estuvo por primera vez en casa de la arquitecta municipal Jonna Carlgren en Södertälje y vio la foto de la mujer rapada de aspecto triste entre las seis mujeres ante la mesa auxiliar en el pasillo de la universidad, pensó que la conocía de algo, pero lo cierto es que la había reconocido porque la acababa de ver en una foto anterior: era una de las dos mujeres que se encontraban a ambos lados de Lukas Frisell durante una noche de fiesta, aunque con un peinado completamente distinto.

Vuelve a abrir la foto en el móvil. Una de las mujeres tiene pelo castaño rapado, un batiburrillo de tatuajes y la lengua bifurcada. La otra tiene una melena de color rojo llameante y observa a Frisell con sus penetrantes ojos verdes.

La mujer que varios meses más tarde se encuentra sentada con aspecto deprimido en el círculo de estudiantes de veterinaria sigue teniendo el pelo de un llamativo rojo llameante, con la diferencia de que ahora lo lleva rapado muy corto y emite un aura peculiar en mitad de esa melancolía que Sonja Ryd no logra identificar. Otoño de 2013 y primavera de 2014. Tiene que comprobar las fechas exactas después.

Avanza por los pasillos de la Universidad de Ciencias Agrícolas con la clara sensación de que se encuentra sobre una pista decisiva.

Tal como habían acordado, la anciana recepcionista Vanja Pärn la está esperando en la recepción.

—¿Has dormido bien en el apartamento de estudiantes? —le pregunta a Ryd con una sonrisa.

—Perfectamente, muchas gracias —responde Ryd con otra sonrisa.

Entonces, Ryd saca el teléfono móvil y le enseña la fotografía. Vanja Pärn se ajusta las gafas y se toma su tiempo, girando y torciendo la foto. Finalmente, parece reconocerla.

—Elin Eriksson, sí.

Sonja Ryd suelta un profundo suspiro y dice:

—¿Elin Eriksson?

—Sí —corrobora Vanja Pärn—. Era estudiante de Veterinaria. Se

marchó en primavera de 2014, justo antes de los exámenes. Algo del todo innecesario.

—¿Qué quiere decir con que se marchó? —pregunta Ryd.

Vanja Pärn se encoge de hombros.

—Dejó los estudios —responde—. No recuerdo las condiciones exactas, pero Elin era una estudiante de primera, así que fue algo del todo inesperado. Me refiero a que era realmente inteligente. Quiero recordar que intenté persuadirla para que terminase la carrera.

—¿Está segura de que no se acuerda de lo que sucedió, Vanja? Suena bastante absurdo abandonar los estudios justo antes de los exámenes, a menos que se trate de circunstancias excepcionales. Circunstancias que, en ese caso, la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia debería conocer.

Ryd percibe cómo la franqueza inicial de Pärn empieza a debilitarse.

—Era algo personal —dice midiendo sus palabras—. No quería causar un escándalo.

—¿Un escándalo? —repite Ryd, consciente de que Vanja Pärn no va a decirle mucho más.

—Lo siento, no lo recuerdo. Elin tampoco dio muchas explicaciones.

—¿Pero usted trató de evitarlo? ¿Trató de evitar que dejara los estudios, a pesar del escándalo?

Vanja Pärn sacude muy lentamente la cabeza y empieza a guardar sus cosas.

—Por favor, Vanja —dice Ryd, poniéndole la mano en el brazo con delicadeza.

Pärn se detiene y se queda inmóvil, mirando al vacío.

—Si hablamos de un escándalo —continúa Ryd—, intuyo que eso significa que había algún profesor implicado, ¿verdad?

Pärn observa a Ryd. Es evidente que los pensamientos de la anciana recepcionista están en movimiento.

—Quizá. Es posible.

Quizá, es posible que Ryd tenga un poco de prisa. Da el paso poco profesional de preguntar:

—¿Se trataba de Lukas Frisell?

Parece que le han insertado una ficha en la ranura a Vanja Pärn. La

mirada que le dirige a Sonja Ryd es indefectiblemente leal.

Una de esas miradas dice más que mil palabras.

Suena el teléfono: es Eva Nyman. Ryd corta la llamada.

76

No hay más que dos coches policiales en Baton Rouge este domingo. Sin embargo, con la excepción de Ankan y Anton Lindberg, todos los policías parecen estar mucho más armados que el día anterior.

Los coches están lo suficientemente ocultos como para no provocar que el recién llegado Ugutz dé un viraje repentino e inicie una temeraria persecución.

Llevan horas esperando. Ankan está tratando de desentumecer una pierna que se le ha quedado dormida cuando el peculiar Tosh Larson levanta una mano desde lo alto de su puesto de observación, en el que parece pasar la mayoría del tiempo que está despierto.

—Viene un coche —traduce Ulla Hultqvist con su profunda voz de contralto.

Se ha plantado en un tocón junto a la misma entrada a Baton Rouge y lleva un MP5 como si fuera una pistola de juguete. El resto de su personal se encuentra más arriba en el camino, justo en los límites del pueblo.

Lindberg y Ankan se colocan a ambos lados del camino, a unos diez metros por debajo de Hultqvist. Un tanque quizá podría adelantar al trío, pero no así muchos otros vehículos.

Oyen el coche antes de verlo. Debido a que la entrada a Baton Rouge está precedida por una curva cerrada, no ven el coche que pasa a toda velocidad hasta que está a diez metros de distancia.

Lindberg y Ankan salen al camino embarrado y se encuentran en el medio, los dos con la mano derecha en alto, pero el coche ya ha cogido demasiada velocidad y derrapa violentamente en el barro mientras Ankan y Lindberg tratan de lanzarse al suelo en distintas direcciones.

Hultqvist sale al camino y levanta su MP5 apuntando al coche.

El vehículo se detiene a un par de metros de ella. Ve que el

conductor lleva los brazos claramente en alto cuando sale del coche. Se trata de un hombre joven con aspecto de Oriente Medio que se queda de pie con las manos en alto.

—Continúe con las manos en alto —le dice Ulla Hultqvist a voces—. Identifíquese.

El conductor está muy pálido.

Finalmente, logra balbucear:

—Me llamo Shabir Sarwani. Creo que acabo de atropellar a mis compañeros.

77

Sonja Ryd está de vuelta en la biblioteca. En la base de datos de la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia todavía consta el número privado de Elin Eriksson; con ayuda de los recursos reunidos en la oficina panorámica de la comisaría de Estocolmo, Ryd consigue obtener bastante información de interés.

Elin está empadronada en el extranjero, tiene un medio hermano más joven que consta en el registro de antecedentes penales y su madre reside en Vasastan.

Suena todo demasiado familiar como para que Sonja Ryd lo pase por alto.

¿No era en Vasastan donde Ankan y Lindberg habían entrado recientemente a registrar una vivienda y habían encontrado restos de ácido pícrico? Y el sospechoso Elias Shariq, ¿no se llamaba en realidad Elias Eriksson y era el hijo tardío de la ahora senil Birgitta Eriksson?

Ryd repasa el material del registro que hicieron Lindberg y Ankan en la vivienda. Entre las fotos de los técnicos forenses, hay una imagen de una antigua repisa de chimenea que captura su interés.

Ryd agranda la fotografía de una niña de unos doce años con pelo rojo encrespado y ojos verdes afilados como cuchillos. La coloca al lado de la captura de la conferencia de Frisell, en la que la mujer rapada de pelo rojo y mirada distintiva deposita lo que parece ser una nota a su lado en el atril. Ryd añade la foto de la joven con melena roja llameante que dirige la mirada a un Lukas Frisell ávido de fiesta. Ahora son tres fotos.

Y no dejan lugar a dudas.

Tiene que tratarse de la misma persona.

Los asistentes de Estocolmo, digitalmente competentes, consiguen acceso a los archivos de Elin Eriksson en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia. Se encuentran con calificaciones máximas y

excelentes recomendaciones, en particular, por su trabajo con la fauna salvaje, que en cierto informe definen como «que hace época».

—Creo que podría sacar algo más —dice Enok, el colaborador al que tiene ahora en línea.

El tono vacilante de su voz llama la atención de Ryd.

—Te escucho —dice.

—Puede que no esté en completa conformidad con la legislación vigente...

—Te sigo escuchando.

—Teóricamente, podría acceder a sus registros médicos —dice Enok con tono precavido.

—¿Cuánto tiempo te llevaría, de forma puramente hipotética?

—No más de una hora.

—Media hora, ni un minuto más —dice Ryd antes de colgar el teléfono.

Cierra los ojos y piensa profunda e intensamente.

Elin Eriksson asistió a las conferencias abiertas de Frisell sobre preparación para situaciones de crisis y supervivencia. Según la firma de la lista de asistencia, Börje Sandblom hizo lo propio. Después de la charla en la que Frisell presentó el símbolo del círculo dentro de otro círculo, Elin dejó algo en su mesa, posiblemente una nota.

¿Fue en ese momento cuando se creó el trío Bombardero Terrorista?

Börje, Elin y Lukas.

Ryd empieza a teclear de forma frenética en el ordenador en busca de un nombre, de un número de teléfono. ¿No había sido la propia Eva Nyman quien había estado en Sandviken, con Shabir y Anton?

Encuentra la anotación y marca el número.

—Periódico local, Eva-Lotta al habla —responde una apática voz femenina.

—¿Estoy hablando con Eva-Lotta Thelin? Me llamo Sonja Ryd; trabajo con la comisaria Eva Nyman en un caso del que estuvisteis hablando el otro día.

—Y no es un caso cualquiera —dice Eva-Lotta Thelin, con voz notablemente menos perezosa.

—Correcto. Aparte de Börje Sandblom, ¿quiénes participaron en las

protestas contra Merplast AB en Källfors?

Se hace un silencio momentáneo al otro lado del teléfono.

—Solo dos o tres desconocidos —responde Thelin—. No eran de Källfors, más bien de lugares remotos de los alrededores.

—¿Puedes recordar algún nombre?

—Me temo que no, pero ya os envié algunas fotografías. Creo que en ellas aparecen los compañeros de Börje Sandblom, al menos, en las de la protesta fallida de Källfors.

Ryd le da las gracias a Eva-Lotta Thelin y revisa el archivador de Källfors hasta que encuentra las fotos. Una de ellas, en particular, llama su atención. En ella predomina la presencia masculina: Börje Sandblom está sentado en primer plano, enfurruñado, junto a una mesa en un escenario elevado; detrás de él se ve, principalmente, a un joven enfadado con una gorra de béisbol amarilla.

Pero hay otra persona, algo más apartada.

Es una mujer pelirroja con el pelo muy corto.

78

Eva Nyman ha aterrizado. Ha recorrido una buena distancia desde la plataforma del helicóptero y se obliga a avanzar a paso rápido por la concurrida sala de salidas de la terminal 5 del aeropuerto de Arlanda, la mayor terminal de vuelos internacionales de Suecia. Se pregunta si el sudor le habrá traspasado el estiloso pantalón de traje de color gris claro. Ve discretos grupos aquí y allá que se mueven por la sala de modo un tanto uniforme.

Policías, por lo visto.

Grupos de búsqueda.

Sin embargo, la controvertida resolución de las altas instancias es firme: el aeropuerto permanecerá abierto y el equipo de supervisión continuará trabajando mientras los aviones siguen despegando y aterrizando. Han considerado que vaciar y cerrar Arlanda debido a una «poco más que probable amenaza» sería una empresa demasiado grande y costosa.

No obstante, la unidad nacional antiexplosivos se encuentra en el aeropuerto y opera, principalmente, con ayuda del grupo de trabajo, pero también con un número cada vez mayor de policías de distintos distritos cercanos. El objetivo es, sencillamente, tratar de encontrar la posible bomba. También ha llegado personal de seguridad voluntario de gran parte del centro de Suecia.

Es un domingo por la tarde, el Día de la Madre, y hay un despliegue secreto pero total.

Aun así, Eva Nyman percibe cómo algunos viajeros, probablemente los más experimentados, reaccionan ante la presencia de los grupos de búsqueda. Se ve que empiezan a notar que hay gato encerrado. Nyman se pregunta durante cuánto tiempo podrán aferrarse a la resolución de mantener abierto el aeropuerto. La cuestión es si el riesgo de catástrofe no será mayor de este modo.

SkyCity, la zona de restaurantes y tiendas que se encuentra entre las terminales, junto al control de seguridad más pequeño de la terminal cinco, empieza a estar cada vez más abarrotada. Es posible que Eva Nyman esté hipersensible, pero le da la impresión de que se respira cierto pánico en el aire, un pánico aún no resuelto, que no se ha materializado del todo.

Se abre paso entre dos mujeres mayores que señalan a una patrulla de búsqueda demasiado evidente justo bajo el gran panel de información.

Llega al interior de SkyCity, donde la está esperando un hombre que a todas luces es un policía vestido de civil.

Un gesto de cabeza es suficiente para que Eva Nyman sea conducida hacia delante.

79

Unos instantes después del incidente, un aún ruborizado Sarwani está sentado sobre un tocón más allá en el pantano. Dirige la mirada confundida hacia la región salvaje mientras los demás se mantienen a distancia prudencial. Ankan sigue secándose de forma obstinada el barro de la ropa, mientras que Lindberg ha desistido y aceptado el hecho de que una capa de barro empieza a formársele en la chaqueta y los pantalones.

Es entonces cuando Tosh Larson, desde su puesto, hace la siguiente señal.

No tardan en oír el ruido de un motor.

Han cambiado de posición y ahora están un poco más arriba, más cerca del pueblo, con una larga recta por delante. Los policías de uniforme están ahora más adelantados, con Hultqvist conformando la primera línea.

Una vieja furgoneta Volkswagen avanza renqueando hacia Baton Rouge. El hombre que va al volante es un hippie canoso con la piel de color aceituna que se lleva las manos a la cabeza y parece más sarcástico que asustado.

—¿Eres Ugutz? —pregunta Hultqvist desde el círculo de policías uniformados.

—Eso depende de quién pregunte —responde el hombre con una mueca.

—No te hagas el tonto —dice Hultqvist, tratando de no reírse. Entonces, saca el gran retrato plastificado de Börje Sandblom.

Ugutz asiente lentamente con la cabeza y se encoge de hombros.

—Txomin, sí —dice—. Un bicho raro. Pero es mi bicho.

Ankan y Lindberg también se acercan.

—¿Qué tal si empiezas la historia por el principio? —dice Ankan.

—Pero sé breve —añade Lindberg—. No tenemos tiempo para

cuentos chinos.

—Tampoco lo merecéis —dice Ugutz—. Somos amigos de la infancia. Lo sé, ahora se hace llamar Börje, pero crecimos juntos en un pequeño enclave vasco a las afueras de Uppsala.

—¿Así que Börje Sandblom es vasco? —pregunta Ankan, estupefacta.

—Nació en Suecia. Txomin Larrazabal.

—¿Por qué se cambió el nombre? ¿Por qué se puso algo tan puramente sueco como Börje?

—Tenía un aspecto puramente sueco. En plan coloradote. Era un coñazo cuando la gente pensaba que no debería tener un nombre tan raro como Txomin.

—¿Eso te lo dijo él cuando os visteis aquí en Baton Rouge?

—Txomin me ha dicho muchas cosas —ríe Ugutz—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Hace unos seis meses que no lo veo.

—¿Qué fue lo último que dijo que se traía entre manos? —pregunta Ankan.

—Estaba animado. Por primera vez en su vida, consideraba que estaba haciendo algo importante. La verdad es que el pobre Txomin siempre ha sido un poco pringado. A diferencia de mí, claro, que me dedico a fregar jarras de cerveza llenas de vómito en las noches de borrachera en Gävle. Pero yo nunca he estado envuelto en ningún tipo de delito, joder.

—Ve al grano —suspira Lindberg.

Ugutz le dirige una sonrisa falsa antes de responder.

—Cuando Txomin quería impresionar a las tías en octavo, se voló la mitad de la mano izquierda.

Durante la conversación, Sarwani se ha ido acercando poco a poco desde las marismas; ahora empieza a espabilarse.

—¿Se voló la mitad de la mano? ¿Andaba mucho con explosivos? —interviene.

—Tenía catorce años, joder —dice Ugutz encogiéndose de hombros—. Pero sí, parece que era su afición. Después se convirtió en una especie de Mozart de los explosivos.

Sarwani hace una amplia señal de asentimiento y le hace un gesto

de permisividad a Ankan, quien lo observa durante un rato antes de continuar.

—¿Sabes qué es eso tan importante que está haciendo?

—Su pasión actual era el medioambiente, así que será algo de eso.

A Ugutz no parece interesarle lo más mínimo el asunto, o quizá sea un actor excelente.

—Pero tú sabes en qué parte del bosque está la casa de Txomin, ¿verdad? —pregunta Ankan.

—Por mucho que lo intente, no puedo llamarlo «casa» —dice Ugutz —. Y eso que yo vivo en el puto Baton Rouge.

—¡En marcha! —dice Ankan.

La caravana continúa durante una hora hacia la región salvaje. Lindberg conduce el coche de alquiler de Sarwani; Ugutz va sentado en el asiento del copiloto, dando indicaciones a regañadientes. Los siguen dos coches de policía. Al cabo de un rato, queda claro que lo que podría haber sido un camino ha terminado y que ahora todo es bosque a su alrededor.

Oculta bajo una cúpula de ramas de árbol colgantes, se encuentra una furgoneta que, definitivamente, no lleva seis meses ahí.

Txomin Larrazabal, alias Börje Sandblom, ha estado activo. Además, parece que está en casa.

Ugutz señala hacia el bosque.

—Por allí, en algún lugar, entre medio y un kilómetro —dice—. No me atrevo a ser más preciso. Pero no le hagáis daño a Txomin, joder, que es manso como un cordero.

Los policías se reúnen. Uno de ellos protesta inútilmente cuando Hultqvist le ordena que se quede con Ugutz. Los demás siguen en un segundo grupo al cuarteto principal formado por Ankan, Lindberg, Sarwani y Hultqvist.

—Habéis oído todos lo que ha dicho, ¿no? —pregunta Sarwani y comprueba su arma reglamentaria.

—¿Estás pensando en la mano explosiva? —pregunta Ankan—. ¿La sempiterna *mano cornuta*?

—Estoy pensando en el Mozart de los explosivos —responde Sarwani.

80

Sonja Ryd examina con detenimiento la fotografía de la reunión frustrada de protesta en Källfors. La mujer lleva el pelo incluso más corto que ella, pero es indudable que es pelirroja y, aunque está medio de espaldas, tampoco le cabe ninguna duda de que se trata de Elin Eriksson, varios años después de su paso por la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia y notablemente más demacrada que en el vídeo de la conferencia o que en las fotos de la página de Facebook «La Comuna de Ultuna».

¿Una Elin Eriksson que ha pasado años en el bosque?

Ryd analiza las fechas de «La Comuna de Ultuna». La primera fotografía, en la que la mujer con melena de un rojo casi sobrehumano atrapa a Lukas Frisell con sus ojos verdes, es de finales de agosto de 2013. La segunda, en la que está sentada ante la mesa de café con el pelo rojo rapado y un aura de melancolía, es de marzo de 2014.

Seis meses más tarde.

Muchas cosas parecen haber sucedido durante ese medio año.

Ryd vuelve a revisar los vídeos. Dos semanas antes de la famosa conferencia de octubre sobre «Salud y atención médica en aislamiento», en la que Frisell dibujó un círculo dentro de otro círculo, hubo otra conferencia con el título «La higiene personal como necesidad de supervivencia».

Ya la ha visto antes, aunque a cámara rápida, así que sabe más o menos en qué parte de la grabación tiene que buscar.

Al final de un largo sermón, Frisell dice: «En resumen, es necesario llevar el pelo rapado si uno quiere establecerse en serio en el bosque. De ese modo, a los bichos no les resultará tan fácil...».

Ryd detiene el vídeo y repasa la situación.

La talentosa estudiante de veterinaria Elin Eriksson acude a las conferencias de Lukas Frisell para abandonar la civilización. A finales

de agosto, habían salido juntos de fiesta. Cuando ha transcurrido poco más de un mes, de una charla a la siguiente, esta inteligente joven parece haberse cortado el pelo. Es poco probable que se trate de una casualidad que lo haya hecho después de la conferencia en la que Frisell habla de lo necesario que es tener el pelo muy corto cuando uno vive en el bosque.

Esto le dice dos cosas a Sonja Ryd. La primera es que Elin Eriksson admiraba a Frisell y se tomaba sus palabras e ideas completamente en serio. La segunda es que es posible que estuviera forjando los mismos planes que él de abandonar la sociedad civilizada. Por lo tanto, no resulta improbable que ella ya fuera preparacionista cuando fue vista más tarde en la reunión de protesta en Källfors.

Tanto Elin Eriksson como Börje Sandblom se inspiraron en Lukas Frisell.

Pero solo uno de ellos dejó una nota en su mesa.

En ese momento, suena el teléfono de Ryd.

—Soy Enok —dice la voz al otro lado—. Es posible que, de forma puramente hipotética, haya encontrado algo.

—Todo lo que digamos seguirá siendo hipotético —dice Ryd—. Así que ¿tenemos algo destacable en los registros médicos de Elin Eriksson?

Enok se aclara la garganta de forma reflexiva antes de responder.

—Un hijo nacido muerto tres meses después de que abandonara la universidad.

Ryd se queda callada, mirando al vacío por encima de los lomos de los libros.

—Cierra el archivo —dice con voz tranquila— y elimina el rastro. Esta conversación nunca ha tenido lugar.

Le parece oír cómo Enok asiente con la cabeza.

Ryd siente las neuronas dando saltos mortales.

Vuelve a la foto de las seis estudiantes de veterinaria en el pasillo y observa minuciosamente a Elin Eriksson, con el pelo rapado y aspecto deprimido. En su cuerpo podría distinguirse una minúscula barriga de embarazada. ¿O no son más que imaginaciones suyas?

¿Significa esto que Lukas Frisell tuvo una breve relación con Elin

Eriksson y la dejó embarazada? Según las palabras de Leif Stierna, había sido «un poco Casanova en aquella época». ¿Acaso la había dejado tirada durante el embarazo?

«La gran traición», ¿podría hacer referencia a esto?

¿Es posible que Frisell tuviera tantas relaciones en la Universidad de Ciencias Agrícolas que ni siquiera recuerde su aventura con Elin Eriksson? Quizá nunca se enteró de que ella estaba embarazada, ni de que su hijo común había nacido muerto.

O quizá, sencillamente, le importara un bledo.

Regresa mentalmente a la sala de reuniones de la comisaría. La mirada de Elin Eriksson en el vídeo, cuando deja la nota en la mesa junto a la mochila de Lukas Frisell, debió de haberle hecho comprender a qué estaba expuesto exactamente.

A algo tan sencillo y eterno como la venganza.

Las actividades del Bombardero Terrorista no eran solo una poderosa protesta climática, sino que todo había empezado como algo personal, cercano. En este caso, con una mujer traicionada.

«El infierno no tiene la furia de una mujer despreciada».

Elin sabía cómo escribía y hablaba Lukas Frisell y, seguramente, tenía acceso a su ADN. Junto con sus compinches, Börje Sandblom y Elias Eriksson-Shariq, Elin Eriksson se había convertido en el Bombardero Terrorista.

Y le había cargado la culpa a Frisell. Una culpa bien merecida.

Lukas había visto a Elin en el vídeo, había comprendido la situación y se había marchado a buscarla, él solo, sin ayuda de la policía.

Su huida no se debía a que fuera culpable, sino a que estaba obsesionado con encontrar al culpable.

Así están las cosas.

Pero ¿cómo diablos va a tener ahora Sonja Ryd la ocasión de encontrar a Elin Eriksson o, para el caso, a Lukas Frisell?

Se deja caer en el sofá de la biblioteca de la universidad y siente que se queda paralizada. Sin embargo, parece que su cerebro sigue funcionando a pleno rendimiento, pues tiene una idea repentina. Coge el iPad y abre la antigua aplicación de vigilancia.

En la pantalla de localización no hay nada. Los movimientos de

Frisell por la ciudad antes de que la tobillera acabase en la pata del caballo se han archivado; el localizador ha sido desactivado y desguazado, por lo que tampoco aparece la parpadeante mancha roja. La otra imagen de pantalla debería reflejar una situación similar. Ryd pasa de una a otra; no debería aparecer nada en absoluto.

Sin embargo, aparece: en un mapa que ahora cubre la mitad de Suecia, parpadea una mancha clara.

Una mancha verde.

Se ha vuelto a encender el Nokia 3310 de Lukas Frisell.

El parpadeante punto verde parece taladrar un agujero en la pantalla de la tableta.

81

Eva Nyman se ha incorporado al centro de supervisión del aeropuerto de Arlanda, que se ha establecido en una especie de sala de reuniones por encima de SkyCity.

Varios civiles están sentados frente a los ordenadores tratando de coordinar los esfuerzos de búsqueda. A través de distintos monitores, tienen acceso directo con la alta dirección en una sala situada un poco más arriba, a dos minutos a pie. Nyman ve en las pantallas diversos mapas que muestran el lento crecimiento de las zonas investigadas en distintos planos.

Sin embargo, parece que no es aquí donde ella debería estar. En su lugar, su tarea por el momento parece ser práctica, tangible.

De forma apresurada, le han asignado a un grupo de policías de la campiña de Uppland para registrar una zona delimitada en la terminal de llegadas. En este momento, se encuentran reunidos en un rincón olvidado de SkyCity, tratando de revisar una estrategia para la exploración del territorio que les ha sido encomendado.

Nyman está a punto de llamar a su grupo de búsqueda cuando vuelve a sonar su móvil. Hace todo lo posible por ignorarlo: ahora lo único que quiere es reunir a su grupo y darles las instrucciones de seguridad.

—Si os encontráis con la mínima cosa fuera de lo normal, debéis informar de inmediato, a mí o al oficial al mando más cercano.

Después, ya no se puede resistir.

Mira el móvil.

Es un mensaje de un número desconocido. Titubea durante un par de segundos antes de leerlo. El mensaje es breve y directo.

«18:43, terminal 5. Booom. Mucha suerte, Eva Nyman».

Transfiere el mando de su grupo al hombre al que ha designado como su mano derecha y se apresura a volver al centro de supervisión.

Se internan aún más en el bosque. De camino a la guarida de Börje Sandblom, forman un rombo: Sarwani en el extremo, Ankan y Lindberg a los lados y Hultqvist guardando las espaldas. Pueden vislumbrar a algunos policías a unos cincuenta metros detrás de ellos.

Es un bosque oscuro, profundo y cenagoso, casi como una accidentada prolongación de la marisma en la que, por algún extraño motivo, se fundó Baton Rouge.

El poderoso bosque caducifolio parece amortiguar todos los sonidos. Caminan en un silencio en el que apenas se aprecian los ruidos de sus propios pasos.

Centran su atención en detectar todo lo que consideran que puede explotar: minas terrestres, cables trampa, drones suicidas, lo que sea. Al fin y al cabo, es Börje Sandblom quien, presumiblemente, ha diseñado las cargas explosivas del Bombardero Terrorista, hasta ahora con gran precisión.

Al igual que la gran bomba que puede que esté a la espera en Arlanda.

Hoy, el Día de la Madre.

Avanzan muy lentamente, con gran precaución, hasta que avistan la vivienda de Börje Sandblom y se ocultan detrás de un enorme matorral. En comparación con la morada de Lukas Frisell, no se puede decir que la construcción impresione. Más bien parece una acumulación de láminas de chapa. No obstante, saben que las apariencias engañan y la habilidad de Sandblom con los explosivos hace que no tengan ninguna intención de subestimarlo.

Hay una especie de camino artificial entre dos grandes rocas que lleva hacia la vivienda. Es Ankan quien descubre el alambre que lo cruza de un lado a otro. Un par de pasos imprudentes y los cuatro habrían salido volando por los aires.

Tras una buena inspección por las inmediaciones, pasan de uno en uno por encima del alambre, despacio y con cuidado; ahí, en el camino entre las dos piedras, encuentran un barril que, con toda seguridad, contiene los explosivos.

Parece de fabricación casera y extremadamente peligroso.

Señalan de forma clara el cable trampa para los policías que vienen detrás y continúan a través del extraño silencio.

Justo en el exterior de una puerta camuflada en la rústica construcción detectan, a través de los prismáticos, una superficie en el suelo con un tono un poco diferente. Bien podría ocultarse una mina terrestre de fabricación casera ahí abajo. Tienen que abrir la puerta desde cierta distancia y saltar por un lado.

Para el primero que lo haga, supondrá un auténtico desafío: un pequeño paso en falso podría hacer explotar la mina.

No cabe ninguna duda de que será Sarwani quien acepte el desafío.

Respaldada por Hultqvist y Lindberg, Ankan cubre la posible mina y manipula la puerta con una ganzúa; Lindberg está preparado para abrirla con un largo leño que ha encontrado junto a un tajo.

Sarwani saca la pistola y trata de ver el escenario completo frente a él, de eliminar cualquier riesgo de error.

Se prepara para un salto de longitud que no puede ser demasiado largo ni demasiado corto: demasiado largo y se golpeará contra el marco superior de la puerta y caerá hacia atrás sobre la posible mina; demasiado corto y aterrizará directo en ella. Por eso, lo que debe hacer es entrar más o menos rodando hasta el interior, que en realidad no tiene un techo muy alto. Resulta absurdo imaginar que el gran Börje Sandblom pueda vivir allí.

Tampoco sabe lo que estará esperándolo ahí abajo cuando entre rodando.

Lindberg y Sarwani cruzan una mirada. Ankan levanta los cinco dedos. Cuatro, tres, dos.

Una extraña pausa.

Uno.

Lindberg abre la puerta con el leño. Sarwani salta.

Es en pleno vuelo cuando percibe el hedor que lo hace detener y

agacharse junto al umbral, ligeramente inclinado hacia atrás. Antes de que pueda caerse, Anton Lindberg lo empuja con el palo.

Sarwani cae hacia delante, rueda por el suelo y se pone en pie con la pistola en alto. En el mismo instante en que oye a Ankan saltar tras él y soltar una arcada, puede ver, tras una especie de vestíbulo, otras tres puertas metálicas que dan a la hedionda vivienda.

Espera a que llegue Ankan y los dos se aproximan a una de las puertas. Ankan, a pesar de las arcadas, le guarda las espaldas a Sarwani mientras este entra en la habitación. Se trata de un almacén, lleno de todo aquello que puede necesitar un auténtico preparacionista.

Es posible que Börje Sandblom tenga demasiados fertilizantes artificiales.

Cuando salen de allí, Lindberg se encuentra ante la siguiente puerta metálica; Hultqvist acaba de saltar a través de la puerta exterior. Los dos parecen estar a punto de vomitar. Sarwani les hace una señal con la cabeza y se dirige hacia la tercera puerta; Ankan se coloca de forma que pueda levantarla sin obstáculos.

Entonces, se pone manos a la obra y Sarwani se lanza al interior.

Ahora el hedor es completamente abrumador.

Dentro hay una mesa y una silla; también hay una persona sentada a la mesa, inclinada sobre algo con aspecto pensativo.

Es un hombre con ropa de camuflaje que está de espaldas a ellos con un Kaláshnikov delante.

Sarwani le grita algo de forma ininteligible. No obtiene respuesta. El arma sigue sobre la mesa.

Sarwani y Ankan rodean la mesa con las armas reglamentarias en alto. Oyen a Lindberg y Hultqvist entrar en la estancia al mismo tiempo que llegan ante el hombre, que se echa hacia delante con los codos sobre la mesa. Tiene la cara apoyada en las manos; en la mano izquierda solo tiene dos dedos, el meñique y el anular.

La *mano cornuta*, la señal del diablo de los roqueros.

Aunque la mano está verdosa, al igual que el propio Börje Sandblom. Verdoso y en estado de descomposición.

Sarwani retrocede. Sobre la mesa, frente al hombre vestido de

caqui, hay un tarro de pastillas derramado.

—Parece que ser preparacionista es duro de cojones —dice Ankan con voz ronca.

Junto al tarro de pastillas hay un bolígrafo y un papel con un texto breve y deprimente, apenas legible. Börje Sandblom, alias Txomin Larrazabal, parece haber escrito una corta pero concisa carta de despedida que apesta, literalmente, a decepción con la vida. Sarwani se gira y lee la carta en voz alta.

«Elin, esa maldita puta endemoniada. La odiosa y maravillosa novia diabólica me ha engañado y me ha arrastrado hacia el infierno. Se la suda completamente el clima. Construí todas las bombas para ella, pero ella está en su propia cruzada contra el hombre al que realmente ama. Ahora moriré, y espero que ella no tarde en hacerlo».

Sarwani se endereza como puede en esa pequeña y hedionda habitación y dice entre arcadas:

—Slobodan Jovanović tenía razón. El Bombardero Terrorista es una mujer.

83

A dos kilómetros de la autopista, Sonja Ryd amplía la mancha verde que parpadea desde las profundidades de los bosques de Gästrikland. Sigue apareciendo en la tableta y todavía no se ha movido del sitio.

Es como si Lukas Frisell la estuviera llamando.

Eso es lo que le había dicho su instinto ya en la biblioteca, cuando descubrió la parpadeante mancha verde. En teoría, debería haber llamado para informar del hallazgo de forma inmediata y asegurarse de que el coche patrulla más cercano se dirigiera directamente hacia allí para atrapar al fugitivo.

Sin embargo, lo que vio no fue un error garrafal de un criminal fugitivo: lo que vio fue una llamada personal de un policía a otro.

Tampoco podía ir a recoger el coche civil que le habían reservado a la comisaría de Uppsala, así que había cogido un taxi y se había ido a alquilar un coche.

Ahora, cuando le quedan dos kilómetros para dejar la autopista y continuar la búsqueda por las carreteras secundarias, Sonja Ryd decide que ha llegado el momento.

Aminora la velocidad, saca el móvil y marca el número de Frisell, el número del Nokia 3310 que le había proporcionado la administración judicial. Espera un rato. El teléfono da señal. Ryd siente el sudor emanando de su piel.

No parece haber ningún otro vehículo en movimiento por la autopista. Reina una extraña tranquilidad.

Entonces, aceptan la llamada, sin una sola palabra, aunque Ryd presiente que hay alguien al otro lado.

Ella tiene dos palabras que decir, y lo hace con una voz sorprendentemente ronca.

—Elin Eriksson.

Hay un breve silencio antes de que se corte la conversación.

Ryd observa la parpadeante mancha verde en la tableta.

Al cabo de un rato, la mancha desaparece.

Comprende que se trata de una señal. Revisa sus capturas de pantalla y echa un vistazo a la zona aproximada en la que acaba de desaparecer el teléfono de Lukas Frisell.

Tomtjärla.

Es una especie de zona de cabañas. Un territorio completamente desconocido.

Entonces, suena el teléfono: es el número de Frisell.

Debe de haber encendido de nuevo el Nokia, como una señal de que están en contacto. Puede que haya cambiado de opinión. Ryd responde a la llamada. Una razonablemente familiar y grave voz masculina dice:

—Número 13. Midjegränd 13.

Después, se corta la llamada.

No se ha arrepentido; solo quería precisar.

Ha llegado el momento de abandonar la autopista.

Resulta difícil imaginar que pueda haber una zona de cabañas en este bosque. La mirada apenas alcanza más allá de las copas de los árboles.

Entonces, un letrero aparece como por ensalmo.

«Tomtjärla».

La estrecha carretera tiene un desvío justo antes de entrar en la zona de cabañas, señalada con un letrero con una gran letra M. Ryd detiene el coche en ese punto y se queda pensando.

Después de todo, aquí hay cobertura. Saca el iPad y empieza por comprobar si la parpadeante mancha verde sigue ahí desde la llamada de Frisell. En efecto, ahí está, pero, con un mapa tan ampliado alrededor de la mancha, no es posible determinar con exactitud en qué punto de Tomtjärla se encuentra el teléfono.

Entonces, introduce «Midjegränd 13» en Google Maps. Por extraño que parezca, no obtiene ningún resultado. ¿Por qué iba Frisell a engañarla y enviarla a una dirección inexistente? ¿Qué motivo podría tener?

Si algo ha aprendido, es que siempre tiene que buscar un motivo cuando se trata de Lukas Frisell.

¿Será esta es su forma de atraparla?

¿De matarla?

Introduce «Midjegränd 1». Si existe la callejuela en cuestión, debería haber un número 1.

Efectivamente, lo hay: un cuadradito a unos cien metros en la zona de cabañas, marcado por una gota digital de color rojo óxido. Continúa con Midjegränd 2, 3, 4, 5. Todos existen. Y sigue: 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12. Pero no existe el 13. Ni tampoco el 14, el 15 ni el 16.

Eso significa que Midjegränd tiene solo doce parcelas, no trece.

Elin Eriksson es el decimotercer comensal.

Sonja Ryd cambia al modo de vista aérea en la pantalla y amplía Midjegränd hasta que la callejuela aparece algo pixelada. Vuelve a reducir la vista y busca por el camino principal que atraviesa Tomtjärla.

En un pequeño callejón sin salida, encuentra lo que está buscando: una estructura que podría ser una hilera de buzones.

Dirige el coche hacia allí.

En efecto, se trata de una fila de buzones.

Aparecen junto al callejón sin salida cuando el coche de alquiler avanza hacia ellos. Los correspondientes a Midjegränd conforman un pequeño grupo hacia la derecha: hay buzones del 1 al 12.

Sin embargo, también hay un buzón para Midjegränd 13.

La parcela inexistente.

Sonja Ryd se guarda la tableta en el bolso, que lleva consigo cuando sale del coche. Mira a su alrededor: no se ve ni un alma. Es un gris y desapacible día de primavera. Oye un pájaro que no logra identificar cantar una singular tonadilla melancólica, que la acompaña mientras abre el buzón.

Allí está el Nokia 3310 encendido. Coge el vetusto teléfono móvil de color rojo vino y se lo mete en el bolsillo.

Pensativa, da media vuelta.

A un metro detrás de ella se encuentra Lukas Frisell.

84

«Booom», piensa.

Eva Nyman ha conseguido acceso al jefe del equipo de supervisión un piso más arriba en Arlanda. No tiene ni idea de quién es y ni siquiera se atreve a especular de dónde viene.

Lleva la cabeza afeitada y está sentado en su silla con la espalda recta entre otros escritorios provisionales con el teléfono de Nyman delante. Lee el mensaje con profunda voz de barítono.

—«18:43, terminal 5. Booom. Mucha suerte, Eva Nyman».

—Quiero que te centres en la interjección.

Él ríe de una forma extraña.

—¿«Booom»? —dice, con claros signos de interrogación.

—Pasa a la siguiente imagen —dice Nyman con tranquilidad.

Él le hace caso y ve un mensaje escrito a mano que dice, simplemente: «Booom, motherfucker».

—Con tres oes —dice.

—Mira la fecha —dice Eva Nyman.

—Entiendo. ¿Odenplan?

—Junto con dos globos rosas en una mochila en el andén del tren de cercanías, sí.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta sin rodeos el jefe del equipo.

—Responsabilidad de mando. Y un buen contador digital en la pared del centro de supervisión con una cuenta atrás segundo a segundo hasta las 18:43 exactas.

Ahora el superior se ríe a carcajadas, aunque pronto se le pasa.

—Tienes responsabilidad de mando —le dice—. Y los técnicos estarán allí antes de que vuelvas.

—Son dos minutos de trayecto —dice Eva Nyman, perpleja.

—Mucho me temo que no tendrás ese tiempo —dice el superior con

un leve gesto hacia una gran pantalla en la que Nyman puede distinguir la cuadrícula de una reunión de Zoom, el que fuera el pan de cada día durante la reciente pandemia. Entre los rostros de la cuadrícula, Nyman cree reconocer de forma apresurada al jefe de la Policía Nacional.

—No lo entiendo —dice.

—Acabamos de decidir que vamos a cerrar Arlanda —dice el superior y se pasa la mano por la suave coronilla—. Vamos a intentar hacerlo por secciones, pero me temo que no va a ser una operación tan fluida como creen muchos ahí dentro.

Eva Nyman sigue el dedo que señala la reunión de Zoom. Es evidente que la están esperando.

Todos los ministros.

El aviso parece llegar a SkyCity justo cuando Nyman pone el pie en la zona. Lo primero con lo que se encuentra son tres hombres trajeados corriendo como locos, que ni siquiera vacilan al derribar a una familia con niños; el padre logra apartar de su camino a su hijo de tres años.

Eva Nyman se abre camino a través de SkyCity. Por suerte, el pánico no parece general, más bien aislado. Tanto los viajeros como el personal parecen confundidos. Hay gritos y espanto aquí y allá, pero, en la distancia, Nyman se da cuenta de que los viajeros al fondo de la terminal 5 siguen haciendo cola con toda tranquilidad.

Un hombre con sobrepeso en pantalón de pijama que no para de gritar empuja a Eva Nyman a un puesto de sushi antes de que esta, finalmente, consiga abrirse paso a través de esta extraña situación. Cuando, al fin, logra llegar a la entrada del centro de supervisión, se detiene durante un instante y observa el dispositivo de evacuación. Parece extremadamente indecisa.

85

Sonja Ryd se lleva tal sorpresa que deja caer el bolso y todo su contenido se esparce por el suelo. Sin decir una palabra, Lukas Frisell recoge las cosas de Ryd, las mete en su mochila verde militar e introduce a la fuerza el bolso vacío en el buzón.

—Esto no es apropiado para una jornada sobre el terreno —dice—. Puedes recogerlo más tarde.

En ese momento, sus miradas se cruzan por primera vez. Tienen demasiado que decir; las palabras forcejean por salir, hasta que Sonja Ryd rompe el hielo.

—Te has cortado el pelo.

—Más bien rapado —dice Frisell y se pasa la mano por el cuero cabelludo—. Siguiendo el consejo de los expertos.

Ryd esboza una sonrisa.

—Bonita mochila —dice.

Lukas Frisell se echa a reír.

—Tiene trece años, es de Nordic Army Assault y, sí, es exactamente igual a las dos mochilas de Odenplan. Me di cuenta demasiado tarde.

—Nuestra Elin Eriksson se toma en serio su imitación.

Frisell asiente lentamente y cambia de tema.

—Supongo que ya habrás notado que Midjegränd 13 no es más que un buzón, sin parcela, sin construcciones. Los de la comunidad afirman que reciben varios miles de coronas suecas al año por el alquiler del espacio del buzón.

—¿Y eso qué significa?

—Que ninguno de nosotros sabe dónde está la vivienda de Elin —responde Frisell—. Pero estoy preparado para seguirle el rastro. ¿Y tú?

Ryd asiente con la cabeza, como si supiera exactamente a qué se refiere con «seguirle el rastro».

Se ponen en marcha.

—¿Por qué en esta dirección? —pregunta Ryd.

—Por motivos que solo se pueden explicar cuando has pasado años viviendo en el bosque —murmura Frisell—. Pero, sobre todo, porque lo más probable es que Elin no quiera que nadie la vea cuando viene a recoger el correo. Quiere evitar el camino, así que viene por el bosque.

—Realmente eres una mezcla entre preparacionista y policía.

—Survivalista y madero —dice Frisell con un resoplido.

Caminan durante un gris y desapacible Día de la Madre sin hablar demasiado mientras el denso bosque los va engullendo cada vez más. Frisell lee el paisaje, siente los olores, el viento, la tierra.

¿Las huellas?

Ryd lo sigue pisándole los talones y no le queda más remedio que reconocer que tiene puesta toda su fe en él.

De pronto, Frisell se detiene en una quebrada al resguardo, se sienta sobre una piedra y saca un termo de la mochila.

—¿Te apetece un café? —le pregunta a Ryd.

Ella asiente con la cabeza, se sienta y coge la taza que le tiende Frisell.

—Entiendo casi toda la historia, hasta cierto punto —dice Ryd—. Elin Eriksson, estudiante de veterinaria y especialista en fauna salvaje, te adoraba e idolatraba tus ideas sobre preparación para situaciones de crisis y supervivencia. Comenzasteis una relación en la que ella llevó la iniciativa, quizá mediante una nota que dejó en tu escritorio durante una conferencia abierta en octubre de 2013. Pero ¿qué pasó después?

Frisell echa un trago al café y hace una mueca de disgusto.

—A veces se nota que el café tiene unos años.

—¿Quieres decir que has pasado por casa para ir a buscar café? ¿Por qué?

—Para sacar esto de un escondite no descubierto y ponerlo a buen recaudo —responde Frisell y saca una Sig Sauer 226, la antigua pistola reglamentaria de las fuerzas policiales.

Ryd saca su Glock 17 prácticamente nueva de fábrica.

Las dos armas están una junto a la otra sobre un peñasco.

—Una de las pocas cosas en las que no se nota el paso del tiempo —

dice Frisell, observando las dos pistolas.

—Ahora eres civil —dice Ryd—. Espero que tengas licencia de armas.

Frisell se limita a sacudir la cabeza.

—He notado que evitas responder a mi pregunta —insiste Ryd.

Frisell sonríe y da otro trago a su café añejo.

—«Me has hecho ver a mi auténtico yo» —dice.

Ryd permanece a la espera y da un sorbo al café: está un poco amargo, no cabe duda.

—Eso es lo que ponía en la nota que Elin dejó sobre mi atril —explica Frisell—. Pero toda mi conciencia estaba ya en otro lugar, aquí, en el bosque, y esa época de soltero algo más salvaje era para mí agua pasada.

—Aun así, ¿dejaste que sucediera? ¿Y después te olvidaste de que existía?

—No duró más que unas cuantas semanas —suspira Frisell—. Yo nunca estuve presente de verdad. Ya había encontrado una porción de bosque que quería hacer mía y había empezado a construir, a preparar el terreno.

—Pero a Elin eso le interesaba, ¿no?

—Estaba muy interesada, pero yo quería hacer las cosas bien, completamente solo.

—¿Le hablaste de tu lugar en los bosques de Uppland?

—No, nunca. Por lo que a mí respectaba, ella formaba parte del pasado. Aunque nuestra relación quizá continuara.

—¿Y no relacionaste a Elin con el Bombardero Terrorista hasta que yo te mostré el vídeo de tu conferencia sobre «Salud y atención médica en aislamiento»?

Frisell suspira profundamente y sacude la cabeza.

—Lo cierto es que no —responde—. Era como un agujero en la cabeza. Yo iba a cambiar mi vida por completo y ella era, como mucho, una distracción. Sé que suena a cabronazo, pero así eran las cosas.

Ryd está a punto de irse de la lengua, pero se contiene.

No es el momento de hablarle del embarazo.

Del niño que nació muerto.

Necesita a Lukas Frisell: su agudeza survivalista tiene que estar intacta si quiere sobrevivir al posible encuentro con Elin Eriksson en su propio terreno.

Elige un camino más cauteloso.

—Pero, por algún motivo, le hablaste de Eva Nyman, ¿no? ¿Por qué si no iba Elin a dirigirle sus cartas precisamente a ella?

—Quiero recordar que me daba la lata con una historia de mi pasado. Supongo que mencioné a Eva entonces, aunque solo de pasada.

Ryd hace otra pausa y vuelve a cambiar de tema.

—¿Te enteraste de que abandonó la carrera de Veterinaria?

—No —responde Frisell—. Durante el invierno, trabajé a baja intensidad en mi casa, mientras me incorporaba lentamente en el mundo del bosque. Hacia la primavera de 2014 empecé a meterle más caña. En la Universidad de Ciencias Agrícolas, lo que más esperaba era el final del semestre, para cobrar el último sueldo y marcharme de forma definitiva.

—¿Crees que es posible que te siguiera hasta el bosque?

Frisell se queda callado, mirando al infinito.

—Nunca observé ese grado de fijación en ella —responde finalmente—. Entonces no. En resumen, lo nuestro se acabó, sin más. No llegó a buen puerto.

—¿Entonces no? ¿Pero después sí?

—La primera vez que dio señales de vida fue cuando yo ya me había decidido a dejar el bosque. Grabó el símbolo del círculo dentro del círculo en el marco de mi puerta exterior.

—Los técnicos forenses no han encontrado el símbolo en tu vivienda.

—Lo quité porque no quería saber nada de él. Comprendí que, de algún modo, alguien me había encontrado (al fin y al cabo, era mi símbolo), pero nunca establecí la conexión con Elin. Era algo muy rebuscado. Solo cuando me convertí en sospechoso y me detuvisteis comprendí que me habían tendido una trampa. Tenía que conseguir sacaros toda la información posible para poder encontrar al culpable

yo mismo.

—Estaba obsesionada contigo, Lukas. Aprendió tu forma de hablar de entonces, tan apocalíptica, guardó tu ADN: te está imitando. Tienes que haberla traicionado de un modo terrible en muchos aspectos.

El apenado semblante de Frisell se le clava en el alma.

Antes de ponerse en marcha, Frisell coge su Sig Sauer y se la guarda en la cinturilla trasera del pantalón. Entonces, le tiende unos prismáticos a Ryd y se cuelga otros al cuello.

Se abren paso hacia las profundidades de lo que parece un bosque salvaje sueco, con una luz un tanto especial. A Sonja Ryd no le sorprendería que el bosque hubiera existido desde la Edad de Hielo. Le resulta difícil imaginar la cantidad de vida que alberga este bosque. Ella siempre ha sido una chica de ciudad que nunca comprenderá la fuerza primitiva de la naturaleza. No puede comprenderla, pero puede sentirla.

La siente cuando, finalmente, llegan a un claro que se abre como un escenario teatral en el bosque, un escenario desde el pasado más remoto. Es como un antiguo teatro griego en el que la lucha entre la barbarie natural y la recién inventada civilización está en su máximo apogeo.

Es posible que este bosque sea incluso más antiguo que la más ancestral civilización griega.

Se acercan lentamente al claro del bosque. El sol de media tarde se filtra a través de las copas de los árboles y se estratifica en un haz de luz. Allí donde los rayos se encuentran, en el centro del claro, parece erigirse un pequeño monumento.

Ryd y Frisell se acercan y se agachan lentamente junto a una pequeña tumba, un diminuto montículo de no más de medio metro de longitud. El único ser humano que ha podido ser enterrado ahí es un niño.

Un bebé.

Junto al montículo hay una cruz de madera. En el punto en que se cruzan las anchas tablas, hay un símbolo grabado.

Se trata de un anillo en el interior de otro anillo. Un círculo dentro de un círculo.

Los azota un gélido viento del norte.

Dentro del círculo interior hay un pequeño pero nítido punto.

Lukas Frisell cae de rodillas y mira fijamente el centro del círculo.

Allí lo ve todo.

86

En el centro del círculo, Lukas Frisell siente retroceder el tiempo. Es octubre de 2013 y acaba de llegar a casa, a su pequeño apartamento en el campus de Ultuna. Acaba de llegar del que será su bosque y aún lleva puesta la ropa de color caqui. Aún no le ha dado tiempo siquiera a quitarse la mochila verde militar cuando suena el timbre de la puerta.

No da muestra alguna de sorpresa, sino que le hace un gesto de bienvenida a la joven de pelo corto rojo y afilada mirada verde que tiene delante y trata de dirigirle una sonrisa.

Será la última sonrisa en mucho tiempo. Ella lo ataca antes de que pueda cerrar la puerta principal y lo besa de forma apasionada; Frisell no puede evitar corresponderla.

La chica salta encima de él y le rodea las caderas con sus fuertes piernas; Frisell siente de forma directa e intensa cómo el deseo de los dos se intensifica.

Sin embargo, lo que lo azota no es el aroma multifacético del enorme deseo recíproco, ni siquiera entre la ropa que parece deslizarse y deja un par de cuerpos entrelazados e indefensos que reflejan la última luz de ese día de otoño.

No, se trata de un aroma completamente diferente. Puede que, a pesar de todo, sea un perfume, aunque parece un aroma de lo más natural.

Lo siente con más intensidad cuando caen sobre la cama, aún más cuando ella abre las piernas y un aroma muy diferente alcanza su ya abrumado órgano del olfato.

Es posible que sea olor a castañas, pero no hay ningún castaño en las cercanías.

Siente el olor mientras, con toda la lentitud posible, se introduce dentro de ella, centímetro a centímetro.

Se queda allí descansando; ella también descansa.

Es la calma que precede a la tormenta, que se desata arrastrando consigo la luz procedente del pasillo, que primero se filtra por el resquicio de la puerta exterior, todavía abierta, y después se transforma en una crepitante lluvia de colores.

Su olor, ese particular olor a castañas, nunca abandona la habitación en la que la furia de la pasión se niega a detenerse.

87

Eva Nyman, con el grisáceo cabello castaño despeinado y el traje pantalón manchado con restos de sushi, levanta la mirada hacia la pared del centro de supervisión. Su jefe no tenía razón cuando afirmó que los técnicos estarían allí antes de que ella volviera, aunque tampoco tardaron demasiado.

Los técnicos le hacen una breve señal con la cabeza y el contador se pone en marcha. Marca 48:00; a continuación, 47:59.

Es la cuenta atrás hasta las 18:43, la hora que indicaba el mensaje que ha recibido Nyman. Quedan menos de cuarenta y ocho minutos para que posiblemente explote la supuesta bomba.

Lo primero que hizo cuando recibió el mensaje fue comprobar los vuelos alrededor de las 18:43. Había al menos ocho salidas y llegadas en las que se produciría una aglomeración de gente, bien a bordo de un avión, bien entrando o saliendo de uno, en función del grado de retraso.

Es decir, unas ocho puertas de embarque en la terminal 5.

Habían centrado de inmediato la atención en estas ocho puertas, entre un total de una cincuentena, pero no habían hallado nada concreto.

A estas alturas, Eva Nyman se ha adaptado a su papel como responsable de mando. Se encuentra junto a las pantallas de la oficina con vistas a SkyCity observando el desconcierto de la evacuación ahí abajo y el aparente orden aquí arriba.

En los monitores puede ver claramente cómo la policía y el personal de seguridad desalojan la terminal, sección a sección, mientras el personal que ahora se encuentra a su cargo lo va marcando concienzudamente en los mapas digitales generales de las pantallas.

La cuenta atrás en la pared marca cuarenta y siete minutos.

88

Lukas Frisell despierta en el presente y observa el pequeño punto en mitad del círculo, una mancha punzante y ardiente. Eso es lo que tanto Sonja Ryd como él ven cuando se sientan de rodillas uno al lado del otro, junto a la pequeña cruz.

Ryd percibe que, por primera vez en mucho tiempo, Frisell está abrumado por sus emociones, auténticos sentimientos humanos. Al menos, eso es lo que parece, aunque tampoco está segura de ello.

No recuerda la última vez que ella misma se vio abrumada por auténticas emociones humanas.

Sí, sí lo recuerda, pero no quiere pensar en ello ahora.

Es el hijo perdido de Frisell quien está allí enterrado, a sus pies. Su viejo símbolo del círculo dentro del círculo ha sido transformado por su madre Elin en un ser humano dentro de otro ser humano hombre.

Un bebé dentro del vientre.

En mitad del círculo se encuentra el niño que nunca pudo vivir.

El Día de la Madre.

«Booom, motherfucker».

Ha sido la arrogancia de Lukas Frisell lo que ha desencadenado toda esta espiral de violencia.

La comprensión de este hecho parece haberlo derribado, pero Sonja Ryd consigue hacer que se ponga en pie. Abandonan la tumba y se ponen lentamente en movimiento. Ryd observa que, cuanto más se internan en el bosque, más se reactiva Lukas Frisell. No comprende con exactitud qué está viendo en su rostro, pero lo sigue con gran atención.

Frisell se mueve de un lado a otro, observa con atención, parece comparar, investigar. Entonces, da una palmada.

—¿Qué pasa? —pregunta Ryd.

—Ajá, bueno... —dice Frisell, confundido—. Es que me siento como

en casa.

—¿Y eso qué significa?

—Que realmente me siento como en casa. En mi propio... no sé, mi propio entorno.

—Tu entorno está ciento cincuenta kilómetros hacia el sur, Lukas.

—Lo sé, pero esto es una copia.

—¿Una copia?

—Si es cierto lo que dices, Elin me ha seguido hasta mi propio entorno, ha grabado todo en su mente, quizá hasta haya hecho fotos, y ha tratado de recrearlo aquí arriba. Esto se parece demasiado como para que sea una casualidad.

Avanzan por el terreno e incluso Ryd, poco acostumbrada al bosque, puede apreciar las similitudes. Elin Eriksson ha creado y recreado un mundo que recuerda de forma alarmante al mundo de Lukas Frisell.

Llegan a una laguna oscura y cristalina que refleja el cielo grisáceo, como si ocultara el más tenebroso de los secretos. En ella se mezclan el ruido y el olor, el estrépito y el hedor. Junto a la laguna hay una trampa cargada de explosivos; es una copia extraordinariamente exacta de la trampa que Frisell tenía junto a su propia laguna. Olfatea el aire y Ryd ve que puede percibir con claridad el olor a explosivos.

Sus figuras se reflejan vagamente en la laguna, como si quien se reflejara en su superficie no existiera en realidad.

Se abren paso a través de un bosque cada vez más espeso. Cuando están muy cerca, Frisell no parece tener mayores problemas para localizar la casa, bien oculta. Es necesario un ojo acostumbrado al bosque para discernir los leves contornos a lo largo de la colina y reconocerlos como algo más que los constantes cambios de la naturaleza. Pero, sin duda, ve que se trata de algo más. Allí donde la colina se convierte en un barranco, la vegetación adquiere una forma antinatural.

En esencia, la bien camuflada vivienda, es similar a la de Frisell, aunque se extiende en varias direcciones.

—Es como si quisiera decirme algo —dice en un susurro mientras se agacha y se esconde entre el musgo con vistas a la construcción.

—¿Qué quieres decir? —susurra Ryd al tiempo que saca su Glock.

—Que es mejor que yo —responde Frisell—. Ha seguido todos mis pasos durante muchos años y lo peor de todo es que nunca la vi, ni siquiera sentí su presencia.

—Ha tenido que hacer montones de fotos de ti y de tu mundo.

Frisell asiente con la cabeza.

—Me ha vigilado, me ha imitado, me ha engañado, me ha superado. Yo he traicionado todos sus ideales. No me refiero solo a nuestra relación, al niño muerto del que nunca me preocupé por conocer, sino que también la he traicionado a nivel profesional.

—¿A qué te refieres? ¿En plan survivalista?

Frisell vuelve a asentir.

—El gran ideal es vivir en auténtica sintonía con la naturaleza, sin impacto climático. He traicionado este ideal al sacar electricidad, hacerme con un ordenador, esconder cerveza y vino, hasta whisky, joder. Pero también la he traicionado en el pequeño mundo. Según su rigurosa imagen del mundo, he hecho trampas, en todos los ámbitos.

—¿Crees que también estaba al tanto de tus excursiones en coche a Uppsala?

—Ella estaba allí —dice Frisell—. Junto a mi casa. Poco después de haber estado en Uppsala en una cita con una mujer, ella estuvo allí husmeando.

—¿Por qué lo dices?

—Cierto día, cuando volví a casa tras haber estado en Uppsala, fui a dar un paseo hacia la laguna para soltar la trampa. Me había decidido a abandonar el bosque y había hablado de ello con mi cita en el restaurante Flustret. Cuando regresé a la casa, tenía este símbolo grabado en el marco de la puerta.

—El círculo dentro del círculo —dice Sonja Ryd y suspira profundamente—. Después de todos estos años, quería señalar su presencia.

—Es posible que fuera más que eso —dice Frisell, pensativo—. Puede que me hubiera seguido hasta Flustret y hubiera estado allí sentada escuchando. Se decepcionó aún más de lo que ya estaba y quería mostrarme que había empezado, que pronto se me acabaría el tiempo. Que me iba a sacrificar, que me iba a usar de chivo expiatorio

como Bombardero Terrorista. Por mi traición infinita.

Ryd inhala profundamente. Exhala.

—Supongo que tienes razón —dice—. Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos aquí y ahora?

Frisell levanta los prismáticos y otea de nuevo la camuflada morada. Tras analizar el entorno, dice:

—Puedo distinguir al menos cuatro puntos como posibles miradores desde el interior.

Entonces, se saca la Sig Sauer 226 de la cinturilla trasera del pantalón.

Mientras se agazapan entre los arbustos, lo único que comprende Sonja Ryd es que la apenas discernible cabaña tiene un aspecto muy apacible a la pálida luz del sombrío día.

89

El contador de la pared ha retrocedido hasta los veintinueve minutos y la evacuación sigue en plena marcha. Varias pantallas en el escritorio que Eva Nyman tiene delante muestran escenas más o menos caóticas en una terminal de vuelos internacionales cada vez más desierta. Nyman cambia la señal de una de las pantallas para ver las imágenes de una cámara exterior con perspectiva de las entradas a la terminal 5.

Ve llegar a los medios de comunicación: minibuses con reporteros y fotógrafos se acercan de forma apresurada a los recién establecidos cordones policiales que, afortunadamente, han llegado a tiempo.

Le parece reconocer a Eva-Lotta Thelin, del panfleto local de Sandviken, a la que quizá le haya hecho una promesa algo precipitada. Pero puede que solo sean imaginaciones suyas.

En una de las pantallas se ve la imagen del mapa de la terminal, donde la zona rastreada se va expandiendo lentamente; en poco tiempo, han investigado la mitad del área.

No han encontrado ninguna bomba.

Eva Nyman se niega a sentarse. Se dedica a pasear de un lado a otro del centro de supervisión y, aun así, logra un gran nivel de concentración.

Cuando suena la alarma, reacciona a la velocidad del rayo.

Hace clic en un teclado libre frente a una de las pantallas y abre una imagen dividida en cuatro cuadrados con imágenes de cámaras corporales de diferentes policías.

Una de ellas muestra a un agente fuertemente armado de las fuerzas especiales de la policía que, al parecer, se encuentra frente al agente de la cámara corporal y está llamando la atención mediante gestos.

—Aquí unidad 129. ¿Me recibís desde el centro de supervisión?

—Te oímos —responde uno de los civiles sentados con los auriculares.

—Estamos bajo la puerta 6 —dice el policía de las fuerzas especiales—. Parece que han detectado un objeto desconocido por aquí. Más cerca del avión, una superficie sin vigilancia por cámara. Vamos a entrar.

—Tened cuidado —dice el hombre de los auriculares.

Eva Nyman se inclina por encima del amplio escritorio y coge otro juego de auriculares.

—¿De dónde procede la información? —pregunta.

El policía armado regresa y mira fijamente a la cámara.

—Tres evacuados han pasado por la Unidad 129 y nos han informado.

—¿Evacuados de dónde?

—Llevaban chalecos amarillos, así que supongo que eran trabajadores técnicos que estaban aquí abajo currando.

—Hmm —dice Nyman—. Muy bien, adelante.

El policía fuertemente armado sacude la cabeza y se dirige lentamente, como agazapado, hacia un pasillo oscuro entre dos columnas. En la imagen de la cámara corporal se puede distinguir como cinco o seis policías de las fuerzas especiales se acercan al pasillo con las armas en alto y desaparecen entre las columnas.

El policía de la cámara corporal también llega hasta allí.

La oscuridad se cierne sobre la pantalla en el centro de supervisión.

90

A la sombra de los arbustos, Sonja Ryd observa a Lukas Frisell. Es como si se hubiera cambiado de cara. A Ryd le da la impresión de estar observando a un animal. Frisell absorbe la atmósfera que rodea la apenas perceptible vivienda al otro lado de los arbustos y toma una resolución.

—¿Recuerdas cómo entrasteis en mi cabaña? —pregunta Frisell.

—Nos separamos —responde Ryd—. Shabir y yo fuimos por el camino de atrás.

Frisell asiente con la cabeza.

—Por desgracia, ahora tenemos que hacer lo mismo —dice—. Sabemos que Elin ha replicado mi vivienda, por lo que le resultará muy sencillo escapar si no cubrimos las dos salidas. Y no nos conviene tenerla libre por ahí.

Frisell observa a Ryd; ella recuerda la sensación que la embargó cuando estuvieron en su casa, un pánico cercano a la muerte que debe transformar en clara determinación.

—Si no quieres hacerlo, lo comprendo —dice Frisell con suavidad.

—No quiero nada de todo esto —murmura Ryd—. Solo quiero que la gente se lleve bien. ¿Cómo lo hacemos?

Frisell se queda mirándola hasta que ella hace un gesto de impaciencia.

—Yo iré por la parte delantera —dice Frisell—. Tú sigue tu mapa interior hasta la parte trasera; es similar a la de mi morada. Es la forma más sencilla y silenciosa de dividirnos. Si todo es igual que en mi casa, no habrá cerrojo en las puertas.

Ryd hace un gesto de asentimiento y Frisell se desliza hacia el lado izquierdo del arbusto. Cuando Ryd está ya en la parte derecha, le dice en un susurro:

—Es tu acosadora, Lukas. Ha construido su mundo como una copia

mejor y más pura del tuyo. Se ve a sí misma como una versión mejorada de ti. Cree conocerte por dentro y por fuera. Tenemos que hacer esto de una forma que ella no se pueda esperar. Tienes que pensar como no sueles hacerlo.

Frisell retrocede ligeramente.

—¿Quieres decir que intercambiemos los papeles? —pregunta.

Ryd asiente con la cabeza.

—Supone un cambio mayor de lo que parece —dice.

Frisell continúa con el ceño fruncido.

—En el peor de los casos, eso implica que te cogerá a ti en lugar de a mí.

Ella sonríe brevemente.

—En ese caso, tendrás que rescatarme, ¿no?

Sus miradas se cruzan y Frisell asiente con un gesto breve pero serio.

Entonces, se ponen en marcha intercambiando las posiciones.

Al principio del avance, hay arbustos y rocas tras las que esconderse. Cada vez que Sonja Ryd se agacha tras un punto de descanso, levanta los prismáticos y mira hacia la vivienda. Se ve embargada por una extraña tranquilidad, como si hubiera traspasado el pánico cercano a la muerte.

Se siente centrada, como si se moviera con la precisión de un cazador de montaña, aunque no está segura. Puede que solo sean imaginaciones suyas. Es posible que esa precisión esté solo en su cabeza.

Entonces, se acaban los posibles escondites. Ryd se agacha detrás del último arbusto, con los prismáticos en alto.

La puerta ya no está muy lejos; solo tiene que acercarse y entrar. Eso es lo que han acordado.

La puerta no tiene cerrojo.

Cuando baja los prismáticos, siente que la puerta se encuentra muchísimo más lejos. Es como si no se encontrara dentro de la realidad, o como si la realidad no se encontrara dentro de ella.

En el preciso momento en que se levanta lentamente para iniciar la última y fatídica parte del avance, se pregunta cómo ha podido

meterse una avispa dentro de su chaqueta y subirle por el brazo.

Cuando Sonja Ryd se gira hacia su dolorido hombro izquierdo, lo único que ve son nubes girando en un remolino.

91

La cámara corporal parece avanzar a través de la oscuridad antes de salir por el otro lado. El pasaje entre las columnas bajo la puerta 6 de Arlanda se ensancha hasta formar un espacio junto a las pistas de aterrizaje. En la pantalla de Eva Nyman hay varios segundos de tembloroso caos antes de que la imagen se estabilice.

Ahora hay suficiente luz y actividad para poder distinguir al equipo de las fuerzas especiales en movimiento de avance. Nyman sube el sonido. Oye un claro jadeo, excitado, acelerado.

Diez metros más adelante hay un policía solitario señalando una gran caja de cartón que parece estar desubicada en el espacio de carga.

La cámara corporal se detiene, se desliza tras una esquina y desciende. Nyman reconoce una voz que debe de pertenecer al policía bien armado de las fuerzas especiales que hace solo unos minutos apareció en su pantalla.

—¿Tenemos tiempo para esperar a la unidad de explosivos? —pregunta ahora el policía con voz acalorada.

—Hace un momento estaban en acción en la otra punta de la terminal —dice una voz tan fuerte que debe de pertenecer al portador de la cámara.

—Mierda, entonces tendremos que ir nosotros. Solo a echar un vistazo. ¿Mustafa?

Un agente de las fuerzas especiales con el cristal protector del casco bajado aparece en la imagen y asiente con rigidez. Entonces, el agente Mustafa se gira y se dirige hacia la gran caja de cartón.

Con mucho cuidado, abre las solapas de la caja. Incluso a esta distancia, se puede ver cómo le tiemblan las manos.

No sucede nada. No explota ninguna bomba. Mustafa se vuelve hacia la cámara.

—Era para alguna cafetería de la terminal —dice jadeante.

—No entiendo lo que dices —dice el líder del grupo con voz ronca.

—Es una máquina de café expreso. Parece que ha habido un error en la entrega.

Eva Nyman suelta un gemido y oye abrirse la puerta del centro de supervisión. Entran tres personas vestidas de civil, dos de ellas con la ropa hecha un cisco: se trata de Anton Lindberg, Shabir Sarwani y Ankan. Sarwani, con un aspecto algo más presentable que sus compañeros, pregunta:

—¿Por qué no contestas al teléfono?

—Tengo algunas cosas que hacer —dice Nyman y mira el móvil.

Tiene una decena de llamadas perdidas, de Sarwani, Lindberg y Ankan. Señala el reloj, que acaba de bajar de 26:00. Quedan menos de veintiséis minutos hasta las 18:43, hora en que la bomba explotará en alguna parte.

Sarwani asiente con la cabeza y presenta un breve informe.

—Börje Sandblom lleva muerto más de una semana. El Bombardero Terrorista parece ser una tal Elin de quien Börje estaba tristemente enamorado.

—¿No está Sonja con vosotros?

—No hemos tenido noticias de ella. ¿25:41 es el tiempo que queda para la explosión en Arlanda?

—Si no la detenemos —responde Nyman y se queda mirando fijamente las pantallas—. Podéis informar de todo eso más tarde. Ahora tengo que echaros de aquí.

—¿Adónde vamos? ¿Aquí en el aeropuerto?

—Al punto que nadie ha registrado, sí. Como veis, no está muy lejos. La evacuación ya casi se ha completado y tenemos que hacer todos los registros que sea humanamente posible antes de desalojar las instalaciones para evitar daños personales. Os envío un enlace. Dividíos como mejor os parezca.

Señala las pantallas hacia los diferentes extremos de la zona de búsqueda.

Los tres se ponen en marcha sin vacilación.

92

El olor tiene algo que hace que Ryd se sienta encerrada, ya antes de comprender que no puede moverse.

Huele a tierra, a tierra de verdad, a la tierra como origen, como final.

«De la tierra venimos. A la tierra vamos».

Hay una oscuridad total.

Aun así, Sonja Ryd tarda varios segundos en comprender dónde está.

Está enterrada viva.

Respira de forma lenta y profunda, con la idea fríamente clara de que no puede, bajo ningún concepto, dejarse llevar por el pánico.

Respira con dificultad. Le lleva un rato comprender que se debe al trapo con el que está amordazada.

Cuando adquiere cierto control de la visión, comprende que, a pesar de todo, un poco de luz se filtra a través de las rendijas en la madera que tiene encima. Intenta pensar de forma racional, de forma lógica.

¿Es posible que esté dentro de un ataúd, en el fondo de la tumba, pero que aún no lo hayan cubierto de tierra?

Se siente abrumada por el ruido. Oye chirridos y crujidos cuando alguien abre la tapa del ataúd, que se abre longitudinalmente hacia arriba y queda sobre las bisagras.

La luz la deja fuera de combate y siente que le va a estallar el cerebro. Aun así, ahí abajo la claridad no es especialmente fuerte. Se concentra en ver todo lo que puede ver, en memorizar todas las impresiones visuales posibles: ve el ataúd de madera con los goznes de metal, ve sus manos y sus pies atados con fuertes cuerdas de material natural, ve la tierra caer por los bordes de la superficie a un metro y medio por encima de ella.

Puede que sean dos metros.

En ese caso, no tardará en encontrarse a dos metros bajo tierra.

Deben de haber abierto la tapa del ataúd desde el nivel del suelo con un palo o algo similar; también desde allí le llega una áspera voz femenina cuya dueña permanece oculta a la vista.

—Supongo que tú eres la última conquista de nuestro querido Lukas. Me pregunto cómo me habrías dicho que te llamas si hubieras tenido la posibilidad.

Ryd trata de aullar a través de la mordaza. Solo aullar, para alertar a Frisell de su posición, pero no lo consigue. Apenas consigue emitir sonido alguno. Lo que sale de su garganta podría ser un sonido inarticulado y apagado de pánico cercano a la muerte.

Ryd oye un profundo suspiro y ve cómo una persona entra en su campo de visión al inclinarse sobre la tumba. Una chica pelirroja con pelo rapado y ropa color caqui aparece a contraluz y fija su verde mirada en los ojos de Ryd.

—Os he visto a los dos —dice—. Es muy significativo que el infiel traiga aquí a su amante que, al parecer, también es poli. Y, por supuesto, no hay otros policías en los alrededores.

Ryd da patadas contra los bordes del féretro, dando sacudidas y tirones a la cuerda. Sin embargo, no consigue ningún sonido más fuerte que la voz apagada de la mujer pelirroja.

—Esto desbarata mis círculos, eso tengo que concedéroslo. La idea era que fuera Lukas quien estuviera en ese ataúd, no tú. Era él quien tenía que sentir lo que es permanecer rechazado en el útero para después morir. En mitad del círculo. Pero ahora podréis hacerlo los dos juntos.

Alza una sólida pala en dirección a la tapa levantada del ataúd, pero se detiene antes de cerrarla.

—Ahora iré a matar a tu querido, amiguita, pero te prometo que volveré. Volveré para lanzarlo junto a ti y así podréis viajar entrelazados por toda la eternidad. ¿No te parece romántico?

Lo último que ve Sonja Ryd es cómo la pelirroja se arma con un rifle de caza y una pistola, coge el móvil y teclea un poco, murmurando como para sí misma.

—«Puerta F29. Booom». Con tres oes.

Entonces, envía el mensaje, se despide dulcemente con la mano y desaparece de la vista.

La tapa del ataúd vuelve a caer sobre el rostro de Sonja Ryd con un ruido sordo. Ryd oye golpes contra la tapa del ataúd, más ruidos sordos después de cada palada, y puede observar cómo una capa de tierra va cubriendo rendija a rendija los tablones del sencillo féretro.

Hasta que sucede lo que parece que tenía que suceder.

El último resquicio de luz desaparece.

93

El contador frente a Eva Nyman informa de que quedan diecinueve minutos para las 18:43, la hora exacta en la que el Bombardero Terrorista afirma que el explosivo detonará en el aeropuerto.

Los últimos minutos han sido interminables, con una tranquilidad totalmente carente de sentido.

Sin embargo, la ventaja es que la zona rastreada no para de aumentar en los monitores que tiene delante, han llegado nuevas fuerzas policiales y las superficies vacías se van llenando de color rojo. No queda mucho por registrar en la terminal 5.

Aun así, Nyman sospecha que no es suficiente, que cabe la posibilidad de que haya explosivos ocultos que pueden haberse introducido ilegalmente por el personal o mediante envíos y que, después de todo, la limitada unidad de bombas no podrá alcanzarlos con su equipo de alta tecnología tan complicado de transportar.

Quizá haya llegado la hora de insistir en una evacuación general. Todos, incluido el equipo de supervisión, deberían abandonar Arlanda.

Aunque no en este mismo momento: aún quedan diecinueve minutos.

Durante los últimos breves minutos ha intentado llevar a cabo una nueva exploración, ha enviado a grupos de policías recién llegados a lugares que ya se han registrado. El color verde de los equipos ya solo ocupa una parte muy reducida del enorme mapa.

Los diecinueve minutos se convierten en dieciocho. La desesperación de Nyman va en aumento, una desesperación que debe refrenar a toda costa.

Vuelve a sonar el teléfono. Ha recibido un nuevo mensaje de un número desconocido.

El mensaje es sencillo e inequívoco: «Puerta F29. Booom».

Nyman informa de forma apresurada a sus superiores y grita a los

agentes de paisano en el centro de supervisión:

—Centrad todas las búsquedas en la F29. Pero solo diez minutos más. Después, procederemos a la evacuación completa.

Teniendo en cuenta la cantidad de patrullas de búsqueda que hay en la terminal 5 de Arlanda, muy pocas se encuentran justo en el área F de la terminal, lo que tiene su explicación.

Nyman llega a otra pantalla y mira por encima de un agente de paisano. En la pantalla puede ver que su reagrupación radical ha comenzado con demasiada lentitud: el área F está completamente cubierta de rojo, por lo que parece que han interpretado que el registro allí ha terminado. A grandes rasgos, allí no queda ninguna patrulla.

En especial la unidad de explosivos no puede estar más lejos. Nunca llegarán a tiempo.

Nyman se asegura de que el agente de paisano fije el punto más cercano a la puerta F29. Con un clic, aparece una temblorosa cámara corporal desde el otro extremo de la terminal 5. La cámara se aproxima a la puerta F29, una de las ocho puertas que originalmente deberían tener aviones despegando alrededor de las 18:43.

La zona está completamente roja en el monitor de Nyman: ya ha sido registrada a fondo. Si no han pasado nada por alto la última vez, ha tenido que llegar algo nuevo.

En ese caso, alguien ha tenido que entregarlo recientemente.

Justo cuando la cuenta atrás marca diecisiete minutos para la detonación, Eva Nyman ve por la cámara corporal una figura muy conocida en el grupo que corre hacia la puerta F29.

Es Shabir Sarwani.

Ahora son las 16:56.

94

En cuanto Lukas Frisell cruza la puerta exterior de la morada de Elin Eriksson, se da cuenta de que allí no hay nada. Aun así, registra estancia tras estancia con una creciente sensación de intranquilidad. No le gusta haberse quedado solo allí dentro. A estas alturas, Sonja Ryd ya debería haber atravesado la entrada principal o, al menos, dar señales de vida.

Entra en una habitación que huele a productos químicos. Es un olor del pasado que trata de ubicar mientras sus sentidos se habitúan a la densa oscuridad de la estancia. En ese momento, se da cuenta de que está, precisamente, en un cuarto oscuro. Revelador, fijador. Saca una linterna e ilumina el cuarto oscuro: algunas fotografías sujetas con pinzas cuelgan aquí y allá, pero lo más impactante son las paredes cubiertas de fotos.

El conjunto representa su propia morada, su propio bosque, desde todos los ángulos imaginables.

Elin Eriksson ha tenido que estar en su casa infinidad de veces sin que él se diera cuenta de nada.

Y ahí puede ver ahora una ampliadora con una lámpara a pilas. Ni rastro de red eléctrica, por lo que puede observar.

Con una sensación de repugnancia, se dirige hacia la entrada principal, por donde ya debería haber entrado Sonja Ryd. Saca el arma y mira con cautela a su alrededor: ni rastro de Ryd.

Sigue avanzando con su vetusta Sig Sauer en alto.

En su vida anterior, había sido su arma de reserva cuando patrullaba a pie lo que ahora se denominan «zonas vulnerables», aunque ahora le parece una pistola extrañamente limitada en comparación con el presumiblemente puntero rifle de caza de Elin Eriksson.

Se encuentra de nuevo en el exterior. Lo mejor habría sido atrapar a

Elin dentro de la casa, pero al aire libre se siente mucho más en su ambiente.

Además, hubo una época en la que fue un gran tirador.

Cree comprender cómo ha ido aproximándose Ryd hacia la entrada, dónde ha podido guarecerse. Avanza hacia el último punto de descanso, un arbusto a unos diez metros de la puerta.

La broza pisoteada le indica que, justo en ese punto, alguien ha duplicado su peso, como si hubiera portado a otra persona.

Entonces, el rastro desaparece.

Se encuentra de nuevo en el bosque, un bosque que se asemeja a su hogar, pero no lo es. Gira la cara hacia el cielo azul pálido y olfatea el aire durante unos instantes; todo lo que siente es la tarde de mayo aproximándose en la distancia.

Queda mucho tiempo hasta el anochecer, pero el Día de la Madre va llegando, poco a poco, a su fin.

A su punto decisivo.

Una vez más, Lukas Frisell agudiza su instinto animal, el oído, la vista, el olfato. No debe perder de vista, ni por un segundo, las posibles posiciones de un tirador de precisión. Avanza lentamente, controlando todas las direcciones.

Frisell tiene la rutina y la originalidad; Eriksson tiene su ardiente ira y una creativa capacidad de imitación.

Lukas Frisell sabe que se enfrenta a su propio, clon mucho más avanzado y motivado.

Tras tomar una orientación razonable, avanza lentamente a través del silencioso y desolado bosque. Tiene todos los sentidos activados al máximo. Comprende que el bosque es un organismo vivo, pues lo conoce como la palma de su mano.

En un par de ocasiones, le parece distinguir algo inusual, una luz, una impresión visual, pero las dos veces sus sentidos le hacen comprender rápidamente que se trata de la imagen sonora natural del bosque.

La tercera vez es diferente.

Teniendo en cuenta que puede tanto ver como oír los bruscos movimientos en un matorral y cómo después desaparecen, debe de

tratarse de algo real. Frisell observa su pistola y ve lo mucho que le tiembla en las manos. No es en absoluto improbable que la mira telescópica de un avanzado rifle de caza ya le esté apuntando al pecho o a la espalda.

La pistola sigue temblando.

Finalmente, vuelve a ver movimiento y un corzo sale de la maleza dando saltos. Frisell logra evitar disparar el arma.

95

Eva Nyman aparta la mirada del monitor y ve que el contador marca once minutos. La invade tal cantidad de pensamientos que no es capaz de traducirlos en palabras.

10:59.

A estas alturas, la evacuación general está en plena marcha, pero Nyman convoca en balde al grupo de las fuerzas especiales ante la puerta de embarque.

En la pantalla ve cómo la temblorosa imagen de la cámara corporal muestra al grupo aproximándose a la puerta. La señal F29 brilla claramente en la señal del techo. No se ve un alma en los alrededores de la puerta; parece que el avión de ahí fuera ha sido abandonado a toda prisa. Las fuerzas especiales, armadas de la cabeza a los pies y moviéndose en patrones difusos por el desolado aeropuerto, constituyen una visión casi fantasmagórica.

Por el momento, no se oyen muchos otros sonidos más que la respiración jadeante en el micrófono de la cámara corporal. Durante el registro apresurado de una cafetería abandonada, Nyman puede ver de vez en cuando a Shabir Sarwani aparecer en la imagen.

Nyman les grita a través del juego de auriculares por décima vez. Nadie reacciona. Cada vez es más evidente que hay algún error en la conexión.

El grupo se reúne. Nyman se ve metida en la discusión sin poder participar en ella. Sus órdenes caen en saco roto.

—La puerta que lleva al avión está abierta —dice un hombre de gran tamaño que parece ser el líder del grupo.

—Pero ya hemos registrado el avión —protesta otra voz de hombre.

—Si hay una bomba, tiene que estar ahí dentro —dice una mujer con el arma en alto.

Eva Nyman vuelve a intentar gritarles que evacuen la zona de

inmediato, pero no les llega el sonido. O alguien ha bloqueado la comunicación con el centro de supervisión, o es que, sencillamente, no funciona.

La cámara corporal se ha girado ahora en dirección a la puerta de embarque: en efecto, las puertas de cristal del pasillo que lleva al avión están abiertas de par en par. Es como si el personal hubiera huido de allí de forma precipitada.

El líder y la mujer se miran. Aunque la imagen tiembla de forma violenta, Nyman ve cómo dicen:

—A tomar por culo.

Y se lanzan hacia el pasillo que lleva al avión.

La cámara corporal no los sigue. La imagen de la cámara desciende: su portador se sienta apoyado contra una pared y deja escapar una especie de sollozo. La cámara sigue dirigida hacia la puerta de embarque.

Cinco policías la han atravesado corriendo.

El portador de la cámara solloza ahora de forma audible y la imagen desaparece cuando hunde la cabeza entre las rodillas.

Eva Nyman observa que Sarwani no se encuentra entre los cinco agentes que han desobedecido las órdenes y han entrado corriendo en el avión.

96

Frisell sigue al corzo con la mirada durante demasiado tiempo y pierde la visión general durante unos segundos que podrían ser fatales.

No obstante, no sucede nada. Tras el episodio del cervatillo, el silencio es ensordecedor. Elige un lugar protegido de la vista en una arboleda y se agazapa sobre el musgo. Hace largas y profundas inspiraciones por la nariz mientras contempla su vieja Sig Sauer y, poco a poco, su frecuencia cardíaca va disminuyendo hasta niveles manejables.

Hace caso omiso del temblor de la pistola en sus manos. Siempre le temblaban las manos en las situaciones críticas; era casi un signo de atención. Espera que lo siga siendo.

Hace otras tres inspiraciones muy profundas por la nariz. Después, se levanta y se pone en movimiento.

Elin no deja rastro alguno, ni siquiera cuando, por lo que parece, lleva a Sonja Ryd a cuestas por el terreno. Pero ¿hacia dónde se dirige? Frisell ha seguido su mapa interior, el mapa de su propia residencia y sus alrededores, pero ya no tiene nada por lo que guiarse. No hay ningún tipo de indicación de hacia dónde se dirige Elin.

Frisell solo tiene una cosa en su interior, una promesa.

Una promesa que tiene intención de cumplir.

Ha prometido rescatar a Sonja Ryd.

Se guía por pura intuición, por la convicción de que Elin actuaría igual que él, de que se desplazaría del mismo modo.

Vuelve a mirar la Sig Sauer. En su día, había sido un pistolero magnífico y las pocas veces que había salido a cazar con la pistola durante su periodo de aislamiento en el bosque no había notado ningún signo de oxidación. Pero ¿y ahora? Quién sabe.

No se trata de circunstancias muy normales que digamos.

Su sensible olfato percibe cada vez con más fuerza el aroma de la tarde inminente.

Sin embargo, está mezclado con algo más. Puede percibir un levísimo rastro de otro olor que le resulta familiar, aunque no consigue ubicarlo. La búsqueda en su memoria olfativa, la más fuerte de nuestras memorias, no le lleva más que un segundo.

Ahora sabe de dónde reconoce ese olor.

Fue cuando regresó a casa después de haber recogido la trampa y encontró la inscripción grabada en el marco de la puerta. El círculo dentro del círculo. En este momento, se da cuenta de que huele a castañas.

A continuación, todo sucede con mucha rapidez.

Frisell se da la vuelta con la Sig Sauer en alto y, tras la maleza, a unos treinta metros de distancia, ve a Elin Eriksson con una avanzada escopeta de caza apuntándole directamente al pecho.

El disparo retumba con fuerza a través del bosque al mismo tiempo que Frisell levanta la pistola y dispara mientras se lanza hacia un lado.

Siente cómo la bala lo alcanza, cómo punzadas de dolor atraviesan todo su costado izquierdo con una intensidad que nunca había sentido antes, en toda su larga vida.

A pesar de todo, sigue oliendo a castañas.

97

Eva Nyman tiene dos monitores activados ante ella. Uno muestra la imagen de una cámara de seguridad que ha sacado el agente de paisano que tiene a la izquierda. Es la entrada vacía a la puerta de embarque F29, donde no sucede nada. La mayor parte del grupo de las fuerzas especiales ha desaparecido en el avión. Solo el portador de la cámara corporal sigue sentado en el suelo sin dejar de sollozar.

La otra cámara de seguridad, la que el agente de paisano de la derecha está ajustando, muestra a tres hombres que han conseguido llegar un piso por debajo de la puerta F29.

Uno de ellos es Shabir Sarwani.

Nyman observa que los hombres se encuentran en una zona que parece un taller, más o menos accesible al avión recién repostado en el exterior.

En ese momento, los tres policías vuelven a desaparecer de la imagen.

Nyman levanta la mirada hacia el contador. Marca 3:27.

Nyman ha dejado de respirar.

En el otro monitor, los policías abandonan el avión un piso más arriba y salen corriendo por la puerta F29 a toda velocidad. El portador de la cámara corporal se levanta y los sigue entre sollozos.

Sarwani mira su reloj inteligente, en el que ha activado la cuenta atrás.

El contador marca 1:24.

Mientras bajaban, los tres se han presentado para facilitar la comunicación. Sarwani, junto con Anders y Nicke, atraviesa apresuradamente el espacio del taller abandonado de Arlanda al nivel del suelo. Parece interminable.

Se dividen para dispersar la búsqueda.

Quedan cuarenta segundos.

Sarwani está a punto de dar la orden de evacuación cuando oye gritar a Nicke, el policía que se encuentra más lejos de él.

—¿Qué cojones es esto?

Sarwani corre hacia allí hasta que ve que el dedo de Nicke señala algo que le evoca un recuerdo de color.

Es el mismo color que en Odenplan. El mismo color que estuvo a punto de ser lo último que viera en su vida.

Cuando consigue agudizar la mirada, se da cuenta de que el color es verde militar: una mochila abandonada está apoyada sobre un carrito cubierto de los que suministran la comida en el avión.

Esta vez, Sarwani está demasiado lejos; Nicke se encuentra más cerca que él. Sarwani se concentra en pensar.

Carga primaria y carga secundaria.

La mochila y el carrito.

La carga menor que hace explotar la mayor. Que, a su vez, hace explotar el avión con el depósito lleno ahí fuera, a tan solo unos diez metros de allí.

La carga terciaria.

«La residencia de los pájaros de la muerte será incendiada en su propio queroseno el Día de la Madre».

—Lanza la mochila lo más lejos que puedas y ponte a resguardo —le vocea Sarwani a su compañero.

Ve cómo Nicke tira de la mochila y se lanza en dirección contraria, lejos del carrito.

—¡Lanza la puta mochila, joder! —grita Shabir Sarwani mientras se tira detrás de una columna.

Eva Nyman está mirando fijamente el espacio del almacén bajo la puerta F29 en dos pantallas diferentes.

Aun así, no puede ver a ninguno de los tres policías.

No ve a Shabir Sarwani.

Sin embargo, ve que el reloj marca exactamente las 18:43.

Y sigue sin poder respirar.

00:01 pasa a ser 00:00.

98

Lukas Frisell no pierde la conciencia ni la pistola cuando lo alcanza el disparo de Elin Eriksson. Se queda tumbado sobre el musgo barriendo el entorno con la Sig Sauer. No es capaz de determinar qué está arriba y qué está abajo, pero lo tiene todo vigilado. Por extraño que parezca, lo tiene todo bajo control.

¿Por dónde aparecerá Elin?

¿Cuándo aparecerá?

¿Cómo piensa matarlo?

Algo se mueve en el bosque, pero no sucede nada. No ha venido para acabar con él.

¿O sí?

Cuando su dolorido cuerpo consigue recobrar cierta racionalidad, se pregunta por qué. En cuanto baje la guardia, el dolor se apoderará de todo su ser.

No puede dejar que eso suceda.

El porqué puede esperar. Al igual que hiciera tantas veces durante sus años en el bosque, se obliga a mantener la atención, pero no aparece ninguna Elin.

Lo que aparece es un instante de lucidez en el que se centra de forma racional en la lesión. Es el hombro; el disparo lo ha alcanzado cerca del hombro izquierdo y parece que ha acertado en una de las arterias mayores, pues la sangre sale a borbotones. En un intento precipitado por vendar la herida, llena la chaqueta de plantas e improvisa una especie de torniquete.

Sabe que lo que realmente tiene que hacer es encontrar un modo de seguir adelante, a pesar de la pérdida de sangre. Tiene que encontrar a Sonja Ryd. Ahora sería posible, al menos, hacer el intento.

Pero ¿dónde diablos debe ir a buscarla? ¿Cómo va a encontrarla mientras lo devora el dolor?

Se levanta, se da cuenta de que se le ha caído la mochila y se deja llevar por la racionalidad.

Puede ver a Alonzo delante de él, sentado en su taller en Inedalsgatan y diciendo: «Si usan la aplicación estándar de vigilancia, verán la tobillera de localización en forma de una parpadeante mancha roja sobre un mapa. Entonces, tu Nokia parpadeará en otro color en un mapa paralelo. Seguro que pueden acceder a la aplicación desde algún móvil, una tableta o algo así».

Fue entonces, en Inedalsgatan, cuando Frisell había tenido la idea de dejarle un mensaje a Sonja Ryd en forma de mancha parpadeante del Nokia cuando llegara el momento.

Fue entonces cuando la condenó a muerte.

Ahora Frisell ve caer el bolso de Ryd y ve su contenido esparcirse por el suelo junto a los buzones. Se ve a sí mismo recogiendo las cosas de Ryd y metiéndolas en su mochila verde militar.

Entre resuellos, consigue inclinarse y rebuscar en la mochila. Saca el iPad de Ryd: sigue estando encendido y lo único que hay en él es una aplicación de vigilancia.

Lukas Frisell lleva muchos años sin manejar ningún tipo de tecnología moderna y se siente completamente impotente ante la tableta y la aplicación. Solo puede ver la imagen de un mapa de Estocolmo. Allí no hay nada más.

Cuando pasa los dedos cuidadosamente por la imagen del mapa, comprueba que este se mueve, que puede ampliar y reducir la imagen. Eso tampoco le sirve de mucho, ya que en el mapa no hay ninguna luz parpadeante.

Puede oír la voz de Alonzo: «Entonces, tu Nokia parpadeará en otro color en un mapa paralelo».

Cada vez más irritado, Frisell prueba todos los movimientos posibles sobre la pantalla, hasta que, al fin, logra deslizar la imagen hacia un lado. De pronto, ve un mapa diferente, en mitad del cual parpadea una mancha verde.

Incluso en su condición actual de agotamiento, es capaz de captar la ironía.

En otoño de 2008, Liselott Lindman murió porque Lukas Frisell se

había negado a utilizar herramientas digitales. Después de todos estos años, tiene la posibilidad de rescatar a Sonja Ryd, precisamente, gracias a las herramientas digitales.

Si es que él mismo sobrevive.

Amplía el mapa en el punto de la parpadeante mancha verde y comprende cómo tiene que desplazarse sobre el terreno para acercarse a ella.

Sin soltar la pistola en ningún momento, arrastra su lacerado cuerpo en dirección a la mancha verde, hacia la secuestrada Sonja Ryd.

El avance a través del bosque es una auténtica tortura. Aun así, apenas puede sentir el dolor físico: todo el dolor ha emigrado a su alma.

Su alma es una única herida abierta.

Llega a una colina escarpada. Si ha interpretado bien el mapa, la mancha verde debería encontrarse al otro lado de la colina.

Es como escalar el Everest. El dolor se apodera de él. Cada paso es pura autosuperación. Pero consigue llegar hasta arriba. Llega a lo alto de la escarpada colina y se queda agazapado justo en la cima.

Cierra los ojos un instante; entonces, mira con cuidado hacia el otro lado de la colina.

Ve a Elin Eriksson llenando de tierra un agujero.

Se trata de una tumba. Ahora puede ver que se trata de una tumba.

Siente cómo empieza a temblar todo su ser. Es su alma la que tiembla.

Sonja Ryd yace en la tumba.

¿Muerta o viva?

Elin Eriksson lleva el rifle de caza colgando del hombro, pero le cuelga de un modo extraño, torcido, y cava con la pala de forma débil y ladeada en el agujero en la tierra.

Frisell comprende por qué no acabó con él cuando yacía herido sobre el musgo: ella también estaba herida de bala. Por su propio disparo al aire. Como probablemente estaba convencida de que había acabado con Frisell, había decidido reservar sus fuerzas para el asesinato que aún no había consumado.

Para el entierro.

Lo que, en ese caso, podría significar que Sonja Ryd sigue con vida dentro del ataúd.

Frisell tira el iPad y saca la Sig Sauer. Quiere acercarse todo lo posible antes de que Elin Eriksson lo vea, reducir la distancia que hay entre ellos. Se acerca deslizándose, cada vez más cerca, hasta que ella lo oye.

A pesar de la distancia, se encuentra con una mirada verde y afilada como un cuchillo. Una mirada de un verde brillante como el bosque.

Como una parpadeante mancha verde sobre un mapa digital.

99

Eva Nyman ve cómo el contador pasa de 00:01 a 00:00. Lo único que siente en ese segundo es que no quiere morir. Todavía tiene que hacer una llamada telefónica.

De pronto, una de las pantallas que tiene delante se apaga.

En la otra, ve el mundo explotar.

Humo, gravilla y trozos de material de construcción salen despedidos por el taller un nivel por debajo de la puerta F29.

La bomba ha explotado.

La puta bomba ha explotado.

Su mirada se encuentra con la del agente de paisano que tiene más cerca: está blanco como la nieve, pero su mirada es cada vez más inquisitiva.

Entre ellos resuenan muchas preguntas.

¿No deberían haber oído algo?

¿O, al menos, sentir vibraciones?

¿Se trata solo de una breve demora, de una prórroga ilusoria antes de que la morada de los pájaros de la muerte realmente sea incendiada en su propio queroseno?

No tardarán en explotar todos.

En cualquier momento.

Eva Nyman sostiene la mirada del hombre hasta que, de algún modo, se rompe el hechizo y un terror más normal se propaga por el centro de supervisión.

—¡Mostrad todas las cámaras de los alrededores! —grita.

No reconoce su propia voz.

El personal a su alrededor consigue mostrar la imagen de varias cámaras. El personal en el extremo más alejado de la terminal 5 parece estar reaccionando a una explosión. Algunos corren hacia allí, otros corren huyendo de allí. Un par de cámaras se han apagado. En

las demás se ve humo, ceniza, fuego.

Eva Nyman obtiene imágenes generales de las pistas de aterrizaje y de las zonas de acoplamiento, en las que no se puede apreciar gran cosa.

La cámara junto a la puerta F29 se ha apagado, pero en la imagen de la siguiente puerta se ve claramente que el avión ante la F29 sigue intacto. Desde el interior del taller de abajo, un humo más ligero se filtra cerca de las ruedas delanteras del avión.

Se ha producido una explosión.

Pero ha sido mucho, mucho más pequeña de lo que podría haber sido.

¿Es eso lo que ha sucedido en realidad?

—¿Qué cojones ha pasado? —grita Eva Nyman en el centro de supervisión.

100

Lukas Frisell está medio colgado de la rama de un árbol, con la pistola firmemente apuntando a los ojos verdes de Elin Eriksson, a unos veinte metros de distancia. Ella está de pie junto a un montículo de tierra que se eleva frente a un alto pino, lleva la escopeta de caza colgando del hombro, una pistola en su funda y se apoya con dificultad en la pala.

—No vas a volver a darme a esta distancia —grita con voz ronca—. La primera vez fue pura suerte. Esta vez me dará tiempo a levantar el rifle.

—¿Estás dispuesta a apostar tu vida? —pregunta Frisell con una voz que parece haberse cortado como la mayonesa.

Elin sonríe, pálida.

—Desde esta distancia también pareces tener la cara bastante blanca, Lukas. Creía que te había herido de muerte. El plan era traerte hasta aquí para que pudieras reunirte en la muerte con tu amada. Fue una lástima que no tuviera fuerzas para arrastrar tu cadáver.

Frisell siente cómo cuelga cada vez más pesadamente de la rama del árbol.

—Voy a dispararte, Elin.

—¿Alguna vez me llamaste Elin? ¿Dijiste alguna vez mi nombre? Estoy tratando de hacer memoria. Pero prometo que haré que tu muerte parezca un suicidio y todos creerán que Frisell, el Bombardero Terrorista, primero ha enterrado viva a su amorcito.

Frisell siente cómo el mundo da vueltas. Debe concentrarse al máximo para no perder la conciencia.

Elin continúa hablando.

—Era una niña, Lukas, por si te interesa, aunque lo dudo mucho. Tenías una hija. Pero, esta vez, todo el mundo podrá ver lo culpable que eres. El juicio a un hombre muerto, Lukas. El Día de la Madre.

Booom, motherfucker.

Deja caer la pala y se quita el rifle del hombro.

Frisell trata de estabilizar la Sig Sauer, se lo juega todo a una carta y vacía el cargador.

Elin desaparece tras el montón de tierra llevando el rifle consigo.

Lukas cae hacia delante y avanza serpenteando, metro a metro, plenamente consciente de que puede recibir un disparo en cualquier momento a lo largo del trayecto. Logra alcanzar el montón de tierra sin nuevas lesiones y se detiene frente a él.

Hace más frío que antes. El aire es inusualmente ligero.

Una pesada nube negra deja el claro del bosque sumido en una tarde temprana.

Frisell hace una inspiración profunda mientras piensa que puede que sea la última. Entonces, rodea a rastras el montón de tierra y ve a Elin Eriksson apoyada contra el tronco pelado del pino. Tiene el rifle en el regazo y lo mira fijamente con sus brillantes ojos verdes.

Con sus gélidos ojos verdes.

Tiene mucha sangre en la parte delantera de la cazadora.

Es evidente que el cuerpo de Lukas Frisell conserva el recuerdo del tiro con más fuerza que cualquier otro recuerdo.

Frisell vuelve reptando al otro lado del montón de tierra y echa un vistazo a la tumba; puede ver un trozo del ataúd asomar debajo de la tierra.

—¡Sonja! —grita lo más fuerte que puede.

No obtiene respuesta. Vuelve a gritar, con todas sus fuerzas.

Siente la sangre manar de su cuerpo y se ajusta la chaqueta para aumentar al menos un poco la presión del patético torniquete.

Ahora es cuando tendrá que rendirse, tan cerca de su objetivo.

Entonces, oye un ruido procedente del foso.

No es más que un breve sonido, un golpe, una patada en la madera.

101

Cuando Eva Nyman vuelve a mostrar la cámara de seguridad que aún funciona en el espacio del almacén bajo la puerta F29, la nube de polvo finalmente ha empezado a asentarse y los contornos del local comienzan a distinguirse de nuevo, cubiertos por una capa de polvo cada vez más gruesa.

Suena un pitido en el centro de supervisión. Eva Nyman tarda demasiado tiempo en comprender que lo que está sonando es su teléfono móvil. Es una llamada de vídeo, de Facetime. Responde a la llamada, todavía demasiado impresionada como para entender lo que está viendo en la pantalla del móvil. Parece un espectro.

Manchas de sangre han absorbido aquí y allá el polvo que cubre a la figura.

Cuando finalmente habla, lo hace con la voz de Shabir Sarwani.

—La carga primaria —dice.

—¿Qué? —consigue decir Nyman.

—Eso fue lo que explotó. No explotó la carga secundaria. No explotó el avión. Solo el ácido pícrico. Aunque no tengo ni idea de cómo lo ha hecho.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Eva Nyman. Se siente como si no estuviera dentro de su propio cuerpo.

—Nicke —responde Sarwani—. No eres tú, Eva, ni tampoco soy yo: Nicke es el auténtico héroe del día.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás diciendo —reconoce Nyman.

—Envíanos asistencia médica de inmediato —responde Sarwani antes de cortar la llamada.

Eva Nyman deja el móvil sobre el escritorio como si estuviera envenenado y se queda mirándolo fijamente.

Entonces, vuelve a sonar.

Nyman se recompone y responde con serenidad:

—No estoy segura de si voy a poder volver a hablar en mi vida.

102

Lukas Frisell logra sacar un último hálito de vida de lo más profundo de su interior. Cuando oye el ruido proveniente de la tumba, no lo duda ni un instante: deja que su magullado cuerpo caiga rodando quizá un metro hacia el inframundo. Cae con un fuerte golpe sordo contra el ataúd medio cubierto de tierra y siente un dolor infinito extenderse por todo su cuerpo.

Con la espalda contra la pared del foso, logra, de algún modo, ponerse en pie. Aún tembloroso, levanta las manos hacia el borde del hoyo y coge la pala que está en el suelo.

Cada palada es un infierno. Se pregunta si le quedará algo de sangre dentro del cuerpo. Tiene que levantar la pala hasta la cabeza cada vez. Es un horrible trabajo de Sísifo. Al final, actúa por pura voluntad, pero no queda ni un ápice de energía en su magullado cuerpo.

Puede que ya haya despejado la tapa lo suficiente. Logra poner los pies junto al ataúd y, con sus últimas fuerzas, consigue agarrar la tapa y levantarla.

Sonja Ryd lo mira con los ojos muy abiertos. Frisell cae en la tumba, justo encima de ella.

Yacen allí los dos juntos.

Sacando fuerzas de donde no las tiene, Lukas Frisell deshace los nudos de la cuerda que ata las muñecas de Sonja Ryd. Entonces, su cuerpo se vuelve totalmente fláccido encima de ella.

Sonja Ryd logra deslizarse debajo del cuerpo inerte de Frisell y se libera de él.

Se arranca la mordaza y tose, escupe, resopla. Mueve el cuerpo rígido y entumecido hasta que logra hacer que la sangre vuelva a correr libremente por sus venas. Después, se desata la cuerda de los tobillos y ayuda a Frisell a ponerse en pie de alguna manera.

Juntos emergen de las profundidades de la tumba.

Ryd logra subir con gran esfuerzo y después tira de Frisell.

Es como una redención.

Sonja Ryd deja a Frisell al otro lado del montón de tierra y retrocede. Sin embargo, lo anormal se ha convertido en lo normal, así que lo sienta contra el tronco pelado del árbol, justo al lado del cadáver de Elin Eriksson.

Le arranca la cazadora y el jersey y retira de la herida las plantas que han hecho las veces de torniquete. La sangre le corre por el hombro. Ryd se quita su propia cazadora y la aprieta con fuerza contra la herida, consigue atarla firmemente con las mangas y logra así un torniquete más efectivo.

Frisell tiene la cara completamente blanca.

Ryd rebusca en los bolsillos de Frisell, pero no encuentra nada. Su mochila también ha desaparecido.

Sonja Ryd se sienta y observa cómo la vida abandona a Lukas Frisell sin tener ninguna posibilidad de pedir ayuda. Está atrapada en la región salvaje con esos padres que pronto estarán muertos, los dos, no muy lejos de la tumba de su hija.

Puede que haya cierta justicia poética en todo esto.

Entonces, se gira hacia el cadáver de Elin. Una última oportunidad. Mete las manos en los bolsillos de la cazadora llena de sangre y siente algo. Saca un objeto de uno de los bolsillos, se agacha y apoya la espalda contra el pino, de modo que ahora cada uno de ellos ocupa un tercio de la circunferencia del tronco. Una simetría demencial.

Empieza a limpiar la sangre del objeto con total frenesí.

Se trata de un Nokia 3310 color rojo vino.

Es el teléfono de Lukas Frisell que Elin Eriksson le quitó a Sonja Ryd.

Los botones apenas funcionan y todo el teléfono parece estar cubierto de sangre que se está coagulando. Sería un auténtico milagro que funcionase.

Pero tiene que hacerlo. Tiene que funcionar.

La vida de Lukas Frisell depende de ello.

Ryd aprieta un botón; la pantalla se enciende.

Con manos temblorosas, marca el número de Eva Nyman.

—No estoy segura de si voy a poder volver a hablar en mi vida —responde Nyman con voz extraña.

—Soy yo —dice Ryd débilmente—. Sonja.

—¿Por qué no estás aquí? Si supieras...

—Envía un helicóptero —interrumpe Ryd—. Ahora mismo. Estamos a punto de perder a Lukas Frisell.

—Pero ¿qué es lo que...?

—Creo que podéis seguir la mancha verde parpadeante.

Deja caer el teléfono, se recuesta contra el tronco del árbol y siente que necesita urgentemente un trago.

EPÍLOGO

103

Cuando Sonja Ryd abre la puerta que da al pequeño cuarto detrás de la sala de interrogatorios, ya no es el Día de la Madre. Es como hacer una visita a una vida anterior.

La reciben cuatro miradas penetrantes.

El grupo Nova se ha reunido; al fin y al cabo, este es su hogar.

Detrás del espejo, que desde este lado es una ventana, sigue la vetusta mesa en la que Ryd interrogó con tanta intensidad a Lukas Frisell y que, en este momento, está vacía.

La comisaria Eva Nyman está sentada en la única silla de la sala. Parece que su cabello ya ha decidido el color definitivo.

Se ha vuelto gris.

—Nos estábamos preguntando dónde te habías metido, Sonja —dice Eva Nyman con una pequeña sonrisa.

—Lukas está vivo —es la respuesta de Sonja Ryd.

Las cuatro miradas están fijadas en ella. Son miradas que es capaz de sostener, y lo hace de buen grado.

—Ha despertado después de la operación —aclara—. El disparo del rifle de caza de Elin Eriksson hizo que perdiera muchísima sangre, pero logró salvarme a mí y, por tanto, salvarse a sí mismo. Ya veremos cuánto tiempo aguanta en el hospital.

Suena una especie de suspiro general de alivio en la pequeña estancia.

—Hablando de héroes —interviene Shabir Sarwani—, el héroe de nuestra historia se llama Nicke.

—¿Nicke? —dice Sonja Ryd.

—¿En serio has conseguido perderte todas las noticias y titulares de las últimas veinticuatro horas? —pregunta Ankan, soltándose el moño que ata su pelo rubio.

—He pasado la noche en el hospital después de haber estado

enterrada viva —dice Ryd con expresión adusta.

—Nicke se llama en realidad Nicolas Adeleke —explica Sarwani—. Bien podría decirse que lo mandé directo hacia la muerte.

—Eso tienes que explicarlo mejor —dice Ryd.

Sarwani sacude la cabeza.

—Él era quien estaba más cerca. Quedaban como mucho diez segundos. Le grité que lanzara la mochila lo más lejos posible y se protegiera, pero él la cogió y echó a correr. Salió en el preciso momento en que el ácido pícrico le explotaba en las narices.

—¿En las narices? —exclama Ryd.

Sarwani levanta las manos antes de responder.

—La reconstrucción indica que, al final, sí que arrojó la mochila y que eso le salvó la vida. Pero no sé... Ahora está en Löwenströmska en cuidados intensivos y es posible que sobreviva. Todos los titulares, tanto en Suecia como en el extranjero, hablan del «héroe de la bomba de Estocolmo».

—¿Porque supo distinguir entre la carga primaria y la secundaria?

—Efectivamente. Salió corriendo y se alejó lo suficiente para que el ácido pícrico de la mochila no alcanzase la gran carga de diazodinitrofenol que había en el carrito.

Eva Nyman asiente con la cabeza.

—Que, a su vez, habría alcanzado el avión recién repostado, cuya explosión habría podido alcanzar al menos a un avión cercano, que podría haber seguido recorriendo así toda la terminal. El agente de policía Nicolas Adeleke, de Tensta, se ha ganado el título de héroe. Además, le ha robado un poco de protagonismo al grupo Nova.

Sonja Ryd asiente lentamente.

—¿Y qué estamos haciendo aquí? —pregunta.

—Estamos deseando fervientemente poder cerrar el caso.

Anton Lindberg da un paso hacia delante. Ryd observa de pasada que su ingobernable cabello castaño oscuro le ha crecido demasiado y, además, tiene una arruga de preocupación en la frente que nunca le había visto antes.

—Voy a intentarlo —dice con un gesto de asentimiento.

—Y yo voy a observar con gran interés —dice Ryd.

Lindberg se echa a reír.

—No puedo hacerlo sin ti —dice.

Sonja Ryd parpadea varias veces, tratando de ordenar las piezas de un gran rompecabezas.

—¿Sin mí? —inquiere.

—Todos saben que eres la mejor —dice Anton Lindberg.

Eva Nyman se levanta para pedir silencio.

Ryd se gira hacia ella.

—Pero no me he preparado —protesta.

—Recibirás todo el material necesario —dice Nyman—. Pero yo sé muy bien que tienes todo el caso en la cabeza.

104

Primero llega un abogado; después, un criminal pandillero. Se sientan juntos ante la mesa de interrogatorios y se sonríen el uno al otro, aunque de un modo no del todo cordial.

Una puerta se abre y un hombre de constitución fuerte con cabello rebelde hace su entrada en la sala de interrogatorios.

—Siento tener que comunicarles esto —dice, se queda callado y toma asiento.

El abogado y el acusado se miran brevemente.

—Mi cliente… —empieza el abogado.

—Su cliente ahora tiene elección —interrumpe Anton Lindberg—. Puede elegir si quiere saber cómo se encuentra su hermana.

Una especie de descarga apenas perceptible atraviesa a Elias Eriksson, alias Elias Shariq, el hombre que hasta ahora no ha dicho una palabra.

—La situación acaba de quedar cristalina —constata el abogado—. A partir de ahora, nos ceñiremos a «sin comentarios». ¿No es así, Elias?

—Sin comentarios —dice Elias y, por primera vez, parece algo frágil.

También es la primera vez que Anton Lindberg oye su voz.

Es menos bravucona que la figura de Elias. Más clara.

—Aun así, vamos a tener que ir pregunta a pregunta —sonríe Lindberg—. Quiero empezar por señalar que nuestro amigo Hassan, que dirige a la pandilla de Hjulsta, ha sido condenado a cadena perpetua y cumplirá sentencia en la prisión de alta seguridad de Kumla. Allí se alojan también terroristas, por ejemplo, terroristas que intentan hacer explotar el mayor aeropuerto de Suecia. Esto solo lo digo como punto de partida para «sin comentarios». ¿Queda claro?

Tanto el abogado como Elias Eriksson permanecen tan silenciosos

como atentos.

—Permítanme que les presente a mi compañera Sonja Ryd —dice Anton Lindberg.

Ryd entra en la sala de interrogatorios, deposita un grueso archivador sobre la mesa y se pasa la mano por el pelo rapado.

—Quiero empezar mostrándoles una fotografía —dice.

Sin más ambages, la coloca delante de Elias.

Es una foto de Elin Eriksson, que está sentada con la espalda apoyada contra el árbol junto a la tumba abierta. Mira fijamente hacia el frente y está claramente muerta.

Es una apuesta arriesgada que han estado discutiendo un buen rato en la pequeña sala de control. Los pros y los contras.

Es posible que todo se decida aquí.

Si es que quieren saberlo todo.

O si «sin comentarios» es la respuesta final.

Ryd y Lindberg observan a Elias Eriksson minuciosamente: sus ojos se cerraron cuando vio la fotografía y ahora está sentado inmóvil con los ojos aún cerrados. No cabe duda de que están pasando muchas cosas en su interior.

—Te acompaño en el sentimiento —dice Ryd con calma.

Elias abre los ojos y mira directamente a los de Ryd.

Sigue siendo un empate. El pulgar del emperador apunta hacia un lado; en los próximos segundos podrán saber si se gira hacia arriba o hacia abajo.

Fue Sonja Ryd quien, en la pequeña sala al otro lado del espejo, estaba segura de que Elin realmente significaba algo para su hermano.

De momento, aún no es posible descifrar la respuesta.

—Todo ha terminado, Elias —continúa Ryd con el mismo tono de voz suave y tranquilo—. Presiento que querías mucho a tu hermana.

Él le sostiene la mirada. Ella tampoco desvía la suya.

—¿Cómo era vuestra madre? —pregunta—. Supongo que era muy dura, ¿no?

—Sin comentarios —responde Elias.

Sin embargo, Ryd ve que su mirada dice otra cosa: su mirada le dice que lo único que desea es rendir homenaje a su hermana de algún

modo.

—No tenemos que hablar de tu madre —dice Ryd y pone las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba—. También podemos hablar de Elin.

—Sin comentarios —dice Elias.

El abogado le susurra unas palabras al oído y Elias se aparta ligeramente.

—Vamos a dar un paso atrás —dice Ryd con la voz más suave que Anton Lindberg haya oído jamás salir de su boca—. Elias, ¿cómo era tu madre, Birgitta? Sabemos que conoció a tu padre sirio, Najeeb Shariq, en Palmira, en Siria.

Elias Eriksson, alias Elias Shariq, sigue sentado en silencio mirando fijamente una mancha invisible en la pared de la sala de interrogatorios.

—Es importante que recuerdes una cosa, Elias —continúa Ryd—. Vas a ser condenado por asesinato y actos de terrorismo tanto si hablas como si no, pero tienes la posibilidad de cumplir condena por tus crímenes en una institución sin tus cómplices. Además, ellos no se enterarán de tu traición y, por tanto, no te enviarán a ningún asesino a sueldo. También es posible que recibas incluso una pena más corta si lo cuentas todo. Pero, sobre todo, te sentirás mejor.

Sonja Ryd le dirige una rápida mirada a Anton Lindberg y se permite cierto asombro sobre lo acentuada que se ha vuelto la arruga de preocupación en su frente.

El abogado vuelve a girarse hacia su cliente para susurrarle algo. Elias lo esquiva y dice:

—Era mi madre. No era una buena madre, pero yo la quería.

Ryd y Lindberg intercambian una rápida mirada.

—Elin también la quería —dice Sonja Ryd—, por eso asumió su papel cuando vuestra madre empezó a beber demasiado. Elin tenía casi diez años más que tú y no dudó en asumir el papel de madre a los catorce años.

—Vivíamos en el campo —explica Elias, echando la vista atrás—. Teníamos muchos animales. No sé cómo lo hacía. Se convirtió en una madre tanto para mí como para mi madre.

—Se encontraba a gusto en el campo —asiente Ryd—. Pero tú no, ¿verdad?

—No cuando cumplí los dieciséis. Allí todo sucedía con demasiada lentitud.

—Así que te mudaste a Hjulsta con la familia de tu padre y adoptaste su apellido, pero no llegaste a cambiarlo de forma oficial, ¿no?

—El apellido no significaba nada —dice Elias, encogiéndose de hombros—. Nunca tuve ningún interés por mi padre y él hacía mucho tiempo que había vuelto a Siria. Yo vivía en casa de mis primos.

—¿O acaso conservaste el apellido Eriksson porque querías seguir teniendo ese vínculo con tu hermana? Teníais una relación muy cercana, ¿o no? La querías, ¿verdad?

Elias vuelve a encogerse de hombros, pero en su cara sucede algo diferente: una lágrima se forma y baja deslizándose lentamente por su mejilla.

—¿Qué tal si empezamos por el principio? —pregunta Ryd y pone la mano sobre la de Elias. Para sorpresa de los presentes, Elias no se la retira.

Se quedan sentados así durante unos instantes hasta que Ryd continúa.

—¿Cómo empezó todo esto? —pregunta con voz suave—. Cuéntame toda la historia desde el principio.

Elias se limpia la lágrima con la otra mano.

105

Sonja Ryd capta la mirada de Elias y puede ver claramente cómo su cerebro, con un modo de operación completamente diferente al suyo, procesa su algo arriesgada petición.

«Cuéntame toda la historia desde el principio».

Elias abre la boca; ha llegado el momento decisivo.

—Yo estaba entre rejas cuando Elin se marchó al bosque —dice—. Simplemente, desapareció. Eso no era propio de ella. Después, pasaron varios años antes de que volviera a dar señales de vida. Ella y otro puto preparacionista, el maldito Börje Sandblom, tenían algún plan entre manos.

—¿Esto cuándo fue?

—Hace un año o así. Era algo relacionado con el clima. Los dos habían… ¿Qué fue lo que dijo?… Habían «comprendido lo urgente que era parar los pies a los criminales climáticos». Me necesitaban. Joder, era Elin, mi hermana. Elin y Elias, el dúo invencible. Por supuesto que iba a ayudarla, aunque a mí me importaba una mierda el puto clima.

—¿Para qué te necesitaba?

—Para las cosas tangibles. Y para importar no sé qué ácido amarillo que era inestable de cojones. Lo conseguí en los Balcanes a través de la pandilla de Hjulsta. Ninguna huella podía llevar hasta Elin.

—Pero estaba también el asunto con el piso de vuestra madre…

—Mi madre se restableció en algún momento, cuando yo ya llevaba mucho tiempo metido en estas cosas en Hjulsta. Entonces, vendió la casa del campo que Elin había renovado con tanto esfuerzo y se compró un estudio en Vasastan. Elin no protestó porque por fin tenía la oportunidad de empezar a estudiar Veterinaria, que era su antiguo sueño, en plan rescatar animales salvajes. En esa época, mi madre ya estaba demente y la metió en un asilo, pero Elin y yo conservamos el piso. Nos vino bien que siguiera ahí, porque se convirtió en nuestro

cuartel general, por decirlo así.

—El cuartel general del Bombardero Terrorista —puntualiza Sonja Ryd.

Elias Eriksson se echa a reír.

—Joder, los putos periódicos con sus putos apodos…

—¿Cómo se desarrolló el plan?

—Yo no estaba tan involucrado. Era más bien Elin quien nos decía a nosotros lo que teníamos que hacer. Börje era un pelele con su cara de campesino y sus dedos extendidos, pero era la hostia con las bombas. Creo que era un poco retrasado, te lo digo en serio.

—¿Así que Börje nunca estudió en la Universidad de Ciencias Agrícolas de Suecia?

—No, joder. ¿Börje, estudiar? Nah, pero hizo algunos cursos, en plan para ser preparacionista y esas movidas. Aunque creo que ya vivía en el bosque cuando conoció a mi hermana.

—¿Y cómo empezasteis a trabajar los tres juntos?

—Fue un poco a lo James Bond. Yo tenía que seguir a un BMW desde un chalé en Uppsala en dirección a Estocolmo, cerca pero no demasiado. Cuando nos acercamos a una zona con un gran campo amarillo, llamé a Elin. Ella estaba en una colina ahí al lado, captó el BMW con los prismáticos e hizo volar el coche. Fue directo al campo amarillo. Yo me limité a acelerar, pasar de largo y seguir conduciendo hasta la ciudad.

—¿Sabes cómo fue a parar la bomba al BMW?

—No exactamente. Sé que Elin y Börje habían ido a la casa el día anterior, pero nada más.

—Y después llegó el turno de Vasaparken…

—Sí, eso fue un poco más jodido. Teníamos que conseguir meter una bomba en una oficina con un nombre absurdo. Elin iba detrás de un tipo, un tal Jesper algo. Yo lo seguí el viernes hasta el restaurante Tennstopet, donde había ido a comer con algún colega. No paraba de quejarse de un envío atrasado que no iba a llegar hasta el sábado por la tarde, así que me quedé allí por Vasaparken al día siguiente hasta que llegó el envío. Cogí la furgoneta con los paquetes de DHL y fui con toda la pesca a casa de Elin y Börje en Vasastan. Börje diseñó una

bomba a medida para el puto paquete. Entonces, volví con la furgoneta a la agencia de publicidad vestido de mensajero y le di el paquete a una tía buena. Le dije que era delicado.

—¿Y qué pasó con el mensajero?

El abogado, que lleva un rato sentado con cara de hartura, reacciona ahora de forma espontánea.

—Ahora sí que nos atenemos a «sin comentarios».

—A lo que nos atenemos —dice Sonja Ryd— es a que, si queremos poder ofrecerle a Elias algún beneficio que le cambie la vida, necesitamos toda la historia. No nos vale ninguna versión adaptada.

Elias se limita a sacudir la cabeza antes de continuar.

—Primero, aparqué la furgoneta en el aparcamiento de DHL en Västberga y dejé las llaves en la guantera. Después, mandé a Elin y Börje que se fueran durante un par de horas mientras le daba un baño de ácido al mensajero en la bañera. Tengo una mezcla muy efectiva.

Ryd espera que no se note su estremecimiento, tanto de horror como de satisfacción.

—Pero Elin quería verla explotar en Vasaparken, ¿verdad? ¿Cómo sabía cuándo tenía que situarse detrás del árbol? ¿No existía el riesgo de que Jesper estuviera ya de camino a la oficina cuando tú dejaste el paquete? Cuando recibió la notificación de Frida Söder en la agencia de publicidad, quiero decir.

—Había puesto a unos chavales de Hjulsta en un coche a la puerta de la casa de Jesper, en Täby. Los chavales están bien entrenados, vigilaban y dormían por turnos, así que estaban despiertos cuando se marchó el domingo por la mañana temprano. Nos llamaron al piso y Elin se fue a Vasaparken.

—Entonces le tocó el turno al centro de procesamiento de datos de Västerås. ¿Fuisteis los tres hasta allí?

—No, ahí Börje ya no estaba. Había preparado las bombas para Västerås, la fábrica de plásticos y Arlanda, pero se acababa de largar. Por un tiempo, temíamos que la pasma lo hubiera atrapado, pero nadie vino a por nosotros.

—Es decir, ¿que ya había dejado preparada la bomba de Västerås?

—Sí, yo conozco a un tipo en ese infierno, por eso lo elegimos. Pero

no pienso decirte quién es. Nos explicó cómo se efectúan las entregas de las piezas de repuesto y que los paquetes de Estados Unidos se colocan en un lugar determinado para que los recoja el director técnico. Gracias a mi colega, Elin recibió un enlace para poder acceder a una cámara de vigilancia y ver toda la movida en directo desde el piso de mi madre. Sabíamos el aspecto que solían tener los paquetes y sabíamos cómo eran los coches de reparto que los recogían del avión. Esperamos en una carretera secundaria fuera del aeropuerto y Elin hacía de cebo, en plan una tía con un problema en el motor. Yo me hice cargo del mensajero y transferimos la etiqueta de la dirección del paquete de Estados Unidos al nuestro. Entonces, fui a entregarlo al centro de procesamiento de datos y después fuimos hasta Hjulsta, donde los chavales se llevaron la furgoneta de reparto al bosque y la quemaron. El mensajero recibió otro baño de ácido.

—¿Qué edad tienen estos chavales en realidad?

—Eso es más que toda la historia, Sonja Ryd.

—Está bien. Después vino Odenplan...

—Ah, eso fue pan comido. Yo dejé una mochila en el andén del tren de cercanías; Elin cogió la otra y la colocó fuera en la plaza entre la gente.

—¿Qué sabes de las cartas, Elias?

—Nada. Sé que Elin escribía cartas y se las enviaba a algún poli, pero nada más. Eso no era asunto mío.

—Pero, entonces, te detuvieron, ¿o no?

—Es bastante lamentable que te pille la policía de Järva, joder...

—Eso significa que no estabas en Gästrikland cuando Elin hizo estallar Merplast AB.

—No era necesario. Elin tenía la bomba de Börje. Ya había estado allí; tenía su casa en el bosque por allí cerca. Se marchó por la noche y se escondió en casa del director ejecutivo, en su sofá. Si todo fue según el plan, lo colocó apuntando en la dirección correcta, pasó el día siguiente allí sentada y lo activó de forma remota.

—Sin embargo, Arlanda parece un caso más complicado —dice Ryd.

—Primero necesitábamos suficiente carga secundaria para llenar un carrito de comida de avión. Llevábamos ya un tiempo efectuando el

suministro en pequeñas porciones. Tengo mis contactos. Logramos esconder toda esa mierda en distintos lugares del taller. También preparamos las movidas de la cuenta atrás con tiempo de sobra.

—Pero, entonces, te detuvieron...

—Mis colegas habían recibido el plan detallado de Elin y ella era muy meticulosa con las fechas. No iban a introducir la mochila con la carga primaria antes de ese día. Eso debía esperar hasta que se pusiera en marcha la evacuación; entonces, había que llenar el carrito con la carga secundaria y, finalmente, dejar la mochila con la carga primaria apoyada contra el carrito. Después, solo era cuestión de activar el contador y largarse de allí.

—Has tenido que prometerles mucho dinero a tus colegas —dice Ryd.

—O quizá estamos hablando de colegas de verdad —dice Elias Eriksson y mira al abogado, que está pálido como un cadáver a su lado.

Entonces, parece que vuelve a pensar en su hermana muerta. Cierra los ojos. Quizá haya terminado de hablar.

No puede dejar que se calle, todavía no. Sonja Ryd tiene una última pregunta importante que hacer y tiene que plantearla del modo correcto.

—¿Todo esto era para Elin solo una cuestión climática? —pregunta—. ¿No había ningún otro motivo?

Elias vuelve a abrir los ojos, sacude la cabeza y pregunta con indiferencia:

—¿Qué otro motivo iba a haber?

Ryd desea profundamente no haber sembrado ningún tipo de semilla en Elias. Bajo ningún concepto quiere que establezca una conexión con Lukas Frisell. Elias Shariq no es el tipo de hombre a cuyos contactos y colegas quieras tener detrás.

Se queda sentada en una situación incómoda mientras Elias abandona la sala de interrogatorios seguido de su crispado abogado. Repasa con los dedos una inscripción grabada en la mesa.

Son las letras L. B. R.

Ahora todos están libres. Todos excepto Sonja Ryd, que sigue

sentada en su propia traición personal. Es una mujer rapada pero, por lo menos, no está enterrada viva.

Finalmente, se gira hacia Anton Lindberg.

Ya no está allí.

Ryd se da la vuelta: Lindberg está de pie junto a la puerta de la pequeña sala tras el espejo y le hace señas con la mano.

106

Una vez más, se encuentran todos muy apretados en la pequeña sala detrás del espejo unidireccional. Eva Nyman se levanta de la única silla de la estancia y le hace una seña con la cabeza a Sonja Ryd.

—Menos mal que no conocía a Lukas —dice—. Aunque, en general, todo esto ha sido bastante inesperado.

—O no —responde Ryd—. Todas sus acciones apuntan a que quería a su hermana con locura. Habría hecho cualquier cosa por ella.

—Por ejemplo, dejar que dos mensajeros se fueran por el desagüe —murmura Shabir Sarwani—. Dedik Jaya y Wilhelm Bock.

—Dudo que se contemple una reducción de la pena —resume Ankan.

Eva Nyman asiente con la cabeza y, tras unos momentos de silencio, dice:

—El grupo de la oficina está revisando las cámaras de seguridad de Arlanda. Acaba de llegar un vídeo que es probable que capte al colega de Elias Shariq justo después de haber dejado la mochila con la carga primaria. Parece que sabía exactamente dónde estaban situadas las cámaras, pero hay un punto en el que se cuela un poco. Este es el aspecto que tiene, al menos desde atrás. Ya se ha dado la alerta nacional.

Las miradas se vuelven hacia la pantalla delante de Nyman.

Es una corta secuencia: se puede entrever al hombre durante una milésima de segundo cuando tuerce por una esquina. Lo único que se aprecia es la chaqueta de deporte color turquesa con las tres rayas de Adidas.

—No va a ser fácil cogerlo partiendo de esto —dice Ankan.

—Lo sé —suspira Eva Nyman y parece que tiene algo que añadir. Se aclara la voz y continúa—: Hay dos cosas más que quiero decir, aparte de que hemos encontrado la máquina de escribir bien escondida en la

vivienda de Elin. La primera es que habéis hecho tan buen trabajo que el grupo Nova será un fijo dentro del NOA como una «unidad de delitos extraordinarios», lo que quiera que signifique eso.

Se hace un silencio absoluto en la sala.

—Doy por hecho que esto era lo que todos queríamos —continúa Nyman—. Si alguien tiene alguna objeción, que hable ahora o calle para siempre.

Nadie tiene nada que objetar. Se produce un completo silencio de asombro y satisfacción.

—La otra cosa que quería deciros es que hoy, con el total apoyo del NOA, he entregado una solicitud a la Dirección General de la Policía Nacional para que Lukas Frisell se reincorpore a su puesto.

Todos asienten con la cabeza y Nyman prosigue.

—Dado que el grupo ya está al completo, por el momento Frisell podrá ser un recurso adicional dentro de Nova.

Entonces, Ankan baja la manilla de la puerta y todos salen apresuradamente de la sala.

Todos, excepto Sonja Ryd. Eva Nyman la detiene y a Ryd le resulta difícil interpretar su mirada.

Nyman vuelve a sentarse en la silla, por lo que Ryd hace lo propio en el borde del escritorio.

—Has hecho una contribución extraordinaria ahí dentro —dice Nyman señalando el espejo unidireccional con la cabeza.

—No me has retenido para decirme esto —responde Ryd.

Nyman sonríe.

—No sé si hacemos un buen equipo, Sonja. Tú y yo, quiero decir, no el grupo Nova. Eso sí es un buen equipo, no hay duda.

—Pero ¿nosotras dos? —dice Ryd—. Yo tampoco estoy segura.

—Al final fuiste completamente a tu bola, junto con Frisell. No confiaste en mí. Pasaste olímpicamente de mí. Quiero que sepas que yo confié en ti y te dejé a tu aire cuando cortaste el contacto conmigo y mantuviste las distancias. Además, teníamos opiniones muy diferentes sobre cómo proceder con Elias Eriksson en la sala de interrogatorios. Eras tú quien tenía razón, lo reconozco.

Se produce un silencio en la pequeña sala.

—Ahora voy a hacer una llamada —continúa Nyman finalmente—, una llamada privada que de forma consciente llevo evitando todo este tiempo.

—¿Y quieres tenerme a mí como testigo?

—Como apoyo —corrige Nyman—. Como mi mejor amiga, sencillamente. No tengo nadie más a quien recurrir.

Ryd asiente con la cabeza. Nyman mira a su alrededor, suspira profundamente y se queda mirando el teléfono.

—Bueno, mejor no —dice y se dispone a guardarse el móvil en el bolsillo.

Ryd la detiene agarrándole el brazo.

—Es evidente que esto es muy importante para ti, Eva, así que deja de posponerlo. Estoy aquí, haciendo exactamente lo que quieres ahora mismo. Llama.

Nyman levanta de nuevo el teléfono y vuelve a mirarlo fijamente.

—Me prometí a mí misma que no llamaría. Me las apaño muy bien sola.

—Pero puede que no sea tan divertido. Aunque ¿quién soy yo para decir esto? Soy incapaz de verme a mí misma de nuevo en una relación.

Nyman hace una inspiración profunda y marca un número. Ryd oye una voz de mujer responder al otro lado.

—Hola —dice Nyman sin aliento—. Soy Eva.

Ryd oye el silencio inicial en el móvil, seguido de unas breves palabras, aunque no logra entenderlas.

—Siento muchísimo que las cosas salieran como salieron —continúa Nyman—. Quiero pedirte perdón. De rodillas, si es preciso.

Ryd logra distinguir algunas sílabas en el móvil e incluso le parece que empieza a reconocer la voz.

Entonces, Eva Nyman sonríe, se seca algo en el ojo y dice:

—Por supuesto que me encantaría cenar contigo, Nina.

107

Los médicos protestaron mucho cuando Lukas Frisell insistió en abandonar el hospital. Ahora está sentado en su pequeño apartamento de la policía en Agnegatan. Por lo menos, no está solo.

—Es como si la sangre que bombea por este cuerpo perteneciera a otra persona —dice.

El hombre con aspecto latinoamericano que tiene enfrente se reclina en el sofá y sacude la cabeza.

—No te engañes, amigo. Sabes exactamente quién eres.

—¿Realmente lo sé, Alonzo? Hay muchas cosas que tienen que asentarse en este cerebro. Dentro de las putas ruinas de la decadencia.

Alonzo vuelve a sacudir la cabeza.

—Lo que tendríamos que hacer es celebrarlo —propone—. Tenía que haber traído una botella de tequila o algo así. Vuelves a ser un maldito policía, Lukas.

Frisell le dirige una breve sonrisa.

—La verdad es que el tequila habría sido revitalizador, aunque no especialmente saludable, después de todo lo que ha pasado.

—Vamos, amigo, podemos ir a la taberna para compensar. El hospital está cerca. No te preocupes, que puedes ir rodando. Pero no creas que no comprendo lo que bulle en esa cabeza misteriosa.

Ya en los viejos tiempos, Alonzo siempre había sido capaz de leerle el pensamiento. A pesar de todo lo que ha pasado desde entonces, parece que esta cualidad sigue intacta.

—Liselott Lindman —continúa Alonzo—. Y no intentes negarlo.

—Veo al puto Dick Lindman quedando libre y fumando hachís en la playa en Goa.

—Esta vez vas a atraparlo, amigo. ¿Pero con quién narices estabas hablando cuando llegué? Sonaba como tu mujer al otro lado del teléfono.

—Ahora se llama Nina Strömblad. Está divorciada por segunda vez. Redivorciada.

—Ahí lo tienes. Pero ¿de qué estabais hablando? Parecías estar un poco impactado.

—No estoy seguro de haberlo entendido. Dijo que se había «reconciliado con Eva Nyman».

—¿La misma Eva Nyman? ¿Con la que tú trabajabas?

—Que, además, es quien me ha estado persiguiendo durante todo este tiempo y, por si fuera poco, ahora es mi jefa. Nina y ella se hicieron amigas después del divorcio, siguieron siendo amigas durante su siguiente matrimonio y, al parecer, «una cosa llevó a la otra».

Alonzo suelta una carcajada.

—¡Pero qué diablos, amigo! ¿Convertiste en bollera a Nina?

—Puede que a las dos, a ella y a Eva —dice Frisell con una mueca—. Ahora sí que necesito un trago, joder.

Se quedan sentados un rato, riendo de forma ahogada, como suelen hacerlo los hombres de mediana edad. Descansando en el pasado.

Con un tono de voz muy diferente, Alonzo dice:

—Pero ¿quién era ella en realidad? ¿La chica asesina que trató de inculparte?

Una sombra se cierne sobre Frisell.

Puede ver a Elin Eriksson delante de él, con su gran fuerza de voluntad, esa magnífica personalidad que él se limitó a pisotear y dejar que se deformara hasta convertirse en odio puro y visceral.

La hija en común a la que ni siquiera sabía que estaba ignorando.

La pena que siente ahora por primera vez. La pena por su hija nacida muerta lo golpea por dentro con todas sus fuerzas.

La pena por ser el tipo de hombre que es.

—Luego me lo cuentas todo, amigo —dice Alonzo dándole una palmada en el hombro—. Ahora vamos a tomar unas cervezas.

En ese momento, llaman a la puerta.

No deberían llamar a la puerta.

Lukas Frisell se levanta con gran dificultad, avanza lentamente y trata de otear por la mirilla.

No ve nada.

Allí no hay nadie.

Finalmente, decide que, al fin y al cabo, no tiene nada que perder y abre la puerta.

Un poco hacia la derecha está escondida Sonja Ryd.

Ryd olfatea el aire, levanta una caja de vino tinto y dice:

—¿Un poco de etanol?

108

Resulta extraño volver a casa cuando el adosado de Huvudsta está vacío. Por lo general, la casa está llena de las incesantes voces y movimientos de sus (según el criterio unánime del personal del colegio) «dinámicas» hijas. Sin embargo, debido a la insistencia de la suegra de Anton Lindberg, la familia se ha quedado a pasar unos días en Tärnaby después del Día de la Madre.

Ha sido una larga jornada de trabajo, aunque con una calma muy diferente a la de los días anteriores. Casi se atrevería a llamarlo armonía.

Lo han conseguido. Han acabado con el terror del Bombardero Terrorista. Puede que, a pesar de todo, Suecia y Estocolmo recobren una cierta normalidad.

Si es que aún queda algo de normalidad que recobrar.

Anton Lindberg se queda de pie unos instantes en el camino de grava que lleva al chalé. «Estoy en casa —piensa con un profundo suspiro—. Al fin en casa, en la tranquilidad del hogar».

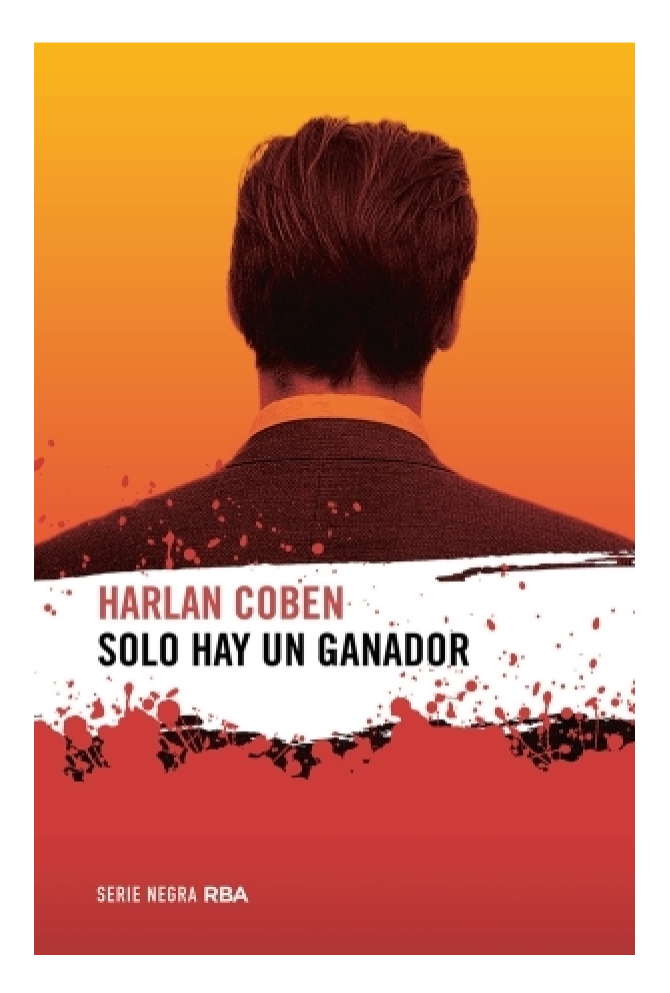
Abre la puerta exterior y enciende la luz del recibidor; continúa hasta la cocina y abre una lata de cerveza que encuentra en la nevera. Entonces, se dirige al cuarto de estar, donde lo está esperando la final de la Champions League.

Todavía tiene un trago de cerveza en la boca cuando llega al cuarto de estar y enciende la luz.

En el sofá hay dos adolescentes, cada uno empuñando un rifle de asalto. Los dos hacen una mueca y comen de un bol con patatas fritas.

—Perdona a los chavales —dice una voz desde el sillón en la penumbra—. No tienen buenos modales en la mesa.

Lo último que ve Anton Lindberg antes de que se le hiele la sangre es una chaqueta de deporte de color turquesa con las tres rayas de Adidas.


HARLAN COBEN
SOLO HAY UN GANADOR
SERIE NEGRA RBA

Solo hay un ganador

Coben, Harlan

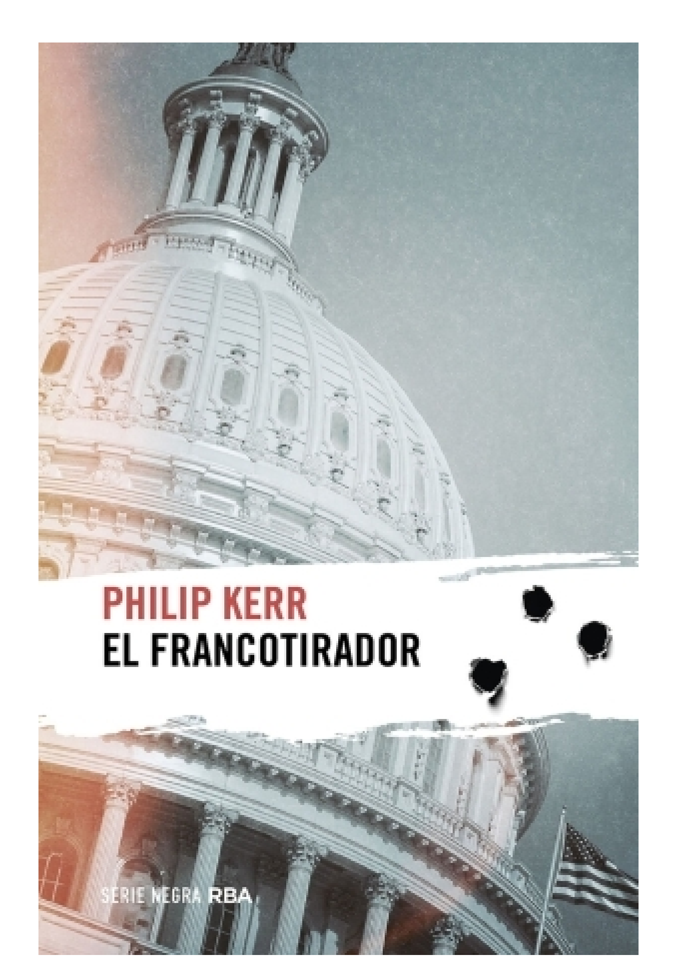
9788411323529

432 Páginas

"Yo llegaré a donde no llegue la ley".

Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora.

En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.


PHILIP KERR
EL FRANCOTIRADOR
SERIE NEGRA RBA

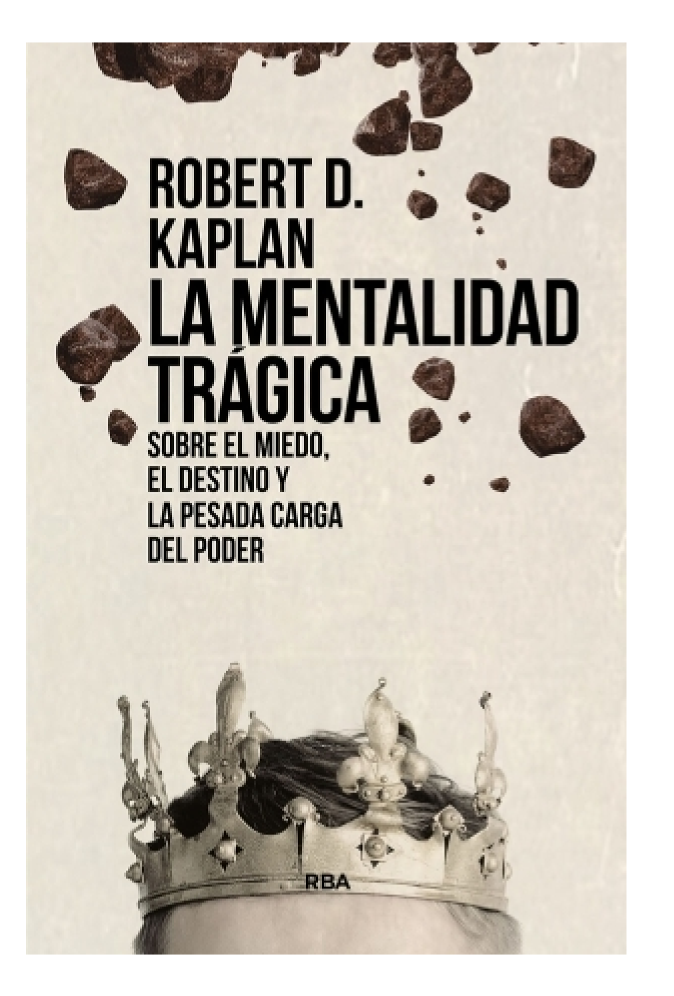
El francotirador

Kerr, Philip
9788411323567
432 Páginas

¿Y si la historia no es como nos la han contado?

1960. Mientras Estados Unidos se prepara para saber si su próximo presidente será Richard Nixon o John F. Kennedy, el veterano de guerra Tom Jefferson se dedica a algo que sabe hacer bien: matar por encargo. Existen otros como él, pero Jefferson posee dos cualidades que lo distinguen del resto: está casado con una mujer que aprueba su manera de ganarse la vida y es el mejor en lo suyo. Por eso, el crimen organizado y la CIA piensan que es la persona ideal para cometer un magnicidio, el de Fidel Castro. Tanto el gobierno como la mafia quieren recuperar la influencia en la isla caribeña que la Revolución cubana les ha arrebatado. Sin embargo, un fatal descubrimiento de Jefferson lo cambia todo. Castro deja de ser el objetivo para pasar a ser alguien aún más importante.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ROBERT D.
KAPLAN
LA MENTALIDAD
TRÁGICA
SOBRE EL MIEDO,
EL DESTINO Y
LA PESADA CARGA
DEL PODER
RBA

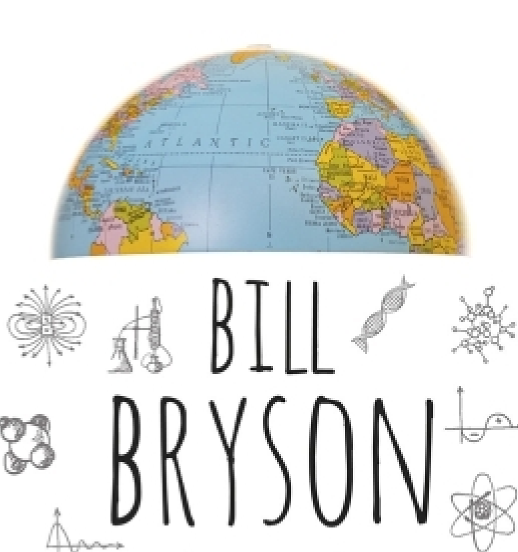
La mentalidad trágica

Kaplan, Robert D.
9788411323574
208 Páginas

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales.

Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los gobernantes. Para él, las claves para entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrean las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas.

Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, *La mentalidad trágica* es una profunda reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.



Una breve historia de casi todo



Una breve historia de casi todo

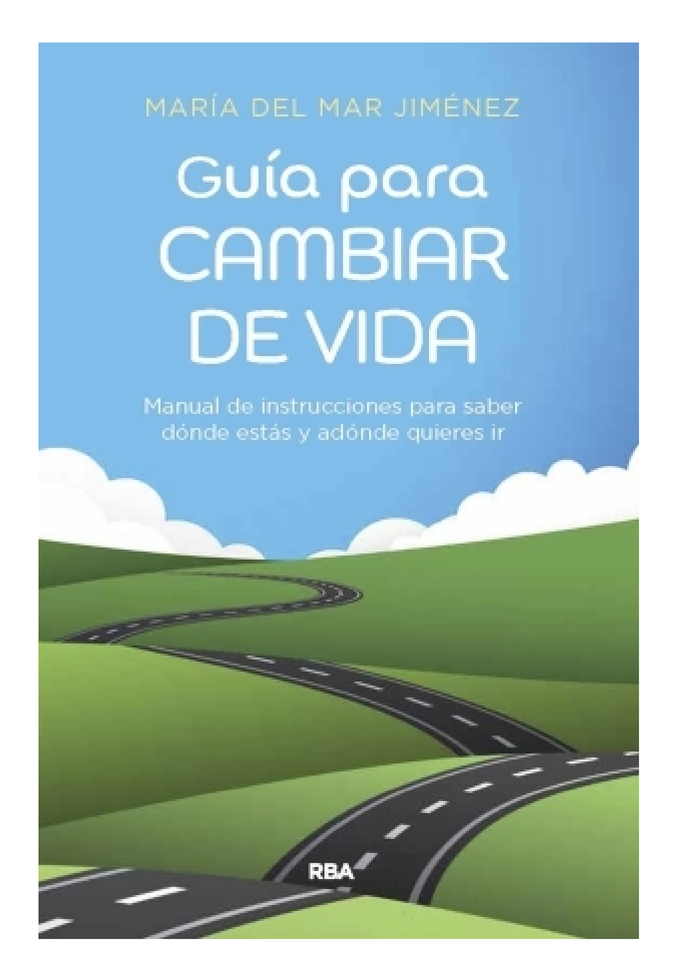
Bryson, Bill
9788411323680
640 Páginas

Uno de los escritores más queridos y **autor de varios bestsellers** nos lleva hacia las preguntas más intrigantes e intratables que la ciencia busca responder. Con este título ganó el **Premio Aventis** de divulgación científica y fue finalista del **Premio Samuel Johnson**.

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? Una breve historia de casi todo es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más.

Viajero empedernido y **divulgador brillante** y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la **historia del universo** que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en *Una breve historia de casi todo* los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MARÍA DEL MAR JIMÉNEZ
Guía para
CAMBIAR
DE VIDA
Manual de instrucciones para saber
dónde estás y adónde quieres ir
RBA

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)